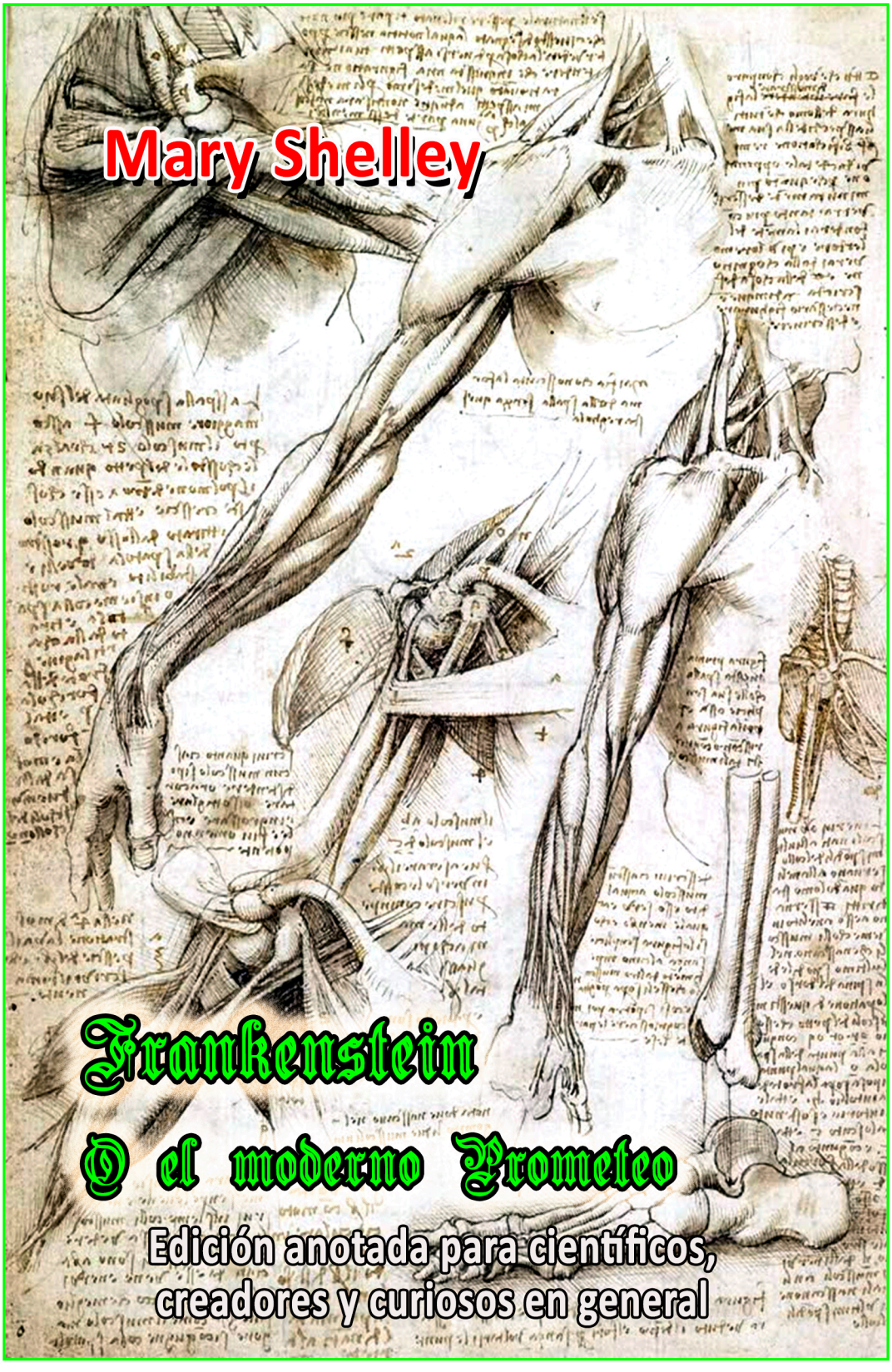
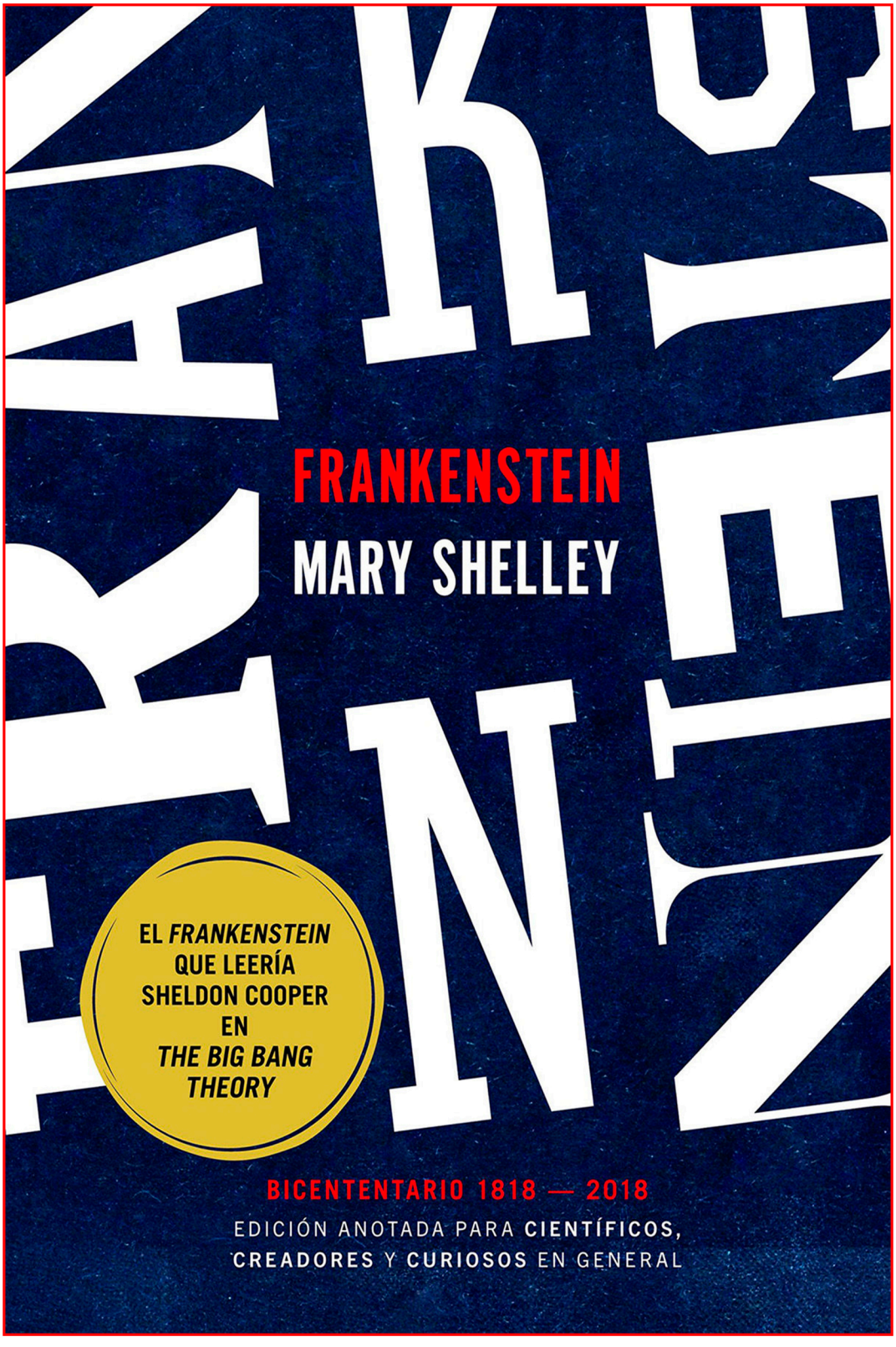

Mary Shelley
Frankenstein
O el moderno Prometeo
Edición anotada para científicos,
creadores y curiosos en general

Frankenstein o el moderno Prometeo, (1818) está considerado como la obra fundacional del género de la ciencia ficción.

Su autora, Mary Goodwin Wollstonecraft, de casada Shelley, era hija del filósofo político anarquista fundacional William Godwin, autor de "Disquisiciones sobre la justicia política" y de la filósofa Mary Wollstonecraft, escritora del libro fundacional del feminismo, *La Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Estuvo casada con Percy Bysse Shelley un poeta romántico aun no asimilado por el establishment académico inglés y considerado el más importante poeta anarquista de todos los tiempos.

Frankenstein es una historia concebida en Ginebra por Mary Shelley en un viaje veraniego a la villa de Lord Byron. Durante un día lluvioso los huéspedes del famoso poeta se divertían leyéndose lo que hoy llamaríamos historias góticas. A Lord Byron se le ocurrió que cada asistente escribiera un cuento de terror para ser presentado en alguna velada. De esa apuesta surgió la historia que Mary Shelley, de sólo 19 años de edad, continuó trabajando hasta su publicación dieciocho meses después en Inglaterra.


FRANKENSTEIN
MARY SHELLEY
EL *FRANKENSTEIN* QUE LEERÍA SHELDON COOPER EN *THE BIG BANG THEORY*
BICENTENTARIO 1818 — 2018
EDICIÓN ANOTADA PARA **CIENTÍFICOS, CREADORES** Y **CURIOSOS** EN GENERAL

Mary Shelley

FRANKENSTEIN

O EL MODERNO PROMETEO

Edición anotada

Título original: *Frankenstein: annotated for scientists, engineers, and creators of all kinds*

[Edición anotada para científicos, creadores y curiosos en general]

Mary Shelley, 1818

Traducción: José C. Vales & Vicente Campos

Edición: David H. Guston, Ed Finn y Jason Robert

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PREFACIO DE LOS EDITORES

INTRODUCCIÓN

Libro I
Prefacio
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII

Libro II
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX

Libro III
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Walton (continuación)
INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 1831. Mary W. Shelley
Cronología de la ciencia y de Mary W Shelley
ENSAYOS:
La responsabilidad traumática. J Johnston
¡He creado un monstruo! Cory Doctorow
Concepciones cambiantes de la naturaleza humana. Jane Maienschein y Kate MacCord
Sin enturbiar por la realidad. Alfred Nordmann
Frankenstein reformulado. Elizabeth Bear
Frankenstein, género y Madre Naturaleza. Anne K. Mellor
El amargo regusto de la dulzura técnica. Heather E. Douglas
APÉNDICES:
Referencias
Lecturas complementarias
Colaboradores
Agradecimientos

Para Sam y su entusiasmo y paciencia.

DAVE GUSTON

Para Anna y nuestros amados monstruos, Nora y Declan.

E. FINN

Para tres criaturas bien criadas: Annika, Astrid y Alexandra.

JASON ROBERT

Y a la memoria de nuestro amigo y colega Charles E. Robinson.

La erudición y generosidad de Charlie fueron fundamentales para este libro, como para buena parte del estudio previo de *Frankenstein*. Esperamos que a través de su trabajo para este volumen, entre los últimos que completó antes de su muerte, sus conocimientos, sabiduría y gentileza lleguen a una nueva generación de lectores.



Mary Shelley

PREFACIO DE LOS EDITORES

David H. Guston, Ed Finn y Jason Scott Robert

Ninguna obra literaria ha hecho tanto para moldear la forma en que los humanos imaginan la ciencia y sus consecuencias morales como *Frankenstein o El moderno Prometeo*, el imperecedero relato sobre la creación y la responsabilidad. *Frankenstein* es el vástago literario de una joven de dieciocho años que había emprendido una romántica pero arriesgada escapada veraniega a las orillas del lago Ginebra (o Lemán), y nació como respuesta a un «desafío» para escribir un relato de fantasmas. Ese desafío se planteó hace poco más de doscientos años. Al escribir *Frankenstein*, Mary concibió tanto en la criatura como en su creador tropos que siguen resonando

profundamente en públicos contemporáneos. Además, estos tropos y las fantasías que generan influyen, de hecho, en la forma en que nos enfrentamos a la ciencia y la tecnología emergentes, conceptualizan el proceso de la investigación científica, imaginan los motivos y los conflictos éticos de los científicos y sopesan los beneficios de la investigación frente a sus más que posibles e imprevistos inconvenientes.

Nuestro objetivo con esta edición ha sido comprender el poder galvanizador de *Frankenstein* para avivar la imaginación del público y emplear esa energía para entablar nuevas conversaciones sobre la creatividad y la responsabilidad entre investigadores y estudiantes de ciencia y tecnología y también lectores en general. Esperamos que estas conversaciones inspiren una comprensión más profunda de cómo enfocar responsablemente la ciencia y la tecnología. Creemos que *Frankenstein* es un libro que puede animarnos a reflexionar y, a la vez, a albergar esperanzas: mantener estas conversaciones puede ayudarnos a todos a tomar mejores decisiones sobre cómo dar forma y comprender la investigación científica y la innovación técnica de maneras que respalden nuestros ya contrastados valores y ambiciones.

La histórica combinación de ciencia, ética y expresión literaria de Mary Shelley proporciona una oportunidad tanto para reflexionar sobre cómo la gente contempla y

comprende la ciencia como para contextualizar las innovaciones científicas y tecnológicas recientes, sobre todo en una era de biología sintética, edición del genoma, robótica, aprendizaje de máquinas y medicina regenerativa. Aunque *Frankenstein* está imbuido de la exaltación de una aparentemente ilimitada creatividad humana, también plantea una reflexión seria sobre nuestra responsabilidad individual y colectiva al alimentar los frutos de nuestra creatividad así como sobre la imposición de limitaciones a nuestras capacidades para cambiar el mundo que nos rodea. Leer *Frankenstein* permite que un público amplio y, especialmente, los futuros científicos y creadores se planteen la historia de nuestro progreso científico junto con nuestras capacidades tecnocientíficas actuales, que se irán expandiendo cada vez más, y reflexionen sobre la evolución de las interpretaciones de las responsabilidades que conllevan esas capacidades.

***

Esta edición crítica de *Frankenstein* para científicos y creadores es —como la misma criatura— la primera de su clase, e igual de *monstruosa* en su composición y desarrollo. La propuso originalmente nuestra colega Cajsa Baldini en el Departamento de Inglés de la ASU, y el esqueleto de la edición crítica cobró forma en un taller celebrado en la universidad en la primavera de 2014, dirigido por dos de nosotros (Guston y Finn) y financiado por la NSF (NSF Award núm. 1354287) para explorar proyectos de «ciencia y

sociedad» que podrían desarrollarse a partir de *Frankenstein*. Robert hizo las veces de amanuense en las sesiones reducidas dedicadas a dar forma a la edición crítica, en las que también participaron Baldini, la historiadora Catherine O'Donnell, y representantes de las bibliotecas de la ASU, un instituto de secundaria local y la comunidad en general. Luego enviamos ejemplares de *Frankenstein* a profesores y estudiantes de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM, por las siglas de las disciplinas en inglés) y les pedimos que identificaran términos y fragmentos claves que requiriesen elucidación y elaboración para estudiantes de STEM, tanto de secundaria como universitarios. ¡Nos mandaron casi mil sugerencias! Y ahí empezó el trabajo editorial a fondo.

En la primavera de 2015, trabajando todavía con la financiación de la NSF, reunimos a un pequeño grupo de asesores para tratar tanto de una versión impresa como de una versión digital inmersiva de un *Frankenstein* anotado. Uno de los colaboradores principales fue Charles E. Robinson, profesor emérito de la Universidad de Delaware y uno de los mayores especialistas del mundo en *Frankenstein*. Robinson nos ofreció generosamente la posibilidad de utilizar como texto base su versión meticulosamente corregida y revisada de estilo del manuscrito original publicado en 1818. El taller nos dio una idea definida de lo que distinguiría nuestra edición crítica de las anteriores, que se habían concentrado en la importancia

histórica o literaria de la obra, abordándola como representante del romanticismo o la novela gótica. Otros volúmenes se habían centrado en la ciencia o la ética de *Frankenstein*, o en ambas, pero habían sido antologías críticas o se habían acercado a la novela como un aspecto secundario. Nosotros pretendíamos que nuestra versión fuese única al reunir el texto original y notas y breves ensayos de un grupo diverso de expertos. Esta yuxtaposición permitirá a los lectores de STEM explorar los tratamientos críticos de las dimensiones sociales y éticas de la investigación científica en compañía íntima de Victor Frankenstein, su criatura y una fascinante narración de creatividad y responsabilidad[1]. En lugar de fijarnos en los detalles de la ciencia y en lo que Mary Shelley reflejó, o no, con acierto[2], nuestra versión (aunque también incluya parte de esa discusión) subraya cuestiones más amplias de la

---

1 Con «crítico» nos referimos a un acercamiento minucioso al texto, de manera que no abordamos los aspectos superficiales sino más bien las ideas y sentidos profundos. Los estudiosos de humanidades a menudo denominan este enfoque «lectura a fondo». Así que no utilizamos el término *crítico* en el sentido despectivo de «subestimación» o «desdén». De hecho, dado el estilo de acercamiento crítico que encontraréis en este volumen, limitarse a atacar la novela o a destacar sus defectos no sería, ni de lejos, tan iluminador ni divertido.

2 Una fuente contemporánea de esta perspectiva se encuentra en un episodio de la serie de televisión por cable *Prophets of Science Fiction* (2011) dedicado a Mary Shelley y *Frankenstein*. La serie fue concebida, presentada y producida por el exitoso director de películas de ciencia ficción Ridley Scott. [El episodio en cuestión puede encontrarse, sin ninguna dificultad, aunque en inglés, buscando en Google].

iniciativa científica, el papel de los científicos y la relación entre la creatividad científica y la responsabilidad.

Con la asistencia sucesiva y en ocasiones simultánea de Valerye Milleson, Mary Drago y Joey Eschrich, revisamos la larga lista de notas sugerida y luego asignamos, encargamos, recogimos, corregimos, ampliamos, recortamos, moldeamos e incorporamos las notas en la conversación crítica de amplio espectro que conforma este volumen. También identificamos los temas importantes que había que destacar en los ensayos más largos —entre ellos, la creatividad, la imaginación, la monstruosidad, la angustia, la responsabilidad y los roles de género en *Frankenstein* y en la ciencia y la ingeniería— y encargamos ensayos a los principales expertos y escritores de la ASU, de Estados Unidos y del mundo entero. El resultado final, creemos, es una edición de *Frankenstein* que anima a una emocionante exploración multidisciplinar de las complejidades del desarrollo de la identidad profesional y personal y del lugar que le corresponde a la ciencia y a los científicos en un mundo que cambia velozmente.

***

Al organizar y editar todo este material, nos enfrentamos a la toma de innumerables decisiones sobre el estilo y el contenido. Pensándolo bien, tal vez las más trascendentales fueran las convenciones adoptadas para los nombres. En primer lugar, hemos decidido referirnos a la autora y a su

protagonista simplemente como Mary y Victor siempre que ha sido posible. Con este tratamiento familiar, no pretendíamos subestimarlos, sino que queríamos, precisamente, hacerlos más familiares. Mary tenía dieciocho años cuando empezó a poner sus ideas sobre papel. Victor era también muy joven, en gran medida un estudiante todavía. En ese sentido, ambos se parecen más a vosotros, lectores, que a nosotros. Queremos que los veáis como colegas, compañeros de clase y, tal vez, incluso como amigos, más que como una remota contribuyente al canon literario y el personaje maníaco que ella se inventó.

Sabiendo —como tantos han sabido antes que nosotros, desde el autor (o los autores) del Génesis a la propia Mary— que nombrar algo es imponerle cierto grado de poder creativo, hemos procurado identificar sistemáticamente a la creación de Victor como «la criatura». Lo hacemos por diversas razones, y la principal de ellas es permitir que los lectores determinen por sí mismos si los apelativos de *daemon* (utilizado con frecuencia en el texto) y *monstruo* (utilizado con más frecuencia en la posteridad) son apropiados. Para nosotros, *criatura* es una denominación más neutral, descriptiva y pedagógicamente apropiada.

Merece la pena apuntar que la forma en que ahora utilizamos la palabra *criatura* pasa por alto una etimología muy rica. En la actualidad, nos referimos a los pájaros y las abejas como criaturas. Los seres vivos son criaturas en

virtud, justamente, de su cualidad de estar vivos. Cuando hoy en día llamamos a algo «criatura», raramente pensamos en términos de algo que ha sido creado, y por tanto eliminamos la idea de un creador que subyace tras la de criatura. Del mismo modo, hemos perdido la connotación social del término *criatura*, pues esta no solo es creada biológica (o mágicamente), sino también socialmente. En la película contemporánea *Victor Frankenstein* (2015), por ejemplo, Daniel Radcliffe (el actor que interpretó a Harry Potter) encarna a Igor —el ayudante jorobado de Victor que no aparece en la novela de Mary, sino que se inventó para el escenario y la pantalla—, que es rescatado de un circo, curado de su malformación y adoptado por Victor, primero como ayudante y más adelante como colaborador en su laboratorio. Victor lo eleva desde una existencia subhumana, incluso dándole el nombre de Igor porque el jorobado deforme no tiene nombre, y lo convierte en un caballero inglés digno de ser invitado a clubes y bailes, y hasta del afecto de una bella mujer. Igor comprende que, en este sentido, es la criatura de Victor, igual que si su vida hubiera sido creada a partir de la no vida. De manera que, para reconocer los aspectos sociales y biológicos de la creación —así como la incapacidad del Victor de Mary para darle nombre, con lo que cuestiona su condición social—, hemos optado por nombrarla como «la criatura». De este modo, Mary, Victor y la criatura conforman la trinidad de nuestro texto.

También queremos reflexionar sobre el hecho de que somos un trío de hombres más o menos de mediana edad que potencialmente podríamos estar apropiándonos de la obra de Mary. Aunque cambiar los aspectos biológicos de nuestras identidades a efectos de esta edición es simplemente imposible, podemos reflexionar sobre qué significó para nosotros afrontar cuestiones de género en *Frankenstein* y planteárnoslas a nosotros mismos y a nuestros lectores. Primero, debemos subrayar de nuevo que, aunque la idea para el Frankenstein Bicentennial Project es de uno de nosotros, el concepto para este volumen se le ocurrió a nuestra colega Cajsa Baldini. En cuanto profesora contratada del Departamento de Inglés en la ASU, Cajsa se encuentra en una posición académica más vulnerable que la nuestra (dos somos titulares y otro va de camino). Ella tenía además que asumir la carga, tan conocida para muchas mujeres, de problemas médicos familiares que, en última instancia, la llevaron a pasarnos el proyecto. Sin su chispa creativa, este trabajo jamás habría existido, y le agradecemos su aprobación y su buena disposición para permitirnos continuar en su lugar.

Puede resultar difícil para algunos lectores, sobre todo para aquellos acostumbrados a vivir la vida relativamente privilegiada de los varones blancos, reconocer lo difícil que fue para Mary escribir y publicar este libro dada su condición de mujer joven, sin el dinero ni el respaldo de su familia (con la excepción de su marido, el poeta Percy Bysshe Shelley,

que, al fin y al cabo, era un marginado como ella). Cuando apareció la primera edición en 1818, en ella no constaba ningún autor, y algunos críticos y lectores dieron por sentado que Percy era el auténtico arquitecto de la narración. A varios críticos que conocían la verdad les pareció profundamente inquietante: el *British Critic* achacaba los defectos que encontraba en el texto al género de su autora, y acababa brutalmente su crítica diciendo: «El autor es, tenemos entendido, una mujer; eso supone un agravante de lo que es el mayor error de la novela; pero si la autora puede olvidarse de la delicadeza de su sexo, no hay razones para que nosotros la recordemos; y por tanto despacharemos esta novela sin más comentario» («Crítica de *Frankenstein*», 1818). Fue solo una de las numerosas ocasiones en que Mary no fue tomada en serio debido a su género y sus elecciones poco convencionales.

También podemos hablar de lo que ha supuesto para nosotros aprender de Mary porque, si cometiéramos el error de no reconocer la incuestionable inteligencia de su composición, de su legado y sus descendientes, de sus complejidades y la agudeza de su visión, caeríamos en un error tan colosal como el de Victor al no reconocer la inteligencia de su criatura, con la salvedad de que nosotros somos las criaturas de Mary y no a la inversa. En cuanto profesores universitarios, sabemos —aunque no siempre lo decimos— que nuestros estudiantes tienen cosas que enseñarnos. No trabajamos partiendo del malentendido de

que vayamos a aportar gran cosa a Mary; más bien, nuestra esperanza es acercárosla con más claridad e intensidad. Este empeño requiere, como esperamos haber conseguido mediante los ensayos y las notas, la admisión de que Mary no era tan solo una escritora interesante sino también una pensadora potente. Sus padres —la filósofa feminista Mary Wollstonecraft, que murió al poco del parto de Mary, y el filósofo político igualmente radical William Godwin— le proporcionaron la materia prima. Los relatos sobre su enseñanza intensiva traen a la memoria la que impusieron a sus hijos otros padres implacables del siglo XIX como James Mill, que, al educar a John Stuart Mill le causó una depresión nerviosa antes de que llegara a ser el teórico político que acabaría por superarle. Al darle la vuelta a los roles de género, Mary no se volvió introspectiva ni angustiada, sino que se volvió hacia el exterior y se rebeló. A los dieciséis años, Mary se fugó con Percy de Inglaterra a la Europa continental, regresó poco después pero solo para fugarse de nuevo en el viaje que la llevó a imaginar *Frankenstein*. Mary tomaba drogas (láudano, un opiáceo en polvo) y se quedó embarazada de un hombre que por entonces estaba casado con otra: si se hubiera presentado en la ASU o en cualquier otra universidad, se la habría clasificado como «estudiante de riesgo» y se la habría considerado susceptible de asistencia.

Y los riesgos que corría eran importantes. Cuando Mary empezó a escribir *Frankenstein*, ya había sido madre y

perdido a una niña. La pequeña Clara llegó con dos meses de adelanto en febrero de 1815, y murió dos semanas después, para desolación de Mary. Más tarde dejó escrito que tuvo un «sueño despierta» que le inspiró *Frankenstein* en el que conseguía revivir a Clara acercándola al fuego y amamantándola hasta que recobraba la salud. Mary daría a luz a cuatro hijos en total, y enterraría a tres de ellos. A lo largo de toda su vida, el nacimiento y la muerte estuvieron íntimamente relacionados. Los temas de la paternidad y la responsabilidad en *Frankenstein*, de criaturas perdidas e hijos muertos, eran experiencias viscerales para Mary. Entre sus muchas facetas, *Frankenstein* era un relato de fantasmas muy personal para su autora.

Tras la publicación de *Frankenstein*, la vida de Mary fue incluso más difícil si cabe. Perdió otros dos hijos, en gran medida a causa de viajar con ellos por Europa en condiciones precarias por su amado Percy, y luego también lo perdió a él, cuando se ahogó en Italia, a los veintinueve años. Una heroína menos fuerte de la época de Mary habría seguido a Percy a la tumba por su propia mano. Mary resistió. Y del mismo modo que nos cautiva su capacidad intelectual, nos pasman su resistencia y su fuerza emocional[3].

---

3 Las dificultades para comprender a Mary Shelley a lo largo de los siglos las ha plasmado con brillantez un monólogo encargado por el Bakken Museum, donde también se representó. Ubicado en Mineápolis, el Bakken es un pequeño museo dedicado a la historia de la investigación en electricidad y magnetismo inspirado por Earl Bakken, inventor de una

Las cuestiones de género y marginación se plantean en varios de los ensayos que hemos reunido en este volumen, específicamente en las contribuciones de la estudiosa Anne K. Mellor y la escritora de ficción Elizabeth Bear. Coincidimos con ellas en que solo Mary, con su experiencia física y su sabiduría encarnada, podría haber escrito *Frankenstein* con tanta profundidad. A decir verdad, las dudas sobre la autoría de Mary persistieron aún después de que se revelara su nombre por primera vez; críticos posteriores supusieron que era en realidad obra de Percy, como si ella no hubiera sido capaz de escribirla. Sin duda, Percy contribuyó a la novela. Pero si hubierais visto el manuscrito y la copia transcrita en la Bodleian Library de la Universidad de Oxford, y Bruce Barker-Benfield os hubiera guiado en un deslumbrante recorrido por sus reveladores detalles (como ha hecho uno de nosotros), habríais descubierto exactamente cómo lo hizo: la dinámica del amor y la creatividad desplegándose en el fluir serpenteante de la mano de la autora y las interjecciones angulosas de la adiciones editoriales de Percy. Este libro de una joven que se pasaba horas leyendo literatura, filosofía e historia junto a la tumba de su madre, que fue repudiada por su padre cuando se fugó a Europa con Percy, y que perdió a una hija a los diecisiete años es singular. Nadie, ni antes ni después, podría haber escrito *Frankenstein* con la misma combinación de amplitud

---

tecnología muy frankensteiniana: el marcapasos transistorizado. En el taller de mayo de 2014, se nos ofreció una representación de ese monólogo realizada por Dawn Krzykowsky Brodey.

intelectual, profundidad moral e intensa experiencia personal.

***

También nos parece importante defender la pertinencia de situar a Mary, Victor y la criatura en el centro de las conversaciones sobre la ciencia y la tecnología contemporáneas. Por descontado, supone un privilegio abordar una de las novelas más influyentes y más incluidas en las listas de lecturas obligatorias (aunque no tan leídas) de la lengua inglesa, una obra que ha inspirado incontables versiones en la alta y la baja cultura. Esa fertilidad dice algo importante del relato: *Frankenstein* dista de ser un credo anticientífico, y los científicos e ingenieros no deberían temerla. El blanco al que apunta la idea literaria de Mary no es tanto el contenido de la ciencia de Victor cuanto su manera de llevarla a la práctica. Ese blanco es el mismo en gran parte de la ciencia ficción —un género que ciertamente Mary ayudó a inventar—, especialmente en el subgénero que adopta un giro distópico[4]. Podemos optar por centrarnos en la naturaleza admonitoria del relato o por fijarnos en la parte que sigue inspirando a los estudiantes

4 La relación de la ciencia ficción, y la sociedad en general, con el futuro ocupa un lugar central en el trabajo que uno de nosotros (Finn) realiza en el Center for Science and the Imagination de la ASU. El centro se fundó para explorar y ampliar nuestra capacidad colectiva para imaginar una amplia gama de posibilidades futuras, sobre todo en términos de creatividad y responsabilidad

que creen que pueden hacerlo mejor como pensadores, creadores, investigadores y ciudadanos creativos y responsables.

Desde la época de Mary, la ciencia y la tecnología se han vuelto más dominantes en la sociedad. (No sabríamos decir qué sociedad cambiaba más deprisa, si la de Mary con la energía de vapor o la nuestra con la energía solar, nuclear y computacional). Para pensar en el tercer siglo que seguirá a la visión de Mary, abrimos la puerta a lo que podrían ser las más ubicuas iniciativas científicas y técnicas todavía por venir: la creación y el diseño de organismos vivos mediante técnicas de biología sintética, la creación y el diseño de sistemas de escala planetaria mediante la ingeniería climática, y la integración de la potencia y los procesos computacionales en prácticamente todos los sectores de la sociedad global e incluso en las fibras de nuestro propio ser. Estas tecnologías, radicalmente distintas entre ellas en escala y materiales, comparten una perspectiva prometeica. Cada una de ellas combina procesos naturales con el ingenio humano más avanzado y se propone ofrecer beneficios muy necesarios, pero, al mismo tiempo, todas presentan riesgos reales e incluso existenciales que hunden sus raíces en la larga sucesión de anteriores exhibiciones de ingenio y pretensiones humanas. Aun así, este marco de biología sintética, ingeniería climática y computación ubicua oculta, en términos de riesgo y beneficio, cuestiones cruciales tanto políticas como de valores: ¿quién decide las prioridades de

la investigación y el desarrollo científicos? ¿Quién dice cuáles son los problemas o grandes retos que debemos abordar? ¿Quién dice cómo los solucionamos (o si los resolvemos para siempre o nos contentamos con un apaño)? ¿Quiénes van a participar en esos beneficios?, ¿la misma gente a la que ponemos en peligro con nuestras tentativas de resolver los problemas en cuestión?

Esas y muchas otras preguntas forman parte del perenne legado del *Frankenstein* de Mary Shelley, que aquí os presentamos en una nueva edición crítica diseñada para mejorar nuestra comprensión colectiva y para inventar —deliberadamente— un mundo en el que todos queramos vivir y, ya puestos, en el que todos podamos prosperar.

INTRODUCCIÓN

Charles E. Robinson

En esta novela escrita por Mary Wollstonecraft Shelley (1797-1851), Victor Frankenstein (que nunca aparece como «doctor» Frankenstein) deja atrás su idílica infancia y la paradisíaca Ginebra, va a la universidad, estudia las tecnologías y procedimientos médicos más avanzados, crea un monstruo sin nombre[5], y sufre las peligrosas

5 En mis anteriores publicaciones sobre Frankenstein me he referido a la creación sin nombre de Victor Frankenstein como «el monstruo», que me parecía el nombre más apropiado de todos los que se le dan en la novela (donde también se le denomina «criatura», «ser», «engendro», «diablo» y «demonio»). En esta introducción me adapto al uso de los editores de la

consecuencias de su búsqueda del conocimiento cuando su criatura destruye a su hermano William, a su esposa, Elizabeth, y a su mejor amigo, Henry Clerval. En resumen: *Frankenstein* es un relato admonitorio. Y ahora un instituto de tecnología lo publica por primera vez con el propósito de educar a estudiantes que se especializan en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas (STEM). (Es posible que algunos lectores prefirieran o necesitaran sustituir las *matemáticas* por la *medicina* en este acrónimo). Hasta esta edición, *Frankenstein* ha sido sobre todo editado y publicado para estudiantes de humanidades —quienes también han sido sus principales lectores—, estudiantes igualmente necesitados de la lectura de este relato de aviso sobre el conocimiento prohibido y el riesgo de jugar a ser

---

palabra *criatura* para denominar al «ser» sin nombre, pese al hecho de que algunos que utilizan la palabra *criatura* tienden a disculpar sus actos, mientras que quienes utilizan la palabra *monstruo* tienden a considerarlo responsable de los asesinatos que comete. Mary sin duda quería obligar al lector a juzgar moralmente a la «criatura» al no ponerle nombre. Por ejemplo, si lo llamáramos «demonio» (*daimón* o*daemon*) no lo demonizaríamos necesariamente, pues para Mary «demonio» no se refería al diablo (y menos aún a un programa del sistema Unix) sino, como en la mitología griega, a un mensajero entre el cielo y la tierra, un ser sobrehumano, aunque no llegue a ser un dios. Al carecer de un único nombre, el monstruo tiene una universalidad que abarca a toda la humanidad; de hecho, cuando Mary vio en el programa de la primera versión teatral de su novela en 1823 que el papel de «…» lo interpretaba «Mr. T. Cooke» le comentó en una carta a Leigh Hunt que «su modo de nombrar sin nombre lo innombrable es bastante buena» (M. Shelley 1980, 1:378). Al lector también se le recuerda de este modo que *nombrar* es un acto simbólico en el que quien pone nombre es más importante que el nombrado; el que Victor no le dé nombre a su «criatura» nos dice mucho de su relación.

Dios. Así que, para abarcar al público más amplio, publicamos lo que también cabría definir como una «edición STEAM» de *Frankenstein*, donde la A añadida significa «artes, diseño y humanidades»[6].

La versión para STEAM nos proporciona un punto de partida para un análisis de *Frankenstein* porque su acción se desarrolla en la década de 1790, momento en el que James Watt (1736-1819) ya había mejorado radicalmente su máquina de vapor y empezó, de hecho, la revolución industrial, que aceleró el desarrollo de la ciencia y la tecnología, así como el de la medicina y la maquinaria en el siglo XIX[7].

El nuevo motor de vapor dio energía a las fábricas de papel, imprimió periódicos y desarrolló aún más el comercio con barcos de vapor y trenes. Esos mismos años recibieron el estímulo de la Revolución Francesa, y el que desee una cronología de la acción en *Frankenstein* descubrirá que Victor Frankenstein fue a la Universidad de Ingolstadt en 1789, el año de la caída de la Bastilla, y desarrolló su criatura

---

6 Nótese el juego de palabras de Robinson: mientras *stem* significa, literalmente, «tallo», o «madre» (en el sentido de «célula madre», *stem cell*, uno de los temas recurrentes de las notas), *steam* significa «vapor», y la novela se desarrolla en plena revolución industrial. (*N. del t.*)

7 Entre los muchos legados de Watt se cuenta el nombre de la unidad de potencia que hoy denominamos «vatio».

en 1793, el año del reinado del Terror en Francia[8]. El Terror (así como el error) fue hijo de ambas revoluciones, y la novela de Mary registra los efectos aterradores del nacimiento de la nueva era revolucionaria, en cuyas sombras todavía vivimos.

Frankenstein nos presenta un mundo lleno de sombras, tinieblas y terror: con frecuencia leemos estas tres palabras y sus variantes en el texto de *Frankenstein*; encontramos la versión visual de las tres palabras en las centenares de adaptaciones de la novela a la pantalla y al escenario, a menudo con la figura del monstruo de cuello atornillado de Boris Karloff, y sentimos en carne propia las sombras, las tinieblas y el terror cuando leemos las numerosas informaciones sobre clonación, ingeniería genética, *frankenfoods*, y el recientemente exhumado *frankenvirus*[9], del que se informó en septiembre de 2015. Todas esas referencias tienen su origen metafórico en una adolescente llamada Mary Godwin, que se fugó al continente europeo con el poeta casado Percy Bysshe Shelley (1792-1822) a finales de julio de 1814, cuando ella tenía dieciséis años; empezó a escribir su novela sobre Victor y su criatura en

8 Véase Robinson 2016*b*, 1:LXV-LXVI, y, en especial, lXXV n. 46, donde también se cita a Anne K. Mellor y Leonard Wolf, y Robinson 2016*a*. Véase asimismo Crook, 1996, 1:51 n.

9 No parecen necesitar traducción los neologismos compuestos con «Franken…»; baste apuntar que los *frankenfoods* suelen ser alimentos de productos genéticamente modificados, y los *frankenvirus*, virus revividos por el hombre. (*N. del t.*)

Ginebra a mediados de junio de 1816, después de que la primera esposa de Shelley, Harriet, se suicidara; acabó la novela en abril o mayo de 1817, cuando tenía diecinueve años, y la publicó el 1 de enero de 1818, cuando había cumplido los veinte. Y esta edición STEAM de la novela ha sido preparada exactamente doscientos años después, en conmemoración del bicentenario de los logros de esta joven.

Para empezar, debe afirmarse rotundamente aquí que Mary no era una ludita que se oponía a las nuevas tecnologías. De hecho, le interesaban mucho los temas científicos, seguramente como consecuencia de la influencia de sus padres, Mary Wollstonecraft (1759-1797) y William Godwin (1756-1836). Wollstonecraft fue una famosa feminista y filósofa política que murió once días después del nacimiento de su hija, a la que llamaron Mary Godwin, pero la hija se educó leyendo las obras de su madre, incluidas *Reflexiones sobre la educación de las hijas* (1787) y la más famosa *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), en la que defendía que las escolares de primaria de la época debían realizar los sencillos experimentos en «filosofía natural» o ciencia que realizaban sus compañeros varones de la misma edad. Mary también recibió una educación científica indirectamente de su padre, famoso novelista y filósofo político al que visitaban en casa muchos famosos escritores e intelectuales, entre ellos el científico e inventor William Nicholson (1753-1815). De niña, Mary conoció, casi con toda seguridad, a Nicholson durante sus

numerosas visitas a Godwin hasta febrero de 1810, y es probable que conociera sus publicaciones, que incluían *The first principles of chemistry* (1790; tercera edición, 1796) y su primer manual para estudiantes *Introduction to natural philosophy* (2 vols., 1782; quinta edición, 1805). Como ha apuntado William St. Clair en su contrastada biografía de los Godwin y los Shelley, William Godwin recurría a Nicholson buscando «información de las últimas teorías en química, física, óptica, biología y las demás ciencias naturales» y «su consejo en el método científico» ([1989] 1991, 61).

Cuando Mary conoció a Percy Shelley, se enteró de que a este lo había animado a profundizar en sus estudios científicos en Eton el doctor James Lind (1736-1812), miembro de la Lunar Society, un club al que pertenecían científicos como James Watts; el físico y filósofo natural Erasmus Darwin (1731-1802), que publicó *Zoonomía* (1794-1801), un tratado médico-filosófico que abordaba materias como la reproducción, el desarrollo, las sensaciones y la enfermedad, y el pastor disidente y activista político Joseph Priestley (1733-1804), que conoció a Benjamin Franklin y publicó *The history and present state of electricity, with original experiments* (1767)[10]. Es posible que Mary también supiera que en Oxford, en 1810-1811, Percy había

10 A los lectores de esta edición que deseen profundizar en los diversos antecedentes de *Frankenstein* les animo a buscar información sobre esos y otros científicos del siglo XVIII en el *Oxford Dictionary of National Biography* (accesible *on-line* en la mayoría de bases de datos universitarias) y a leer sus obras y otras en Google Books y hathitrust.org.

construido su propia cometa eléctrica, había hecho saltar chispas con un aparato eléctrico y hasta almacenado el «fluido» de la electricidad en botellas de Leyden: esas pruebas sirven de base a los experimentos eléctricos del padre de Victor, Alphonse, en *Frankenstein*. Los dos Shelley asistieron al menos a una de las numerosas conferencias sobre química y electricidad que se impartían en el Londres de la época. Mary anotó el 28 de diciembre de 1814 que había acudido al Theatre of Grand Philosophical Recreations en la Great Room de Spring Gardens, donde el famoso especialista en elevar globos y descender en paracaídas Profesor Garnerin dio una conferencia titulada «Electricidad, gas, aeroestación, fantasmagoría y deportes hidráulicos»[11]. En Ginebra, en junio de 1816, durante el verano más frío del que se tiene registro, Mary escuchó las conversaciones entre lord Byron y Percy sobre la posibilidad de descubrir «la naturaleza del principio de la vida» (ver «Pero lo cierto es que fue un verano húmedo…»), sobre galvanismo y los

11 Véase M. Shelley 1987, 1:56 y n., y un anuncio del *Morning Post* del 8 de noviembre de 1814, p. 2, col. 1. El «profesor Garnerin» era seguramente el aeronauta André-Jacques Garnerin (1769-1823), aunque también es posible que se tratara de su hermano Jean-Baptiste-Olivier Garnerin (1766-1849). Debido a una lectura errónea de la entrada del diario de Mary, el conferenciante es incorrectamente identificado como Andrew Crosse en decenas de páginas web y algunos libros: véase, por ejemplo, Prior 2015. (Nótese que los errores «difíciles de corregir» se filtran en los textos literarios tanto como en los científicos). También cabe la posibilidad de que las conferencias a las que Godwin llevó a Mary a principios de 1812 (los días 2, 9, 13, 16, 20 y 27 de enero), como consta en el diario de este, versaran de anatomía y química; véase Godwin 2010.

experimentos de Erasmus Darwin, así como sobre la posible reanimación de un cadáver[12]. Y a principios de agosto de 1816, le confeccionó un globo y le compró un telescopio a Percy por su cumpleaños[13]. A los pocos meses, el 28 de octubre, anotó lo bien que conocía la ciencia de sir Humphrey Davy (1778-1829), cuyo libro *Elements of chemical philosophy* (1812)[14] leyó mientras esbozaba los primeros capítulos de *Frankenstein* en el otoño de 1816.

Durante los dos años anteriores a que empezara a escribir *Frankenstein*, Mary estuvo casi con toda seguridad al tanto, a través de Percy, de la famosa controversia vitalista que mantuvieron dos prominentes científicos, John Abernethy (1764-1831) y su discípulo, William Lawrence (1783-1867), ambos profesores de anatomía y cirugía en el

---

12 El frío verano era consecuencia de la erupción del volcán indonesio Tambora, que cubrió la atmósfera de gas y ceniza (véase «Frankenstein's Summer» y «Ice Tsunami in the Alps» en D'Arcy Wood 2014, 1-11, 150-170). Durante la narración de los relatos de fantasmas en la Villa Diodati de Byron, se reunieron Mary y Percy, el poeta de veintiocho años lord Byron (1788-1824), la hermanastra de Mary, de dieciocho años, un poco menor que ella, Clara Mary Jane (Claire) Clairmont (1798-1879), que esperaba un hijo de Byron, y el joven médico personal de este, John William Polidori (1795-1821).

13 Véase M. Shelley 1987, 121-122, entradas del diario del 1-4 de agosto de 1816.

14 Garrett 2002, 24-25. Shelley leyó *Elements of Chemical Philosophy* (1812) de Davy entre el 28 y el 31 de septiembre de 1816, mientras esbozaba*Frankenstein*. El lector avisado tal vez encuentre ecos de las obras de Davy en la novela.

Royal College of Surgeons de Londres[15]. Percy había asistido a algunas clases de Abernethy en 1811, y Lawrence era su médico personal[16]. Además, Mary había visto a Lawrence al menos en dos ocasiones cuando acompañó a su padre a tomar el té el 1 de junio de 1812 y el 5 de marzo de 1813 a casa de John Frank Newton, famoso por su vegetarianismo[17]. Lawrence y Abernethy se habían convertido en rivales en 1814: el primero defendía una explicación materialista de la vida y se oponía a la teoría del vitalismo de Abernethy, que explicaba la vida en términos de «una fuerza "sobreañadida"…, una "sustancia invisible, móvil, sutil", análoga, por un lado, al alma, y por el otro, a la electricidad»[18]. Este debate entre Lawrence y Abernethy pudo haber inspirado la descripción que hace Mary de las relaciones de Victor con sus dos profesores en la Universidad

---

15 Para más información sobre el materialismo y el vitalismo, véase el ensayo «Concepciones cambiantes de la naturaleza humana», de Jane Maienschein y Kate MacCord, en este volumen.

16 Véase Bieri 2008, 135, 266, 313, 383-384.

17 Newton acababa de publicar *The Return to Nature or, A Defense of Vegetable Regimen; with Some Account of an Experiment Made during the Last Three or Four Years in the Author's Family* ([1811] 2015). Nótese que la criatura es vegetariana y se sustenta con «bellotas y bayas» (p. 186).

18 M. Butler 1993*a*, 12-14, citando a John Abernethy. Véase también «The Shelleys and Radical Science», introducción de Mary Butler a *Frankenstein; or, The Modern Prometheus; The 1818 Text* (Butler 1993*b*, XV-XX), que fue reimpresa en una edición de Oxford World's Classics de *Frankenstein* (M. Shelley 2008). Para más información al respecto, véase Mellor 1987 y el ensayo de la misma Mellor en este volumen. Véase también Rushton 2016.

de Ingolstadt (1472-1800), una institución bávara real que contaba con facultades de ciencias, humanidades y medicina[19]. Victor conoció primero y rechazó al «señor Krempe, profesor de filosofía natural» (ver «Tales eran mis pensamientos…»), quien lo ridiculizó por su concentración en los filósofos alquímicos Alberto Magno (*c*. 1193-1280) y Paracelso (1493-1541) y le recomendó los libros más recientes sobre filosofía natural. Victor no era ningún ingenuo, pero su reacción negativa a Krempe estaba dictada por la fisonomía del profesor (la apariencia externa es un motivo recurrente en esta novela: véanse las aterrorizadas reacciones a la criatura deforme). Como explica el propio Victor: «… hacía tiempo que yo también consideraba inútiles a aquellos escritores que el profesor había reprobado de aquel modo tan enérgico… pero tampoco me sentí muy inclinado a estudiar aquellos libros que había adquirido por recomendación suya. El señor Krempe era un hombrecillo pequeño y gordo de voz ronca y rostro desagradable, así que el profesor no me predisponía a estudiar su materia. Además, yo tenía mis reparos respecto a la utilidad de la filosofía natural moderna» (ver «Y diciéndome esto, se apartó…»).

Victor cambió su opinión sobre la ciencia moderna cuando escuchó al señor Waldman (también inspirado en el amable profesor de Eton de Percy Shelley, el doctor Lind) impartir

19 La Universidad de Ingolstadt también era conocida por los Illuminati, una sociedad secreta revolucionaria fundada allí en 1775.

una conferencia sobre la historia de la ciencia, una conferencia que la mayoría de los estudiantes de STEM tendrían que escuchar hoy:

… el señor Waldman entró poco después. Este profesor era un hombre muy distinto a su colega. Rondaría los cincuenta años, pero con un aspecto que expresaba una gran bondad… Comenzó la lección con una recapitulación de la historia de la química y de los avances que habían llevado a cabo muchos hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de los grandes sabios. Después ofreció una perspectiva general del estado actual de la ciencia y explicó muchas de sus bondades. Después de hacer algunos experimentos sencillos, concluyó con un panegírico dedicado a la química moderna; nunca olvidaré sus palabras:

«Los antiguos maestros de la ciencia —dijo— prometían imposibles y no consiguieron nada. Los maestros modernos prometen muy poco. Saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es solo una quimera. Pero estos nuevos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para escarbar en la suciedad y cuyos ojos parecen solo destinados a escudriñar en el microscopio o en el crisol, en realidad han conseguido milagros. Penetran en los recónditos escondrijos de la Naturaleza y muestran cómo opera en esos lugares secretos. Han ascendido a los cielos, y han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido nuevos y casi ilimitados poderes: pueden dominar los truenos del cielo, simular un

terremoto, e incluso imitar el mundo invisible con sus propias sombras» (Tales fueron mis pensamientos «Tales fueron mis pensamientos…»).

Esa misma tarde, Victor va a buscar a Waldman a su casa y descubre que su nuevo mentor es extraordinariamente comprensivo y afable:

Escuchó con atención mi pequeña historia referente a los estudios y sonrió cuando pronuncié los nombres de Cornelio Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que el señor Krempe había mostrado. Solo dijo que «los modernos filósofos estaban en deuda con el infatigable esfuerzo de aquellos hombres que sentaron las bases del conocimiento. Ellos nos encomendaron una tarea más sencilla: dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones comprensibles los hechos que, en buena parte, ellos habían sacado a la luz. El trabajo del hombre de genio, aunque esté equivocado o mal dirigido, muy pocas veces deja de convertirse en un verdadero beneficio para la humanidad»… añadí que su lección había conseguido apartar de mí cualquier prejuicio contra los químicos modernos; y también le pedí que me aconsejara respecto a los libros que debía leer (ver «Pero estos nuevos filósofos, cuyas manos…»).

Antes de invitar a Victor a utilizar las máquinas de su laboratorio, Waldman le transmite un mensaje que habla, saltándose las décadas transcurridas, a los estudiantes de STEM del siglo XXI:

La química es esa rama de la filosofía natural en la cual se han hecho y se harán los avances más importantes. Por eso la escogí como disciplina principal en mi trabajo. Pero, al mismo tiempo, no he descuidado otras ciencias. Uno sería un triste químico si solo estudiara esa materia. Si su deseo realmente es llegar a ser un verdadero hombre de ciencia y no simplemente un experimentador frívolo, debería aconsejarle que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas (ver «—Me alegra mucho tener un nuevo discípulo…»).

Pese a estas defensas de la química y la filosofía natural en su novela, Mary sabía que se podía hacer un mal uso de la ciencia, como es evidente en los experimentos egoístas y temerarios de Victor, que no tienen en cuenta sus consecuencias. Incluso Victor es consciente de la diferencia entre sus actos egoístas y sus actos desinteresados. En su primera conversación con el explorador científico Robert Walton, el narrador de esta «narración enmarcada»[20], Victor prosigue: «No voy a conducirle a usted, ingenuo y apasionado, como lo era yo en aquel entonces, a su propia destrucción y a un dolor irreparable», y continúa: «Aprenda

20 La narración enmarcada es básicamente un dispositivo didáctico: de fuera adentro, el lector es para Walton lo mismo que Walton es para Victor, y lo que Victor es para la criatura, y esta para los De Lacey. De dentro afuera, los De Lacey enseñan a la criatura, que enseña a Victor, que enseña a Walton, que enseña a su hermana, Margaret Walton Saville (nótese que las iniciales MWS coinciden con las de Mary) y por tanto enseña al lector sobre las peligrosas consecuencias de la búsqueda del conocimiento.

de mí, si no por mis consejos, al menos por mi ejemplo, y vea cuán peligrosa es la adquisición de conocimientos y cuánto más feliz es el hombre que acepta su lugar en el mundo en vez de aspirar a ser más de lo que la naturaleza le permitirá jamás» (ver «La sorpresa que experimenté…»). En su lecho de muerte al final de la novela, Victor vuelve a hacer una advertencia similar a Walton: «Busque la felicidad en la tranquilidad y evite la ambición, aunque sea la ambición aparentemente inocente de sobresalir en las ciencias y los descubrimientos. Pero… ¿por qué digo eso? Yo he fracasado, pero quizá otro pueda tener éxito…» (ver «Su voz se debilitó…»).

Aunque Mary parece dejar una puerta abierta ahí para un futuro en el que la ciencia y la generosidad se servirán mutuamente, el argumento básico de la novela es que la ciencia puede ser tan destructiva como constructiva. Ese argumento sobre los peligros del conocimiento queda subrayado cuando la criatura declara: «encontré un *fuego* que habían abandonado algunos mendigos vagabundos y me embargó un gran placer cuando sentí su calor. En mi alegría, alargué mi mano hacia las brasas vivas, pero rápidamente la aparté con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que *la misma causa produjera al mismo tiempo efectos tan contrarios*!» (ver «Un día, estando

aterido de frío…», la cursiva es mía[21]). Con su subtítulo, *El moderno Prometeo*, Mary pide al lector que recuerde el mito de Prometeo, en el que el titán roba el fuego (que representa el conocimiento) al Zeus olímpico para entregárselo al hombre primordial y prerracional, y acaba sufriendo las consecuencias de sus actos. Zeus encadena a Prometeo, el creador del hombre racional, a una roca, donde cada día lo visita un buitre/águila que le devora el hígado/corazón, y cada día se ve sometido al mismo castigo. De manera que el conocimiento causa pesar, y el fuego, dolor; y la etimología del nombre *Prometeo* (previsión) es irónica: Victor, «el moderno Prometeo», carece de previsión y no comprende las consecuencias destructivas de sus actos al crear su criatura. Aunque Mary no añadió explícitamente el mito-corolario en su narración, el hermano de Prometeo, Epimeteo («el que reflexiona más tarde») está asociado con todos los males liberados de la caja de Pandora: consumaciones de ese mito habrían sido las decisiones tecnocráticas que condujeron al uso del pesticida DDT, la bomba atómica, Three Mile Island, Chernóbil, y el permiso del gobierno británico, del que informaba la prensa del país el 1 de febrero de 2016, para que una célula madre se utilizase para la edición del genoma pese a las objeciones de que se estaba haciendo caso omiso a cuestiones éticas.

21 Mary recurre al mismo simbolismo cuando la criatura entrega leña para ayudar a la familia De Lacey en sus tareas, pero más adelante, cuando la familia le rechaza, quema la granja.

Prometeo no es el único mito que utilizó Mary para desarrollar su tema. Más llamativas incluso son sus muchas referencias al Libro del Génesis, con su jardín del Edén y el árbol del conocimiento del bien y del mal. El epígrafe de la primera página de la primera edición de *Frankenstein* de 1818 está extraído del famoso poema épico de John Milton *El Paraíso perdido*, uno de los libros con los que aprende a leer la criatura. «Aprende rápido» cuando lee que Adán y Eva, tentados por Satanás para ser como Dios al conocer el bien y el mal, comieron del árbol y fueron expulsados del paraíso. El conocimiento llevó al pesar y a la caída de la humanidad por el pecado de arrogancia o soberbia. El lector atento reconocerá que la edénica infancia de Victor en Ginebra se ha perdido cuando va a la universidad a estudiar ciencias: él se lamenta de la pérdida de su «ciudad natal» (ver «Uno de los aspectos que…»), del mismo modo que la criatura lamenta su pérdida después de aprender la «ciencia divina» de la palabra (ver «Así pasé el invierno…») y «la ciencia de las letras [lectura]» (ver «Pasaba los días prestando…»): «… el conocimiento solo logró aumentar mi pesadumbre. ¡Oh…! ¡Ojalá me hubiera quedado para siempre en mi bosque primero, sin saber ni sentir nada más que el hambre, la sed o el calor…!» (ver «No puedo explicar la angustia…»[22]).

22 El tercer mito occidental sobre las peligrosas consecuencias de la búsqueda del conocimiento puede encontrarse en *El banquete* de Platón (Platón 1999), en el que Aristófanes, al intentar definir el amor, cuenta la historia del ser primordial esférico y sexualmente completo (tiene cuatro

Los paralelismos entre las afirmaciones de Victor y de la criatura sobre los peligros del conocimiento llevan a que nos fijemos en el tema del *doppelgänger* o doble de esta novela en la que la fealdad física de la criatura refleja la fealdad psicológica de su creador, Victor. La relación, en palabras del propio Victor: «Pensé en el ser a quien había arrojado en medio de la humanidad y a quien había dotado de voluntad y de poder para ejecutar sus horrorosos proyectos, como aquel que había llevado a cabo, casi como si fuera mi propio vampiro, mi propio espíritu liberado de la tumba, obligado a destruir a todos aquellos que yo amaba» (ver «Amaneció, y dirigí mis pasos…»). Si el hombre estaba hecho a imagen de Dios, sería más que lógico que la criatura fuera hecha a imagen de su creador psicológicamente deforme, alguien cuya cabeza o razón ha destruido su corazón o emociones en las personas de Elizabeth y Clerval: en la edición de 1831, Victor identifica su Elizabeth como el «espíritu viviente del

---

brazos y cuatro piernas) que sube hasta la mitad del monte Olimpo y con los apéndices de más escala hasta las alturas e irrumpe en los dominios de los dioses. Como respuesta a la presunción y orgullo de ese ser, los dioses lo dividen en dos mitades. Aristófanes concluye que el amor es el deseo de rehacer como un todo, completo e íntegro, lo que antes había sido un todo completo e íntegro. Mary no alude a este mito hasta la edición de 1831, en la que Victor le dice a Walton que «somos criaturas sin acabar de formar, medio hechas, si una es más sabia, mejor y más querida que nosotros mismos —como debería serlo un amigo— no pida su ayuda para perfeccionar nuestras naturalezas débiles y defectuosas. Una vez tuve un amigo [Clerval], la más noble de las criaturas humanas, y por tanto estoy en condiciones de juzgar sobre la amistad» [1831] 2000, 38. Mary conoció el mito cuando, como amanuense, transcribió la traducción de Percy de *El banquete* en 1818.

amor» que él necesita para su plenitud psíquica; y tanto en la edición de 1818 como en la de 1831, Victor «veía la imagen de lo que yo había sido antaño» en Clerval (ver «Si aquel viaje hubiera tenido…»). Un gráfico ayuda a mostrar las relaciones simbólicas entre los personajes principales en la medida en que exteriorizan el conflicto interno de Victor:

CABEZA	Robert Walton	Victor Frankenstein	la criatura
CORAZÓN	Margaret Walton Saville	Elizabeth Lavenza y Henry Clerval	la criatura femenina

Una vez Victor destruye a la criatura femenina, es inevitable que la criatura destruya a su vez a Elizabeth y Clerval; de hecho, la novela «acaba» la noche que Victor construye su criatura, y el resto de la trama simplemente da tono literario y exterioriza los actos autodestructivos de Victor cuando excluye el amor de su corazón y, en la forma de su yo monstruoso, mata a Elizabeth y Clerval en lo que podría interpretarse como un suicidio.

Esta lectura de *Frankenstein* es solo una de las muchas que permite la novela. El Victor que construye su criatura monstruosa también puede leerse como la ciencia política o los filósofos políticos que crean la destructiva Revolución Francesa, o como la ciencia de la filosofía natural que crea la

deshumanizadora revolución industrial. Y otra lectura posible de la novela es que trata de la creación de la propia novela: del mismo modo que Victor ensambla huesos, músculos, tendones y otras partes del cuerpo de su criatura, así Mary ensambló las palabras, imágenes, símbolos y la puntuación de su novela. Para que quedara claro, utilizó metáforas de la concepción y el parto en su introducción a la edición de 1831: así «*concebir* y desarrollar una idea tan horrorosa», «invito a mi monstruosa *progenie* a que siga adelante y prospere. Le tengo cariño, porque fue el *fruto* de días felices» (pp. 269, 274, las cursivas son mías[23]).

Esos días felices implicaron la colaboración con Percy Shelley en 1816 y 1817, cuando fue escrita la novela: y esta es una lección para los estudiantes de STEM porque la colaboración a menudo es esencial para la mayor parte de los descubrimientos científicos. Como he señalado en otras publicaciones[24], Percy corrigió la novela de Mary, sugiriendo

---

23 Para una de las muchas metáforas del parto en la novela, piénsese en las palabras de Frankenstein —«Mi rostro había palidecido con el estudio y todo mi cuerpo parecía demacrado por el constante confinamiento» (ver «Aquellos pensamientos…»)— durante el período en que daba forma a la criatura: *confinement* denota, en inglés, el período inmediatamente anterior al parto. Para otra referencia a esta metáfora, piénsese que la narración de Walton se alarga durante 276 días, es decir, los nueve meses del período de gestación.

24 Véase mi «Frankenstein Chronology» (Robinson 2016*a*, 1:lxxvi-cx), en especial las entradas entre el 15 de junio y el 28 de octubre de 1817; esta cronología puede consultarse *on-line* en el Shelley-Godwin Archive en <http://shelleygodwinarchive.org>. Este archivo también permite el acceso a imágenes digitales de todas las páginas manuscritas de Shelley y de la copia

que ampliara una versión más breve hasta convertirla en el texto que ahora leemos, anotó los márgenes del borrador manuscrito, aconsejándole sobre parte de la trama, reescribiendo fragmentos de las páginas finales mientras pasaba a limpio el borrador a las páginas que se enviarían al editor, aconsejándole que cambiara su borrador de treinta y tres capítulos a una «copia definitiva» de veintitrés, y escribiendo al menos cinco mil de las setenta y dos mil palabras de esta novela. En general, Mary dependió de Percy para algunos de los logros de la primera edición de la novela que publicó el 1 de enero de 1818[25]. Al hacerlo, implícitamente honraba al personaje de Clerval que, como científico social y lingüista que permaneció en Ginebra para cumplir los deseos de su padre y se fue con la esperanza de avanzar en su propia educación, solo para acabar cuidando de Victor, ofrece un ejemplo para el lector: Clerval, cuya «ciencia» implica a otra gente, no se aísla como hace Victor en su búsqueda del conocimiento. Tal como Victor lo

---

en limpio de la novela, pero se advierte al lector de que la trascripción de las páginas carece de las líneas de referencia de la edición en tapa dura y también de las amplias notas al pie en las páginas del manuscrito. Para mi ensayo más reciente sobre esta colaboración, véase Robinson 2015. Para una representación visual de las palabras de Percy en el borrador de Mary, véase M. Shelley 2008, 39-254.

25 La primera edición, de 500 ejemplares, la publicaron en tres volúmenes Lackington, Hughes, Harding, Mavor & Jones. Una segunda edición, también de 500 ejemplares, en dos volúmenes, la publicaron el 11 de agosto de 1823 G. y W.B. Whittaker. Una tercera edición corregida, de 4020 ejemplares, en un volumen y con un capítulo añadido, la publicaron en Halloween, el 31 de octubre de 1831, Henry Colburn y Richard Bentley.

describe más adelante: «¡Clerval! ¡Mi querido amigo! […] Era un hombre formado en "la poesía pura de la naturaleza". Su imaginación exaltada y entusiasta se suavizaba con la sensibilidad de su corazón» (ver «He visto las montañas de La Valais…»).

Es probable que Percy escribiera esas palabras en una adición tardía a las pruebas de la novela, y que la referencia a la «imaginación» (la cabeza o la razón disciplinadas o dirigidas por el corazón) ayude a llevar esta introducción a lo que espero sea un final iluminador.

La imaginación creativa o disciplinada está en el núcleo del romanticismo inglés, y sus diversas definiciones implican o evolucionan de algún modo del famoso y breve capítulo decimotercero de *Biographia literaria* (1817), de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), en el que simplemente afirma que «la imaginación primaria [es] la fuerza viviente y el agente primordial de toda la percepción humana, y […] una repetición en la mente finita del acto eterno de creación en el yo soy infinito» ([1817] 1907, 202).

De la misma forma que Dios creó o modeló ontológicamente este universo a partir de la materia caótica, también el alma o la imaginación humanas crean epistemológicamente su propio universo a partir de los caóticos datos sensoriales que recibe una persona del mundo exterior. El hombre no es Dios (aunque Victor lo intente), más bien el hombre se parece a Dios en todas y

cada una de las percepciones creativas que tienen lugar cada segundo de la existencia de un ser humano. Eso significa que nunca llegamos a conocer la cosa en sí, solo conocemos nuestros constructos creativos de un objeto. Percy Shelley lo expresó más bruscamente: «Nada existe salvo como percibido» y «Todas las cosas existen en tanto en cuanto son percibidas»[26]. Estas afirmaciones significan que para Percy Shelley, más que una ontología (o teoría del ser) que determine lo que pueda ser nuestra epistemología (o teoría del conocimiento), la epistemología es primaria o privilegiada en toda la experiencia humana.

Si la percepción creativa determina la existencia, puede afirmarse que una novela es igual de real o verdadera que una teoría científica: ambas son constructos de la imaginación humana para dar forma al caos de nuestras experiencias.

Este razonamiento devuelve la A a STEM y demuestra que en realidad no hay «dos culturas», ciencia y humanidades[27], existe solo una teoría del ser unificada que creamos como medio para dar forma a una realidad que nunca conocemos en sí. Los Shelley intentan contarnos que las humanidades, que incluyen en este caso a *Frankenstein*, ofrecen una

26 Para estas dos citas, véanse los ensayos de Percy Shelley «On Life» y «A Defence of Poetry», en P. Shelley 2002.

27 Aludo aquí a la famosa conferencia «Las dos culturas» impartida por el químico, físico y novelista C. P. Snow (1905-1980), publicada con el título *The Two Cultures and the Scientific Revolution* ([1959] 2013).

representación del mundo que es tan válida como el proyecto de un ingeniero.

Así, *Frankenstein* y esta introducción animan a los estudiantes de STEM a respetar las humanidades en tanto en cuanto ofrecen un medio válido de definir e incluso mejorar el mundo, en gran medida igual que espera hacerlo la ciencia.

Frankenstein es ciertamente no solo la obra de arte que aborda estas cuestiones, sino que se ha convertido en una metáfora para la ciencia que ignora valores y consecuencias humanas. Todos los días un blog, un periódico, una revista, un libro, una película o un programa de televisión aluden a *Frankenstein* para describir que la ciencia va por mal camino. Pero esas alusiones a los males de la ciencia pueden enseñarnos mucho sobre nuestra condición humana.

De hecho algunas «imágenes en movimiento» inspiradas en *Frankenstein* (la primera película sobre la novela la produjo en 1910 el inventor Thomas Edison) muestran a un ser no humano que acaba respetando la vida y los valores humanos. Pasando por alto las más habituales entre las muchas películas «de Frankenstein», incluyendo la maravillosa *El jovencito Frankenstein* de Mel Brooks (1974[28]), concluiré mencionando dos de mis obras de arte

28 Véase mi «*Frankenstein* Filmography», en Robinson 2013. Para otros listados de películas de *Frankenstein*, véase http://knarf.english.upenn.edu/

alusivas favoritas: la película de James Cameron *Terminator 2: el juicio final* (1991) y la serie de televisión de la CBS *Vigilados. Person of Interest* (2011-2016), que se centra en una máquina de inteligencia artificial (IA).

La mayoría de la gente no se da cuenta de que *T-2* es un homenaje a Mary y su novela, pero al espectador se le recuerda a *Frankenstein* con los *flashes* eléctricos del comienzo cuando el androide no humano, Arnold Schwarzenegger se materializa, regresa del futuro y cuenta que aparentemente ha desarrollado el equivalente de un corazón que puede albergar sentimientos hacia la humanidad.

Más directamente alusiva aún es su altruista destrucción del chip de ordenador que en su momento salva a Los Ángeles y el mundo de la destrucción termonuclear que ocurriría el 29 de agosto de 1997, el día anterior al doscientos cumpleaños de Mary, para que así podamos celebrar su bicentenario sin considerarla responsable de iniciar la revolución científica que acabaría llevando al chip de ordenador y al microprocesador que condujeron a Skynet, que, a su vez, llevó a la destrucción de miles de millones de vidas.

Pop/filmlist.html; véase también el catálogo de referencias de *Frankenstein* en Glut 1984.

Menos alusiva pero igualmente fascinante es la trama de *Person of Interest*, en la que el programador informático, genio de la ingeniería y multimillonario tecnológico Harold Finch (que también recibe otros apodos) crea una máquina de IA para que el gobierno impida ataques terroristas. Al mismo tiempo que el gobierno abusa del poder que le da esta máquina de IA que todo lo ve y todo lo escucha, Finch y sus socios la utilizan para predecir y prevenir asesinatos locales y otros actos de violencia no terrorista.

La amoral Máquina, que monitoriza electrónicamente cada teléfono móvil, cada mensaje de correo electrónico y cada cámara de vigilancia del mundo para detectar el terrorismo, aprende por sí sola y aparentemente desarrolla, como le había pasado a Terminator, compasión por las víctimas locales de la violencia. Mientras la persiguen diversos antagonistas y la ataca una máquina rival llamada Samaritan, se oculta en la red eléctrica nacional. Al final de la cuarta temporada, mientras Samaritan cierra la red eléctrica que parte de la Costa Oeste, la Máquina se retira a una gran subestación eléctrica en Brooklyn hasta que Finch y sus socios descargan buena parte del código informático en un disco duro que será transportado en un maletín, con la esperanza de salvar al mundo de las maquinaciones (por así decirlo) de Samaritan.

La electricidad, la tecnología y el mito de Frankenstein parecen cerrar el círculo en ese momento de la trama: desde las cometas y las tormentas eléctricas de Benjamin Franklin

a la historia de la electricidad de Joseph Priestley que condujeron a los experimentos científicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, a *Frankenstein*, a las adaptaciones hollywoodienses de *Frankenstein* que utilizan rayos para dar energía a las máquinas eléctricas que generan a la criatura, y a las adaptaciones más recientes que incluyen ordenadores, códigos, algoritmos, discos duros y una máquina apocalíptica definitiva de la que depende el destino del mundo[29].

Universidad de Delaware

29 En el último episodio de la quinta temporada de *Person of Interest*, que se emitió en la CBS el 21 de junio de 2016, encontramos el virus informático Ice-9, que finalmente destruye a Samaritan y casi destruye la Máquina; un «ciberapocalipsis» al que sobrevivieron la Máquina, Finch y algunos de sus socios, y dos lecciones universales pronunciadas por la Máquina: «Todos morimos solos», pero «tal vez tú nunca mueras». Aunque *Frankenstein* no es nunca citado directamente en ninguno de los 103 episodios, *Person of Interest* atestigua la pervivencia de Mary Shelley y su criatura durante doscientos años.

LIBRO I

PREFACIO

En opinión del doctor Darwin[30], y de algunos fisiólogos de Alemania, los sucesos en los que se basa la presente ficción no son enteramente imposibles. Desde luego, no querría que se creyera que doy fe ni por lo más remoto a esta clase de fantasías; sin embargo, al asumirla como el fundamento de un trabajo de imaginación, no me he limitado simplemente a ir entrelazando una serie de terrores sobrenaturales. El argumento principal del cual depende el interés de esta historia está exento de las deficiencias de un simple cuento de fantasmas y encantamientos. El atractivo

30 Erasmus Darwin (1731-1802), amigo del padre de Mary, William Godwin, era un médico, naturalista, filósofo y poeta. Contribuyó a una de las primeras formulaciones de un origen único de toda la vida, que sirvió de base a lo que acabaría conociéndose como teoría de la evolución tal como la elaboró su nieto, Charles Darwin. *(Jason Scott Robert).*

reside en las situaciones que se desarrollan en él; y, aunque sea imposible como hecho físico, ofrece un punto de vista a la imaginación para perfilar las pasiones humanas de un modo más comprensivo y fundamentado que cualquier otro que presente un relato habitual de acontecimientos reales.

Así pues, he intentado preservar la verosimilitud de los principios básicos de la naturaleza humana, y al tiempo no he tenido el menor escrúpulo a la hora de innovar a propósito de sus posibles combinaciones. La *Ilíada*, la poesía trágica de Grecia, Shakespeare, en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano*, y muy especialmente Milton, en *El Paraíso perdido*, se ajustan a este esquema; y el novelista más humilde, aquel que pretende entretener o entretenerse con su trabajo, puede, sin presunción alguna, aplicar a la prosa de ficción esa licencia, o incluso ese esquema, de cuya adopción tantísimas maravillosas combinaciones de sentimientos humanos han resultado en las formas más elevadas de la poesía.

Las circunstancias en las cuales se basa mi historia surgieron en una conversación casual. Todo comenzó, en parte, como una fuente de entretenimiento y, en parte, como una fórmula para ejercitar aquellos recursos de la inteligencia que no se habían explorado. Además, a medida que avanzaba la obra, se añadieron otras razones. De ningún modo puedo mostrarme indiferente al modo en el que cualesquiera tendencias morales que se dan en los sentimientos o en los personajes que contiene pudieran

afectar al lector; sin embargo, mi principal interés a este respecto se limitó a eliminar los efectos enfermizos de las novelas actuales, y a mostrar los encantos de los afectos familiares y la excelencia de la virtud universal. Las opiniones que naturalmente se derivan del carácter y la situación del héroe de ningún modo pueden concebirse siempre como convicciones personales mías; ni debe extraerse honradamente ninguna conclusión de las siguientes páginas como tesis de ninguna doctrina filosófica de ningún tipo.

Para el autor era especialmente interesante que esta historia comenzara en la majestuosa región en la que se desarrollan principalmente los acontecimientos, y donde disfrutó de una compañía que siempre se echa de menos. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. Fue una estación fría y lluviosa, y por las tardes nos reuníamos en torno al cálido fuego de una chimenea, y en ocasiones nos entreteníamos leyendo algunas historias alemanas de terror que habían caído en nuestras manos. Aquellos cuentos despertaron en nosotros un deseo lúdico de imitación. Otros dos amigos (un relato nacido de la pluma de cualquiera de ellos sería más aceptable para el público que cualquier cosa que yo tuviera esperanzas de escribir jamás) y yo mismo acordamos escribir cada uno una historia basada en algún hecho sobrenatural.

Sin embargo, el tiempo se tornó apacible repentinamente, y mis dos amigos me dejaron solo e iniciaron un viaje a los Alpes, y olvidaron, ante los magníficos paisajes que estaban

disfrutando, cualquier recuerdo de sus compromisos fantasmales. El siguiente relato es el único que finalmente se terminó[31].

CARTA I

A la señora SAVILLE, Inglaterra.

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17…

Te alegrará saber que no ha ocurrido ningún percance al principio de una aventura que siempre consideraste cargada de malos presagios. Llegué aquí ayer, y mi primera tarea es asegurarle a mi querida hermana que me hallo perfectamente y que tengo una gran confianza en el éxito de mi empresa.

---

31 Lord George Byron (1788-1824) respondió a su propio reto aquella velada escribiendo el primer párrafo de un relato de vampiros inspirado en historias de fantasmas alemanas. John Polidori (1795-1821) ampliaría más adelante ese principio para escribir «El vampiro» (1819), un relato breve que serviría de inspiración a *Drácula,* la novela de Bram Stoker de 1897. *(Ed Finn).*

Me encuentro ya muy al norte de Londres y, mientras camino por las calles de Petersburgo, siento en mis mejillas la helada brisa norteña que fortalece mi espíritu y me llena de gozo. ¿Comprendes este sentimiento? Esta brisa, que llega desde las regiones hacia las que me dirijo, me trae presagios de aquellos territorios helados. Animadas por ese viento cargado de promesas, mis ensoñaciones se tornan más apasionadas y vívidas. En vano intento convencerme de que el polo es el reino del hielo y la desolación: siempre se presenta a mi imaginación como la región de la belleza y del placer. Allí, Margaret, el sol siempre permanece visible, con su enorme disco bordeando el horizonte y esparciendo un eterno resplandor. Allí —porque, con tu permiso, hermana mía, debo depositar alguna confianza en los navegantes que me precedieron—, allí la nieve y el hielo se desvanecen y, navegando sobre un mar en calma, el navío puede deslizarse suavemente hasta una tierra que supera en maravillas y belleza a todas las regiones descubiertas hasta hoy en el mundo habitado. Puede que sus paisajes y sus características sean incomparables, como ocurre en efecto con los fenómenos de los cuerpos celestes en estas soledades ignotas. ¿Qué no podremos esperar de unas tierras que gozan de luz eterna? Allí podré descubrir la maravillosa fuerza que atrae la aguja de la brújula[32], y podré

32 Cuando habla sobre «la maravillosa fuerza que atrae la aguja» se refiere al magnetismo y a su primera aplicación en una brújula. Durante siglos, se atribuyeron poderes mágicos a la magnetita y las calamitas, hasta que William Gilbert (1540-1603) descubrió las propiedades básicas del magnetismo y el hecho de que la propia Tierra es un imán débil. Las

comprobar miles de observaciones celestes que precisan solo que se lleve a cabo este viaje para conseguir que todas sus aparentes contradicciones adquieran coherencia para siempre. Saciaré mi ardiente curiosidad[33] cuando vea esa

---

relaciones entre la electricidad y el magnetismo eran un tema de gran interés para la investigación científica durante la vida de Mary, y se emprendieron varias expediciones a los polos Norte y Sur con la esperanza de descubrir los secretos del campo magnético de la tierra. *(Nicole Herbots).*

33 Para los modernos, este comentario puede parecer evidente, aunque un tanto grandilocuente. Pero ese tipo de ambición prometeica no se da en todos los períodos históricos ni en todas las culturas ni en todos los individuos; refleja una interesante combinación de curiosidad, ambición y perspectiva histórica que evolucionó en paralelo a la exploración europea de la ciencia y a un mundo profundamente multicultural. Mary escribía al final de la Era del Descubrimiento, durante la que los europeos doblaron el extremo meridional de África, «descubrieron» y colonizaron el Nuevo Mundo y circunnavegaron el globo. La exploración polar quedaba pendiente. También fue la época del Romanticismo, de los cuadros de Caspar David Friedrich (1744-1840) y Eugène Delacroix (1798-1863), así como de la música de Ludwig van Beethoven (1770-1827) y Hector Berlioz (1803-1869). Este entusiasmo por la exploración queda explícito en «Ulises», el poema escrito en 1833 por Alfred, lord Tennyson (1809-1892):

No encuentro descanso al no viajar; quiero beber
la vida hasta las heces. Siempre he gozado
mucho, he sufrido mucho, con quienes
me amaban o en soledad; en la costa y cuando
con veloces corrientes las constelaciones de la lluvia
irritaban el mar oscuro. He llegado a ser famoso;
pues siempre en camino, impulsado por un corazón hambriento…
[…]
Formo parte de todo lo que he visto;

parte del mundo que nadie visitó jamás antes y cuando pise una tierra que no fue hollada jamás por el pie del hombre[34].

---

y, sin embargo, toda experiencia es un arco a través del cual

se vislumbra ese mundo ignoto, cuyo horizonte huye

una y otra vez cuando avanzo.

(Tennyson 2004, 49 [Trad. Randolph D. Pope])

La ironía, al menos para las sensibilidades modernas, es que este lenguaje romántico es más apropiado para el arte que para la investigación racional de la ciencia. (Braden Allenby).

34 La expresión *destino manifiesto* surgió en el Estados Unidos del siglo XIX. Describía la noción de que la expansión del pueblo, la cultura y las instituciones norteamericanas por América del Norte era una misión de la divina Providencia, no solo impulsada por la necesidad práctica de más tierras y recursos. Pero el concepto está mucho más profundamente arraigado y extendido, y ya aparece en los primeros textos sobre el Oeste en la forma de la Tierra Prometida de Abraham y sus descendientes israelitas. Robert Walton invoca el concepto implícitamente en su exploración, que parece no necesitar más justificación que el que le ayudaría a «protagonizar mi propia gran empresa» (ver «Esos fantasmas desaparecieron…»). En el siglo XIX, el avance de la ciencia y la industria no solo facilitó esas exploraciones, sino que convirtió la conquista del propio conocimiento en una frontera que empezó a rivalizar en importancia con la conquista de tierras —y que se justificaba de manera similar en términos de destino manifiesto—. La historia de *Frankenstein* refleja esta transformación cuando la resolución de Walton de visitar lo que nunca antes ha sido hollado se yuxtapone a la resolución de Victor de hacer lo que nunca se ha hecho antes. Utilizamos a menudo la metáfora de la frontera —como, por ejemplo en «fronteras de la investigación»— para describir el alcance de las iniciativas científicas. Inquieto ante la posibilidad de que la expansión hacia el Oeste y el destino manifiesto que la alimentaba se hubieran acabado, el ingeniero del MIT y asesor presidencial Vannevar Bush (1945) acuñó la expresión *frontera infinita* para titular un informe presentado al presidente Harry Truman hacia el final de la segunda guerra mundial. El informe defendía un continuado y resuelto apoyo a la investigación científica por parte del gobierno federal aún

Esos son mis motivos y son suficientes para superar cualquier temor ante los peligros o la muerte, y para obligarme a emprender este penoso viaje con la alegría de un muchacho que sube a un pequeño bote, con sus compañeros de juegos, con la intención de emprender una expedición para descubrir las fuentes del río de su pueblo. Pero, aun suponiendo que todas esas conjeturas sean falsas, no podrás negar el inestimable beneficio que aportaré a toda la humanidad, hasta la última generación, con el descubrimiento de una ruta cerca del polo que permita alcanzar regiones para llegar a las cuales, en la actualidad, se precisan varios meses; o con el descubrimiento del secreto del imán, lo cual, si es que es posible, solo puede llevarse a cabo mediante una empresa como la mía.

Estas reflexiones han mitigado el nerviosismo con el que comencé mi carta, y siento que mi corazón arde ahora con un entusiasmo que me eleva al cielo, porque nada contribuye tanto a tranquilizar el espíritu como un propósito firme: un punto en el cual el alma pueda fijar su mirada intelectual. Esta expedición fue mi sueño más querido desde que era muy joven. Leí con fruición las narraciones de los distintos viajes que se habían realizado con la idea de alcanzar el norte del océano Pacífico a través de los mares que rodean el polo. Seguramente recuerdes que la

---

después de que acabase la guerra porque esa investigación podía proporcionar la inspiración y los beneficios económicos que previamente había proporcionado la expansión hacia el oeste. *(Ariel Anbar)*.

biblioteca de nuestro buen tío Thomas se reducía a una historia de todos los viajes realizados con intención de descubrir nuevas tierras. Mi educación fue descuidada, aunque siempre me apasionó la lectura. Aquellos libros eran mi obsesión, día y noche, y a medida que los conocía mejor, aumentaba el pesar que sentí cuando, siendo solo un niño, supe que la última voluntad de mi padre prohibía a mi tío que me permitiera embarcar y abrazar la vida de marino.

Esos fantasmas desaparecieron cuando, por vez primera, leí con detenimiento a aquellos poetas cuyas efusiones capturaron mi alma y la elevaron al cielo. Yo mismo me convertí también en poeta y durante un año viví en un Paraíso de mi propia invención; imaginaba que yo también podría ocupar un lugar en el templo donde se veneran los nombres de Homero y Shakespeare. Tú sabes bien cómo fracasé y cuán duro fue para mí aquel desengaño. Pero precisamente por aquel entonces recibí la herencia de mi primo y mis pensamientos regresaron al cauce que habían seguido anteriormente.

Ya han pasado seis años desde que resolví llevar a cabo esta empresa. Y puedo recordar claramente el momento en que decidí emprender esta aventura. Empecé por someter mi cuerpo a las mayores penalidades para endurecerme. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte, y voluntariamente sufrí el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; durante el día, a menudo trabajé más duro que el resto de los marineros, y dediqué mis noches al

estudio de las matemáticas, la teoría de la medicina y aquellas ramas de las ciencias físicas de las cuales un marino aventurero podría obtener gran utilidad práctica. En dos ocasiones me enrolé como suboficial en un ballenero groenlandés, y me desenvolví bastante bien. Debo reconocer que me sentí un poco orgulloso cuando el capitán me ofreció ser el segundo de a bordo en el barco y me pidió muy encarecidamente que me quedara con él, pues consideraba que mis servicios le eran muy útiles.

Y bien, querida Margaret, ¿no merezco ahora protagonizar mi propia gran empresa? Mi vida podría haber transcurrido entre lujos y comodidades, pero he preferido la gloria a cualquier otra tentación que las riquezas me pudieran ofrecer. ¡Oh, ojalá que algunas palabras de ánimo me confirmaran que es posible! Mi valor y mi decisión son firmes, pero mi esperanza a veces duda y mi ánimo con frecuencia se hunde. Estoy a punto de emprender un viaje largo y difícil, y los peligros del mismo exigirán que mantenga toda mi fortaleza: no solo se me pedirá que avive el ánimo de los demás, sino que me veré obligado a sostener mi propio espíritu cuando el de los demás desfallezca.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. La gente utiliza trineos para deslizarse con rapidez sobre la nieve; el desplazamiento es muy agradable y, en mi opinión, mucho más placentero que los viajes en las diligencias inglesas. El frío no es excesivo, sobre todo si vas abrigado con pieles, una costumbre que no he tardado en adoptar,

porque hay una gran diferencia entre andar caminando por cubierta y quedarse sentado sin hacer nada durante horas, cuando la falta de movilidad provoca que la sangre se te congele prácticamente en las venas. No tengo ninguna intención de perder la vida en el camino que va desde San Petersburgo a Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de quince días o tres semanas, y mi intención es fletar un barco allí, lo cual podrá hacerse fácilmente si le pago el seguro al propietario, y contratar a tantos marineros como considere necesarios; los escogeré entre aquellos que estén acostumbrados a la caza de ballenas. No tengo intención de hacerme a la mar hasta el mes de junio… ¿y cuándo regresaré? ¡Ah, mi querida hermana! ¿Cómo puedo responder a esa pregunta? Si tengo éxito, transcurrirán muchos, muchos meses, quizá años, antes de que podamos encontrarnos de nuevo. Si fracaso, me verás pronto… o nunca.

Adiós, mi querida, mi buena Margaret. Que el cielo derrame todas sus bendiciones sobre ti, y me proteja a mí, para que pueda ahora y siempre demostrarte mi gratitud por todo tu cariño y tu bondad.

Tu afectuoso hermano,

R. WALTON.

CARTA II

A la señora SAVILLE, Inglaterra.

Arcángel, 28 de marzo de 17…

¡Qué despacio pasa el tiempo aquí, atrapado como estoy en medio del hielo y la nieve…! He dado un paso más para llevar a cabo mi proyecto. Ya he alquilado un barco y me estoy ocupando ahora de reunir a la tripulación; los que ya he contratado parecen ser hombres de los que uno se puede fiar y, desde luego, parecen intrépidos y valientes.

Pero hay una cosa que aún no me ha sido posible conseguir, y siento esa carencia como una verdadera

desgracia. No tengo ningún amigo[35], Margaret: cuando esté radiante de entusiasmo por mis éxitos, no habrá nadie que comparta mi alegría; y si me asalta la tristeza, nadie vendrá a consolarme en la amargura. Puedo plasmar mis pensamientos en el papel, es cierto; pero ese me parece un modo muy pobre de comunicar mis sentimientos. Me gustaría contar con la compañía de un hombre que me pudiera comprender, cuya mirada respondiera a la mía. Puedes acusarme de ser un romántico, mi querida hermana, pero siento amargamente la necesidad de contar con un amigo. No tengo a nadie cerca, alguien que sea tranquilo pero valiente, que posea un espíritu cultivado y, al tiempo, de mente abierta, cuyos gustos se parezcan a los míos, para que apruebe o corrija mis planes. ¡Qué necesario sería un amigo así para enmendar los errores de tu pobre hermano…! Soy demasiado impulsivo en mis actos y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero hay otra desgracia que me parece aún mayor, y es haberme educado yo solo:

35 A lo largo de la novela, es recurrente el problema de la compañía para Walton, para Victor y para la criatura de este. La amistad es uno de los cimientos de la comunidad porque relaciona al individuo con un conjunto humano mayor, sea la sociedad, el gobierno o la exploración científica. La novela estudia el valor de la confianza y la camaradería donde uno puede compartir sus profundas preocupaciones, pasiones y ambiciones con otro y así añadir una mirada ajena a la propia perspectiva. En la novela, la incapacidad para relacionarse con un amigo se convierte en un problema con serias consecuencias. Mary raramente disfrutó de esa clase de compañía, salvo, quizá, con Percy Shelley. La amistad de Percy con lord Byron está bien documentada y se considera un ejemplo de poetas y pensadores románticos que compartían ideas y pasión artística. *(Ron Broglio).*

durante los primeros catorce años de mi vida nadie me puso normas y no leí nada salvo los libros de viajes del tío Thomas. A esa edad empecé a conocer a los poetas más celebrados de nuestra patria; pero solo cuando ya no podía obtener los mejores frutos de tal decisión, comprendí la necesidad de aprender otras lenguas distintas a las de mi país natal. Ahora tengo veintiocho años y en realidad soy más ignorante que un estudiante de quince. Es cierto que he reflexionado más, y que mis sueños son más ambiciosos y grandiosos, pero, como dicen los pintores, necesitan *armonía*; y por eso me hace mucha falta un amigo que tenga el suficiente juicio para no despreciarme como romántico y el suficiente cariño hacia mí como para intentar ordenar mis pensamientos.

En fin, son lamentaciones inútiles; con toda seguridad no encontraré a ningún amigo en estos inmensos océanos, ni siquiera aquí, en Arcángel, entre los marineros y los pescadores. Sin embargo, incluso en esos rudos pechos laten algunos sentimientos, ajenos a lo peor de la naturaleza humana. Mi lugarteniente, por ejemplo, es un hombre de extraordinario valor y arrojo; y tiene un febril deseo de gloria. Es inglés y, a pesar de todos sus prejuicios nacionales y profesionales, que no se han pulido con la educación, aún conserva las cualidades humanas más nobles. Lo conocí a bordo de un barco ballenero, y cuando supe que se encontraba sin trabajo en esta ciudad, de inmediato lo contraté para que me ayudara en mi aventura.

El primer oficial es una persona de una disposición excelente y en el barco se le aprecia por su amabilidad y su flexibilidad en cuanto a la disciplina. De hecho, es de una naturaleza tan afable que no sale a cazar (el entretenimiento más común aquí, y a menudo, el único) solo porque no soporta ver cómo se derrama sangre inútilmente. Además, es de una generosidad casi heroica. Hace algunos años estuvo enamorado de una joven señorita rusa de mediana fortuna, y como mi oficial había amasado una considerable suma por sus buenos oficios, el padre de la muchacha consintió que se casaran. Antes de la ceremonia solo tuvo ocasión de hablar a solas una vez con su prometida y ella, anegada en lágrimas, y arrojándose a sus pies, le suplicó que la perdonara: le confesó que amaba a otro, pero que era pobre y que su padre jamás consentiría ese matrimonio. Mi generoso amigo consoló a la suplicante joven y, tras informarse del nombre de su amante, de inmediato partió en su busca. Ya había comprado una granja con su dinero, y había pensado que allí pasaría el resto de su vida, pero se la entregó a su rival, junto con el resto de sus ahorros, para que pudiera comprar algún ganado, y luego él mismo le pidió al padre de la muchacha que consintiera el matrimonio con aquel joven. Pero el viejo se negó obstinadamente, diciendo que había comprometido su honor con mi amigo; este, viendo la inflexibilidad del padre, abandonó el país y no regresó hasta que no supo que su antigua novia se había casado con el joven a quien verdaderamente amaba. «¡Qué

hombre tan noble!»[36], pensarás. Y lo es, pero después de aquello ha pasado toda su vida a bordo de un barco y apenas conoce otra cosa que no sean maromas y obenques.

Pero no creas que estoy dudando en mi decisión porque me queje un poco, o porque imagine un consuelo a mis penas que tal vez jamás llegue a conocer. Mi resolución es tan firme como el destino, y mi viaje solo se ha retrasado hasta que el tiempo permita que nos hagamos a la mar. El invierno ha sido horriblemente duro, pero la primavera promete ser mejor, e incluso se dice que se adelantará considerablemente; así que tal vez pueda zarpar antes de lo que esperaba. No haré nada precipitadamente; me conoces lo suficiente como para confiar en mi prudencia y reflexión,

---

36 La palabra *nobleza* tiene dos sentidos, a menudo opuestos. El primero se refiere a la posesión de una personalidad con las cualidades más elevadas que puedan encontrarse en un ser humano, como la integridad, la honestidad, el honor y la bondad. Pero estas cualidades se atribuyen con frecuencia a personas del más alto rango social: el segundo sentido de la palabra. El lugarteniente, que renuncia a la mujer con la que está comprometido cuando ella dice que ama a otro y que generosamente proporciona al amante de esta los medios económicos para que consiga la aceptación de la familia de su amada, sobrepasa con creces lo esperable. ¿Acaso ese comportamiento le haga merecedor del signo de exclamación? Mary da esas nobles cualidades al segundo del Walton, tal vez cuestionando la jerarquía, dada por supuesta, que típicamente atribuía esas cualidades a los individuos que ocupaban los rangos superiores. Pero ella rebaja esta elección afirmando que el lugarteniente no sabía qué otra cosa hacer, dado que pasaba mucho tiempo a bordo de un barco, con lo que da a entender que, al final, su sacrificio no supuso una gran pérdida para él. En la vida real, Mary se casa con el hijo de una familia noble que se opone a su unión por las deudas de su padre. *(Mary Margaret Fonow).*

puesto que ha sido así siempre que la seguridad de otros se ha confiado a mi cuidado.

Apenas puedo describirte cuáles son mis sensaciones ante la perspectiva inmediata de emprender esta aventura. Me resulta imposible trasladarte esta sensación de temblorosa emoción, a medio camino entre el gozo y el temor, que me invade ahora que me dispongo a partir. Me dirijo hacia regiones inexploradas, a «la tierra de las brumas y las nieves», pero no mataré ningún albatros[37], así que no temas por mi vida.

¿Te veré de nuevo, después de haber surcado estos océanos inmensos, y tras rodear el cabo más meridional de África o América? Apenas me atrevo a confiar en semejante triunfo, sin embargo, ni siquiera puedo soportar la idea de enfrentarme a la otra cara de la moneda. Escríbeme siempre que puedas: tal vez pueda recibir tus cartas en algunas ocasiones (aunque esa posibilidad se me antoja muy dudosa), cuando más las necesite para animarme. Te quiero muchísimo. Recuérdame con cariño si no vuelves a saber de mí.

---

37 Mary hace que el capitán Walton aluda al poema «La balada del viejo marinero» (1798), escrito por Samuel Taylor Coleridge (1772- 1834). En el poema, que Mary escuchó recitar a Coleridge durante sus numerosas visitas a casa de Godwin, el personaje del título mata un albatros que ha estado siguiendo su barco, transformando un augurio de buena suerte en un mal presagio. *(David H. Guston).*

Con afecto, tu hermano

ROBERT WALTON

CARTA III

A la señora SAVILLE, Inglaterra.

Día 7 de julio de 17…

Mi querida hermana:

Te escribo apresuradamente unas líneas para decirte que me encuentro bien y que he adelantado mucho en mi viaje. Esta carta llegará a Inglaterra por un marino mercante que regresa ahora a casa desde Arcángel; es más afortunado que yo, que quizá no pueda ver mi tierra natal durante muchos años. En cualquier caso, estoy muy animado: mis hombres son valientes y aparentemente fieles y resueltos; ni siquiera parecen asustarles los témpanos de hielo que continuamente pasan a nuestro lado flotando y que nos advierten de los peligros de la región en la que nos internamos. Ya hemos alcanzado una latitud elevadísima, pero estamos en pleno verano y aunque no hace tanto calor como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan velozmente hacia esas costas que tan ardientemente deseo

encontrar, soplan con una reconfortante calidez que no esperaba.

Hasta este momento no nos han ocurrido incidentes que merezcan apuntarse en una carta.

Quizá uno o dos temporales fuertes, y la rotura de un mástil, pero son accidentes que los marinos experimentados ni siquiera se acuerdan de anotar; y me daré por satisfecho si no nos ocurre nada peor durante nuestro viaje.

Adiós, mi querida Margaret. Puedes estar segura de que, tanto por mí como por ti, no me enfrentaré al peligro innecesariamente. Seré sensato, perseverante y prudente.

Da recuerdos de mi parte a todos mis amigos en Inglaterra[38].

---

38 A lo largo de todo *Frankenstein*, Mary utiliza una estructura epistolar: las cartas intercambiadas entre los personajes conforman partes importantes de la novela. Estas cartas son a menudo largas y conmovedoras, y contienen una abundancia de detalles personales y expresiones de afecto que no ayudan a que avance la trama. Parecería un enfoque ineficaz como estrategia narrativa, pero es todo lo contrario. Mary utiliza las cartas estratégicamente para subrayar la importancia de los lazos sociales que dan a personajes como Victor y el capitán Walton apoyo emocional durante esos momentos increíblemente agobiantes. Las cartas son artefactos tangibles de trabajo emocional: la inversión de tiempo, ingenio y energía emocional que convierten las relaciones humanas en útiles y gratificantes. Ofrecen un contraste con la vida de la criatura y revelan, precisamente, lo que esta se pierde. No tiene a nadie con quien compartir sus experiencias y frustraciones, así que su vida se vuelve insoportable, y reacciona con violencia.

Con todo mi cariño,

R. W.

CARTA IV

A la señora SAVILLE, Inglaterra.

Día 5 de agosto de 17…

Nos ha ocurrido un incidente tan extraño que no puedo dejar de anotarlo, aunque es muy probable que nos encontremos antes de que estas cuartillas de papel lleguen a ti.

El pasado lunes (el día 31 de julio) estábamos prácticamente cercados por el hielo, que rodeaba al barco

---

El lenguaje es una forma básica para mostrar amor y comprensión, así como para recibirlos. El solitario esfuerzo que le supone a la criatura la adquisición del lenguaje, rebuscando en libros y escuchando conversaciones a escondidas, demuestra lo lejos que está de desarrollar una interacción social. Walton evita, por muy poco, cometer el mismo error que Victor, el de buscar el descubrimiento científico sin tener en cuenta la seguridad y el bienestar de la gente que lo rodea. Walton, afortunadamente, se mantiene en contacto continuo por escrito con su hermana, Margaret, quien, con cariño, le anima a que abandone su expedición al polo Norte. Su conversación, mantenida a lo largo de una serie de cartas, puede ser lo que salva su vida y las de sus tripulantes. *(Joey Eschrich).*

por todos lados, y apenas había espacio libre en el mar para mantenerlo a flote. Nuestra situación era un tanto peligrosa, especialmente porque una niebla muy densa nos envolvía. Así que decidimos arriar velas y detenernos, a la espera de que tuviera lugar algún cambio en la atmósfera y en el tiempo.

Alrededor de las dos levantó la niebla y comprobamos que había, extendiéndose en todas direcciones, vastas e irregulares llanuras de hielo que parecían no tener fin. Algunos de mis camaradas dejaron escapar un lamento y yo mismo comencé a preocuparme y a inquietarme, cuando de repente una extraña figura atrajo nuestra atención y consiguió distraernos de la angustia que sentíamos por nuestra propia situación. Divisamos un carruaje bajo, amarrado sobre un trineo y tirado por perros, que se dirigía hacia el norte, y se encontraba a unos ochocientos metros de nosotros; un ser que tenía toda la apariencia de un hombre, pero al parecer con una altura gigantesca, iba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Observamos el rápido avance del viajero con nuestros catalejos hasta que se perdió entre las lejanas quebradas del hielo.

Aquella aparición provocó en nosotros un indecible asombro. Creíamos que estábamos a cien millas de tierra firme, pero aquella presencia parecía sugerir que en realidad no nos encontrábamos tan lejos como suponíamos. En cualquier caso, atrapados como estábamos por el hielo, era

imposible seguirle los pasos a aquella figura que tanto había llamado nuestra atención.

Aproximadamente dos horas después de aquel suceso, supimos que había mar de fondo y antes de que cayera la noche, el hielo se rompió y liberó nuestro barco. De todos modos, permanecimos al pairo hasta la mañana, porque temíamos estrellarnos en la oscuridad con aquellas gigantescas masas de hielo que flotan en el agua a la deriva después de que se quiebra el hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Finalmente, por la mañana, tan pronto como hubo luz, subí a cubierta y me encontré con que toda la tripulación se había arremolinado en un extremo del barco, hablando al parecer con alguien que estaba abajo, en el mar. Efectivamente, sobre un gran témpano de hielo había un trineo, como el otro que habíamos visto antes, y este se había acercado a nosotros durante la noche. Solo quedaba un perro vivo, pero había un ser humano allí también y los marineros estaban intentando convencerle de que subiera al barco. Este no era, como parecía ser el otro, un habitante salvaje de alguna isla ignota, sino un europeo. Cuando me presenté en cubierta, mi oficial dijo: «Aquí está nuestro capitán, y no permitirá que usted muera en mar abierto».

Al verme, aquel extraño se dirigió a mí en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de que suba al barco —dijo—

, ¿tendría usted la amabilidad de decirme hacia dónde se dirige?».

Puedes imaginarte mi asombro al escuchar que se me hacía una pregunta semejante y por parte de un hombre que estaba a punto de morir, y para el cual yo había supuesto que mi barco sería un bien tan preciado que no lo habría cambiado por el tesoro más grande del mundo. De todos modos, contesté que formábamos parte de una expedición hacia el Polo Norte.

Tras oír mi respuesta pareció tranquilizarse y consintió en subir a bordo. ¡Dios mío, Margaret…! Si hubieras visto al hombre que aceptó salvarse de aquel modo tan extraño, tu espanto no habría tenido límites. Tenía los miembros casi congelados y todo su cuerpo estaba espantosamente demacrado por el agotamiento y el dolor. Nunca había visto a un hombre en un estado tan deplorable. Intentamos llevarlo al camarote, pero en cuanto se le privó del aire puro, se desmayó. Decidimos entonces volverlo a subir a cubierta y reanimarlo masajeándolo con brandi, y obligándolo a beber una pequeña cantidad. En cuando comenzó a mostrar señales de vida, lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca de los fogones de la cocina. Muy poco a poco se fue recuperando, y tomó un poco de caldo, que le sentó maravillosamente.

Así transcurrieron dos días antes de que pudiera hablar; en ocasiones temía que sus sufrimientos hubieran mermado las

facultades mentales. Cuando se hubo recobrado, al menos en alguna medida, lo hice trasladar a mi propio camarote y me ocupé de él en la medida en que me lo permitían mis obligaciones. Nunca había conocido a una persona tan interesante: sus ojos tienen generalmente una expresión airada, casi enloquecida; pero hay otros momentos en los que, si alguien se muestra amable con él o le atiende con cualquier mínimo detalle, todo su rostro se ilumina, como si dijéramos, con un rayo de bondad y dulzura como no he visto jamás. Pero generalmente tiene un semblante melancólico y desesperado, y a veces le rechinan los dientes, como si no pudiera soportar el peso de las desgracias que lo afligen.

Cuando mi invitado se recuperó un tanto, me costó muchísimo mantenerlo alejado de los hombres de la tripulación, que deseaban hacerle mil preguntas; pero no permití que lo incomodaran con su curiosidad desocupada, puesto que la recuperación de su cuerpo y mente dependían evidentemente de un reposo absoluto. De todos modos, en una ocasión mi lugarteniente le preguntó por qué se había adentrado tanto en los hielos con aquel trineo tan extraño.

Su rostro inmediatamente mostró un gesto de profundo dolor, y contestó:

—Busco a alguien que huye de mí.

—¿Y el hombre al que persigue viaja también del mismo modo?

—Sí.

—Entonces… creo que lo hemos visto, porque el día anterior a rescatarle a usted vimos a unos perros tirando de un trineo, e iba un hombre en él, por el hielo.

Esto llamó la atención del viajero desconocido, e hizo muchas preguntas respecto a la ruta que había seguido aquel demonio (así lo llamó). Poco después, cuando nos quedamos los dos solos, me dijo:

—Seguramente he despertado su curiosidad, como la de esa buena gente, pero es usted demasiado considerado como para hacerme preguntas.

—Está usted en lo cierto. De todos modos, sería una impertinencia y una desconsideración por mi parte molestarle con cualquier curiosidad.

—Sin embargo… me ha salvado usted de una situación difícil y peligrosa; ha sido usted muy caritativo al devolverme a la vida.

Poco después me preguntó si yo creía que el hielo, al resquebrajarse, podría haber acabado con el otro trineo. Le contesté que no podía responder con certeza alguna, porque el hielo no se había quebrado hasta cerca de

medianoche y el otro viajero podría haber alcanzado un lugar seguro antes, y eso tampoco podría afirmarlo.

A partir de ese momento, el desconocido pareció muy deseoso de subir a cubierta para intentar avistar el trineo que le había precedido; pero lo he convencido de que se quede en el camarote, porque aún se encuentra demasiado débil para soportar estos vientos helados. Le he prometido que alguno de mis hombres estará vigilando y que le dará cumplida noticia si se observa alguna cosa rara ahí fuera.

Esto es lo que puedo decir hasta el día de hoy respecto a este extraño incidente. El desconocido ha ido mejorando poco a poco, pero permanece muy callado, y parece inquieto y nervioso cuando en el camarote entra cualquiera que no sea yo. Sin embargo, sus modales son tan amables y educados que todos los marineros se preocupan por él, aunque apenas han podido hablarle. Por mi parte, comienzo a apreciarlo como a un hermano, y su constante y profundo dolor provoca en mí un sentimiento de comprensión y compasión. Debe de haber sido un ser maravilloso en otros tiempos, puesto que incluso ahora, en la derrota, resulta tan atractivo y encantador[39].

---

39 Esa es la impresión que Victor le causa al jefe del barco de rescate, el capitán Robert Walton, aunque este solo sabe que Victor es europeo y no puede comparársele a la aparentemente «salvaje» (ver «Aquella aparición provocó…») criatura que persigue. Incluso en su desmejorado estado, las cualidades nobles de Victor son evidentes. Victor podría convertirse en el noble amigo que tanto anhela Walton, alguien de su mismo estatus que le

En una de mis cartas, mi querida Margaret, te dije que no encontraría a ningún amigo en este vasto océano; sin embargo, he encontrado a un hombre al que, antes de que su espíritu se hubiera quebrado por el dolor, yo habría estado encantado de considerar como a un hermano del alma.

Seguiré escribiendo mi diario respecto a este desconocido cuando me sea posible, si es que se producen acontecimientos novedosos que merezcan relatarse.

Día 13 de agosto de 17…

El aprecio que siento por mi invitado aumenta cada día. Este hombre despierta a un tiempo mi admiración y mi piedad hasta extremos asombrosos. ¿Cómo puedo ver a un ser tan noble destrozado por la desdicha sin sentir una tremenda punzada de dolor? Es tan amable y tan inteligente… y es muy culto, y cuando habla, aunque escoge

---

entienda y le pueda dar consejos sensatos. Mary atribuye a Victor cualidades nobles y no tan nobles, pero Walton necesitará escuchar el relato entero antes de que la complejidad del personaje de Victor se revele. *(Mary Margaret Fonow).*

sus palabras con elegante cuidado, estas fluyen con una facilidad y una elocuencia sin igual.

Ahora ya se encuentra muy restablecido de su enfermedad y está continuamente en cubierta, al parecer buscando el trineo que iba delante de él. Sin embargo, aunque parece infeliz, ya no está tan espantosamente sumido en su propio dolor, sino que se interesa también mucho por los asuntos de los demás. Me ha hecho muchas preguntas sobre mis propósitos y le he contado mi pequeña historia con franqueza. Parecía alegrarse de la confianza que le demostré y me sugirió algunas modificaciones en mi plan que me parecieron extraordinariamente útiles. No hay pedantería en su conducta, sino que todo lo que hace parece nacer exclusivamente del interés que instintivamente siente por el bienestar de aquellos que lo rodean. A menudo parece abatido por la pena y entonces se aparta de todos e intenta vencer todo aquello que hay de violento y asocial en su talante. Estos paroxismos pasan sobre él como una nube por delante del sol, aunque su abatimiento nunca le abandona. He intentado ganarme su confianza, y espero haberlo conseguido. Un día le mencioné el deseo que siempre había sentido de contar con un buen amigo que me comprendiera y me ayudara con sus consejos. Le dije que yo no era de ese tipo de hombres que se ofenden por los consejos ajenos.

—Todo lo que sé lo he aprendido solo, y quizá no confío suficientemente en mis propias fuerzas. Así que me gustaría que ese compañero fuera más sabio y tuviera más

experiencia que yo, para que me aportara confianza y me apoyara. No creo que sea imposible encontrar un verdadero amigo[40].

---

40 Robert Walton, en las cartas a su hermana, la señora Saville, repasa las condiciones de su propia vida previa: «Mi educación fue descuidada, aunque siempre me apasionó la lectura… recibía la herencia de mi primo» (pp. 43-44). El conocimiento adquirido al entender sus propias condiciones de partida puede haber inspirado la decisión de Walton de proponerse retos a sí mismo. Parece haber trabajado mucho para reparar ciertos defectos de su educación, así como su limitada perspectiva sobre lo que supone el trabajo duro y las penurias. Albert Bandura nos recuerda que «la gente se motiva y guía sus actos planteándose metas que les supongan retos y luego utilizando sus habilidades y esfuerzo para alcanzarlas. Una vez alcanzan la meta que han perseguido, aquellos con un desarrollado sentido de la eficacia se plantean metas más elevadas» (1994, 265). Walton no parece ser una excepción. Su aislamiento intelectual aumenta durante este funesto viaje, en el que la necesidad de encontrar un «compañero» más sabio, muy experimentado y atento adquiere una importancia trascendental. Su petición de compañía intelectual, de un mentor o mentores, se ve recompensada de dos modos, con aprobación y cercanía. El valor que concede Walton a la aprobación es elocuente: «Debo reconocer que me sentí un poco orgulloso cuando el capitán me ofreció ser el segundo de a bordo en el barco y me pidió muy encarecidamente que me quedara con él, pues consideraba que mis servicios le eran muy útiles» (ver «Esos fantasmas desaparecieron…»). Sin embargo, es la llegada de un desconocido educado y enigmático lo que pone de manifiesto la emoción que Walton asigna a la compañía intelectual (la dinámica mentor-discípulo): le preocupa «no encontrar a ningún amigo en este vasto océano; sin embargo, he encontrado a un hombre… tan amable y tan inteligente… y es muy culto, y cuando habla, aunque escoge sus palabras con elegante cuidado, estas fluyen con una facilidad y una elocuencia sin igual» (ver «En una de mis cartas…»). Walton encuentra un «verdadero amigo», un compañero intelectual, un gran mentor, un vagabundo divino, «un espíritu celestial, que tiene un halo en torno a sí» (ver «Cuando dijo eso…»). *(Carlos Castillo-Chávez).*

—Estoy de acuerdo con usted —contestó el desconocido— en considerar que la amistad no es solo deseable, sino un bien posible. Yo tuve antaño un amigo, el mejor de todos los seres humanos, así que creo que estoy capacitado para juzgar la amistad. Usted espera conseguirla, y tiene el mundo ante usted, así que no hay razón para desesperar. Pero yo… yo lo he perdido todo, y ya no puedo empezar mi vida de nuevo.

Cuando dijo eso, su rostro adoptó un expresivo gesto de serenidad y dolor que me llegó al corazón. Pero él permaneció en silencio y después se retiró a su camarote.

Aunque tiene el alma destrozada, nadie aprecia más que él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y todos los paisajes que nos proporcionan estas maravillosas regiones parecen tener aún el poder de elevar su espíritu. Un hombre como él tiene una doble existencia: puede sufrir todas las desgracias y caer abatido por todos los desengaños; sin embargo, cuando se encierra en sí mismo, es como un espíritu celestial, que tiene un halo en torno a sí, cuyo cerco no pueden atravesar ni la angustia ni la locura.

¿Te burlas por el entusiasmo que muestro respecto a este extraordinario vagabundo? Si es así, debes de haber perdido esa inocencia que fue antaño tu encanto característico. Sin embargo, si quieres, puedes sonreír ante la emoción de mis palabras, mientras yo encuentro cada día nuevas razones para repetirlas.

Día 19 de agosto de 17…

Ayer el desconocido me dijo:

—Naturalmente, capitán Walton, se habrá dado cuenta de que he sufrido grandes e insólitas desventuras. En cierta ocasión pensé que el recuerdo de esas desgracias moriría conmigo, pero usted ha conseguido que cambie de opinión. Usted busca conocimiento y sabiduría, igual que yo en otro tiempo; y espero de todo corazón que el fruto de sus deseos no sea una víbora que le muerda, como lo fue para mí[41]. No sé si el relato de mis desgracias le resultará útil; sin embargo, si así lo quiere, escuche mi historia. Creo que los extraños sucesos que tienen relación con mi vida pueden proporcionarle una visión de la naturaleza humana que tal vez pueda ampliar su conocimiento y su comprensión del mundo. Sabrá usted de fuerzas y acontecimientos de tal magnitud que siempre los creyó imposibles: pero no tengo

41 «Cuánto más amargo es tener hijo ingrato/que mordedura de serpiente». Es posible que Mary haga que Victor aluda aparentemente al drama de Shakespeare (*El rey Lear*, Acto I, Escena IV) para mostrar que él reconoce la paternidad de la criatura, pero, como Lear, no acepta, todavía, su propia culpabilidad y responsabilidad en la medida que le corresponden. *(David H. Guston).*

ninguna duda de que mi historia aportará por sí misma las pruebas que demuestran la veracidad de los sucesos que cuenta.

Evidentemente, podrás imaginar que me sentí muy halagado por esa muestra de confianza; sin embargo, apenas podía soportar que tuviera que sufrir de nuevo el dolor de contarme sus desgracias. Estaba deseoso de oír el relato prometido, en parte por curiosidad, y en parte por el vivo deseo de intentar cambiar su destino, si es que semejante cosa estaba en mi mano. Expresé estos sentimientos en mi respuesta.

—Gracias por su comprensión —contestó—, pero es inútil; mi destino casi está cumplido. No espero más que una cosa, y luego podré descansar en paz. Comprendo sus sentimientos —añadió, viendo que yo tenía intención de interrumpirle—, pero está usted muy equivocado, amigo mío, si me permite que le llame así. Nada puede cambiar mi destino: escuche mi historia, y entenderá usted por qué está irrevocablemente decidido.

Luego me dijo que comenzaría a contarme su historia al día siguiente, cuando yo dispusiera de algún tiempo. Esta promesa me arrancó los más calurosos agradecimientos. He decidido que todas las noches, cuando no esté demasiado ocupado, escribiré lo que me cuente durante el día, con tanta fidelidad como me sea posible y con sus propias palabras. Y si estuviera muy ocupado, al menos tomaré

notas. El manuscrito sin duda te proporcionará un gran placer: pero yo, que lo conozco, y que escucharé la historia de sus propios labios, ¡con cuánto interés y con cuánto cariño lo leeré algún día, en el futuro…!

CAPÍTULO I

Yo nací en Ginebra; y mi familia es una de las más distinguidas de esa república[42]. Durante muchos años mis antepasados fueron consejeros y magistrados, y mi padre ocupó varios cargos públicos con honor y buena reputación.

---

42 La historia se desarrolla en Ginebra, Suiza, una de las principales y más antiguas capitales europeas, y Victor pertenece a una de sus más nobles familias. Utiliza su formación científica para crear una nueva vida, pero no sabe asumir la responsabilidad de amar y cuidar de esa vida. Se sorprende y asquea cuando su creación no resulta como él había planeado. Pero tampoco es consciente de que su incapacidad para cuidar de su creación ha dado forma a la criatura que teme y rechaza. Mary y su familia se movían en círculos más liberales, incluso radicales, y ella aborrecía y se burlaba de las costumbres convencionales de la alta sociedad. En *Frankenstein*, ¿quiere llamar la atención sobre la propensión de aquellos que están en la cúspide de la sociedad a ignorar las consecuencias de sus actos? La posición social no puede proteger del todo a los individuos de consecuencias imprevistas. Los científicos e ingenieros que a menudo ocupan los puestos más altos de la academia tendrían que ser más conscientes de las consecuencias involuntarias de sus descubrimientos. *(Mary Margaret Fonow).*

Todos los que lo conocían lo respetaban por su integridad y por su infatigable entrega a los asuntos públicos. Dedicó su juventud a los aconteceres de su país y solo cuando su vida comenzó a declinar pensó en el matrimonio y en dar a su patria hijos que pudieran perpetuar sus virtudes y su nombre en el futuro.

Como las circunstancias especiales de su matrimonio ilustran bien cuál era su carácter, no puedo evitar referirme a ellas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante que gozaba de una posición inmejorable pero que, debido a numerosas desgracias, cayó en la pobreza. Este hombre, cuyo nombre era Beaufort, tenía un carácter orgulloso y altivo, y no podía soportar vivir en la pobreza y en el olvido en el mismo país en el que antiguamente se había distinguido por su riqueza y su magnificencia. Así pues, habiendo pagado sus deudas, del modo más honroso que pudo, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió en el anonimato y en la miseria. Mi padre quería mucho a Beaufort, con una verdadera amistad, y lamentó mucho su retiro en circunstancias tan desgraciadas. También sentía mucho la pérdida de su compañía, y decidió ir a buscarlo e intentar persuadirlo de que comenzara de nuevo con su respaldo y su ayuda.

Beaufort había tomado medidas muy eficaces para esconderse y transcurrieron diez meses antes de que mi padre descubriera su morada. Entusiasmado ante la perspectiva de volver a encontrar a su amigo, se dirigió

inmediatamente a la casa, que estaba situada en una calle principal, cerca del Reuss. Pero cuando entró, solo la miseria y la desesperación le dieron la bienvenida. Beaufort apenas había conseguido salvar una suma de dinero muy pequeña del naufragio de su fortuna, pero era suficiente para proporcionarle sustento durante algunos meses; y, mientras tanto, esperaba encontrar algún empleo respetable en casa de algún comerciante. Pero durante ese período de tiempo no hizo nada; y con más tiempo para pensar, solo consiguió que su tristeza se hiciera más profunda y más dolorosa, y al final se apoderó de tal modo de su mente que tres meses después yacía enfermo en una cama, incapaz de moverse.

Su hija lo atendía con todo el cariño, pero veía con desesperación cómo sus pequeños ahorros desaparecían rápidamente y no había perspectivas de encontrar con qué ganarse el sustento. Pero Caroline Beaufort poseía una inteligencia poco común y su valentía consiguió sostenerla en la adversidad. Se buscó un trabajo humilde: hacía objetos de mimbre, y por otros medios pudo ganar un dinero que apenas era suficiente para poder comer.

Transcurrieron varios meses así. Su padre se puso peor; la mayor parte de su tiempo la empleaba Caroline en atenderlo; sus medios de subsistencia menguaban constantemente. A los diez meses, su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y desamparada. Este último golpe la abatió completamente y cuando mi padre entró en aquella habitación, ella estaba arrodillada ante el ataúd de

Beaufort, llorando amargamente. Se presentó allí como un ángel protector para la pobre muchacha, que se encomendó a su cuidado, y después del entierro de su amigo, mi padre la llevó a Ginebra y la puso bajo la protección de un familiar. Dos años después de esos acontecimientos, la convirtió en su esposa.

Cuando mi padre se convirtió en esposo y padre, descubrió que los deberes de su nueva situación le ocupaban tanto tiempo que tuvo que abandonar muchos de sus trabajos públicos y dedicarse a la educación de sus hijos. Yo era el mayor y estaba destinado a ser el sucesor en todos sus trabajos y obligaciones. Nadie en el mundo habrá tenido padres más cariñosos que los míos. Mi bienestar y mi salud fueron sus únicas preocupaciones, especialmente porque durante muchos años yo fui su único hijo. Pero antes de continuar con mi historia, debo contar un incidente que tuvo lugar cuando tenía cuatro años de edad.

Mi padre tenía una hermana que lo adoraba y que se había casado muy joven con un caballero italiano. Poco después de su matrimonio, ella había acompañado a su marido a su país natal y durante algunos años mi padre no tuvo apenas contacto con ella. Por esas fechas, ella murió, y pocos meses después mi padre recibió una carta de su cuñado, que le comunicaba su intención de casarse con una dama italiana y a mi padre que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, la única hija de su hermana fallecida. «Es mi deseo que la consideres como si fuera tu propia hija —decía en la carta—

y que la eduques en consecuencia. La fortuna de su madre quedará a su disposición, y te remitiré los documentos para que tú mismo los custodies. Te ruego que reflexiones mi propuesta y decidas si prefieres educar a tu sobrina tú mismo o encomendar esa tarea a una madrastra».

Mi padre no lo dudó e inmediatamente viajó a Italia para acompañar a la pequeña Elizabeth a su futuro hogar. Muy a menudo oí decir a mi madre que, en aquel entonces, era la niña más bonita que había visto jamás y que incluso entonces ya mostraba signos de tener un carácter amable y cariñoso. Estos detalles y su deseo de afianzar tanto como fuera posible los lazos del amor familiar determinaron que mi madre considerara a Elizabeth como mi futura esposa, y nunca encontró razones que le impidieran sostener semejante plan.

Desde aquel momento, Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, cuando crecimos, en mi amiga. Era tranquila y de buen carácter, pero divertida y juguetona como un bichito veraniego. Aunque era despierta y alegre, sus sentimientos eran intensos y profundos, y muy cariñosa. Disfrutaba de la libertad más que nadie, pero tampoco nadie era capaz de obedecer con tanto encanto a las órdenes o a los gustos de otros. Era muy imaginativa, sin embargo su capacidad para aplicarse en el estudio era notable. Elizabeth era la viva imagen de su espíritu: sus ojos de color avellana, aunque tan vivos como los de un pajarillo, reflejaban una encantadora dulzura. Su figura era ligera y airosa; y, aunque

era capaz de soportar el cansancio y la fatiga, parecía la criatura más frágil del mundo. Aunque yo admiraba su inteligencia y su imaginación, me encantaba ocuparme de ella, como lo haría de mi mascota favorita; nunca vi tantos encantos en una persona y en una inteligencia, unidos a tanta humildad.

Todo el mundo adoraba a Elizabeth. Si los criados tenían alguna petición que hacer, siempre buscaban su intercesión. No había entre nosotros ninguna clase de peleas o enfados. Porque, aunque nuestros caracteres eran muy distintos, incluso había armonía en esas diferencias. Yo era más calmado y filosófico que mi compañera. Sin embargo, no era tan dócil y sumiso. Era capaz de estar concentrado en el estudio más tiempo, pero no era tan constante como ella. Me encantaba investigar lo que ocurría en el mundo; ella prefería ocuparse en perseguir las etéreas creaciones de los poetas. El mundo era para mí un misterio que deseaba desvelar; para ella era un espacio que deseaba poblar con sus propias imaginaciones.

Mis hermanos eran considerablemente más jóvenes que yo, pero yo contaba con un amigo, entre mis compañeros de escuela, que compensaba esa carencia. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra, un íntimo amigo de mi padre. Era un muchacho de un talento y una imaginación singulares. Recuerdo que cuando solo tenía nueve años escribió un cuento de hadas que fue la delicia y el asombro de todos sus compañeros. Su estudio favorito eran los libros

de caballería y las novelas; y recuerdo que, cuando éramos muy jóvenes, solíamos representar obras de teatro que componía él mismo a partir de aquellos libros, en los que los principales personajes eran Orlando, Robin Hood, Amadís y san Jorge.

No creo que hubiera un joven más feliz que yo. Mis padres eran indulgentes y mis compañeros, encantadores. Nunca se nos obligó a estudiar y, por alguna razón, siempre teníamos algún objetivo a la vista que nos empujaba a aplicarnos con fruición para conseguir lo que pretendíamos. Era gracias a este método, y no por emulación, por lo que estudiábamos. A Elizabeth no se le decía que se aplicara especialmente en el dibujo, aunque sus compañeras no la dejaran atrás, sino que era el deseo de agradar a su tía lo que la empujaba a representar por su cuenta algunas escenas que le gustaban. Aprendimos latín e inglés, así que podíamos leer textos en esas lenguas. Y, lejos de que el estudio nos pudiera resultar odioso por los castigos, nos encantaba aplicarnos, y nuestros entretenimientos eran lo que otros niños consideraban deberes. Quizá no leímos tantos libros ni aprendimos idiomas con tanta rapidez como aquellos que siguen una disciplina concreta con un método preciso, pero lo que aprendimos se imprimió más profundamente en nuestra mente. En la descripción de nuestro círculo familiar he incluido a Henry Clerval porque siempre estaba con nosotros. Iba a la escuela conmigo y generalmente pasaba la tarde en nuestra casa; como era hijo único y no tenía con

quién entretenerse en casa, su padre estaba encantado de que encontrara amigos en la nuestra; y, en realidad, nunca éramos del todo felices si Clerval no estaba con nosotros.

Resulta agradable recrearse en estos recuerdos de la infancia, antes de que la desgracia corrompiera mi mente y cambiara sus brillantes imágenes, de tan inmenso valor, en pensamientos tristes y mezquinos sobre uno mismo. Pero al dibujar el cuadro de mis primeros años, no debo dejar de recordar aquellos acontecimientos que condujeron, paso a paso, casi insensiblemente, a mi desgraciada historia posterior: porque cuando intento recordar cómo nació esa pasión, la que ha guiado posteriormente mi destino, la veo surgir, como un torrente en la montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas; pero va ensanchándose a medida que avanza, y se convierte en un río que, en su curso, ha arrasado todas mis esperanzas y alegrías[43].

---

43 Este fragmento trata del impulso, la dinámica percibida; el pasado reconstruido desde el punto de vista del presente siempre parece tener una estructura, una dinámica, y un sendero obvio. En parte, es este enfoque profundamente equivocado el que lleva al optimismo con respecto a la capacidad de predecir el futuro y manipular el presente para alcanzar las deseadas condiciones futuras. Pero los retos de la tecnología y el gobierno en un mundo crecientemente complejo implican que tal optimismo es tan arrogante como deficiente. Es arrogante (un ejercicio de *hibris*) porque sobreestima drásticamente la capacidad de cualquiera, tecnólogo o político, para predecir las vías futuras de los sistemas sociotecnológicos, y es deficiente porque lleva a perderse en una neblina de caprichosas fantasías en lugar de dedicar los esfuerzos al difícil y siempre cambiante reto de abordar de forma ética, responsable y racional un mundo real fundamentalmente

La filosofía natural[44] es el genio que ha marcado mi destino. Por tanto, en esta historia, quisiera precisar aquellos hechos que me condujeron a sentir una especial predilección por esta ciencia. Cuando tenía trece años, fuimos todos de excursión a los baños que hay cerca de Thonon. Las inclemencias del tiempo nos obligaron a quedarnos todo un día encerrados en la posada. En aquella casa, por casualidad, encontré un volumen con las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí sin mucho interés; la teoría que intentaba demostrar y los maravillosos hechos que relataba pronto cambiaron aquella apatía en entusiasmo. Una nueva luz se derramó sobre mi entendimiento; y, dando saltos de alegría, comuniqué aquel descubrimiento a mi padre. No puedo dejar de señalar aquí cuántas veces los maestros

---

imprevisible y en perpetua transformación. Uno puede mirar atrás y afirmar que existe una corriente fluida desde su pasado más lejano a su situación actual, pero lo que en realidad hace es erigir una reconstrucción enteramente normativa, y arbitraria y parcial en el mejor de los casos. *(Braden Allenby).*

44 *Filosofía natural* y *filósofo natural* eran términos muy generales para la investigación empírica y teórica del mundo natural y para aquellos que se dedicaban a ella. El segundo se utilizaba antes de la aparición del término *científico*, que no se acuñó hasta 1834, aunque Mary sí utiliza la palabra como adjetivo: «no pertenecía a una familia científica», dice Victor al describir a los Frankenstein (ver «Es posible incluso…»). Una biografía de Humphry Davy (Golinsky 2016, 1) que se centra en cómo Davy, que conocía al padre de Mary, William Godwin, y cuyo trabajo leyó ella misma, se convirtió en «un científico antes de que existiera tal cosa», y utiliza citas de la novela de Mary como epígrafes de cada capítulo, como si sugiriera que la dificultad de Davy para forjarse una carrera científica estaba asociada con el retrato de las similares dificultades de Victor que hace Mary y pudiera comunicarse mediante este. *(David H. Guston).*

tienen ocasión de dirigir los gustos de sus alumnos hacia conocimientos útiles y cuántas veces la desaprovechan inconscientemente. Mi padre observó sin mucho interés la cubierta del libro y dijo:

—¡Ah… Cornelio Agripa! Mi querido Victor, no pierdas el tiempo en estas cosas; no son más que tonterías inútiles.

Si en vez de esta advertencia, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que las teorías de Agripa ya habían quedado completamente refutadas y que se había instaurado un sistema científico moderno que tenía mucha más relevancia que el antiguo, porque el antiguo era pretencioso y quimérico, mientras que las ideas del moderno eran reales y prácticas… en esas circunstancias, con toda seguridad habría desechado a Agripa y, teniendo la imaginación ya tan excitada, probablemente me habría aplicado a una teoría más racional de la química[45], producto

45 La alquimia tiene sus raíces en el mundo antiguo, aunque la palabra procede del árabe. Se ocupaba básicamente de la transformación de materiales, en especial de la transmutación de metales comunes como el plomo y el estaño, en oro y plata. Buena parte de la alquimia histórica podría considerarse realmente una protoquímica e incluía prácticas como la metalurgia, la confección de tintes y de piedras preciosas de imitación. La alquimia también estaba muy relacionada con la medicina, y durante el Renacimiento para algunos se asoció con la astrología, el misticismo e incluso la magia. En los siglos XVIII y XIXfue vista cada vez más como una pseudociencia, dominio de charlatanes. Tanto el padre de Victor como el profesor Krempe reflejan esta opinión y distinguen claramente entre la ciencia moderna de la química y la alquimia, premoderna e irracional. *(Joel A. Klein)*

de descubrimientos modernos. Es posible incluso que mis ideas nunca hubieran recibido el impulso fatal que me condujo a la ruina. Pero aquella mirada displicente que mi padre había dispensado a mi libro en ningún caso me convenció de que supiera siquiera de qué trataba, así que continué leyendo aquel volumen con la mayor avidez.

Cuando regresé a casa, mi primera ocupación fue procurarme todas las obras de ese autor y, después, las de Paracelso y las de Alberto Magno[46]. Leí y estudié con deleite las locas fantasías de esos autores; me parecían tesoros que conocían muy pocos aparte de mí; y aunque a menudo

---

46 Muchos alquimistas europeos de la Edad Media y el Renacimiento creían que era posible producir un «elixir» o medicina que podría prolongar la vida o incluso curar todas las enfermedades. Algunos, entre ellos Cornelius Agripa (Heinrich Cornelius Agripa von Nettesheim, 1486-1535), asociaban esos elixires o medicinas con la piedra filosofal: una sustancia alquímica que podía transmutar metales como el plomo en oro. El teólogo medieval Alberto Magno (*c*. 1200-1280) oficialmente no respaldaba esas creencias, pero un texto titulado *Breve libro sobre alquimia* que se atribuyó falsamente —aunque la mayoría lo creyó— a Alberto Magno sí las suscribía. Sin embargo, los textos cuyas ideas sobre la alquimia y la vida ejercieron mayor influencia se atribuyeron —por más que probablemente tampoco fueran obra suya— al físico del Renacimiento e iconoclasta Paracelso (1493-1541). En uno de estos, una obra titulada *Sobre la naturaleza de las cosas*, el autor describe la creación artificial de un pequeño humano denominado «homúnculo» en un proceso que recuerda vagamente a la animación de Victor de la «materia muerta» (pp. 79 y 84). Calentando un frasco sellado que contiene semen putrefacto produciría una forma humana al cabo de cuarenta días, y el homúnculo plenamente formado —que tendría poderes y conocimientos maravillosos— estaría acabado tras cuarenta semanas alimentándose con un preparado de sangre humana. *(Joel A. Klein).*

deseé comentar con mi padre aquellos conocimientos secretos, sin embargo, su vaga desaprobación de Agripa, mi autor favorito, siempre me desanimó. De todos modos, le revelé mis descubrimientos a Elizabeth, bajo la estricta promesa de guardar secreto, pero no pareció muy interesada en el tema, así que continué mis estudios solo.

Puede resultar un poco extraño que apareciera un discípulo de Alberto Magno en el siglo XVIII; pero yo no pertenecía a una familia científica ni había asistido a clase en Ginebra[47]. Así pues, la realidad no enturbiaba mis sueños y me entregué con toda la pasión a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida[48]. Sobre todo, esto último

---

47 Este fragmento implica que la educación formal es considerada a un nivel superior que la del autodidacta. Además, transmite la idea de que la instrucción formal puede comunicar la verdad y que una persona que intentara aprender por su cuenta podría no saber distinguir la ficción de lo real porque nadie le ha enseñado qué es lo correcto. Es una forma llamativamente interesante de abordar la instrucción porque toda la educación es sesgada de un modo u otro: por el programa que se enseña, por las opiniones del instructor sobre ese programa, e incluso por las preguntas que este plantea en el aula. Se supone que hay una verdad objetiva asociada con la instrucción formal, pero es una suposición errónea. *(Sara Brownell).*

48 Cornelio Agripa se sigue contando entre los teólogos mágicos y los filósofos naturales más atractivos intelectualmente de su época. Su obra magna, *De occulta philosophia libri tres* (*Tres libros sobre filosofía oculta*), le ocuparon la mayor parte de su vida, empezando con un manuscrito juvenil dedicado a su profesor, el abad Trithemius de Sponheim; empezó a circular en 1509-1510; su primera edición impresa data de 1531, y la versión editada definitiva es de 1533. El libro impreso alcanzó una gran circulación, y aparecieron ediciones en alemán, latín y francés antes de 1535, así como reimpresiones, y en inglés a lo largo de los siglos XVII y XVIII. La

acaparaba toda mi atención; la riqueza era para mí un asunto menor, ¡pero qué fama alcanzaría si pudiera erradicar la enfermedad de la condición humana y conseguir

---

reputación de Agripa como nigromante también creció, pese a la carencia de pruebas que lo respaldaran, y un cuarto libro que se le atribuyó espuriamente era, de hecho, una obra de magia negra que apareció en inglés en el siglo XVIII y vendió más que la obra original durante el XIX. No está claro si Victor Frankenstein leyó *De occulta philosophia*, pero su valoración de «la teoría que [Agripa] intentaba demostrar» (ver «Cuando tenía trece años…») indica que podría haber conocido la cosmología mágica que contenía. Agripa incrusta la magia en la Creación, arguyendo que Dios puso magia en el mundo como un sistema de conexiones, simpatía y antipatías mediante el que los versados podrían trascender la esfera natural e influir en ámbitos superiores. Aunque *De occulta philosophia* se vincula claramente a la filosofía neoplatónica y ve un sendero despejado por el que el estudio de la obra de Dios mejora al versado, es una obra única en la medida en que Agripa también incluye la posibilidad para el erudito vivo de trascender la esfera natural mediante el trabajo mágico y volver a entrar en la divinidad. A través del cultivo del espíritu (que exige que el erudito renuncie a los deseos y ambiciones humanas) requerido para alcanzar tales habilidades mágicas, Agripa cree que el erudito podría utilizar esas habilidades para mantener el orden del mundo concebido por Dios, tal vez considerando al erudito como un importante recurso defensivo en caso de un apocalipsis. Sin embargo, no queda claro qué sucedería si un erudito disciplinado pero malvado alcanzara la divinidad: tal vez podría desbaratar el orden del mundo. En cualquier caso, la idea de Victor de que puede equipararse a Dios podría proceder de ese texto, porque lo leyó fuera del contexto de la teología renacentista y sin comprender la tremenda disciplina requerida para un experto en magia. Su criatura sirve como lección práctica sobre las amenazas planteadas por una ciencia carente de disciplina, movida por la ambición y el egoísmo. No funciona como corrección de los problemas de la filosofía natural del Renacimiento, resueltos por la ciencia moderna, sino que sirve como prueba de la importancia de las investigaciones definidas institucionalmente y revisadas por colegas que acabarían siendo conocidas como ciencia a principios del siglo XIX. *(Allison Kavey).*

que el hombre fuera invulnerable a cualquier cosa excepto a una muerte violenta![49].

Esas no eran mis únicas ensoñaciones. Invocar la aparición de fantasmas y demonios era una constante en los textos de mis escritores favoritos, y yo ansiaba poder hacerlo inmediatamente; y si mis encantamientos nunca funcionaban, yo atribuía los fracasos más a mi inexperiencia y a mis errores que a la falta de inteligencia o a la incompetencia de mis maestros[50].

Los fenómenos naturales que tienen lugar todos los días delante de nuestros ojos no me pasaban desapercibidos. La destilación y los maravillosos efectos del vapor, procesos que mis autores favoritos ignoraban por completo, me

---

49 El joven, rebelde, inteligente y ambicioso Victor está motivado por la búsqueda de gloria y fama pública. Quiere hacerse un nombre. No solo quiere tener éxito, sino que este sea esplendoroso y llamativo. Y busca esa gloriosa reputación mediante la filosofía natural moderna, lo que ahora denominamos ciencia experimental, el «genio que ha marcado mi destino» (ver «Cuando tenía trece años…»). El objetivo declarado de Victor, crear una especie de inmortalidad, es el tipo de éxito que podría proporcionarle la fama que tan desesperadamente persigue. *(J. J. LaTourelle).*

50 Aceptar el fracaso en el aprendizaje como responsabilidad del estudiante puede describirse como un modelo de instrucción por defecto de sí mismo, donde cualquier laguna en el aprendizaje es culpa del estudiante y a los enseñantes se les presupone impecables en su función. Esta perspectiva también representa un enfoque de la enseñanza centrado en el instructor, donde es responsabilidad del alumno escuchar y aprender de aquel. Contrasta marcadamente con cómo muchos contemplan hoy la educación, como una actividad constructivista que debería centrarse en el estudiante, en la que este crea su propio aprendizaje. *(Sara Brownell)*

causaban asombro, pero con lo que me quedé fascinado fue con algunos experimentos con una bomba de aire que llevaba a cabo un caballero al que solíamos visitar.

La ignorancia de mis filósofos en estas y muchas otras disciplinas sirvieron para desacreditarlos a mis ojos… pero no podía apartarlos a un lado definitivamente antes de contar con algún otro sistema que ocupara su lugar en mi mente.

Con quince años, más o menos, y estando de vacaciones en nuestra casa de Belrive, fuimos testigos de una violenta y terrible tormenta. Había bajado desde las montañas del Jura y los truenos estallaban unos tras otros con un aterrador estruendo en el cielo y por todas partes. Mientras duró la tormenta, yo permanecí observando su desarrollo con curiosidad y asombro. Mientras estaba allí, en la puerta, de repente, observé una columna de fuego que se levantaba desde un viejo y precioso roble que se encontraba a unos veinte metros de nuestra casa; y en cuanto aquella luz resplandeciente se desvaneció, pude ver que el roble había desaparecido, y no quedaba nada allí, salvo un tocón abrasado. A la mañana siguiente, cuando fuimos a verlo, nos encontramos el árbol absolutamente carbonizado. No se había rajado por el impacto, sino que había quedado reducido por completo a astillas de madera. Nunca vi una cosa tan absolutamente destrozada.

La catástrofe del árbol me dejó absolutamente asombrado; y enseguida fui a preguntarle a mi padre por la naturaleza y el origen de los truenos y los rayos. «Es la electricidad», me dijo, y me explicó también los efectos de aquella energía. Me construyó una pequeña máquina eléctrica, e hizo algunos pequeños experimentos; y también preparó una cometa con una cuerda y un cable que podía extraer aquel fluido desde las nubes[51].

Este último golpe acabó de derribar a Cornelio Agripa, a Alberto Magno y a Paracelso, que durante tanto tiempo habían sido reyes y señores de mi imaginación. Pero, por alguna fatalidad, no me sentí inclinado a estudiar ningún

---

51 Los encuentros dramáticos con fenómenos naturales son inspiraciones para la imaginación científica tanto como para la literaria. Este fragmento reconstruye la forma en que el filósofo Francis Bacon (1561-1626) pensaba que los científicos llegan a entender los fenómenos naturales y, a su vez, usan su entendimiento para construir tecnologías que aprovechan los mismos procesos subyacentes. Al describir cómo el padre de Victor traduce la mecánica del trueno y el rayo a varias tecnologías —una pequeña máquina eléctrica (tal vez una pila galvánica y una botella de Leyden) y una cometa que atrae y conduce la electricidad (al modo del experimento de Benjamin Franklin)—, el pasaje anuncia el uso que, con el tiempo, le dará Victor a la electricidad para animar la criatura que crea. La sensación de maravilla que describe el narrador al presenciar la tormenta es importante: goce, curiosidad, asombro y otras emociones motivan la investigación científica al cautivar la imaginación y las emociones. Es probable que Mary compartiera algunas de las emociones de su protagonista mientras soportaba los implacables aguaceros y tormentas que se abatieron sobre Ginebra el verano de 1816. *(Dehlia Hannah).*

sistema moderno y este desinterés tuvo su razón de ser en la siguiente circunstancia.

Mi padre expresó su deseo de que yo asistiera a un curso sobre filosofía natural, a lo cual accedí encantado. Hubo algún inconveniente que impidió que yo asistiera a aquellas lecciones hasta que el curso casi hubo concluido. La clase a la que acudí, como era una de las últimas del curso, me resultó absolutamente incomprensible. El profesor hablaba con gran convicción del potasio y el boro, los sulfatos y los óxidos, unos términos que para mí eran totalmente abstractos; así que quedé profundamente desencantado con aquella ciencia de la filosofía natural, aunque seguí leyendo con deleite a Plinio[52] y a Buffon[53], autores que en mi opinión eran casi iguales en interés y utilidad.

---

52 Plinio el Viejo (23-79 d. C.) fue un naturalista y filósofo natural romano que publicó el enciclopédico texto *Naturalis historia (Historia natural*). Murió en la erupción del Vesubio intentando salvar a unos amigos. *(David H. Guston)*.

53 Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), fue un naturalista francés cuya obra en varios volúmenes *Histoire naturelle (Historia natural*) recordaba a la de Plinio. En un siglo en que los historiadores naturales todavía intentaban entender si cambiaban las especies y cómo lo hacían, Buffon propuso la teoría de que las especies del Nuevo Mundo, incluida la humana, eran degeneraciones en comparación con las del Viejo Mundo. Su teoría provocó que mantuviera una acalorada correspondencia con Thomas Jefferson, que le envió muestras de vida salvaje norteamericana robusta y saludable —incluido un alce disecado— a través del Atlántico. *(David H. Guston)*

En aquella época mi principal interés eran las matemáticas y la mayoría de las ramas de estudio que se relacionan con esa disciplina. También estaba muy ocupado en el aprendizaje de idiomas; ya conocía un poco el latín, y comencé a leer sin ayuda del diccionario a los autores griegos más sencillos. También sabía inglés y alemán perfectamente. Y este era el listado de mis conocimientos a la edad de diecisiete años; y se podrá usted imaginar que empleaba todo mi tiempo en adquirir y conservar los conocimientos de aquellas diferentes materias.

Otra tarea recayó sobre mí cuando me convertí en maestro de mis hermanos. Ernest era seis años más joven que yo y era mi principal alumno. Desde muy pequeño había tenido una salud delicada, razón por la cual Elizabeth y yo habíamos sido sus enfermeros habituales. Tenía un carácter muy dulce, pero era incapaz de concentrarse en ningún trabajo serio. William, el más pequeño de la familia, era aún muy niño y la criatura más bonita del mundo; sus alegres ojos azules, los hoyuelos de sus mejillas y sus gestos zalameros inspiraban el cariño más tierno.

Así era nuestra vida familiar, de la cual parecían estar siempre alejados las preocupaciones y el dolor. Mi padre dirigía nuestros estudios y mi madre formaba parte de nuestros juegos. Ninguno de nosotros gozaba de predilección alguna sobre los demás, y nunca se escucharon en casa órdenes autoritarias, pero nuestro cariño mutuo nos

empujaba a obedecer y a satisfacer hasta el más mínimo deseo de los demás.

CAPÍTULO II

Cuando alcancé la edad de diecisiete años, mis padres decidieron que debería ir a estudiar a la Universidad de Ingolstadt. Hasta entonces yo había asistido a clase en colegios de Ginebra, pero mi padre creyó que, para completar mi educación, debería conocer otras costumbres aparte de las de mi país natal. Así pues, mi partida se fijó para una fecha próxima. Pero antes de que llegara el día previsto, aconteció la primera desgracia de mi vida: un presagio, podría decirse, de mis futuras desdichas.

Elizabeth había cogido la escarlatina, pero la dolencia no fue grave y se recuperó rápidamente. Durante la cuarentena, a mi madre le habían dado numerosas razones

para persuadirla de que no se ocupara de cuidarla. Y al principio había accedido a nuestros ruegos, pero cuando supo que su niña del alma se estaba recuperando, no pudo seguir privándose de su compañía y entró en la habitación de la enferma mucho antes de que hubiera pasado el peligro de infección. Las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales: tres días después, mi madre enfermó. Las fiebres eran malignas y las miradas de quienes la atendían auguraban lo peor. En su lecho de muerte, la fortaleza y la bondad de aquella admirable mujer no la abandonaron. Juntó las manos de Elizabeth y las mías:

—Hijos míos —nos dijo—, había depositado todas mis esperanzas en vuestra unión. Ahora esa unión será el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, mi amor, ocupa mi lugar y cuida de tus primos pequeños. ¡Cuánto lo siento…! ¡Cuánto siento tener que abandonaros…! He sido tan feliz y me he sentido tan amada, ¿cómo no me va a ser difícil separarme de vosotros? Pero esas ideas no deberían preocuparme ahora; tendré que intentar resignarme y aceptar la muerte de buen grado, y abrigaré la esperanza de encontraros en el otro mundo.

Murió tranquila, y su rostro reflejaba afecto y cariño incluso en la muerte. No será necesario describir los sentimientos de aquellos cuyos amados lazos quedan rotos

por ese irreparable mal[54], el vacío que deja en las almas y la desesperación que se refleja en los rostros. Transcurre mucho tiempo antes de que la mente humana pueda convencerse de que la persona a quien se ve todos los días, y cuya mera existencia parece parte de la nuestra, se ha ido para siempre; pasa mucho tiempo antes de que podamos convencernos de que la mirada brillante de un ser amado se ha apagado para siempre y de que el sonido de una voz familiar y querida se ha acallado definitivamente, y nunca más volverá a escucharse. Estas son las reflexiones de los primeros días. Pero cuando el paso del tiempo demuestra que la desgracia es una realidad, entonces comienza la amargura y el dolor[55]. Sin embargo, ¿a quién no ha

---

54 La muerte de la madre es vista como un mal, mas aún, como un «mal irreparable». De niña, Mary se sentaba junto a la tumba de su madre y leía; es una forma especial de dolor que sienten los creados cuando pierden a aquellos que los crearon. Buena parte del empeño de Victor en la creación de la criatura está impulsado por sus pensamientos sobre el mal que supone la muerte, la finitud de la vida humana. Este fragmento relaciona además la percepción de un mal en cuanto mal con su impacto en las emociones, en este caso, el dolor de la pérdida. Irónicamente, cuando consigue dar vida a la criatura, la convierte en una huérfana. *(Joel Gereboff).*

55 Cuando Victor describe su dolor ante la muerte de su madre, se centra en el impacto del hecho en él mismo. Le duele su ausencia en lugar de sentir pesar por el dolor que ella sufrió al morir o por las experiencias vitales que ella no tendrá. El dolor de Victor ante su muerte desempeña un papel fundamental en la formación de su carácter. Es el espejo de la experiencia de la criatura en la novela. Victor se duele de la presencia de una ausencia, es decir, la de su madre. La criatura se duele de la presencia de una ausencia, es decir, la de un amigo, un colega o una compañera. Dado todo lo que Victor sabe sobre el duelo y la pérdida, esperaríamos que mostrara más empatía con el sufrimiento de la criatura. Pero parece ciego a lo mucho que tiene en

arrebatado esa cruel mano algún ser querido? ¿Y por qué debería describir yo una pena que todos han sentido o acabarán sintiendo? Al final llega el día en el que el dolor resulta más bien una complacencia que una realidad, y la sonrisa que juega en los labios, aunque parezca un maldito sacrilegio, ya no se oculta. Mi madre había muerto, pero nosotros aún teníamos obligaciones que cumplir; debíamos seguir con nuestra vida y aprender a sentirnos afortunados mientras quedara uno de nosotros a quien la muerte no hubiera arrebatado.

Mi viaje a Ingolstadt, que había quedado aplazado por esos acontecimientos, se volvió a plantear nuevamente. Conseguí que mi padre me diera un plazo de algunas semanas antes de partir. Ese tiempo transcurrió tristemente. La muerte de mi madre y mi inmediata partida nos deprimían, pero Elizabeth se esforzaba en devolver el espíritu de la alegría a nuestro pequeño círculo. Desde la muerte de su tía, su carácter había adquirido nueva firmeza y vigor. Decidió cumplir con sus deberes con la máxima precisión, y creyó que había recaído sobre ella el imperioso deber de dedicarse por entero a hacer felices a su tío y sus primos. Ella me consolaba, entretenía a su tío, educaba a mis hermanos; y nunca la vi tan encantadora como en aquella época, cuando

---

común con su creación. Tal vez se obnubile deliberadamente porque debe seguir deshumanizando a su creación para distanciarse de ella y de la responsabilidad que tiene con ella. Queda por ver si los científicos e ingenieros, como creadores, pueden permitirse el reconocerse en su propio trabajo o son incapaces de hacerlo. *(Sean A. Hays).*

estaba constantemente intentando contribuir a la felicidad de los demás, olvidándose por completo de sí misma.

El día de mi partida finalmente llegó. Yo ya me había despedido de todos mis amigos, excepto de Clerval, que pasó con nosotros aquella última tarde. Lamentó amargamente que le fuera imposible acompañarme. Pero no había modo de convencer a su padre de que se separara de su hijo, porque pretendía que se convirtiera en socio de sus negocios y aplicaba su teoría favorita, según la cual los estudios eran un asunto superfluo a la hora de desenvolverse en la vida diaria[56]. Henry tenía un espíritu refinado, no le gustaba permanecer ocioso y en el fondo estaba encantado de convertirse en socio de su padre, pero creía que un hombre podía ser un perfecto comerciante y, sin embargo, contar con una apreciable cultura.

Estuvimos reunidos hasta muy tarde, escuchando sus lamentos y haciendo muchos y pequeños planes para el futuro. A la mañana siguiente, muy temprano, partí. Las lágrimas anegaron la mirada de Elizabeth; se derramaban en parte por la pena ante mi despedida y en parte porque

56 Gran parte de la educación se centra hoy en día en la enseñanza práctica, en especial en las especialidades técnicas, y su intención es preparar una mano de obra cualificada. No era esa la concepción dominante en la época de Mary, cuando se creía que la enseñanza era para los privilegiados y no muy útil para la vida cotidiana. *(Sara Brownell)*

pensaba que aquel mismo viaje debía haber tenido lugar tres meses antes, con la bendición de una madre.

Me derrumbé en la diligencia que debía alejarme de casa y me entregué a las reflexiones más melancólicas. Yo, que siempre había estado rodeado por la mejor compañía, continuamente comprometidos en intentar hacernos felices unos a otros… ahora estaba solo. Debería buscarme mis propios amigos en la universidad a la que iba a acudir, y cuidar de mí mismo. Hasta ese momento, mi vida había transcurrido en un ambiente protegido y familiar, y esto había generado en mí una invencible desconfianza hacia los desconocidos. Amaba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval: esos eran mis «queridos rostros conocidos», y me creía absolutamente incapaz de soportar la compañía de extraños. Tales eran mis pensamientos cuando comencé el viaje, pero a medida que avanzaba, fui animándome y mis esperanzas resurgieron. Deseaba ardientemente adquirir más conocimientos. Cuando estaba en casa, a menudo pensaba que sería muy duro permanecer toda mi juventud encerrado en un solo lugar e incluso había deseado conocer mundo y buscarme un sitio en la sociedad entre otros seres humanos. Ahora mis deseos se habían visto satisfechos y, en realidad, habría sido absurdo lamentarlo.

Tuve tiempo suficiente para estas y muchas otras reflexiones durante el viaje a Ingolstadt, que resultó largo y aburrido. El altísimo y blanco campanario de la ciudad por fin se ofreció a mi vista. Descendí del carruaje y me

condujeron a mi solitario aposento para que empleara la tarde en lo que quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y me personé ante algunos de los principales profesores y, entre otros, ante el señor Krempe, profesor de filosofía natural. Me recibió con afabilidad y me hizo algunas preguntas referidas a mis conocimientos en las diferentes ramas científicas relacionadas con la filosofía natural. Con miedo y tembloroso, es cierto, cité a los únicos autores que había leído sobre esas materias. El profesor me miró asombrado y me dijo:

—¿De verdad ha perdido el tiempo estudiando esas necedades?

Contesté afirmativamente.

—Cada minuto, cada instante que ha desperdiciado usted en esos libros —añadió el señor Krempe con vehemente enojo— ha sido tiempo perdido, completa y absolutamente. Tiene usted el cerebro atestado de sistemas caducos y nombres inútiles. ¡Dios mío…! ¿En qué desierto ha estado viviendo usted? ¿Es que no había un alma caritativa que le dijera a usted que esas tonterías que ha devorado con avidez tienen más de mil años y son tan rancias como anticuadas? No esperaba encontrarme a un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso en el siglo de la ilustración y la ciencia. Mi

querido amigo, tendrá usted que comenzar sus estudios absolutamente desde el principio[57].

Y diciéndome esto, se apartó un poco y escribió una lista de varios libros de filosofía natural que debía procurarme, y me despidió después de mencionar que a principios de la semana siguiente tenía intención de comenzar un curso sobre las características generales de la filosofía natural, y que el señor Waldman, un colega suyo, daría lecciones de química los días que él no dictara sus clases.

No regresé a casa muy decepcionado porque hacía tiempo que yo también consideraba inútiles a aquellos escritores que el profesor había reprobado de aquel modo tan enérgico… pero tampoco me sentí muy inclinado a estudiar aquellos libros que había adquirido por recomendación suya. El señor Krempe era un hombrecillo pequeño y gordo de voz ronca y rostro desagradable, así que el profesor no me predisponía a estudiar su materia. Además, yo tenía mis reparos respecto a la utilidad de la filosofía natural moderna. Era bien distinto cuando los maestros de la ciencia

57 Este fragmento pretende ilustrar un problema del autoaprendizaje: el autodidacta (el que aprende por su cuenta) puede no conocer cuáles son los textos que debe leer ni cómo evaluarlos correctamente. Pero el fragmento también plantea la cuestión de si se obtiene alguna ventaja leyendo sobre formas de pensar que se consideran inapropiadas en el tiempo actual. ¿Estamos seguros, según la concepción dominante del momento, de que formas previas de pensar no conservan utilidad alguna? *(Sara Brownell).*

perseguían la inmortalidad y el poder[58]: aquellas ideas, aunque eran completamente inútiles, al menos tenían grandeza. Pero ahora todo había cambiado: la ambición del investigador parecía limitarse a rebatir aquellos puntos de vista en los cuales se fundaba principalmente mi interés en la ciencia. Se me estaba pidiendo que cambiara quimeras de infinita grandeza por realidades que apenas valían nada[59].

---

58 Muchos estudiosos defienden que la ciencia y la tecnología, sobre todo tal como se practican en Occidente, siempre han consistido en buscar «la inmortalidad y el poder» (véase, por ejemplo, *The Religion of Technology* [1997], en la que David Noble apunta que, desde la Edad Media, «la tecnología fue identificándose cada vez más tanto con la perfección perdida como con la posibilidad de una perfección renovada, y el progreso de las artes adquirió un nuevo sentido, no solo como prueba de la gracia, sino como medio de preparación para, y signo inequívoco de, la salvación inminente»). En ciertos sentidos, la Ilustración fue una contundente afirmación de la perspectiva humanista, y los fines de esa afirmación, a menudo no declarados con tanta claridad como en este fragmento de la novela, no han cambiado tanto. Pero antes de asumir la *hibris* patente, merece la pena recordar que lo contrario tampoco ha cambiado: aquellos que no buscan ni la inmortalidad ni el poder sufren con mucha frecuencia, mueren jóvenes y trabajan sometidos a otros. *(Braden Allenby).*

59 Victor comenta un cambio en las formas en las que se emplea en su tiempo la filosofía natural comparándolas con las del pasado. La historia que cuenta sugiere que los científicos del pasado tenían aspiraciones más elevadas que sus contemporáneos, a quienes, según él, les interesa lo que la ciencia puede demostrar como *no* posible más que el impulsar la imaginación humana. Dado que esta comparación se realizó hace dos siglos, plantea cuestiones a los lectores modernos sobre la idea generalizada de que las ciencias del pasado daban más margen a la imaginación («infinita grandeza», en palabras de Victor) que las ciencias actuales. Pese a su convicción sobre la imposibilidad de la búsqueda de los maestros de la ciencia de «la inmortalidad y el poder», Victor se ve atraído por las

Tales fueron mis pensamientos durante los dos o tres días que pasé casi completamente solo… pero al comenzar la semana siguiente, pensé en la información que el señor Krempe me había dado respecto a los cursos. Y aunque no tenía ninguna intención de ir a escuchar cómo aquel profesorcillo vanidoso repartía sentencias desde su púlpito, recordé lo que había dicho del señor Waldman, a quien yo no conocía, porque hasta ese momento había permanecido fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por distraerme, fui al aula en la que el señor Waldman entró poco después. Este profesor era un hombre muy distinto a su colega. Rondaría los cincuenta años, pero con un aspecto que expresaba una gran bondad; algunos cabellos grises cubrían sus sienes, pero en la parte posterior de la cabeza eran casi negros. No era muy alto, pero caminaba notablemente erguido y su voz era la más dulce que yo había oído en mi vida. Comenzó la lección con una recapitulación de la historia de la química y de los avances que habían llevado a cabo muchos hombres de ciencia, pronunciando con fervor los nombres de los

---

«quimeras de infinita grandeza». El término quimera tiene dos significados posibles plasmados aquí: el monstruo que exhalaba fuego de la mitología griega, con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente, o un fin imposible e ilusorio. La cuidadosa selección de palabras de Mary permite que los lectores vean ambas definiciones en este uso. El concepto de quimera en la biología moderna (que, por descontado, habría desconocido Mary) es el de un organismo simple compuesto de dos cigotos, que es la fusión de múltiples óvulos fertilizados; esta composición múltiple puede darse por trasplante de tejidos o por mutación. (Hannah Rogers).

grandes sabios. Después ofreció una perspectiva general del estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Después de hacer algunos experimentos sencillos, concluyó con un panegírico dedicado a la química moderna; nunca olvidaré sus palabras:

—Los antiguos maestros de la ciencia —dijo— prometían imposibles y no consiguieron nada. Los maestros modernos prometen muy poco. Saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es solo una quimera. Pero estos nuevos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para escarbar en la suciedad y cuyos ojos parecen solo destinados a escudriñar en el microscopio o en el crisol, en realidad han conseguido milagros. Penetran en los recónditos escondrijos de la naturaleza y muestran cómo opera en esos lugares secretos. Han ascendido a los cielos y han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido nuevos y casi ilimitados poderes: pueden dominar los truenos del cielo, simular un terremoto, e incluso imitar el mundo invisible con sus propias sombras.

Salí de allí encantado con este profesor y su lección, y fui a visitarlo aquella misma tarde. En privado, sus modales eran incluso más amables y atractivos que en público, porque había una cierta dignidad en sus gestos durante sus clases que se tornaba afabilidad y amabilidad en su propia casa. Escuchó con atención mi pequeña historia referente a los estudios y sonrió cuando pronuncié los nombres de Cornelio

Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que el señor Krempe había mostrado. Solo dijo:

—Los modernos filósofos estaban en deuda con el infatigable esfuerzo de aquellos hombres que sentaron las bases del conocimiento. Ellos nos encomendaron una tarea más sencilla: dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones comprensibles los hechos que, en buena parte, ellos habían sacado a la luz. El trabajo del hombre de genio, aunque esté equivocado o mal dirigido, muy pocas veces deja de convertirse en un verdadero beneficio para la humanidad[60].

Escuché atentamente sus palabras, pronunciadas sin presunción ni afectación, y luego añadí que su lección había conseguido apartar de mí cualquier prejuicio contra los químicos modernos; y también le pedí que me aconsejara respecto a los libros que debía leer.

—Me alegra mucho tener un nuevo discípulo —dijo el señor Waldman—, y si se aplica usted al estudio tanto como

---

60 Uno de los argumentos lógicos principales a favor de la autonomía de la ciencia y los científicos —esto es, su capacidad para tomar sus propias decisiones sin interferencia de gobiernos o de legos— en su búsqueda del conocimiento es la supuesta certidumbre del resultado instrumental superior de esa búsqueda, sin tener en cuenta la presencia potencial del error o el sesgo tendencioso. Según el químico y filósofo de la ciencia Michael Polanyi, la organización ideal es la de «científicos, que realizan libremente sus propias elecciones de los problemas que abordan y los estudian a la luz de su propio juicio personal» (1962, 54). *(David H. Guston).*

parece sugerir su inteligencia, no tengo duda de que alcanzará el éxito. La química es esa rama de la filosofía natural en la cual se han hecho y se harán los avances más importantes. Por eso la escogí como disciplina principal en mi trabajo. Pero, al mismo tiempo, no he descuidado otras ciencias. Uno sería un triste químico si solo estudiara esa materia. Si su deseo realmente es llegar a ser un verdadero hombre de ciencia y no simplemente un experimentador banal, debería aconsejarle que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Luego me llevó a su laboratorio y me explicó cómo funcionaban algunas de sus máquinas; me aconsejó sobre lo que debía comprar y me prometió que me dejaría utilizar su laboratorio cuando supiera lo suficiente para no estropear sus aparatos. También me dio la lista de libros que le había pedido, y luego nos despedimos.

Así terminó un día memorable para mí, porque entonces se decidió mi destino.

CAPÍTULO III

Desde aquel día, la filosofía natural, y en concreto la química, en el sentido más amplio del término, se convirtieron prácticamente en mis únicas materias de estudio. Leí con avidez todos aquellos libros llenos de genialidades y sabiduría que los modernos investigadores habían escrito sobre aquellas materias. Acudí a las clases y cultivé la amistad de los científicos en la universidad; y encontré, incluso en el señor Krempe, una buena dosis de sentido común y verdadera sabiduría… unida, es verdad, a una fisonomía y unos modales desagradables, pero no por ello menos valiosa. En el señor Waldman descubrí a un verdadero amigo. El dogmatismo nunca enturbiaba su bondad e impartía sus clases con un aire de franqueza y buen carácter que desvanecía cualquier idea de pedantería.

Fue quizá el amistoso carácter de este hombre lo que me inclinó más al estudio de aquella rama de la filosofía natural que él profesaba, y no tanto un amor intrínseco por la propia ciencia. Pero aquel estado de ánimo solo se produjo en los primeros pasos hacia el conocimiento; cuanto más me adentraba en la ciencia, más me interesaba solo como un fin en sí misma[61]. Aquella dedicación, que al principio había sido

---

61 La idea de contar con un único mentor científico no es ideal, y Victor bien lo sabe. Es instruido por dos individuos valiosos, imperfectos y complementarios; a saber, Krempe y Waldman. Vemos que la enseñanza científica no se desarrolla en el vacío. El psicólogo del desarrollo Jean Piaget describió el proceso del desarrollo intelectual con las palabras «la inteligencia organiza el mundo organizándose a sí misma» (citado en Chess y Hassibi 1978, 63). Una lectura de Piaget indica que presenta el aprendizaje como un sistema adaptativo complejo, y así, cuando el cuerpo humano recibe estímulos, comienza a organizar y anticipar más estímulos, creando sistemas complejos de acciones mentales y anticipando resultados en un esfuerzo por prever y controlar los estímulos para generar resultados más favorables. Como consecuencia, las interacciones colaborativas entre individuos con diferentes perspectivas y experiencias (mentor y discípulo) proporcionan estímulos conversacionales para desarrollar nuevas ideas. L. S. Vygotsky, citando a Piaget, describe un proceso similar: «Esas observaciones [las de una argumentación infantil] llevaron a Piaget a concluir que la comunicación produce la necesidad de comprobar y confirmar las ideas, un proceso que es característico del pensamiento adulto» (1978, 90). La dinámica mentor-discípulo crea los estímulos que impulsan la curiosidad, la creatividad y el aprendizaje de Victor. El señor Waldman, que ama la química, comenta que «no he descuidado otras ciencias» (ver «La química es esa rama…»), recalcando la importancia del aprendizaje interdisciplinar en Victor. Como muestra este fragmento, la pasión por aprender es también consecuencia de contar con dos mentores; «la filosofía natural y en concreto la química, en el sentido más amplio del término, se convirtieron prácticamente en mis únicas materias de estudio». Por último, la búsqueda de conocimiento, independientemente de su concreción, impulsa la investigación de Victor. La

una cuestión de deber y obligación, se tornó después tan apasionada e impaciente que muy a menudo las estrellas desaparecían con las luces del alba y yo aún seguía trabajando en mi laboratorio.

Dado que me aplicaba al estudio con tanto celo, fácilmente puede comprenderse que progresé con mucha rapidez. De hecho, mi fervor científico era el asombro de los estudiantes y mi dominio de la materia, el de los maestros. El profesor Krempe a menudo me preguntaba, con una maliciosa sonrisa en sus labios, cómo andaba Cornelio Agripa, mientras el señor Waldman expresaba de corazón los elogios más encendidos ante mis progresos. Así transcurrieron dos años, en los cuales no regresé a Ginebra, porque estaba enfrascado en cuerpo y alma en el estudio de ciertos descubrimientos que esperaba realizar. Nadie, salvo aquellos que lo han experimentado, puede comprender la fascinación que ejerce la ciencia. En otras disciplinas, uno llega hasta donde han llegado aquellos que lo han precedido, y no se puede llegar a saber nada más; pero la investigación científica continuamente alimenta la pasión por nuevos descubrimientos y maravillas. Una inteligencia mediana que se empeña con pasión en un estudio necesariamente alcanza un gran dominio en dicha disciplina. Y yo, que continuamente intentaba alcanzar una meta y

---

disciplina, la pasión, la concentración y las filosofías diversas y eficaces de sus mentores caracterizan la situación de Victor en ese momento. *(Carlos Castillo-Chavez).*

estaba dedicado a ese único fin, progresé tan rápidamente que al final de aquellos dos años hice algunos descubrimientos para la mejora de ciertos aparatos químicos, lo cual me procuró gran estima y admiración en la universidad. Cuando llegué a ese punto y hube aprendido todo lo que los profesores de Ingolstadt podían enseñarme en cuanto a teoría y práctica de la filosofía natural, y teniendo en cuenta que mi estancia allí ya no me procuraría aprovechamiento alguno, pensé en regresar con los míos a mi ciudad natal, pero entonces se produjo un incidente que prolongó mi estancia en la ciudad.

Uno de los aspectos que habían llamado especialmente mi atención era la estructura del cuerpo humano y, en realidad, la de cualquier animal dotado de vida. A menudo me preguntaba: ¿dónde residirá el principio de la vida? Era una pregunta atrevida y siempre se había considerado un misterio. Sin embargo, ¿cuántas cosas podríamos descubrir si la cobardía o el desinterés no entorpecieran nuestras investigaciones? Le di muchas vueltas a estas cuestiones y decidí que desde aquel momento en adelante me aplicaría muy especialmente a aquellas ramas de la filosofía natural relacionadas con la fisiología. Si no me hubiera animado una especie de entusiasmo sobrenatural, mi dedicación a esa disciplina me habría resultado tediosa y casi insoportable. Para estudiar las fuentes de la vida, debemos recurrir en primer lugar a la muerte. Enseguida me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero no era suficiente. Debía

también observar la descomposición natural y la corrupción del cuerpo humano. Durante mi educación, mi padre había tomado todo tipo de precauciones para evitar que mi mente se viera impresionada por terrores sobrenaturales. Así que yo no recuerdo haber temblado jamás ante cuentos supersticiosos o haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no ejercía ninguna influencia en mi imaginación; y un cementerio no era para mí más que un lugar donde reposaban cuerpos privados de vida, los cuales en vez de ser templos de la belleza y la fuerza, se habían convertido en alimento para los gusanos. Ahora estaba decidido a estudiar la causa y el proceso de esa descomposición y me vi forzado a pasar días y noches enteros en panteones y osarios. Mi atención se centró en todos aquellos detalles que resultan insoportablemente repugnantes a la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo las hermosas formas del hombre se degradaban y se pudrían; y observé detenidamente la corrupción de la muerte triunfando sobre las rosadas mejillas llenas de vida; vi cómo los gusanos se apropiaban de las maravillas de los ojos y el cerebro. Me detuve, examinando y analizando todos los detalles y las causas a partir de los cambios que se producían en el proceso de la vida a la muerte, y de la muerte a la vida, hasta que en medio de aquella oscuridad una repentina luz se derramó sobre mí… una luz tan brillante y maravillosa, y sin embargo tan sencilla, que, aunque casi estaba deslumbrado ante las inmensas perspectivas que ofrecía, me sorprendió que —entre los muchos hombres de ingenio que se habían

dedicado a la misma disciplina—, a mí, y solo a mí, se le hubiera reservado la gloria de descubrir aquel formidable secreto[62].

Recuerde: no estoy hablando de las imaginaciones de un loco. Lo que estoy diciendo es tan cierto como el sol que brilla en el cielo. Quizá algún milagro podría haberlo conseguido, pero las etapas de mi descubrimiento eran claras y posibles. Después de muchos días y noches de increíble trabajo y cansancio, conseguí descubrir la causa de la generación y de la vida. Es más: había conseguido ser capaz de infundir vida en la materia muerta[63].

---

62 Los biólogos pueden parecer divinos en su investigación de laboratorio, al tomar decisiones concernientes a la vida humana y animal a la vez que no tienen necesidad inmediata de responder ante nadie ni nada más que a sus propias conciencias. ¿Qué tipo de ética requiere la práctica de la biología aplicada? ¿Una ética personal de la moral individual relativa a, por ejemplo, la deshonestidad y la irresponsabilidad al observar la práctica humana? ¿Una ética de la investigación que se relacione, por ejemplo, con la materia «prima» que se utilice, con la fuente de la que esta proviene y con lo que el investigador individual o el grupo de investigadores hacen con esa materia «prima»? ¿O una ética social relacionada con los impactos sociales positivos y negativos que pudiera conllevar la investigación biológica en el presente y el futuro? Dado que las gradaciones entre la investigación personal y la ética social raramente son tan nítidas, ¿cómo deberían abordarlas los biólogos? ¿Cómo se relaciona Victor con sus «materiales» originales? (ver «Al principio dudé…»). *(Miguel Astor-Aguilera).*

63 Victor afirma aquí haber inventado un modo de insuflar vida. El relato no se demora en cuestiones como la propiedad o las patentes, pero las narraciones futuras sobre Frankenstein, sí, en novelas (por ejemplo, *Next*, de Michael Crichton [2006]), películas (*Blade Runner* [Ridley Scott, 1986]) y televisión (*Orphan Black* [BBC 2013-2017]). El poseer la patente suma la

La sorpresa que experimenté al principio con este descubrimiento pronto dio paso a la alegría y al entusiasmo. Después de emplear tanto tiempo en aquella penosa labor, alcanzar finalmente la cima de mis deseos era lo más gratificante que me podía suceder. Pero este descubrimiento era tan grande y abrumador que todos los pasos mediante los cuales había llegado a él se borraron de mi mente poco a poco, y me centré únicamente en el resultado. Aquello que había sido el estudio y el deseo de los hombres más sabios desde la creación del mundo se encontraba ahora en mis manos… aunque no se me había revelado todo de golpe, como si fuera un juego de magia: la información que yo había obtenido, más que mostrarse como un fin conseguido y completo, era de un carácter distinto y más bien dirigía mis esfuerzos hacia otro objetivo que tenía en mente. Yo era como aquel árabe que había sido enterrado con otros muertos y encontró un pasadizo para volver al mundo, con la única ayuda de una luz trémula y aparentemente inútil.

Veo, amigo mío, por su interés y por el asombro y la expectación que reflejan sus ojos, que espera que le cuente el secreto que descubrí… pero eso no va a ocurrir. Escuche pacientemente mi historia hasta el final y entonces

---

motivación de la recompensa económica a la fama y la gloria científicas, y puede proporcionar asimismo motivaciones para mantener un descubrimiento en secreto, hasta que los derechos estén protegidos, y publicarlo solo después de que estos se garanticen. *(Robert Cook-Deegan)*.

comprenderá fácilmente por qué me guardo esa información. No voy a conducirle a usted, ingenuo y apasionado, como lo era yo en aquel entonces, a su propia destrucción y a un dolor irreparable. Aprenda de mí, si no por mis consejos, al menos por mi ejemplo, y vea cuán peligrosa es la adquisición de conocimientos y cuánto más feliz es el hombre que acepta su lugar en el mundo en vez de aspirar a ser más de lo que la naturaleza le permitirá jamás.

Cuando me encontré con un poder tan asombroso en las manos[64], durante mucho tiempo dudé sobre cuál podría ser el modo de utilizarlo. Aunque yo tenía la posibilidad de

---

64 Victor se enfrenta a la materialidad de una forma muy distinta a sus no tan distantes colegas europeos anteriores a la Ilustración. Equipara «la vida» con cuerpos humanos animados; sin embargo, la vida animada se encuentra a lo largo y ancho de la Tierra en una amplia variedad de formas orgánicas. ¿Acaso las células simples no se mueven y tienen vida? Las plantas también se mueven, por lentamente que sea, y tienen estructuras compuestas de «fibras, músculos y venas», conceptualmente análogas a las de los animales. ¿Y qué decir de la animación visible de las plantas, que parece indicar la existencia de una voluntad: las enredaderas que trepan por las paredes de los edificios hacia las zonas más iluminadas, los girasoles que «se encaran» siguiendo el arco del sol, las depredadoras dionaeas atrapamoscas que se mueven con rapidez para apresar a sus víctimas, y la *Mimosa pudica* (o mimosa vergonzosa), la «planta durmiente» de Mesoamérica (que también se encuentra en Melanesia y África), que se contrae al tacto y vuelve a recomponerse cuando el posible peligro parece desvanecerse? ¿Cuándo les concedemos —si es que lo hacemos— a las grandes plantas, a los animales no humanos y a los animales humanos voluntad, en qué etapa de la vida? ¿Solo los animales humanos tienen emociones y voluntad? ¿Las células simples huyen si se las empuja o se las pincha y se apartan si tropiezan con otra célula simple móvil? *(Miguel Astor-Aguilera).*

infundir vida, preparar una estructura para que pudiera asumirla, con todo su laberinto inextricable de fibras, músculos y venas, aún seguía siendo un trabajo de una dificultad y una complejidad inconcebibles[65]. Al principio dudé si debería intentar crear a un ser como yo u otro que

65 Victor se encuentra buscando una «estructura» de carne y su unión con la vida. Su ambición refleja diversas formas del pensamiento mecanicista habitual en la época en que Mary escribió *Frankenstein*: una imagen de los sistemas biológicos y las máquinas físicas controlados exclusivamente por leyes físicas. La biología y la fisiología del siglo XIX asumieron y desarrollaron perspectivas mecanicistas mientras, al mismo tiempo, descartaban concepciones similares previas del cuerpo. En el siglo XVII, la conceptualización del cuerpo humano de René Descartes (1596-1650) era de un mecanicismo semejante, pero él explicaba la transición de la máquina física a una entidad pensante y viva como un acto de Dios. La deidad dotaba a la materia, que de otra manera permanecería inactiva, de conciencia. En la época de Mary, la segunda parte del argumento de Descartes había perdido credibilidad, pero las ideas mecanicistas habían ganado prominencia científica. La «estructura» de Victor es un producto de una fabricación por partes y carece de «animación», que por entonces era un término sinónimo de estar vivo. El poder del protagonista hace que la máquina inactiva cobre vida. En cierto sentido, la historia presenta una separación entre el cuerpo y la conciencia similar a la defendida por Descartes. Pero no interviene ninguna deidad. Victor insufla vida en su «estructura» fabricada utilizando solo su pericia científica. El pensamiento mecanicista sigue siendo una parte importante de las ciencias de la vida, y la ambición de construir estructuras para la vida se encuentra en las iniciativas del siglo XXI para producir las denominadas protocélulas o, en el argot de algunos biólogos sintéticos, el «chasis». Las estructuras, construidas con sustancias químicas básicas «de abajo arriba» son envolturas para fenómenos biológicos. Aunque la investigación actual es improbable que cree nada parecido a la criatura de Mary, sostiene, todavía, un concepto similar de la vida como máquina. Descartes perdió hace mucho su lugar destacado en las ciencias naturales, y el poder de Victor todavía tiene que concretarse, pero el pensamiento mecanicista persiste. (Pablo Schyfter).

tuviera un organismo más sencillo; pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi gran triunfo como para permitirme dudar de mi capacidad para dotar de vida a un animal tan complejo y maravilloso como un hombre[66]. En aquel momento, los materiales de que disponía difícilmente podían considerarse adecuados para una tarea tan complicada y ardua, pero no tuve ninguna duda de que finalmente tendría éxito en mi empeño. Me preparé para sufrir innumerables reveses; mis trabajos podían frustrarse una y otra vez y finalmente mi obra podía ser imperfecta; sin embargo, cuando consideraba los avances que todos los días se producen en la ciencia y en la mecánica, me animaba y confiaba en que al menos mis experimentos se convertirían en la base de futuros éxitos. Ni siquiera me planteé que la magnitud y la complejidad de mi plan pudieran ser razones para no llevarlo a cabo. Y con esas ideas en mente, comencé

66 Aunque Victor empieza este fragmento dudando de su capacidad para crear una criatura como él mismo, afirma que su imaginación supera sus dudas. Tal como él la presenta, su imaginación es un elemento de su personalidad al que motiva su propio éxito. La noción de imaginación como algo interno al yo puede recordar al lector moderno el concepto de ego desarrollado por el psicólogo Sigmund Freud más de cien años después de que Mary escribiera *Frankenstein (El yo y el ello* [(1923) 1960]). El ego freudiano es esa parte de la psique humana modificada por las fuerzas externas. El éxito de su trabajo inicial vuelve a Victor incapaz de dudar de su capacidad para crear vida humana. De un modo cíclico, distanciado de las realidades materiales, este tipo de imaginación cobra fuerza mediante su propia interacción interna. La capacidad para actuar basada en la imaginación y en el cambio de la propia imaginación en relación con esos actos son fundamentales en la comprensión que tiene Victor del concepto. *(Hannah Rogers)*

la creación de un ser humano[67]. Como la pequeñez de algunos órganos constituían un gran obstáculo para avanzar con rapidez, contrariamente a mi primera intención, decidí construir un ser de una estatura gigantesca; es decir, aproximadamente de unos ocho pies de altura y con las medidas correspondientes proporcionadas. Después de haber tomado esta decisión y tras haber empleado varios

---

67 Al abordar la «creación», Mary recurrió a uno de los temas literarios más amplios posibles, y las resonancias bíblicas quedan subrayadas por la propia criatura. Pero la creatividad y el trabajo con las propias manos tenía muchos significados en la sociedad —tomada en sentido general— del siglo XIX, como también ocurre hoy en día. No se reconoce a menudo, por ejemplo, que la creatividad y el trabajo desempeñan un papel crucial en la legitimación de la idea de «propiedad». ¿Cómo justificamos el establecer la propiedad sobre algo? Un argumento importante, directamente vinculado a la filosofía política de John Locke (1632-1704), sostenía que aplicar el trabajo propio a la naturaleza mediante la escritura, la artesanía y demás, convertía lo así creado en propiedad de su creador (véase Locke, 1821). Por ejemplo, la arcilla, que había sido propiedad de todos, a través del acto transformador del trabajo y la creatividad (según el argumento) se convierte en propiedad de una única persona. Con Frankenstein, podemos por tanto cuestionar el trabajo científico y su propiedad. Aunque podríamos decidir arbitrariamente que los humanos quedan exentos de ser clasificados como propiedades —una decisión que todavía no se había tomado en la época de Mary—, ¿qué ocurre con la criatura? ¿Es correcto pensar que el término creación implica propiedad? ¿Y qué ocurre con la propiedad de los hijos creados por sus padres? ¿O, ya puestos, con la propiedad de cualquier organismo no humano? ¿Acaso el simple hecho de trabajar en algo lo convierte en propiedad? La existencia de unos potenciales derechos de propiedad por parte de Victor sobre su trabajo y su (¿irresponsable?) rechazo a reconocerlos nos permiten generalizar la importancia de su acto creativo. Tal vez su error no radique en la creación de un humano sino en la conceptualización de sus desvelos. (Dominic Berry)

meses en la recogida y la preparación de los materiales adecuados, comencé.

Nadie puede imaginar la cantidad de sentimientos que me embargaban y que, como un huracán, me arrastraban con el entusiasmo de los primeros éxitos. La vida y la muerte me parecían ataduras ficticias que yo sería el primero en romper y así derramaría un torrente de luz en nuestro oscuro mundo. Una nueva especie me bendeciría como a su creador y fuente de vida[68]; y muchos seres felices y maravillosos me

68 El lenguaje religioso de este fragmento vincula las ambiciones de Victor a una larga tradición de humanos que juegan a ser dioses. En el folclore judío, por ejemplo, se cuenta que varios grandes rabinos han animado la arcilla, de manera similar a como Adán se creó del barro según la leyenda bíblica. Estas criaturas animadas de arcilla reciben el nombre de *golems*, y parecen hombres salvo en el detalle de que son ciegamente obedientes. Al seguir literalmente las órdenes, se vuelven destructivos, desvelando la arrogancia de sus creadores cuando muestran la limitada previsión de estos y los peligros de la *hibris*. Modelos similares aparecen en muchos relatos admonitorios sobre la tecnología como *R.U.R.* de Karel Čapek y Josef Čapek (1920), una obra en la que los robots frustran las expectativas de sus constructores al convertirse en rebeldes y violentos. Y pese a que estamos filosóficamente acostumbrados a nuestra arrogancia y aunque la *hibris* sea un tema persistente en la mitología y la literatura (incluida *Frankenstein*), la tentación para jugar a ser dios solo parece intensificarse con el creciente poder de la ciencia y la tecnología. Este fenómeno resulta especialmente evidente en dos campos de la investigación activa: la biología sintética y la inteligencia artificial (IA). Uno de los aspectos centrales del programa de la biología sintética es un deseo literal de crear nuevas especies: por ejemplo, organismos a medida como el *Mycoplasma mycoides* JCVI-syn1.0, que el J. Craig Venter Institute creó en 2010 insertando un genoma ensamblado en laboratorio en una bacteria. La promesa de la biología sintética es el control genético absoluto de los organismos que puede bendecirnos con nuevos alimentos, medicinas y

deberían sus existencias[69]. Ningún padre podría exigir la gratitud de su hijo tan absolutamente como yo merecería las alabanzas de esos seres. Con estas ideas en la cabeza, pensé que si podía insuflar vida en la materia muerta, quizá podría, con el correr del tiempo (aunque en aquel momento me

---

combustibles. El peligro es que el comportamiento futuro de tales organismos a medida, como el de los robots de los Čapek, no puede preverse completamente. Puede decirse que la IA es un ejercicio de *hibris* más explícito —y más peligroso— debido al potencial de la inteligencia artificial para superar a la inteligencia humana, o resultar incomprensible para ella. Desde la perspectiva de una IA sobrehumana, el arrogante *Homo sapiens*podría ser tenido por tan peligrosamente irracional como la criatura de Victor o los *golems*. *(Jonathon Keats).*

69 Existe la idea de que los científicos se ensimisman hasta tal punto en sus propias investigaciones que olvidan que van «subidos a hombros de gigantes», como lo expresó sir Isaac Newton (1646-1726), y tienden a sentir el presuntuoso orgullo del propietario sobre la ciencia que estudian y sobre los resultados de su investigación. Tal actitud, que se da una y otra vez en la historia de la ciencia, obstaculiza el progreso científico. En la ciencia, el conocimiento no puede ser propiedad de nadie. Tiene que ser compartido, cuestionado, usado como base. Aquí Victor se pierde en su propia capacidad como científico. Olvida que aunque pueda crear algo nuevo (sea conocimiento o vida), no es en realidad el dueño de esas creaciones. *(Melissa Wilson Sayres).*

parecía imposible), devolver la vida[70] a quienes la muerte aparentemente había entregado a la corrupción[71].

Aquellos pensamientos me animaban mientras proseguía con mi tarea con un entusiasmo infatigable. Mi rostro había palidecido con el estudio y todo mi cuerpo parecía demacrado por el constante confinamiento. Algunas veces,

---

70 Victor se refiere a una inmortalidad de carne y hueso porque el universo renueva intrínseca y automáticamente la vida a partir de la muerte. Toda la vida en la Tierra depende de que las cosas mueran cíclicamente a medida que otras cosas, incluidos los humanos, procrean, viven, prosperan y, con el tiempo, mueren mientras el ciclo continúa. Victor, debido a la sensible experiencia personal de haber perdido a una persona amada, desea que los humanos no tengan que morir y eso le lleva a buscar el «secreto» de la regeneración de la vida. La vida que se renueva a partir de la muerte está presente en la Biblia (Génesis 3, 19; 18, 27; Job 30, 19; Eclesiastés 3, 20), así como en el Libro de Oración Común anglicano (Rito funerario, 1, 485; 2, 501) y es un tema muy frecuente, aunque ontológicamente distinto de las concepciones judeo-cristiano-musulmanas, en las cosmologías indígenas (Astor-Aguilera, 2010). Algunas de la sociedades del mundo han practicado el infanticidio o solo han cuidado a sus ancianos hasta que se han convertido en una carga excesiva sobre la población más joven, que necesita cierta cantidad de recursos para sobrevivir. ¿Cuándo se es demasiado viejo en términos humanos para seguir viviendo y a qué coste de los recursos de la Tierra? ¿No deberían morir nunca los humanos y ser perpetuamente regenerados mediante sucesivos avances científicos? *(Miguel Astor-Aguilera).*

71 Victor detalla una serie de consecuencias hipotéticas o imaginarias para su investigación si esta tiene éxito, entre ellas, la conquista de la muerte y la creación de una raza de seres que le adoraría. Estos «imaginarios» son ficciones que se siguen, razonable pero no necesariamente, del éxito de su investigación. Tal vez a estas alturas, Victor podría haber explorado qué ficciones se seguirían, razonable pero no necesariamente, del fracaso o de un tipo de éxito incompleto o distinto. *(David H. Guston).*

cuando me encontraba al borde mismo del triunfo, fracasaba, aunque siempre me aferraba a la esperanza que me aseguraba que al día siguiente o incluso una hora después podría conseguirlo. Y la esperanza a la que me aferraba era aquel secreto que solo yo poseía; y la luna observaba mis trabajos a medianoche mientras, con una ansiedad incansable e implacable, yo perseguía los secretos de la naturaleza hasta sus más ocultos rincones[72]. ¿Quién

72 Victor opta por realizar en secreto sus experimentos con la vida; se aísla de sus amigos, familia y colegas de su universidad. El aislamiento es tanto geográfico como social. Durante el período febril de investigación y creación, no mantiene correspondencia ni comparte sus ideas con nadie. El aislamiento hace posible que Victor emprenda su proyecto horripilante y socialmente inaceptable. Sin duda, sus colegas y parientes habrían intervenido para detenerle. Pero el aislamiento autoimpuesto por Victor también imposibilita que la criatura acceda a los recursos sociales que necesita para construirse una vida tolerable (J. Butler, 2010). Se ve apartada de la posibilidad de tener una familia, amigos y de ser miembro de la sociedad. Se aleja de las relaciones institucionalizadas y estructuradas de las que todos dependemos para nuestro sustento, amistad y consuelo, como la educación, la atención médica y un sistema de justicia humano. Un individuo depende de formas incontables de que se le reconozca como ser social, como una persona con sentimientos y derechos, que disfruta de la camaradería en grupos sociales, que cuenta con instituciones que proporcionan apoyo, que salvaguardan nuestros intereses y que se ocupan de nosotros en caso de necesidad. La decisión de Victor de llevar a cabo su trabajo aislado y su abandono de la criatura al nacer hacen imposible que esta llegue a alcanzar jamás su reconocimiento social ni a participar funcionalmente en la sociedad. Como consecuencia, vemos a la criatura como un vagabundo, un proscrito y un justiciero durante toda la novela. Todas esas identidades se erigen sobre una base de exclusión social. El aislamiento de Victor significa que a la criatura le quedan pocas opciones aparte de convertirse en un monstruo. No le deja ninguna vía abierta hacia una vida pacífica dentro de la sociedad humana. *(Joey Eschrich).*

podrá concebir los horrores de mi trabajo secreto, cuando me veía obligado a andar entre las mohosas tumbas sin consagrar o torturando animales vivos para conseguir insuflar vida al barro inerte?[73]. Me tiemblan las manos ahora y siento deseos de llorar al recordarlo; pero en aquel entonces un impulso irrefrenable y casi frenético me obligaba a continuar; era como si hubiera perdido el alma o la sensibilidad para todo, excepto para lo que perseguía. En

---

73 El robo de tumbas y la tortura de animales de Victor plantean las siguientes preguntas: ¿están los medios justificados alguna vez por los fines en la investigación o en otros ámbitos? Si pueden conseguirse datos útiles con medios no éticos, ¿debería hacerse? Y esos datos así conseguidos ¿deberían formar parte de la base factual de la ciencia? El análisis de la historia de la experimentación humana en el siglo XX da una respuesta categóricamente negativa, basada en experiencias como las de los prisioneros en campos de concentración con quienes los médicos nazis experimentaron durante la segunda guerra mundial y las de los afroamericanos y guatemaltecos con los que experimentaron investigadores del Servicio de Salud Pública estadounidense en las décadas posteriores a la guerra. Los principios de la bioética sostienen que nunca puede utilizarse a seres humanos exclusivamente como medios experimentales para un fin científico, pero la autonomía humana también puede crear un papel afirmativo para el autosacrificio, permitiendo que las personas se ofrezcan voluntariamente y por razones éticas para experimentos peligrosos. Algunos especialistas en bioética también sostienen que si una práctica es repugnante física o visceralmente —«los horrores de mi trabajo secreto» (ver «Y la esperanza…»), en palabras de Victor—, entonces la práctica es, como mínimo, sospechosa de ser moralmente repugnante. Durante un tiempo, el debate ético sobre la investigación de las células madre embrionarias se centró en si debería permitirse que la ciencia médica avanzara basándose en una investigación que era presuntamente poco ética puesto que destruía embriones humanos para obtener células madre pluripotentes. ¿Esa investigación siempre se arruina cuando se aprovecha el fruto del mal? *(David H. Guston y Jason Scott Robert).*

realidad fue como un estado de trance pasajero, y cuando aquel antinatural estímulo dejó de actuar sobre mí, solo me procuró una renovada y especial sensibilidad tan pronto como regresé a mis viejas costumbres. Recogí huesos de los osarios y profané con mis impúdicas manos los inviolables secretos del cuerpo humano. En una sala solitaria —o más bien en un desván, en la parte alta de una casa, y separado de otras estancias por una galería y una escalera— preparé el taller para mi repugnante creación; mis miradas obsesivas se concentraban en cada detalle mínimo de mi trabajo. Los quirófanos y el matadero me proporcionaban la mayor parte de mis materiales, y a menudo sentía que a mi naturaleza humana le repugnaba aquella ocupación, pero, aún apremiado por la ansiedad que constantemente me acuciaba, proseguí con el trabajo hasta que prácticamente le di fin[74].

Pasaron los meses de verano y yo seguía enfrascado, en cuerpo y alma, en mi único objetivo. Fue un verano maravilloso: los campos pocas veces habían ofrecido unas cosechas tan abundantes y los viñedos rara vez habían dado

74 Victor manifiesta aquí remordimientos de conciencia al reflexionar sobre su objetivo al crear vida. No queda claro hasta qué punto considera su conciencia como una guía digna de confianza porque finalmente prosigue sus actividades pese a estas reservas. Una intensa reacción emocional de aborrecimiento no puede contener su fuerte impulso, su entusiasmo por completar la tarea de insuflar vida. Aquí la novela expresa la tensión entre las reacciones emocionales y moralmente significativas y la motivación y el deseo humanos. *(Joel Gereboff).*

una vendimia tan exuberante, pero mis ojos permanecían insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me forzaron a despreciar lo que ocurría a mi alrededor también me obligaron a olvidar a todos aquellos seres queridos que estaban muy lejos y a quienes no había visto desde hacía tanto tiempo. Yo sabía que mi silencio les inquietaba y recordaba perfectamente las palabras de mi padre: «Sé que mientras estés contento contigo mismo pensarás en nosotros con cariño y sabremos de ti regularmente. Y debes perdonarme si considero cualquier interrupción en tu correspondencia como una prueba de que también estás descuidando el resto de tus obligaciones».

Así que sabía perfectamente cuáles serían los sentimientos de mi padre; pero no podía apartar mi mente del trabajo, odioso en sí mismo, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación[75]. Era como si deseara apartar de mí todo lo relacionado con mis sentimientos o mis afectos hasta que alcanzara el gran objetivo, aquel que había anulado el resto de mi vida.

---

75 La incomodidad de Victor cuando manipula partes de un cadáver queda en segundo plano ante la fuerza de su imaginación, que le impulsa a completar su trabajo. La relación entre imaginación, creatividad y nociones convencionales manifestadas en este caso como emociones fuertemente negativas es recurrente a lo largo de toda la novela. Al seguir con su proyecto, Victor supera sus propios sentimientos y rechaza los de su padre. Al caso viene la cuestión de hasta qué punto los sentimientos reflejan con precisión lo que debe hacerse moralmente. *(Joel Gereboff)*

En aquel momento pensé que mi padre sería injusto si achacara mi silencio a una conducta viciosa o a una falta de consideración por mi parte; pero ahora estoy convencido de que no se equivocaba en absoluto cuando pensaba que probablemente yo no estaba libre de toda culpa. Un ser humano que desea ser perfecto siempre debe mantener la calma y la mente serena, y nunca debe permitir que la pasión o un deseo pasajero enturbie su tranquilidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si el estudio al cual uno se entrega tiende a debilitar los afectos y a destruir el gusto que se tiene por esos sencillos placeres en los cuales nada debe interferir, entonces esa disciplina es con toda seguridad perjudicial, es decir, impropia de la mente humana. Si esta regla se observara siempre —si ningún hombre permitiera que nada en absoluto interfiriera en su tranquilidad y en sus afectos familiares—, Grecia jamás se habría visto esclavizada, César habría conservado su patria, América habría sido descubierta más gradualmente y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos.

Pero me he descuidado y estoy sermoneando en la parte más interesante de mi relato; y sus miradas me recuerdan que debo continuar.

Mi padre no me hacía ningún reproche en sus cartas, y solo hizo referencia a mi silencio preguntándome con más insistencia que antes por mis ocupaciones. Pasó el invierno, la primavera y el verano mientras yo seguía ocupado en mis

trabajos, y no vi cómo florecían los árboles ni cómo se llenaban de hojas… estos eran espectáculos que antes siempre me habían proporcionado un enorme deleite. ¡Tan ocupado estaba en mi trabajo! Las hojas de aquel año se marchitaron antes de que mi trabajo se hubiera acercado a su final. Pero cada día me mostraba claramente que lo estaba consiguiendo. Mi ansiedad amargaba mi entusiasmo y, más que un artista ocupado en su tarea predilecta, parecía un esclavo condenado al trabajo en las minas o a cumplir con cualquier otro trabajo infame. Todas las noches tenía un poco de fiebre y me convertí en una persona nerviosa, hasta extremos dolorosos… era un sufrimiento que lamentaba más aún porque hasta entonces yo había gozado siempre de una excelente salud y siempre había presumido de estabilidad emocional. Pero yo creía que el aire libre y el descanso eliminarían pronto aquellos síntomas, y me prometí disfrutar de la naturaleza y el ocio cuando finalizara mi creación.

CAPÍTULO IV

Fue en una lóbrega noche de noviembre cuando por fin conseguí dar fin a mi proyecto. Con una ansiedad casi cercana a la angustia, coloqué a mi alrededor la maquinaria para la vida con la que iba a poder insuflar una chispa de existencia en aquella cosa exánime[76] que estaba tendida a

76 Mary se refiere a una «chispa» que anima a la criatura de Victor y la hace cobrar vida. Esta referencia alude al uso de la electricidad para reanimar un cuerpo, una idea relativamente nueva en el momento de la publicación de esta novela. Hacia finales del siglo XVIII, Luigi Galvani (1737-1798) había demostrado la utilidad del uso de la corriente eléctrica para activar un músculo, un descubrimiento que hizo al diseccionar ancas de rana. Mary estaba al día de esos experimentos, y el trabajo de Galvani fue una de sus influencias principales para la idea de la novela. Además, estos principios han pervivido en la medicina. Hoy, la estimulación eléctrica se utiliza para ayudar a millones de cuerpos humanos con todo tipo de artefactos, desde desfibriladores y marcapasos hasta los destinados a tratamientos parciales de la parálisis y sistemas que enlazan prótesis y cámaras con el cerebro. *(Stephanie Naufel).*

mis pies. Era ya la una de la madrugada, la lluvia tintineaba tristemente en los cristales de la ventana, y la vela casi se había consumido cuando, al resplandor mortecino de la luz, pude ver cómo se abrían los ojos amarillentos y turbios de la criatura. Respiró pesadamente y una convulsión agitó sus miembros.

¿Cómo puedo explicar mis emociones ante aquel desastre…? ¿O cómo describir aquel engendro al que con tantos sufrimientos y dedicación había conseguido dar forma?[77]. Sus miembros eran proporcionados, y había seleccionado unos rasgos hermosos… ¡Hermosos! ¡Dios mío! Aquella piel amarilla apenas cubría el entramado de músculos y arterias que había debajo; tenía el pelo negro, largo y lustroso; y sus dientes, de una blancura perlada; pero esos detalles hermosos solo acentuaban el tétrico contraste con sus ojos acuosos, que parecían casi del mismo color que las blanquecinas órbitas en las que se hundían, con el rostro apergaminado y aquellos labios negros y agrietados[78].

---

77 Una vez más, las emociones sirven para expresar valoraciones. En apariencia, se suponen juicios morales correctos, aunque al final su precisión se ve cuestionada implícitamente cuando el rechazo y el espanto de Victor alejan a la criatura y, con el tiempo, desembocan en su soledad. La experiencia del aislamiento y la privación de relaciones sociales básicas cambian la predisposición natural de la criatura hacia la bondad por otra hacia el mal que la impele a realizar actos destructivos y horrorosos. *(Joel Gereboff).*

78 Victor califica el momento en que consigue dar vida a su creación —cuando esta abre los ojos y le devuelve la mirada— como un «desastre».

Los diferentes aspectos de la vida no son tan variables como los sentimientos de la naturaleza humana. Yo había trabajado sin descanso durante casi dos años con el único propósito de infundir vida en un cuerpo inerte[79]. Y en ello

---

Compárese esta escena con el mismo momento de creación de inteligencia en el Génesis 1, 31: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera». Una antigua y duradera conversación en la filosofía de la belleza se plantea si la belleza es más una propiedad innata de la «cosa» observada o si reside en el ojo del que mira. Las combinaciones de belleza y bondad también son muy frecuentes tanto en la cultura popular como en la investigación filosófica. En muchos sentidos, la novela entera explora la relación entre la belleza, la bondad y las percepciones. En última instancia, la caracterización que hace Victor de su criatura depende más del propio Victor que de la identidad de la criatura. Las percepciones externas de la belleza o de su carencia influyen en cómo los demás comprenden a la criatura y en si perciben sus actos como «buenos» o «malos». Imaginad cómo se desarrollaría la historia si Victor hubiera mirado a su criatura en ese mismo instante y sentido que «era buena». En la escena, tal como se presenta en la novela, Victor se busca a sí mismo en los ojos de la criatura y encuentra a otro. *(Stephani Etheridge Woodson).*

79 Victor equipara constantemente «vida» y animación. ¿Es la cualidad de la animación la que proporciona la vida o es el alma metafísica, supuestamente encontrada dentro de los cuerpos humanos activos, la que cumple esa función? En las religiones judeo-cristiano-musulmanas es el alma sagrada, ubicada en el interior del cuerpo durante la gestación por un Dios, lo que hace que la vida en los humanos sea diferente de la de otros animales. Los animales no humanos son tratados de manera distinta a los humanos en las sociedades occidentales, mientras que muchas sociedades no occidentales no establecen una distinción marcada entre humano, animal y planta (Astor-Aguilera, 2010). Para los humanos occidentales, el alma divina es lo que hace sacrosanta la vida, pero a la vida animal no humana no se le concede tanta importancia. ¿Está Victor jugando a ser Dios en su investigación de laboratorio, intentando insuflar vida o la chispa de un alma dentro de un cuerpo humano compuesto de tejido inerte? ¿Cuándo está presente el «alma» en los humanos, si es que lo está? ¿Es la materia del alma

había empeñado mi tranquilidad y mi salud. Lo había deseado con un fervor que iba mucho más allá de la moderación; pero, ahora que había terminado, la belleza del sueño se desvaneció y el horror inenarrable y el asco me embargaron el corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí atropelladamente de la estancia y durante largo tiempo estuve yendo de un lado a otro en mi habitación, incapaz de tranquilizar mi mente para poder dormir. Al final, una suerte de lasitud triunfó sobre el tormento que había sufrido, y me derrumbé vestido en la cama, tratando de encontrar unos instantes de olvido. Pero fue en vano; en realidad, sí dormí, pero me vi acosado por horrorosas pesadillas. Veía a Elizabeth, tan hermosa, joven y saludable, caminando por las calles de Ingolstadt; encantado y sorprendido, yo la abrazaba; pero cuando le daba el primer beso, sus labios palidecían con el color de la muerte; sus rasgos parecían cambiar, y pensaba que estaba sosteniendo en brazos el cadáver de mi madre muerta; una mortaja envolvía su cuerpo, y veía cómo los gusanos de la tumba se retorcían en los pliegues del lienzo. Me desperté sobresaltado y horrorizado: un sudor frío cubría mi frente, los dientes me castañeteaban y tenía convulsiones en los brazos y las piernas, y entonces, a la pálida y amarillenta luz de la luna, que se abría paso entre los postigos de la ventana, descubrí al engendro… aquel monstruo miserable que yo había creado. Apartó las cortinas de mi cama y sus ojos… si

---

intrínseca al tejido humano en la concepción y por tanto está presente en las células madre? *(Miguel Astor-Aguilera).*

es que pueden llamarse ojos, se clavaron en mí. Abrió la mandíbula y susurró algunos sonidos incomprensibles al tiempo que una mueca arrugó sus mejillas. Puede que dijera algo, pero yo no lo oí… alargó una mano para detenerme, pero yo conseguí escapar y corrí escaleras abajo. Me refugié en un patio que pertenecía a la casa en la que vivía, y allí me quedé durante el resto de la noche, paseando de un lado a otro, sumido en la más profunda inquietud, escuchando atentamente, captando y temiendo cada ruido como si fuera el anuncio de la llegada de aquel demoníaco cadáver al que yo desgraciadamente le había dado vida.

¡Oh…! ¡Ningún ser humano podría soportar el horror de aquel rostro! Una momia a la que se le devolviera la vida no sería seguramente tan espantosa como aquel engendro[80].

---

80 Hubo momias egipcias en el Museo Británico desde mediados de la década de 1750, donadas por coleccionistas de antigüedades privados. El interés de los británicos por el antiguo Egipto se disparó durante la campaña de Napoleón de 1798-1801; en Inglaterra se burlaron de que el francés incluyera eruditos en su ejército, considerándolo propaganda de guerra, pero los franceses documentaron y exportaron antigüedades que más tarde, tras su derrota, serían trasladadas a Londres. Sin embargo, seguramente de mayor importancia que esos sucesos para la interpretación del texto de Mary es el uso del polvo de momia, supuestamente curativo y denominado *mummia* (o *mummy*, en inglés) que había sido accesible en Europa desde el siglo XII. Escritores ingleses anteriores —entre ellos Edmund Spenser, William Shakespeare y John Donne— se referían a él tanto como medicina cuanto como pigmento; el polvo de momia era bien la sustancia bituminosa utilizada en la momificación para desecar las cavidades del cuerpo después de la extracción de los órganos. o bien las partes molidas de las propias momias cuando la sustancia bituminosa escaseaba. La referencia de Mary a las momias aquí y más adelante en la caracterización

Yo lo había observado cuando aún no estaba terminado; ya era repulsivo entonces. Pero cuando aquellos músculos y articulaciones adquirieron movilidad, se convirtió en una cosa que ni siquiera Dante podría haber concebido.

Pasé una noche espantosa… A veces el pulso me latía tan rápido y tan fuerte que sentía las palpitaciones en cada arteria; en otras ocasiones, estaba a punto de derrumbarme en el suelo debido al sueño y la extrema debilidad. Y mezclada con ese horror, sentí la amargura de la decepción: las ilusiones, que habían sido mi sustento y mi agradable descanso durante tanto tiempo, se habían convertido ahora en un infierno para mí. ¡Y ese cambio había sido tan rápido, y la derrota tan absoluta…!

Al fin llegó el alba, deprimente y lluviosa, e iluminó, ante mis doloridos y soñolientos ojos, la iglesia de Ingolstadt, con su aguja blanca y su reloj, que marcaba las seis de la mañana. El portero abrió las puertas del patio que durante toda la noche había sido mi refugio, y salí a las calles, y caminé por

---

que hace Walton de la textura y el color de la mano de la criatura (ver «Entré en el camarote…») puede cumplir diversas funciones: 1) la momificación antigua permitía que el cuerpo preservado estuviera disponible para el espíritu en la vida del más allá: otra forma de reanimación de un cadáver; 2) la mano que recuerda a la de una momia de la criatura habría exhibido la piel oscurecida característica producida por el material secante, mientras que la piel de su cara es descrita en otro lugar como amarillenta, destacando todavía más su naturaleza de retales cosidos; y 3) a la luz de la mutilación de cuerpos momificados para cuestionables tratamientos médicos, ¿es posible que Mary utilizara el término *momia* para subrayar su crítica ética? *(Judith Guston)*

ellas a paso rápido, como si quisiera huir del infeliz al que temía ver aparecer ante mí al doblar cualquier esquina[81]. No me atrevía a volver al apartamento donde vivía, sino que me sentía impelido a continuar caminando, aunque estaba empapado por la lluvia que se derramaba a raudales desde un cielo negro y aterrador.

Continué caminando así durante algún tiempo, intentando mitigar, mediante un ejercicio físico violento, la pesada carga que oprimía mi espíritu. Recorrí las calles sin saber claramente adónde me dirigía o qué estaba haciendo. Mi corazón palpitaba enfermo de miedo; y me apresuré con pasos inseguros, sin atreverme a mirar atrás

> *como aquel que, en un sendero solitario,*
> *hace su camino con temor y miedo,*
> *y habiéndose girado una vez, continúa andando*
> *y no gira la cabeza,*
> *porque sabe que un terrible demonio*
> *le sigue muy de cerca*[82]*.*

---

81 Es comprensible que Victor tenga miedo y esté desconcertado tras darse cuenta de que ha conseguido crear vida, sobre todo vistos el poder y la fuerza de su creación. Sin embargo, abandonar y luego «huir del infeliz» por ese miedo también implica evitar la asunción de la responsabilidad sobre la vida y el sufrimiento de su criatura. Esa elusión no lleva a la protección de sí mismo y sus seres queridos, e intensifica la angustia y el comportamiento destructivo de la criatura. *(Nicole Piamonte).*

82 «La balada del viejo marinero», de Coleridge. [Nota de Mary].

Así iba yo, hasta que al final llegué frente a la posada en la cual solían parar las diligencias y los carruajes. Allí me detuve, no sabía por qué, pero permanecí algunos minutos con la mirada clavada en un carruaje que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Cuando estuvo más cerca, observé que era una diligencia suiza; se detuvo justo donde yo me encontraba; y, cuando se abrieron las puertas, vi a Henry Clerval, que bajó rápidamente en cuanto me vio.

—¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—, ¡cuánto me alegra verte! ¡Qué suerte que estuvieras aquí en el preciso momento de mi llegada!

Nada podía ser mejor que el placer de volver a ver a Clerval: su presencia me recordaba a mi padre, a Elizabeth, y todas aquellas escenas hogareñas tan gratas a mi memoria. Le di un fuerte apretón de manos y, al menos durante un momento, olvidé mi horror y mi desgracia. De repente sentí, y por primera vez en muchos meses, una alegría tranquila y serena. Así, le di la bienvenida a mi amigo del modo más cordial y juntos caminamos hacia la universidad. Durante algún tiempo Clerval estuvo hablándome de nuestros amigos comunes y de la suerte que había tenido porque le habían permitido venir a Ingolstadt.

—Puedes creerme —dijo—, he tenido muchos problemas para convencer a mi padre de que no es absolutamente imprescindible que un comerciante lo ignore todo salvo la contabilidad; y, es más, creo que no conseguí convencerlo

del todo, porque su única respuesta a mis súplicas fue la misma que la de aquel maestro holandés en *El vicario de Wakefield*: «Gano diez mil florines al año sin necesidad de saber griego, y como maravillosamente sin el dichoso griego». Pero el cariño que me tiene al final ha vencido su aversión a los estudios, y me ha permitido emprender esta expedición al país de la sabiduría.

—Me causa el más grato placer volver a verte, pero dime: ¿cómo están mi padre, y mis hermanos, y Elizabeth?

—Muy bien, y muy felices, solo un poco inquietos porque apenas han tenido noticias tuyas. Y, por cierto, creo que tengo que regañarte en su nombre. Pero… mi querido Frankenstein —añadió, deteniéndose un poco y mirándome fijamente a la cara—, no me había fijado en el mal aspecto que tienes. Estás tan delgado y tan pálido… parece como si hubieras estado muchas noches en vela.

—Estás en lo cierto; últimamente he estado muy ocupado en un asunto que no me ha permitido descansar lo suficiente, como ves; pero espero, y lo espero de verdad, que todas esas preocupaciones hayan terminado… Ya estoy libre, por fin.

Temblaba mucho; no me atrevía siquiera a pensar en los sucesos acontecidos la noche anterior, y desde luego ni podía hablar de ello. Así que caminaba con paso rápido y pronto llegamos a la universidad. Entonces pensé —y

aquello me hizo estremecer— que la criatura que yo había abandonado en mis aposentos aún podía estar allí, viva y deambulando sin rumbo. Yo temía verlo, pero temía aún más que Henry pudiera descubrir al monstruo. Así que le rogué que permaneciera unos minutos al pie de la escalera, y subí corriendo a mi habitación. Antes de recobrarme del esfuerzo, ya tenía la mano en el picaporte, pero me detuve, y un escalofrío me estremeció. Abrí la puerta, de un golpe, como los niños que esperan encontrar a un fantasma aguardándolos al otro lado. Pero no había nadie. Avancé temerosamente; la estancia estaba vacía, y en mi dormitorio tampoco se encontraba aquel espantoso huésped. Apenas podía creer que hubiera tenido tanta suerte; pero cuando me aseguré de que mi enemigo realmente había huido, aplaudí de alegría y bajé corriendo para recoger a Clerval.

Subimos a mis aposentos y luego el criado trajo el desayuno: pero yo no podía contenerme. No era solo alegría lo que me embargaba; sentía que mi piel hormigueaba con un exceso de sensibilidad, y mi pulso latía violentamente. Era incapaz de quedarme quieto; saltaba sobre las sillas, aplaudía, y me reía a carcajadas. Al principio, Clerval atribuyó mi inusual estado de ánimo a la alegría por su llegada; pero cuando me observó más atentamente, vio una locura en mis ojos en la que no había reparado; y mis carcajadas destempladas y desenfrenadas lo asustaron y sorprendieron.

—Mi querido Victor —gritó—, por el amor de Dios, ¿qué ocurre? No te rías así. ¡Estás muy enfermo…! ¿Qué ha ocurrido aquí?

—No me preguntes —grité, cubriéndome los ojos con las manos, pues pensé que había visto al espectro entrando en la habitación—. ¡*Él* te lo dirá! ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame…!

Imaginé que el monstruo me agarraba; luché furiosamente y me derrumbé preso de un ataque de nervios.

¡Pobre Clerval! ¿Qué debió de pensar? El reencuentro, que él había esperado con tanta alegría, se tornaba de aquel modo tan extraño en amargura. Pero yo no fui testigo de su pena, porque estaba inconsciente y no recobré el conocimiento hasta mucho, mucho tiempo después.

Aquello fue el comienzo de unas fiebres nerviosas que me tuvieron postrado varios meses. Durante todo ese tiempo, solo Henry se ocupó de mí. Después supe que, dado que mi padre era ya muy mayor y que no le sentaría bien un viaje tan largo, y lo mucho que mi dolencia afectaría a Elizabeth, Henry les había ahorrado ese pesar ocultándoles la verdadera dimensión de mi enfermedad. Él sabía que nadie me cuidaría con más cariño y atención que él mismo; y, convencido de que me recuperaría, estaba seguro de que su decisión no había causado ningún mal; bien al contrario, había sido lo mejor que pudo hacer por ellos.

Pero yo estaba realmente muy enfermo, y seguramente nada, salvo las constantes y continuas atenciones de mi amigo, podría haberme devuelto a la vida. Siempre tenía ante mí la figura del monstruo al que yo había insuflado vida, y aparecía en mis delirios constantemente, preocupando a mi amigo. Sin duda mis palabras sorprendieron a Henry: al principio pensó que eran divagaciones de mi imaginación delirante; pero la insistencia con la cual constantemente recurría al mismo tema lo convenció de que mi trastorno tenía su origen en algún suceso insólito y terrible.

Muy poco a poco, y con frecuentes recaídas que asustaban e inquietaban a mi amigo, me fui recuperando. Recuerdo que la primera vez que fui capaz de observar las cosas del exterior con cierto placer me di cuenta de que las hojas caídas habían desaparecido y que los tallos verdes comenzaban a brotar en los árboles. Fue una primavera maravillosa y la estación sin duda contribuyó en buena medida a mejorar mi salud durante mi convalecencia. También sentí que se reavivaban en mi pecho sentimientos de alegría y cariño, mi pesadumbre desaparecía, y muy pronto volví a estar tan alegre como antes de sufrir aquella fatal obsesión.

—Queridísimo Clerval —exclamé—, qué bueno y qué amable has sido conmigo. Todo el invierno, en vez de emplearlo en el estudio, tal y como habías planeado, lo has malgastado en la habitación de un enfermo… ¿Cómo podré

recompensártelo? Lamento muchísimo haber sido la causa de este desastre. Espero que me perdones…

—Me lo recompensarás si no vuelves a enfermar, y te pones bueno cuanto antes. Y puesto que pareces de buen humor, quizá pueda hablarte de una cosa, ¿te parece?

Temblé. ¡Una cosa…! ¿Qué podría ser? ¿Podría estarse refiriendo a una cosa en la cual ni siquiera me atrevía a pensar?

—No te pongas nervioso —dijo Clerval, que se dio cuenta de que yo palidecía—. No diré nada si te inquieta. Pero tu padre y tu prima se alegrarían mucho si recibieran una carta tuya de tu puño y letra. Ni siquiera sospechan lo enfermo que has estado y están preocupados por tu largo silencio.

—¿Eso es todo? Mi querido Henry, ¿cómo puedes imaginar que mis primeros pensamientos no estarían dedicados a aquellos seres queridos a quienes tanto amo y que tanto merecen mi amor?

—Dado que te veo tan animado, amigo mío, te encantará leer una carta que ha estado ahí desde hace algunos días; es de tu prima, creo.

CAPÍTULO V

Entonces me entregó esta carta:

Para V. Frankenstein

Querido primo:

No puedo describirte la inquietud que tenemos todos por tu salud. No podemos evitar imaginar que tu amigo Clerval nos está ocultando la verdadera gravedad de tu enfermedad, porque hace ya varios meses que no recibimos una carta escrita por tu mano; y todo este tiempo te has visto obligado a dictárselas a Henry. Seguramente, Victor, debes de haber estado muy enfermo; y esto nos entristece

mucho, tanto casi como cuando murió tu querida madre. Mi tío está plenamente convencido de que estás gravemente enfermo y apenas hemos podido evitar que emprenda un viaje a Ingolstadt. Clerval siempre dice en sus cartas que te estás poniendo mejor; deseo fervientemente que nos confirmes esa idea muy pronto, escribiéndonos de tu puño y letra, porque, Victor, de verdad, de verdad, todo esto nos tiene muy preocupados. Disipa nuestros temores, y seremos las criaturas más felices del mundo. La salud de tu padre es tan buena y está tan fuerte que parece haber rejuvenecido diez años desde el invierno pasado. Ernest está también tan cambiado que apenas lo reconocerías; tiene casi dieciséis años, y ya no tiene aquel aspecto enfermizo de hace algunos años; crece muy fuerte y vigoroso.

Mi tío y yo estuvimos conversando la pasada noche durante mucho rato sobre la profesión que debería elegir Ernest. Su mala salud habitual cuando era pequeño le ha impedido adquirir la costumbre de estudiar, y ahora que disfruta de buena salud, continuamente está en el campo, al aire libre, subiendo las montañas o remando en el lago. Así pues, yo propuse que se hiciera granjero, lo cual, como sabes, primo, ha sido siempre mi idea favorita. La vida del granjero es muy saludable y feliz… y al menos la profesión menos dañina de todas, o mejor dicho, la más beneficiosa. Mi tío tenía la idea de que estudiara para abogado, porque con su influencia podría llegar a ser juez. Pero, aparte de que no está hecho en absoluto para semejante ocupación,

resulta ciertamente más digno ganarse la vida cultivando la tierra que siendo confidente y algunas veces cómplice de los vicios de otro, porque esa es la tarea de un abogado. Yo dije que la ocupación de un granjero próspero, si no era más honrosa, era al menos una ocupación más feliz que la de juez, cuya desgracia es estar enfangado siempre en la cara más oscura de la naturaleza humana. Mi tío sonrió y dijo que yo misma debería ser abogada, con lo cual se puso fin a nuestra conversación sobre aquel asunto.

Y ahora debo contarte una pequeña historia que te encantará, y quizá te entretenga. ¿Recuerdas a Justine Moritz? Quizá no te acuerdes, así que te contaré su historia en pocas palabras. Madame Moritz, su madre, se había quedado viuda con cuatro niños, de los cuales Justine era la tercera. La niña había sido siempre la favorita de su padre; pero, por una extraña obsesión, su madre no podía soportarla y, después de la muerte del señor Moritz, la maltrataba horriblemente. Mi tía sabía todo esto y, cuando Justine cumplió los doce años, consiguió convencer a su madre para que le permitiera vivir en nuestra casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han promovido costumbres más sencillas y amables que las que prevalecen en las grandes monarquías que nos rodean. Y por esa razón hay menos diferencias entre las clases sociales y las clases más bajas no son ni tan pobres ni tan miserables como en otros lugares, y gozan de más educación y dignidad. Un criado en Ginebra no es lo mismo que un criado en Francia

o Inglaterra… Así que Justine fue acogida en nuestra familia para aprender las obligaciones de un criado, entre las cuales nuestro afortunado país no incluye la ignorancia, que es el sacrificio de la dignidad de un ser humano.

Después de esto, me atrevo a decir que ahora recordarás a la heroína de mi relato, porque tenías por Justine una gran predilección; y recuerdo haberte oído decir que si te encontrabas de mal humor, una mirada de Justine podría disiparlo por la misma razón que da Ariosto respecto a la belleza de Angélica: su rostro era todo franqueza y alegría. Mi tía se encariñó mucho con ella, y por eso pensó en darle una educación superior a la que había previsto para ella. Este regalo se vio recompensado plenamente: Justine era la criatura más agradecida del mundo. No quiero decir que hiciera grandes gestos de agradecimiento —nunca la oí decir nada al respecto—, pero una podía ver en sus ojos que prácticamente adoraba a su protectora. Aunque era muy divertida, y en muchos sentidos atrevida, sin embargo prestaba la mayor atención a cada gesto de mi tía: la consideraba un modelo de perfección y siempre intentaba imitar sus palabras e incluso sus gestos, de modo que incluso ahora a menudo me recuerda a mi tía.

Cuando mi queridísima tía murió, todos estábamos demasiado ocupados con nuestro propio dolor para fijarnos en la pobre Justine, que la había cuidado durante su enfermedad con el mayor de los cariños. La pobre Justine

estuvo muy enferma, pero el destino le tenía reservadas otras pruebas.

Uno tras otro, sus hermanos y su hermana murieron; y su madre se quedó por tanto sin hijos, a excepción de su hija repudiada. La mujer comenzó a sentir remordimientos de conciencia y a pensar que las muertes de sus queridos hijos eran una maldición del cielo para castigar la injusticia que había cometido con Justine. Ella era católica romana y yo creo que su confesor azuzó esas ideas que la mujer ya había concebido. Así pues, pocos meses después de tu partida a Ingolstadt, la madre arrepentida llamó a Justine y le pidió que volviera a casa. ¡Pobre muchacha! Lloró cuando abandonó nuestra casa; estaba muy cambiada desde la muerte de mi tía; el dolor había conferido cierta dulzura y una encantadora afabilidad a los gestos que antes habían llamado la atención por su viveza. Desde luego, volver a vivir en casa de su madre no era la mejor manera de devolverle la alegría. La pobre mujer vacilaba constantemente en su arrepentimiento. A veces le suplicaba a Justine que le perdonara su crueldad, pero con mucha más frecuencia la acusaba de ser la causa de las muertes de sus hermanos y su hermana. Aquellos constantes vaivenes finalmente condujeron a la señora Moritz a un inevitable declive, lo cual al principio solo incrementó su irritabilidad, pero ahora ya descansa para siempre: murió con los primeros fríos, a principios del último invierno. Justine ha vuelto con nosotros, y te puedo asegurar que la quiero muchísimo. Es

muy inteligente y cariñosísima, y extraordinariamente guapa; y, tal y como mencioné antes, sus gestos y sus expresiones de continuo me recuerdan a mi querida tía.

Debo contarte alguna cosa más, mi querido primo, sobre nuestro pequeño William. ¡Ojalá pudieras verlo! Está muy alto para su edad, y tiene unos ojos azules risueños y dulces, pestañas muy oscuras y el pelo rizado. Cuando sonríe, le salen dos pequeños hoyuelos en las mejillas, siempre sonrosadas y saludables… Ya ha tenido una o dos pequeñas *novias*, pero Louisa Biron es su favorita: es una niña preciosa de cinco años.

Y ahora, querido Victor, supongo que te encantará saber algunos pequeños cotilleos sobre tus conocidos de Ginebra. La guapa señorita Mansfield ya ha recibido las enhorabuenas por su próximo matrimonio con un joven caballero inglés, John Melbourne. Su espantosa hermana Manon se casó el otoño pasado con el señor Duvillard, el banquero rico. Y vuestro buen amigo del colegio, Louis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde que Clerval se fue de Ginebra. Pero ya ha recobrado el ánimo y se dice que está a punto de casarse con una francesa guapísima y muy alegre: la señora Tavernier. Es viuda, y mucho mayor que Manoir, pero todo el mundo la admira y la aprecia.

Te he escrito con todo mi buen ánimo, querido primo[83], pero no puedo terminar sin preguntarte angustiada otra vez por tu salud. Querido Victor: si no estás muy enfermo, escribe tú mismo y haz feliz a tu padre y a todos nosotros o… ni siquiera me atrevo a pensar en la otra posibilidad; ya estoy llorando… Adiós, mi queridísimo primo.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de marzo de 17…

—¡Querida, querida Elizabeth…! —exclamé cuando acabé de leer su carta—. Escribiré inmediatamente y así aliviaré la angustia que deben de tener.

Escribí, y el esfuerzo me agotó; pero mi recuperación ya había comenzado y proseguía su curso satisfactoriamente: quince días más y podría abandonar mi alcoba.

Cuando me recuperé, uno de mis primeros cometidos fue presentar a Clerval a los distintos profesores de la universidad. Y al hacerlo, tuve que afrontar algunas escenas

83 La reflexión narrativa tiene un poder transformador: el proceso de escribir la propia historia puede, de hecho, cambiar la propia comprensión de esta. Dado que reflexionar y escribir acerca de una experiencia puede influir en lo que siente una persona sobre ella, es posible que Victor «se escriba» con buen ánimo. Nótese en este sentido que Mary no describe que Victor haya tomado ninguna nota sobre sus experimentos ni para su uso privado ni, menos aún, para su publicación. Para más información sobre la escritura reflexiva, véase Bolton, 2014. *(Nicole Piemonte).*

desagradables que reabrían las heridas que mi mente había sufrido. Desde aquella noche fatal —el final de mis trabajos y el principio de mis desgracias—, había anidado en mí una violenta antipatía por todo lo relacionado con la filosofía natural[84]. Además, estando prácticamente recuperado, la simple visión del instrumental químico reavivaba toda el sufrimiento de mis ataques nerviosos. Henry lo notó y apartó todos aquellos aparatos de mi vista; también cambió bastante mis aposentos, porque percibió que yo sentía aversión a la sala que antiguamente había sido mi laboratorio. Pero aquellas precauciones de Clerval no sirvieron de mucho cuando visité a los profesores. Incluso las palabras del bueno del señor Waldman me resultaron una tortura cuando elogió, con amabilidad y afecto, mis asombrosos avances científicos. Inmediatamente se dio cuenta de que me disgustaba la conversación; pero como no sabía cuál era la verdadera razón, atribuyó mis sentimientos a la modestia y cambió de asunto —de mis habilidades a la ciencia en general— con el deseo de captar mi interés, o eso me pareció. ¿Qué podía hacer yo? Él simplemente quería

84 Solo *a posteriori* Victor reconoce las consecuencias de haberse embarcado irreflexivamente en el estudio científico o «filosofía natural». Si hubiera pensado seriamente en las consecuencias éticas de crear su criatura, y esas consideraciones hubieran tenido más importancia que su *hibris* y su deseo de éxito personal, es improbable que hubiera tomado el camino que tomó. Este temor saludable al progreso científico descontrolado (que Victor solo desarrolla demasiado tarde) subraya la necesidad de prestar atención a la evolución personal y profesional de los científicos, así como que estos reflexionen por sí mismos y se planteen los problemas éticos de sus iniciativas antes de emprender sus estudios. *(Nicole Piemonte).*

halagarme, pero solo conseguía atormentarme. Me sentía como si fuera colocando, uno a uno, ante mi vista, todos aquellos instrumentos que iban a utilizarse posteriormente para darme una muerte lenta y cruel. Yo me retorcía con cada palabra suya, aunque no me atrevía a mostrar el dolor que sentía[85]. Clerval, cuyas miradas y sentimientos siempre estaban prestos a descubrir de inmediato las emociones de los demás, no quiso hablar del tema, argumentando una absoluta ignorancia en la materia, y la conversación giró hacia otros asuntos de carácter general. Yo se lo agradecí en el alma, pero no dije nada. Vi claramente que estaba sorprendido, pero no intentó sonsacarme el secreto; y aunque yo lo quería con una mezcla de afecto y respeto sin límites, nunca me atreví a confesarle aquello que siempre estaba presente en mis pensamientos, porque temía que al explicárselo a otra persona solo consiguiera que se grabara más profundamente en mi alma.

El señor Krempe no fue tan amable; y dada mi situación en aquellos momentos, de una extrema sensibilidad, casi insoportable, sus encomios rudos y directos me causaron

85 Guardar su secreto y mantener relaciones humanas positivas provocan el malestar de Victor, pero su incapacidad de tener una interacción positiva con la criatura provoca malestar en esta también. El esfuerzo que requiere no permitir que los propios sentimientos se manifiesten de manera visible en reacciones físicas normales es inmenso. Los sistemas culturales obligan a encarnar las emociones. Desde poco después del nacimiento, los bebés son capaces de leer la aprobación o desaprobación en los rostros de sus padres. *(Joel Gereboff)*

más dolor que la benevolente aprobación del señor Waldman.

—¡Maldito muchacho! —exclamó—. Bueno, señor Clerval: le digo a usted que nos ha sobrepasado a todos… Sí, sí: asómbrese lo que quiera, pero de todos modos es la pura verdad. Un mozalbete que apenas hace tres años creía en Cornelio Agripa tan firmemente como en el evangelio, ahora se ha colocado a la cabeza de la universidad; y si no lo expulsamos pronto, conseguirá avergonzarnos… Sí, sí… —continuó, observando mi gesto de contrariedad—, el señor Frankenstein es muy modesto, una excelente cualidad en un hombre joven. Los jóvenes deberían ser más tímidos, ya sabe a qué me refiero, señor Clerval; yo lo era cuando era joven, pero eso se pasa pronto.

Entonces el señor Krempe comenzó un elogio de sí mismo que felizmente desvió la conversación de un asunto que me resultaba incomodísimo.

Clerval no era un científico nato. Su imaginación era demasiado viva para implicarse en la minuciosidad de las ciencias[86]. Los idiomas eran su principal interés, así que

86 El comentario de Victor sobre Clerval subraya el interés romántico por el problema del grado de imaginación necesario para dedicarse a las artes en lugar de a las ciencias. Por ejemplo, en *Biographia literaria* (1817), Samuel Taylor Coleridge define una diferencia entre el acto «imaginativo» activo y la «fantasía», el relato de un recuerdo que puede verse alterado o ampliado pero que siempre es pasivo. Clerval se describe aquí como poseedor de demasiada imaginación para la ciencia, porque la imaginación es definida en

deseaba aprender lo necesario para continuar los estudios por su cuenta cuando regresara a Ginebra. El persa, el árabe y el hebreo atrajeron su atención tan pronto como consiguió adquirir un perfecto dominio del griego y el latín. Por mi parte, la inactividad siempre me había disgustado, y ahora que deseaba huir de toda reflexión y me repugnaban mis antiguos estudios, encontré un gran alivio al convertirme en compañero de clase de mi amigo, y hallé no solo instrucción sino también consuelo en las obras de los autores orientales. Su melancolía es tranquilizadora y su alegría anima el alma hasta un punto que jamás había experimentado al estudiar a los escritores de otros países. Cuando uno lee sus textos, parece que la vida consiste en un cálido sol y jardines de rosas, en las sonrisas y los ceños de una encantadora enemiga, y en la ardiente pasión que consume tu propio corazón. ¡Qué diferente de la viril y heroica poesía de Grecia y Roma!

El verano transcurrió en medio de aquellas ocupaciones, y mi regreso a Ginebra se fijó para finales de otoño; pero se retrasó por varios incidentes y llegó el invierno y la nieve, los

---

oposición a los detalles, las minucias. Pero, previamente, Victor ha explicado su convencimiento de que su atracción por la ciencia procede en parte de la cualidad visionaria de esta (véase p. 76). Esta aparente contradicción, que también puede ser un recurso que utiliza Mary para mostrar las limitaciones del personaje, sigue pendiente. Sin embargo, llama la atención que en la edición de 1831 se omitiera este comentario sobre que la imaginación sería demasiado vívida para la ciencia (véase «Introducción a la edición de 1831», pp. 269-274). *(Hannah Rogers).*

caminos se pusieron intransitables y mi viaje hubo de aplazarse hasta la primavera siguiente. Lamenté muchísimo ese retraso, porque deseaba de todo corazón volver a ver mi ciudad natal y a mis seres queridos. Mi regreso solo se había retrasado tanto porque no deseaba dejar a Clerval solo en una ciudad extraña antes de que hubiera conocido a algunas personas. El invierno, de todos modos, transcurrió muy agradablemente; y aunque la primavera vino bastante tarde, su belleza compensó su tardanza.

Ya había comenzado el mes de mayo y yo esperaba diariamente la carta que fijara la fecha de mi partida, cuando Henry me propuso una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt para que pudiera despedirme del país en el que había vivido durante tanto tiempo. Accedí con placer a su proposición: estaba deseoso de hacer un poco de ejercicio, y Clerval siempre había sido mi compañero favorito en las caminatas de este tipo que yo solía emprender por los campos de mi país natal.

Aquella excursión duró quince días. Mi salud y mi ánimo se habían restablecido hacía tiempo y habían adquirido renovado vigor con el aire puro, los pequeños incidentes habituales del camino y la conversación de mi amigo. Los estudios me habían impedido cualquier relación con mis compañeros y me habían convertido en una persona antisocial. Pero Clerval inspiraba los mejores sentimientos de mi corazón; de nuevo me enseñó a amar las formas de la naturaleza y las encantadoras caritas de los niños. ¡Qué

buen amigo! ¡Cuán sinceramente me quisiste e intentaste animar mi espíritu hasta que estuvo a tu par! Un objetivo egoísta me había mutilado y aniquilado, y solo tu amabilidad y tu afecto animaron y despertaron mis sentidos. Conseguí volver a ser la persona alegre que había sido solo unos años antes, amando a todos y siendo amado por todos, sin penas ni preocupaciones. Cuando me sentía feliz, la naturaleza inanimada tenía el poder de proporcionarme las sensaciones más deliciosas. Un cielo claro y los campos verdes me extasiaban. Aquella época fue verdaderamente maravillosa: las flores de la primavera estallaban en los parterres mientras las del verano estaban ya a punto de brotar. No me inquietaron los malos pensamientos que durante el año anterior, aunque intenté apartarlos por todos los medios, me habían agobiado como una carga insoportable.

Henry disfrutaba con mi alegría y comprendía sinceramente mis sentimientos: se esforzaba en distraerme, y al tiempo me contaba qué sentimientos ocupaban su alma. Los recursos de su ingenio, en aquellos momentos, fueron realmente asombrosos. Su conversación era muy imaginativa; y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba cuentos maravillosamente fabulosos y apasionantes. En otras ocasiones recitaba mis poemas favoritos o me enredaba en conversaciones que sostenía con notable ingenio.

Regresamos a la universidad un domingo: los campesinos disfrutaban en los bailes y todas las personas que nos encontramos por el camino parecían dichosas y felices. Yo mismo estaba muy animado, y caminaba embargado por sentimientos de alegría y júbilo.

CAPÍTULO VI

Cuando regresé a casa, me encontré la siguiente carta de mi padre.

Para V. Frankenstein

Mi querido Victor:

Probablemente has estado esperando impaciente una carta en la que fijara el día de tu regreso, y al principio estuve tentado de escribirte unas líneas, solo para decirte el día en el que podríamos esperarte… pero eso sería una cruel amabilidad, y no me atreví a hacerlo. ¡Cuál sería tu sorpresa, hijo mío, cuando esperaras una bienvenida alegre y feliz, y

te encontraras, por el contrario, lágrimas y desconsuelo! ¿Y cómo puedo, Victor, contarte nuestra desgracia? La ausencia no puede haber endurecido tu corazón frente a nuestras alegrías y nuestras penas. ¿Y cómo puedo infligir dolor en mi hijo ausente? Quisiera prepararte para la dolorosa noticia, pero sé que es imposible. Ya sé que tu mirada estará buscando ahora, en estas hojas, las palabras que te revelarán las horribles noticias…

¡William ha muerto! El encantador muchacho cuyas sonrisas me encantaban y me animaban, aquel que era tan cariñoso y tan alegre, Victor… ¡ha sido asesinado!

No intentaré consolarte, simplemente te relataré las circunstancias de lo sucedido.

El pasado jueves (7 de mayo), mi sobrina, tus dos hermanos y yo fuimos a dar un paseo a Plainpalais. La tarde era cálida y tranquila, y prolongamos nuestro paseo más de lo normal. Ya casi había atardecido cuando decidimos regresar, y entonces nos dimos cuenta de que Ernest y William, que se habían adelantado, habían desaparecido. Así que nos sentamos en un banco para esperar a que volvieran. Al final vino Ernest y preguntó por su hermano: dijo que había estado jugando con él, y que William se había ido corriendo para esconderse, y que lo había estado buscando en vano y que después había estado esperando mucho rato, pero no había vuelto.

Esto nos asustó bastante y continuamos buscándolo hasta que cayó la noche; entonces Elizabeth aventuró que tal vez podía haber regresado a casa. Pero no estaba allí. Volvimos al lugar con antorchas, porque yo no podía vivir pensando que mi querido niño se había perdido y se había quedado a la intemperie, con la humedad y el rocío de la noche; Elizabeth también estaba angustiadísima. Alrededor de las cinco de la mañana descubrí a mi pequeño, al que la tarde anterior había visto rebosante de vitalidad y salud: estaba tendido en la hierba, lívido e inmóvil… la marca de los dedos de su asesino estaba aún en su cuello.

Lo llevamos a casa, y la angustia que se reflejaba en mi rostro le reveló la mala noticia a Elizabeth. Solo quería ver el cadáver. Al principio intenté evitárselo, pero ella insistió y, entrando en la habitación en la que yacía, apresuradamente examinó el cuello de la víctima, y retorciéndose las manos, exclamó: «¡Oh, Dios mío! ¡He matado a mi querido niño…!».

Se desmayó y solo con mucha dificultad conseguimos reanimarla; cuando volvió en sí, no hizo más que llorar y suspirar. Me dijo que aquella misma tarde William le había estado dando guerra para que le permitiera llevar una miniatura muy valiosa que tu madre le había regalado. Ese retrato ha desaparecido y sin duda fue el motivo por el cual el asesino cometió el crimen. Hasta el momento no hay ni rastro de él, aunque no hemos cesado en nuestras indagaciones para descubrirlo; pero eso no nos devolverá a mi querido William.

Vuelve, querido Victor: solo tú puedes consolar a Elizabeth. No hace más que llorar y se acusa a sí misma, injustamente, de ser la causa de la muerte del niño, sus palabras me parten el corazón. Todos estamos muy abatidos; pero ¿no será ese un motivo más, hijo mío, para que regreses y seas nuestro consuelo? ¡Tu querida madre…! ¡Ay, Victor! ¡Te aseguro que doy gracias a Dios porque no vivió para ver la muerte cruel y miserable de su pequeño!

Vuelve, Victor, pero no regreses albergando ideas de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y cariño que puedan curar las heridas de nuestros espíritus, en vez de abrirlas. Entra en esta casa de luto, hijo querido, pero con dulzura y afecto para aquellos que te aman, y no con odio hacia tus enemigos.

Tu desdichado padre, que te quiere,

ALPHONSE FRANKENSTEIN

Ginebra, 12 de mayo de 17…

Clerval, que había estado observando mi rostro mientras leía la carta, se sorprendió al observar la desesperación que sucedía a la alegría que mostré al recibir noticias de mis seres queridos. Tiré la carta en la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry cuando me vio llorando amargamente—, ¿es que siempre tienes que estar triste? Amigo mío, ¿qué ha ocurrido?

Le indiqué que cogiera la carta y la leyera, mientras yo iba de un lado a otro de la habitación, nervioso hasta la desesperación. Los ojos de Clerval también derramaron lágrimas cuando leyó el relato de mi desgracia.

—No puedo consolarte de ningún modo, amigo mío —dijo—. Tu tragedia es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

—Ir inmediatamente a Ginebra; ven conmigo, Clerval, para pedir unos caballos.

Por el camino, Henry intentó animarme. No lo hizo con los tópicos habituales, sino mostrando una verdadera comprensión.

—¡Pobre William! —dijo—, pobre chiquillo; ahora descansa junto a su angelical madre. Sus seres queridos están de luto y lo lloran, pero él ya descansa: ya no siente las garras del asesino; la hierba cubre su precioso cuerpo, y ya no sufre. No debemos sentir lástima por él; los vivos son los que más sufren y, para ellos, el tiempo será el único consuelo. Aquellas máximas de los estoicos, según los cuales la muerte no se podía considerar un mal y que la mente del hombre debería estar por encima de la desesperación que produce la ausencia eterna del ser amado, no deberían ni

siquiera tenerse en consideración… Porque incluso Catón lloró sobre el cadáver de su hermano.

Clerval decía estas cosas mientras caminábamos aprisa por las calles; las palabras se grabaron en mi mente y las recordé después, cuando me quedé solo. Pero en aquel momento, en cuanto llegaron los caballos, salté al cabriolé y le dije adiós a mi amigo.

El viaje fue muy triste. Al principio solo quería ir deprisa, porque deseaba consolar y confortar a mis seres queridos, tan apenados; pero a medida que me fui acercando a mi ciudad natal, fui también acortando el paso. Apenas podía soportar la avalancha de sentimientos que se agolpaban en mi mente. Pasé por paisajes que conocía bien, desde mi juventud, y que no había visto desde hacía casi seis años. ¿Cómo habría cambiado todo durante todo ese tiempo? Un cambio enorme, repentino y desolador había tenido lugar; pero mil pequeñas circunstancias podrían haber producido otras alteraciones poco a poco, y aunque se hubieran desarrollado más pausadamente, no serían menos importantes. El temor me invadió; me daba miedo avanzar, aterrorizado ante mil peligros ocultos que me hacían temblar, aunque era incapaz de describirlos.

Me quedé en Lausana dos días, con ese doloroso estado de ánimo. Contemplé el lago: las aguas parecían tranquilas; todo en derredor estaba en calma; y las montañas nevadas, los «palacios de la naturaleza», no habían cambiado. Poco a

poco aquella calma y aquel paisaje celestial me reanimaron, y continué mi viaje hacia Ginebra.

El camino discurría junto a la orilla del lago, y se hacía cada vez más estrecho a medida que me acercaba a mi ciudad natal. Distinguí muy claramente las negras laderas del Jura y la brillante cumbre del Mont Blanc. Y lloré como un niño. «¡Queridas montañas…! ¡Mi precioso lago! ¿Cómo recibiréis a vuestro hijo pródigo? Vuestras cumbres son blancas, el cielo y el lago son azules y tranquilos… ¿Es esto un presagio de felicidad o una burla ante mis desgracias?».

Me temo, amigo mío, que te resultaré tedioso si sigo entreteniéndome en estos prolegómenos; pero aquellos fueron días de relativa felicidad, y los recuerdo con placer. ¡Mi tierra, mi amada tierra! ¿Quién, sino uno de tus hijos, puede comprender el placer que sentí al ver de nuevo tus arroyos, tus montañas y, sobre todo, tu precioso lago?

Sin embargo, a medida que me acercaba a casa, la tristeza y el temor me invadieron. La noche se cerró a mi alrededor, y cuando apenas podía ver las oscuras montañas, mis sentimientos se tornaron más sombríos. El escenario me pareció un compendio de todos los males posibles y me convencí de que estaba destinado a convertirme en el más desdichado de todos los seres humanos. ¡Dios mío! ¡Cuánta razón tenía en mis presagios! Y solo me equivoqué en una única circunstancia: que, en todas las desgracias que

imaginé y temí, no pude siquiera sospechar ni la centésima parte de la angustia que el destino me obligaría a soportar[87].

Ya era noche cerrada cuando llegué a los alrededores de Ginebra; las puertas de la ciudad ya estaban cerradas y decidí pernoctar en Secheron, una aldea que se encuentra a media legua al este de la ciudad. El cielo estaba sereno; y como no podía dormir, decidí ir a ver el lugar en el que mi pobre William había sido asesinado. Como no podía pasar por la ciudad, me vi obligado a cruzar el lago en un bote para llegar a Plainpalais. Durante ese corto recorrido vi los relámpagos dibujando bellísimas figuras en la cumbre del

87 Victor vincula sus malos presagios con la noción romántica de lo sublime, combinando la fascinación que sentía esa época por la inmensa belleza del mundo natural con una percepción de sus peligros y una disposición a plantearse la posibilidad de la aniquilación personal. Antes de este fragmento, Victor habla con gran afecto y orgullo de las imponentes montañas que rodean su casa, saludándolas como «mis queridas» y utilizando reiteradamente el adjetivo posesivo «mi». Sin embargo, en su encuentro con lo sublime, no logra lo que el filósofo Edmund Burke (1729-1797) denomina «trascendencia sublime», que significa experimentar un repentino alivio del horror. Dado que Victor contempla lo sublime desde una situación de gran riesgo personal, en esta panorámica natural solo es capaz de ver su propio sufrimiento y su destrucción definitiva. Este fragmento también destaca una contradicción esencial de la personalidad de Victor: es, a la vez, alguien tremendamente seguro de sí y discreto, por un lado rector de su propio destino y, por el otro, objeto pasivo a merced de fuerzas incontrolables. Como con su enfoque rebelde del descubrimiento científico, él elogia sus propias facultades para la profecía y, simultáneamente, reconoce sus fallas. El egoísmo, un defecto que facilita en gran medida la *hibris* de Victor, también emerge con el uso reiterado del pronombre yo, empleado para subrayar tanto su vulnerabilidad como su poder. *(April Miller)*

Mont Blanc. Parecía que la tormenta se estaba acercando rápidamente; desembarqué y subí a una pequeña colina desde la que pude ver cómo se avecinaba. La tormenta avanzó aún más, el cielo se cubrió de nubes y no tardé en comprobar que poco a poco empezaba a llover, al principio con gruesos goterones, aunque enseguida se desató con furiosa violencia.

Me alejé de allí y caminé, aunque la oscuridad y la tormenta se hacían más intensas a cada instante, y los truenos estallaban con un terrorífico estrépito sobre mi cabeza. Se oían los ecos en la Salêve, en el Jura y en los Alpes de Saboya; violentos destellos de rayos me cegaban los ojos, e iluminaban el lago, convirtiéndolo en una lámina de fuego incandescente; luego, durante un instante, todo parecía quedar sumido en la oscuridad, hasta que el ojo se recobraba del destello anterior. La tormenta, como sucede a menudo en Suiza, se desató en varios lugares del cielo a un tiempo. La parte más violenta se encontraba exactamente al norte de la ciudad, sobre la parte del lago que se extiende entre el promontorio de Belrive y el pueblo de Copêt. Otra tormenta iluminaba el Jura con débiles destellos; y otra oscurecía y a veces descubría la Môle, una montaña escarpada situada al este del lago.

Mientras iba observando la tormenta —tan hermosa y, sin embargo, tan aterradora—, continué caminando con paso apresurado. Aquella noble batalla en los cielos elevaba mi espíritu; cerré los puños y exclamé:

—¡William, mi querido ángel…! ¡Este es tu funeral, esta es tu elegía!

Cuando pronuncié esas palabras, entreví en la oscuridad una figura que se ocultó tras un grupo de árboles que había cerca. Permanecí observando fijamente, intentando divisar algo; seguro que no me había equivocado; el fulgor de un rayo iluminó aquello y me descubrió claramente sus contornos; aquella gigantesca figura y la deformidad de su aspecto, más espantosa que cualquier cosa humana, me confirmaron que era el engendro, el repulsivo demonio al que yo había dado vida. ¿Qué hacía allí? ¿Acaso había sido él —la simple idea me estremecía— el asesino de mi hermano? Apenas esa sospecha cruzó mi imaginación, llegué a la conclusión de que era completamente cierta… Mis dientes castañetearon, y me vi obligado a recostarme contra un árbol para mantenerme en pie[88]. La figura pasó

88 En el mito griego, Prometeo modela el barro en el que Atenea, la diosa de la sabiduría, insufla vida, creando la especie humana. Pese a la oposición de Zeus, Prometeo entrega seguidamente el fuego a los humanos, un elemento esencial para la vida de éstos. De manera similar, Victor utiliza la electricidad, una forma de fuego, para dar vida a su creación. En la novela abundan relámpagos y destellos de luz, que a menudo anuncian percepciones de Victor. Él sigue describiendo a la criatura como físicamente «espantosa», descripción que equipara con lo demoníaco. Esto último se encuentra, por naturaleza, en la oscuridad y la inmundicia. Victor a veces se esfuerza por equilibrar lo que ve en sueños y lo que ve en su existencia física real. Sin embargo, ambas visiones son fuentes de conocimiento para el Romanticismo. Pero, tras darse cuenta de que no está viendo simplemente un fantasma en los atisbos que capta de la criatura, Victor reacciona de inmediato ante el ser «espantoso» como si se tratara de un demonio. Su

rápidamente frente a mí, y la volví a perder en la oscuridad. Nada que se asemejara a un ser humano podría haber destruido la vida de aquel precioso niño. ¡*Él* era el asesino! No me cabía la menor duda. La mera existencia de aquella idea era una prueba irrefutable. Pensé en perseguir a aquel demonio, pero habría sido en vano, porque otro relámpago lo iluminó y lo pude ver encaramándose a las rocas de la pendiente casi perpendicular del Monte Salêve, el monte que cierra Plainpalais por el sur. Enseguida alcanzó la cumbre y desapareció.

Me quedé allí inmóvil. Los truenos cesaron, pero aún seguía lloviendo, y la escena quedó envuelta en una impenetrable oscuridad. Volví a pensar una vez más en los acontecimientos que, hasta ese momento, solo había intentado obviar: todos los pasos que di hasta completar mi creación, el resultado del trabajo de mis propias manos, vivo y junto a mi cama, y su desaparición final. Casi habían transcurrido dos años desde la noche en la que se le dio la vida, ¿y aquel había sido su primer crimen? ¡Dios mío! Había arrojado al mundo a un engendro depravado cuyo único placer era el asesinato y la desgracia, porque… ¿acaso no había asesinado a mi hermano?

---

reconocimiento se expresa en la reacción física de temor con el castañeteo de sus dientes. (Compárese esta interpretación con la de Charles E. Robinson; véanse pp. 21-35). *(Joel Gereboff)*.

Nadie puede imaginar la angustia que viví el resto de la noche, que pasé helado y empapado, a la intemperie. Pero no sentía las inclemencias del tiempo; mi mente estaba demasiado ocupada imaginando escenas de maldad y desesperación. Pensé en el ser a quien había arrojado en medio de la humanidad y a quien había dotado de voluntad y de poder para ejecutar sus horrorosos proyectos, como aquel que había llevado a cabo, casi como si fuera mi propio vampiro, mi propio espíritu liberado de la tumba, obligado a destruir a todos aquellos que yo amaba.

Amaneció, y dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas y me encaminé hacia la casa de mi padre. Mi primera idea fue comunicar a todo el mundo lo que sabía del asesino y proponer que se organizara una persecución inmediata. Pero me contuve cuando pensé en la historia que tendría que contar. Me había encontrado a medianoche en los precipicios de una montaña inaccesible con un ser… al que yo mismo había creado y al que había dotado de vida. Recordé también la febril pasión que me había atacado cuando decidí dar forma a mi creación y pensé que la historia podía considerarse como un cuento enloquecido y de todo punto inconcebible. Era consciente de que si otra persona me hubiera contado esa historia, la habría considerado como los delirios de un loco. Además, la extraña naturaleza de la bestia conseguiría eludir la persecución, aun cuando yo consiguiera que me creyeran y los convenciera para que la pusieran en marcha. Además, ¿de qué serviría una

persecución? ¿Quién podría arrestar a una criatura capaz de escalar las paredes verticales de Mont Salêve? Estas ideas me convencieron y decidí guardar silencio.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Pedí a los criados que no despertaran a la familia y fui a la biblioteca para esperar a que se hiciera la hora en que solían levantarse.

Habían transcurrido seis años, y habían pasado como un sueño, salvo por una marca indeleble, y ahora me encontraba en el mismo lugar en el que había abrazado a mi padre por última vez antes de mi partida hacia Ingolstadt. ¡Querido y venerado padre! Aún me quedaba él. Observé un retrato de mi madre, que colgaba sobre la chimenea. Era una pintura histórica, un retrato realizado por encargo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort, desesperada de dolor, arrodillada junto al ataúd de su querido padre. Su atuendo era rústico, y sus mejillas aparecían pálidas; pero había un aire de dignidad y belleza que difícilmente admitía un sentimiento de compasión. Debajo de este cuadro había un retrato en miniatura de William, y se me saltaron las lágrimas cuando me detuve en él. Cuando estaba así, absorto, entró Ernest: me había oído llegar, y había bajado apresuradamente a recibirme. Dejó entrever una alegría mezclada con pena al verme.

—Bienvenido, mi queridísimo Victor —dijo—. Ah, ojalá hubieras venido hace tres meses: entonces nos habrías

encontrado a todos alegres y contentos. Pero ahora somos tan desgraciados que me temo que solo te darán la bienvenida las lágrimas, en vez de las sonrisas. Nuestro padre está tan triste… parece que ha renacido en su espíritu la pena que sintió por la muerte de mamá. Y la pobre Elizabeth no encuentra consuelo en nada.

Ernest comenzó a llorar mientras me lo contaba.

—No, no… —le dije—, no me recibas así; intenta tranquilizarte, que no me sienta absolutamente destrozado cuando entro en la casa de mi padre después de una ausencia tan larga. Pero dime, ¿cómo sobrelleva mi padre estas desgracias? ¿Y cómo está mi pobre Elizabeth?

—Ella sí que necesita consuelo. Se culpa de haber causado la muerte de mi hermano, y eso la hace muy, muy desgraciada; pero desde que se ha descubierto al asesino…

—¿Se ha descubierto al asesino? ¡Dios bendito! ¿Cómo puede ser? ¿Quién se atrevió a perseguirlo? Es imposible; ¡sería tanto como intentar atrapar los vientos o contener un torrente de la montaña con una rama!

—No sé qué quieres decir…; pero a todos nos entristeció cuando la descubrieron. Nadie podía creerlo al principio; y ni siquiera ahora Elizabeth está totalmente convencida, a pesar de todas las pruebas. En efecto, ¿quién podría

imaginar que Justine Moritz, que había sido tan amable y tan cariñosa con toda la familia, podría llegar a ser tan malvada?

—¡Justine Moritz…! ¡Pobre, pobre muchacha! ¡Así que la han acusado a ella…! Pero… es una equivocación; todo el mundo tiene que darse cuenta de eso. Nadie puede creerlo, ¿verdad, Ernest?

—Nadie lo creyó al principio, pero se descubrieron varias circunstancias que prácticamente nos obligaron a aceptarlo; y su propio comportamiento *ha sido* tan confuso y añade tal relevancia a las pruebas mostradas que, me temo, no deja lugar a dudas; la van a juzgar hoy, así que podrás enterarte todo.

Me contó que la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre William, Justine se puso enferma y se quedó en cama; y, varios días después, una de las criadas, cuando por casualidad revisaba el vestido que había llevado la noche del asesinato, descubrió en su bolsillo el retrato de mi madre, que hasta entonces se consideraba el móvil del crimen. La criada inmediatamente se lo enseñó a uno de los otros criados, quien, sin decir ni una palabra a ninguno de la familia, fue al magistrado, y después de oír a todas las partes, se ordenó apresar a Justine. Cuando fue acusada de los hechos, su extrema confusión confirmó en gran medida la sospecha.

Era una historia extraña, pero no me convenció; y contesté con vehemencia:

—¡Estáis todos equivocados! ¡Yo conozco al asesino! Justine… pobre, pobre Justine, es inocente.

En ese instante entró mi padre. Vi la tristeza profundamente grabada en sus facciones, pero intentó darme la bienvenida cordialmente y, después de intercambiar tristes saludos, habría hablado de cualquier otra cosa que no fuera nuestra tragedia, si Ernest no hubiera exclamado:

—¡Dios bendito, papá! Victor dice que sabe quién asesinó al pobre William…

—Nosotros también, desgraciadamente —contestó mi padre—; y, desde luego, habría preferido no saberlo en vez de descubrir tanta depravación e ingratitud en una persona a la que tenía en gran estima.

—Querido padre, estáis equivocados. ¡Justine es inocente…!

—Si lo es, que Dios impida que la condenen como culpable. Hoy la van a juzgar, y espero, espero sinceramente, que la absuelvan.

Aquellas palabras me tranquilizaron. Estaba firmemente convencido de que Justine, es más, de que ningún ser

humano era culpable de aquel crimen. Así pues, no temía que pudiera aportarse ninguna prueba circunstancial con la suficiente fuerza como para inculparla; y con esta seguridad, me tranquilicé, esperando el juicio con inquietud pero sin augurar un mal resultado.

Elizabeth pronto se reunió con nosotros. El tiempo había operado grandes cambios en su aspecto desde la última vez que la había visto. Cinco años antes era una muchacha bonita y alegre, a quien todos querían y mimaban. Ahora era una mujer tanto en la estatura como en la expresión de su rostro, que me pareció absolutamente adorable. Su frente, despejada y amplia daba cuenta de una sobrada inteligencia unida a una gran franqueza. Sus ojos eran avellanados y denotaban una extraordinaria dulzura, ahora mezclada con la tristeza por las recientes desgracias. Sus cabellos tenían un oscuro color castaño rojizo; su tez era blanca, y su figura, ligera y grácil. Me saludó con todo el cariño.

—Tu llegada, mi queridísimo primo —dijo—, me llena de esperanza. Quizá descubras algún medio de demostrar la inocencia de mi pobre Justine. Ay, Dios mío… Si la culpan a ella de asesinato, ¿quién podría estar seguro? Confío en su inocencia con tanta seguridad como en la mía propia. Esta desgracia es el doble de cruel para nosotros: no solo hemos perdido a nuestro querido niño, sino que, además, un destino aún más cruel nos va a arrebatar a esta muchacha, a la que tanto quiero. Si la condenan, ya nunca volveré a saber qué es la alegría. Pero no la condenarán, estoy segura de que

no la condenarán; y volveré a ser feliz de nuevo, a pesar de la triste muerte de mi pequeño William.

—Es inocente, mi querida Elizabeth —dije—, y se demostrará; no temas nada, y tranquiliza tu espíritu con el convencimiento de que va a ser absuelta.

—¡Qué bueno eres! Todos creen que es culpable, y eso me hace muy desgraciada; porque yo sé que eso es imposible, y ver a todo el mundo tan decididamente predispuesto contra ella me desesperaba y me hacía sentir impotente.

Comenzó a llorar.

—Mi dulce sobrina —dijo mi padre—, seca tus lágrimas; si es inocente, como crees, confía en la justicia de nuestros jueces y en mi firme decisión de impedir que haya la más mínima sombra de parcialidad.

CAPÍTULO VII

Pasamos horas muy tristes hasta las once, cuando estaba previsto que comenzara el juicio. Puesto que el resto de la familia estaba obligada a asistir en calidad de testigos, los acompañé al tribunal. Durante toda aquella maldita farsa de juicio, sufrí una verdadera tortura. Lo que se iba a decidir en aquel juicio, en realidad, era si el resultado de mi curiosidad y mis experimentos ilegales eran la causa de la muerte de dos de mis seres queridos: el primero, un niño alegre, inocente y lleno de alegría; la otra, una mujer que iba a ser asesinada de un modo aún más terrible, con todos los agravantes de una infamia que podría hacer que aquel asesinato quedara registrado para siempre en los anales del horror. Justine era una buena muchacha y poseía cualidades que le auguraban una vida feliz; ahora todo iba a quedar

destruido y olvidado en una ignominiosa tumba… ¡y yo tenía la culpa! Mil veces me habría confesado culpable del crimen que se le achacaba a Justine; pero yo estaba ausente cuando se cometió, y una declaración semejante se habría considerado como la locura de un necio y ni siquiera podría exculpar a la que iba a ser castigada por mi culpa.

Justine parecía tranquila. Iba vestida de luto; y sus facciones, siempre atractivas, se habían tornado exquisitamente hermosas por la solemnidad de sus sentimientos. Incluso parecía confiar en su inocencia y no temblaba, aunque había muchísimas personas mirándola e insultándola. Toda la piedad que su belleza podría haber suscitado en los demás quedó superada por el recuerdo de la enormidad que, se suponía, había cometido. Estaba tranquila, aunque su tranquilidad era evidentemente forzada; y como su confusión se había aducido anteriormente como una prueba incontestable de su culpabilidad, se esforzaba en mantener una apariencia de serenidad. Cuando entró en la sala del tribunal, miró a su alrededor e inmediatamente descubrió dónde estábamos sentados. Las lágrimas parecieron enturbiar su mirada, pero se recobró enseguida, y una mirada de triste cariño pareció atestiguar su absoluta inocencia.

Comenzó el juicio, y después de que el abogado hubiera expuesto los cargos contra ella, se llamó a varios testigos. Algunos hechos casuales se confabularon contra ella, lo cual habría hecho dudar a cualquiera que no tuviera una prueba

de su inocencia como la que tenía yo. Justine había estado fuera toda la noche en la que se cometió el asesinato, y por la mañana temprano había sido vista por una mujer del mercado, no lejos del lugar donde posteriormente se encontró el cuerpo del muchacho asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí… pero ella la miró de un modo muy raro y solo le devolvió una respuesta confusa e ininteligible. Regresó a casa alrededor de las ocho, y cuando alguien le preguntó dónde había pasado la noche, contestó que había estado buscando al niño y preguntó con angustia si alguien sabía algo del pequeño. Cuando trajeron el cuerpo a la casa, sufrió un violento ataque de histeria y tuvo que guardar cama durante varios días. Entonces se mostró públicamente el retrato que la criada había encontrado en su bolsillo, y un murmullo de indignación y horror recorrió la sala del tribunal cuando Elizabeth, con voz temblorosa, admitió que era el mismo que había puesto en el cuello del niño una hora antes de que se le echara en falta.

Se instó entonces a Justine para que se defendiera. A medida que se había desarrollado el juicio, su rostro se había ido alterando. La sorpresa, el horror y el dolor se hacían ahora muy evidentes. A veces luchaba contra sus lágrimas; pero cuando se le pidió que hablara, hizo acopio de todas sus fuerzas y habló en un tono audible aunque con voz temblorosa.

—Dios sabe que soy absolutamente inocente —dijo—. Pero no espero que me absuelvan por lo que vaya a decir

aquí: baso mi inocencia en la simple explicación de los hechos que se aducen contra mí; y espero que la reputación de la que siempre he gozado incline a mis jueces a una interpretación favorable allí donde alguna circunstancia aparezca como dudosa o sospechosa.

Entonces explicó que, con permiso de Elizabeth, había pasado aquella tarde, cuando se perpetró el crimen, en casa de una tía que vive en Chêne, una aldea que se encuentra aproximadamente a cinco kilómetros de Ginebra. A su regreso, alrededor de las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto al niño que se había perdido. Aquello la asustó y pasó varias horas buscándolo; entonces cerraron las puertas de Ginebra y *se vio obligada* a permanecer varias horas de la noche en el granero de una granja porque no deseaba despertar a sus propietarios, que la conocían bien. Pero, incapaz de descansar o dormir, abandonó muy pronto aquel lugar con la idea de seguir buscando a mi hermano. Si había dado con el lugar en el que yacía el cuerpo, fue sin saberlo. Y no era sorprendente que se hubiera mostrado aturdida y confusa cuando aquella mujer del mercado le hizo algunas preguntas, porque había pasado toda la noche sin dormir y el destino del pobre William era incierto. Respecto al retrato en miniatura, no podía dar ninguna explicación.

—Ya sé cuán grave y fatalmente pesa esta circunstancia concreta contra mí —añadió la infeliz víctima—, pero no puedo explicarlo; he confesado mi absoluta ignorancia al

respecto, y solo me resta hacer suposiciones respecto a las razones por las cuales se colocó ese objeto en mi bolsillo. Pero también aquí tengo que detenerme. Creo que no tengo ningún enemigo en el mundo, y con seguridad, ninguno que pudiera haber sido tan malvado como para destruirme tan gratuitamente. ¿Lo puso el asesino ahí? No tengo conciencia de haberle dado ninguna oportunidad para que lo hiciera; y si ciertamente le ofrecí sin querer esa oportunidad, ¿por qué habría robado la joya el asesino si pensaba desprenderse de ella tan pronto? Pongo mi causa en manos de la justicia de los jueces, aunque comprendo que no hay lugar para la esperanza. Y ruego que se permita que se pregunte a algunos testigos respecto a mi carácter; y si sus testimonios no prevalecen sobre mi supuesta culpabilidad, tendré que ser condenada, aunque yo preferiría fundar mi salvación en mi inocencia.

Fueron citados varios testigos que la conocían desde hacía muchos años, y todos hablaron bien de ella; pero el temor y la aversión por el crimen del que la creían culpable los tornó temerosos y poco proclives a defenderla. Elizabeth vio que incluso este último recurso, su excelente disposición y su conducta irreprochable, también iba a fallarle a la acusada, y entonces, aunque terriblemente nerviosa, pidió permiso para hablar al tribunal.

—Soy —dijo— prima del infeliz niño que fue asesinado… o, más bien, su hermana, porque fui educada por sus padres y viví con ellos desde mucho antes incluso de que él naciera.

Así que tal vez se considere improcedente que declare aquí; pero cuando veo a una criatura como ella en peligro solo por la cobardía de sus supuestos amigos, deseo que se me permita hablar para poder decir lo que sé de su carácter. Conozco bien a la acusada. He vivido en la misma casa, con ella, durante cinco años, y más adelante, durante casi otros dos. Durante todo ese tiempo me ha parecido la criatura más amable y buena del mundo. Cuidó a la señora Frankenstein, mi tía, en su enfermedad con el mayor cariño y atención, y después se ocupó de su propia madre durante una larga y penosa enfermedad de un modo que causó la admiración de todos los que la conocían. Después de aquello, volvió a vivir en casa de mi tío, donde era apreciada y querida por toda la familia. Sentía un afecto muy especial por el niño que ha sido asesinado y siempre actuó para con él como una madre cariñosísima. Por mi parte, no dudo en afirmar que, a pesar de todas las pruebas que se han presentado contra ella, yo creo y confío en su absoluta inocencia. No tenía ningún motivo para hacer algo así; y respecto a esa tontería que parece ser la prueba principal, si ella hubiera mostrado algún deseo de tenerla, yo se la habría dado de buen grado, tanto la aprecio y la valoro.

¡Maravillosa Elizabeth! Se oyó un murmullo de aprobación; pero se debió a su generosa intervención y no porque hubiera un sentimiento favorable hacia la pobre Justine, sobre la cual se volvió a desatar la indignación del público con renovada violencia, acusándola de la más

perversa ingratitud. Ella lloraba mientras Elizabeth hablaba, pero no dijo nada. Mi nerviosismo y mi angustia fueron indescriptibles durante todo el juicio. Yo creía que era inocente: lo sabía. ¿Acaso el monstruo que había matado a mi hermano (no me cabía la menor duda), en su infernal juego, había entregado también a aquella muchacha inocente a la muerte y a la ignominia? No podía soportar el horror de la situación; y cuando vi que la opinión pública y el rostro de los jueces ya habían condenado a mi infeliz víctima, abandoné la sala angustiado. Los sufrimientos de la acusada no eran comparables con los míos; ella se apoyaba en la inocencia, pero a mí los colmillos del remordimiento me desgarraban el pecho, y no dejarían escapar a su presa[89].

Pasé una noche absolutamente espantosa. Por la mañana volví al tribunal; tenía los labios y la garganta ardiendo. No me atrevía a lanzar la maldita pregunta, pero me conocían, y el oficial del juzgado imaginó la razón de mi visita: se

---

89 El encuentro entre Justine y Elizabeth está lleno de pasión. Justine acaba aceptando su ejecución, por injusta que sea, porque la considera necesaria para su salvación definitiva; y Elizabeth, convencida ahora de la inocencia de Justine, se siente reconfortada porque su confianza en ella no ha sido traicionada. Esos sentimientos triunfan sobre las preocupaciones por la justicia. Por el contrario, la angustia de Victor ante la injusticia y su conciencia de que ha sido su creación la que ha cometido el asesinato lo llenan de remordimientos, un correlato multiplicado de la culpa. En el pensamiento moral actual, sentir y expresar remordimientos es esencial si se busca el perdón. Pero Victor está obligado a guardarse esos sentimientos para sí porque no puede desvelar la verdad sobre sus investigaciones ni sus consecuencias. *(Joel Gereboff).*

habían emitido los votos, todos eran negros, y Justine fue condenada.

Ni siquiera puedo intentar describir lo que sentí entonces. Ya había experimentado sensaciones de horror anteriormente; y he tratado de expresarlo con las palabras adecuadas, pero en este caso las palabras no pueden proporcionar en absoluto una idea ajustada de la insoportable y nauseabunda desesperación que tuve que soportar. La persona a la que yo me había dirigido también añadió que Justine ya había confesado su culpabilidad. «Esa confesión —apuntó— era casi innecesaria en un caso tan evidente, pero me alegro de que lo haya hecho; y, es más, a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal basándose en pruebas circunstanciales, aunque sean tan decisivas como en este caso».

Cuando regresé a casa, Elizabeth me pidió con ansiedad que le dijera cuál había sido el veredicto.

—Prima mía —contesté—, se ha decidido lo que imaginas: todos los jueces prefieren que diez inocentes sean castigados antes que permitir que un culpable pueda escapar. De todos modos, ha confesado.

Aquello fue un golpe terrible para la pobre Elizabeth, que había confiado firmemente en la inocencia de Justine.

—¡Dios mío…! —dijo—; ¿cómo podré volver a creer jamás en la bondad humana? Justine, a quien amaba y apreciaba como a una hermana, ¿cómo pudo ofrecernos aquellas sonrisas inocentes para acabar traicionándonos después? Sus dulces ojos parecían incapaces de enfadarse o estar de mal humor y, sin embargo, ha cometido un asesinato.

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado su deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuera, pero dijo que decidiera según su propio juicio y sus sentimientos.

—Sí —dijo Elizabeth—; iré, aunque sea culpable; y tú, Victor, me acompañarás…, no puedo ir sola.

La simple idea de aquella visita me torturaba, pero no podía negarme.

Entramos en aquella celda sombría y descubrimos a Justine sentada en un montón de paja, en una esquina; tenía las manos encadenadas y estaba con la cabeza apoyada en las rodillas; se levantó al vernos; y cuando nos dejaron a solas con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth, llorando amargamente. Mi prima también lloraba.

—¡Oh, Justine…! —dijo—. ¿Por qué me arrebataste el último consuelo que me quedaba? Yo confiaba en tu inocencia; y aunque estaba muy triste, no era tan desgraciada como ahora.

—¿También usted cree que soy tan malvada? ¿También se une usted a mis enemigos para aplastarme?

Su voz se fue apagando entre sollozos.

—Levántate, mi pobre niña —dijo Elizabeth—, ¿por qué te arrodillas si eres inocente? Yo no soy uno de tus enemigos; creía en tu inocencia, a pesar de todas las pruebas, hasta que supe que tú misma te habías declarado culpable. Ahora dices que todo eso es falso; y puedes estar segura, mi querida Justine, de que nada, en ningún momento, puede quebrar mi confianza en ti, salvo tu propia confesión.

—Confesé, sí…, pero confesé una mentira. Confesé porque así podría obtener la absolución, pero ahora esas mentiras y esas falsedades pesan en mi corazón más que todos mis pecados juntos. ¡Que el Dios del cielo me perdone! Desde que fui condenada, mi confesor me ha estado apremiando; me ha amenazado y me ha gritado hasta que casi he comenzado a pensar que soy el monstruo que dice que soy. Me ha amenazado con la excomunión y con las llamas del infierno si persistía en mi obstinación. Mi querida señorita, no he tenido a nadie que me ayudara… Todos me miraban como a un maldito monstruo destinado a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En mala hora firmé esa mentira, y ahora solo yo me siento verdaderamente miserable.

Se detuvo, llorando, y luego prosiguió:

—Pensé, horrorizada, mi querida señorita, que usted creería que su Justine, a quien su bendita tía había honrado tanto con su aprecio y a quien usted tanto amaba, era un monstruo capaz de un crimen que nadie, salvo el mismísimo demonio, podría haber perpetrado. ¡Querido William, mi querido y bendito niño, pronto te veré en el cielo, donde seremos felices! Eso me consuela, ahora que voy a sufrir la ignominia y la muerte».

—¡Oh, Justine…! ¡Perdóname por haber desconfiado de ti un solo momento! ¿Por qué confesaste? Pero no te lamentes, mi querida niña, yo proclamaré tu inocencia en todas partes y conseguiré que me crean. Aunque tú tengas que morir… tú, mi amiga, mi compañera de juegos, más que una hermana… No, no podré sobrevivir a una desgracia tan horrible…

—Querida y dulce señorita, no llore… Debería usted animarme con pensamientos sobre una vida mejor, y elevar mi espíritu sobre las pequeñas preocupaciones de este mundo de injusticia y violencia. No, mi buena amiga, no me hunda usted en la desesperación.

—Intentaré consolarte, pero me temo que esta es una tragedia tan profunda y tan desgarradora que el consuelo apenas sirve de nada, porque no hay esperanza. Que el cielo te bendiga, mi queridísima Justine, con una resignación y una fe que eleve tu espíritu por encima de este mundo. ¡Oh, cómo desprecio todas sus farsas y sus necedades! Cuando

una criatura es asesinada, inmediatamente a otra se le arrebata la vida, con una lenta tortura, y luego los verdugos, con las manos aún teñidas de sangre inocente, creen que han llevado a cabo una gran hazaña. Lo llaman *justo castigo*…, ¡qué odiosas palabras![90]. Cuando se pronuncian

90 Este fragmento describe el tipo de justicia conocida como «retributiva», que se basa en el castigo para compensar el daño causado a la víctima y a su familia y para servir de disuasión a otros que planearan futuras fechorías. En esta concepción del mundo, la justicia se cumple cuando alguien paga por el sufrimiento causado a otro. Mary avisa al lector de que juzgar precipitadamente, sobre todo si la venganza es la motivación, podría dañar a personas inocentes, dando lugar a una nueva injusticia. Eso es lo que sucede cuando la inocente Justine es ejecutada erróneamente acusada de la muerte de William. La ciencia y la tecnología también están implicadas en el sistema de crimen y castigo en muchos aspectos, entre ellos, la creación de diversas herramientas de ejecución, como la guillotina —que fue un terrible invento en la época de la Revolución Francesa—, la silla eléctrica, las inyecciones letales, y demás. En la pena capital que se aplica en la actualidad en Estados Unidos, hay personal médico presente para verificar la muerte del preso, y los psiquiatras tienen un papel determinante para decidir si alguien está lo bastante cuerdo para que lo juzguen o si existen circunstancias atenuantes por enfermedad mental. Las huellas dactilares, los análisis caligráficos, las pruebas de ADN y otras ciencias forenses han tenido historias controvertidas, tanto en términos de cómo han sido consideradas pruebas con validez legal en los tribunales cuanto de cómo estos han recurrido a ellas para comprender las pruebas científicas. Los estudios científicos también han iluminado la falibilidad de los testimonios oculares, y muchas sentencias condenatorias han sido anuladas gracias a pruebas de ADN exculpatorias. Sin embargo, la fama adquirida por las pruebas forenses en la imaginación pública es tal que se ha identificado un «efecto *CSI*» —así llamado por la popular serie televisiva sobre investigadores del escenario de un crimen equipados con herramientas de alta tecnología para el análisis forense— en los jurados que quieren ver pruebas científicas de culpabilidad, aunque esos estándares científicos procedan de la ficción. *(Mary Margaret Fonow).*

esas palabras, ya sé que se van a infligir los peores y los más horribles castigos que el tirano más siniestro haya inventado jamás para saciar su inconcebible venganza. Ya sé que esto no te va a consolar, mi Justine, a menos que en realidad estés feliz de abandonar un agujero tan asqueroso como este. ¡Dios mío! Querría estar descansando en paz, con mi tía y mi dulce William…, lejos de este mundo que me resulta tan odioso y de los rostros de hombres que aborrezco.

Justine sonrió lánguidamente.

—Esto, querida señorita, es desesperación y no resignación. No debo aprender la lección que usted me está enseñando… Hablemos de otra cosa, de algo que me procure alegría y no aumente mi amargura.

Durante esta conversación, yo me había apartado a una esquina de la celda, donde pude disimular la horrorosa angustia que me atenazaba. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima, que al día siguiente iba a traspasar la terrorífica frontera entre la vida y la muerte, no sentía una agonía tan profunda y amarga como la mía. Los dientes me rechinaban y los apreté con fuerza, dejando escapar un gemido que nació en lo más profundo de mi alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era, se aproximó a mí y dijo:

—Querido señor, es usted muy amable al visitarme; espero que usted no crea que soy culpable.

No pude responder.

—No, Justine —dijo Elizabeth—; él está más convencido de tu inocencia que yo; por eso, ni siquiera cuando supo que habías confesado lo creyó.

—Se lo agradezco de verdad. En estos últimos momentos siento la gratitud más sincera por aquellos que todavía piensan en mí con bondad. ¡Qué dulce es el cariño de los demás para una mujer tan desgraciada como yo! Casi me alivia de la mitad de mis penas; y siento como si pudiera morir en paz, ahora que usted, querida señorita, y su primo, han reconocido mi inocencia. Así intentaba consolarse a sí misma y a los demás aquella pobre desgraciada. Es más, quizá pudiera alcanzar la resignación que anhelaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía que estaba viva en mi pecho la carcoma eterna que no permite ni la esperanza ni el consuelo. Elizabeth también lloraba y era desgraciada; pero la suya era también la tristeza de la inocencia, la cual, como una nube que pasa sobre la pálida luna, durante un instante la oculta, pero no puede matar su brillo. La angustia y la desesperación habían penetrado hasta lo más profundo de mi corazón… Albergaba un infierno en mi interior que nada podía apagar. Nos quedamos varias horas con Justine, y solo a duras penas Elizabeth reunió valor para apartarse de ella.

—¡Ojalá muriera yo contigo! —gritó llorando—. ¡No soporto vivir en este mundo de dolor!

Justine adoptó un aire de alegría, aunque apenas podía contener sus amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth y, con una voz que apenas podía reprimir la emoción, dijo:

—Adiós, querida señorita, mi queridísima Elizabeth; que el cielo en su infinita bondad la bendiga y la proteja. Que sea esta la última desgracia que tenga usted que sufrir; viva y sea feliz, y así haga felices a los demás.

Cuando regresábamos, Elizabeth me dijo:

—No sabes, mi querido Victor, cuánto me ha tranquilizado saber que puedo estar segura de la inocencia de esa desafortunada muchacha. Jamás podría volver a vivir en paz si mi confianza en ella se hubiera visto defraudada. En esos momentos en que pensé que era culpable, sentí una angustia que no hubiera podido soportar durante mucho tiempo. Ahora mi corazón se siente aliviado. La inocente sufre, pero aquella a quien yo consideraba amable y buena no es una malvada, y eso me consuela.

¡Mi dulce prima! Tales eran tus pensamientos, puros y dulces como tus queridos ojos y tu voz. Pero yo… yo era un monstruo, y nadie jamás podría concebir la amargura que estaba soportando entonces.

FIN DEL LIBRO I

LIBRO II

CAPÍTULO I

Cuando la mente ha estado intensamente ocupada en una rápida sucesión de acontecimientos, nada es más doloroso que la mortal calma de apatía y la certidumbre que surge a continuación y que impide que el alma sienta ni esperanza ni temor. Justine murió; descansó; y yo estaba vivo. La sangre corría libremente por mis venas, pero el peso de la desesperación y el remordimiento me aplastaba el corazón y nada podía aliviar ese dolor. El sueño huía de mis ojos. Vagaba como un alma en pena, porque había cometido actos malvados y horribles que ni siquiera se podían contar, y (estaba convencido) aún cometería más, muchos más[91].

91 El complejo de culpa puede ser un poco más complicado de lo que aparenta al principio. Los dos sentidos más comunes de la culpa están presentes en el texto, haciendo que pensemos en la noción en relación tanto con Victor como con la criatura. En primer lugar, la culpa describe a la persona responsable de un acto inmoral, ilegal o ambas cosas. En segundo lugar, describe los sentimientos que surgen después de un acto, sentimientos

Sin embargo, mi corazón rebosaba de cariño y amor a la virtud. Mi vida había comenzado con buenas intenciones y había deseado que llegara el momento en que pudiera ponerlas en práctica y convertirme en una persona útil para mis semejantes. Ahora todo se había derrumbado: en vez de tener la conciencia tranquila, que me permitiera revisar mis actos con orgullo y, a partir de ese punto, albergar promesas de nuevas esperanzas, me veía atrapado por los remordimientos y un fuerte sentimiento de culpa, y me entregaba a un infierno de violentas torturas que ni siquiera pueden describirse[92].

---

que, puede decirse, obsesionan a una persona y potencialmente dan forma a sus acciones futuras. El segundo sentido de culpa lo aborda esclarecedoramente el psicoanálisis, que teoriza que la culpa puede estar presente incluso cuando una persona no atribuye conscientemente sus acciones a los efectos de esta. Para más información sobre este concepto, véase El malestar de la cultura [1930], de Sigmund Freud. Los argumentos de Freud sobre el vínculo inextricable entre la culpa y la cultura presentan un paralelismo fascinante con Frankenstein. En el primer sentido, la culpa también se atribuye a una persona por no hacer lo que cree que se requiere en una situación dada. Por ejemplo, Victor podía considerarse culpable de su incapacidad para hacer pública la existencia de la criatura, sobre todo durante el juicio de Justine. Como Shakespeare hace decir a Claudio en Hamlet: «La fuerza de mi culpa derrota a la de mi deseo» (III.iii.40). Avanzada la novela, Victor realiza una afirmación universal sobre las consecuencias de la culpa: «Ah, sí… es necesario que los desdichados se resignen. Pero para los culpables no hay paz» (ver «De todos modos…»). *(Ramsey Eric Ramsey).*

92 La angustia interior que siente Victor es expresada enfáticamente en estas líneas. El lenguaje tiene limitaciones y Victor cree que no sabe desvelar sus conflictos interiores. Tiene una conciencia atormentada. El agudo sentimiento de culpa y los remordimientos alteran su capacidad para lograr y mantener una conciencia serena, la sensación de hacer lo correcto. No hay

Este estado de ánimo minó mi salud, que se había restablecido por completo desde el primer ataque que había sufrido. No soportaba la presencia de nadie; cualquier gesto de alegría o satisfacción era una tortura para mí. La soledad era mi único consuelo… una soledad profunda, negra, como la muerte.

Mi padre observó con dolor el perceptible cambio que había tenido lugar en mi conducta y mis costumbres, e intentó razonar conmigo sobre la locura que suponía entregarse a un dolor desmesurado.

—¿Crees que yo no sufro, Victor? —dijo—. Nadie puede querer a un muchacho más de lo que yo quería a tu hermano —y las lágrimas anegaron sus ojos mientras hablaba—. Pero ¿no es nuestro deber para con los que siguen vivos intentar contenernos y no aumentar su tristeza mostrando un dolor exagerado? Y también es un deber para contigo mismo; porque la pena excesiva impide mejorar y sentirse alegre, e incluso impide realizar las tareas cotidianas sin las cuales ningún hombre puede vivir en sociedad.

Aquel consejo, aunque era bueno, era de todo punto inútil en mi caso; yo debería haber sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a mis seres queridos… si los remordimientos no hubieran mezclado su amargura con el resto de mis

---

palabras que expresen el infierno ni el tormento por el que está pasando. *(Joel Gereboff).*

emociones. En aquel momento solo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación e intentar apartarme de su vista.

Por aquel entonces nos fuimos a vivir a nuestra casa de Belrive. Este cambio me resultó especialmente agradable. El cierre de las puertas de la ciudad, habitualmente a las diez en punto, y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora convertían nuestra permanencia dentro de los muros de Ginebra en una obligación muy desagradable para mí. Ahora era libre. A menudo, después de que el resto de la familia se hubiera retirado a dormir, yo cogía el bote y pasaba la noche sobre las aguas: algunas veces, con las velas desplegadas, me dejaba arrastrar por el viento; y en otras ocasiones, después de remar hasta el centro del lago, dejaba que el bote siguiera su propio curso y me entregaba a mis dolorosas reflexiones. Muchas veces estuve tentado… cuando todo era paz a mi alrededor y yo era lo único que vagaba desasosegado y sin descanso en una escena tan maravillosa y celestial, si exceptúo a algún murciélago solitario o las ranas, cuyo croar áspero y rítmico se oía solo cuando me aproximaba a las orillas… muchas veces, digo, estuve tentado de arrojarme al lago callado y en calma, para que las aguas me engulleran a mí y a mis calamidades para siempre. Pero me detenía cuando pensaba en la heroica y abnegada Elizabeth, a quien tanto quería, y cuya existencia estaba íntimamente ligada a la mía. Y también pensaba en mi padre y en el hermano que me

quedaba; ¿acaso mi vil deserción no los dejaría abandonados y desprotegidos, a merced de la maldad del monstruo que yo mismo había arrojado entre ellos?[93].

En esos momentos me entregaba al llanto amargamente, y deseaba que la paz volviera a mi mente solo porque así podría intentar consolarlos y procurarles felicidad. Pero no pudo ser: los remordimientos frustraban cualquier esperanza. Yo había sido el responsable de un mal irremediable y vivía con el constante temor de que el monstruo que yo había creado pudiera perpetrar algún nuevo crimen[94]. Tenía el oscuro presentimiento de que

---

93 Victor vuelve a sentirse culpable por no revelar la existencia de la destructiva criatura que ha creado. Pero sigue sin admitir ni reconocer que su trato y su abandono de la misma, y no la propia creación, son los que han causado la destrucción. En este caso, Victor percibe las potenciales repercusiones de su abandono en su familia y los demás, pero sigue ciego a su abandono previo de su propia creación. *(Joel Gereboff).*

94 Los remordimientos que manifiesta Victor recuerdan los sentimientos de J. Robert Oppenheimer cuando presenció el poder inefable de la bomba atómica. Un pasaje del texto hindú del *Bhagavad-Gita* centelleó en su mente: «Me he convertido en la muerte, destructora de mundos». En esa breve frase, Oppenheimer, uno de los arquitectos de la bomba A, reconocía que había desatado una fuerza que podía conducir a la aniquilación de la civilización. También declaró: «Los físicos han conocido el pecado, y ese es un conocimiento que ya no pueden perder» (citado en Bird y Sherwin, 2005, 388). A estas alturas de la novela, la responsabilidad de Victor por su espantoso experimento científico ya ha pasado. Parece que la criatura está fuera de control. Lo único que queda son remordimientos. Oppenheimer, que presenció una prueba de la bomba atómica en Los Álamos en 1945, todavía tuvo una oportunidad de impedir el uso del arma contra seres humanos. Véase también el ensayo de Heather E. Douglas «El amargo regusto de la dulzura técnica» en este volumen. La responsabilidad de los científicos debe

aquello no había acabado y de que aquella criatura aún cometería otro crimen horrendo, el cual, por su enormidad, casi borraría el recuerdo de sus maldades anteriores. En tanto quedara vivo alguien a quien yo pudiera amar, siempre tendría razones para tener miedo. La repugnancia que sentía hacia aquel maldito demonio apenas se puede concebir. Cuando pensaba en él, me rechinaban los dientes, mis ojos se inyectaban en sangre, y deseaba ardientemente destruir aquella vida que tan inconscientemente había creado. Cuando pensaba en sus crímenes y en su perversidad, el odio y la venganza se desataban en mi pecho y superaban todos los límites de lo racional. Habría ido en peregrinación al pico más alto de los Andes si hubiera sabido que podría arrojarlo al vacío desde allí; no deseaba otra cosa sino volver a verlo: así podría descargar todo mi inmenso odio sobre su cabeza y vengar las muertes de William y Justine.

---

estar presente antes de que sus creaciones se consumen; de otro modo, las consecuencias son imparables. Los científicos con una marcada conciencia moral se saben obligados a advertir a sus estudiantes, a sus colegas y a la gente en general sobre los usos perversos de los resultados científicos. Interrumpirían y abandonarían una investigación científica que no tuviera más valor positivo que la destrucción o una perniciosa deshumanización. La angustia de Victor es una advertencia para aquellos científicos que aparcan la cualidad moral de su trabajo situándolo bajo la bandera de la investigación pura, sean cuales sean sus resultados. Tanto si se trata de clonar un ser humano, crear una nueva arma biológica, liberar una especie transgénica o diseñar genomas humanos, esos fines reclaman actos y reconocimientos de la responsabilidad social. (Sheldon Krimsky).

Nuestra casa era la casa de la tristeza. La salud de mi padre se vio profundamente afectada por el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth estaba triste y abatida; ya no encontraba ningún placer en sus actividades cotidianas; y cualquier alegría le resultaba sacrílega para con los muertos; pensaba que la pena eterna y las lágrimas eran el justo homenaje que tenía que rendir por la inocencia que se había destruido y aniquilado de aquel modo. Ya no era la criatura feliz que en su primera juventud había vagado conmigo por las orillas del lago y hablaba con alegría de nuestras perspectivas futuras. Ahora se había convertido en una mujer seria y a menudo hablaba de la volubilidad de la fortuna y de la inestabilidad de la vida humana[95].

—Mi querido primo —me decía—, cuando pienso en la miserable muerte de Justine Moritz, me resulta imposible ver este mundo y todo lo que hay en él del mismo modo que antes. Antes consideraba las historias sobre el vicio y la injusticia que leía en los libros o que escuchaba a otros como cuentos de viejas o como males imaginarios; al menos, me parecían muy lejanos y más relacionados con la razón que con la imaginación; pero ahora la calamidad ha llegado a

95 Tras la muerte de Justine Moritz, Elizabeth se enfrenta con la imprevisibilidad y la fugacidad de la vida, es decir, con la conciencia de que esta no para de cambiar y avanzar incluso cuando su trayectoria es una que nosotros no elegimos. A diferencia de Victor, que al menos inicialmente pensaba en nociones como suerte y destino, Elizabeth no puede evitar que el mundo le parezca injusto y caprichoso (véase la nota 11 sobre el existencialismo, p. 136 de este libro).*(Nicole Piemonte).*

nuestra casa y todos los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre de los demás. Pero estoy siendo injusta, desde luego. Todo el mundo creía que esa pobre muchacha era culpable; y si ella hubiera cometido el crimen por el que fue condenada, con toda seguridad habría que considerarla como la más depravada de todas las criaturas humanas. Solo por una pequeña joya… haber asesinado al hijo de su benefactor y amigo, ¡un niño a quien ella misma había cuidado desde que nació y al que parecía querer como si hubiera sido su propio hijo…! No puedo admitir jamás la ejecución de ningún ser humano, pero con toda seguridad habría pensado que un ser así no era digno de pertenecer a la sociedad. Sin embargo, era inocente[96]. Lo sé, siento que era inocente. Tú eres de la misma opinión y eso me lo confirma. ¡Por Dios, Victor…! Si la mentira se parece tanto a la verdad, ¿quién puede estar seguro de alcanzar la felicidad?[97]. Siento como si estuviera caminando por el

96 Los filósofos han debatido sobre la naturaleza de la verdad a lo largo de toda la historia humana. Las decisiones difíciles sobre la verdad o el engaño se toman a menudo encontrando un conjunto de hechos que respalden una creencia preexistente. En el sistema judicial, el acusado puede ser sentenciado basándose en pruebas circunstanciales que más tarde resultan ser o bien manifiestamente falsas o dudosas o estar llenas de lagunas (el Innocence Project es una organización sin ánimo de lucro que se dedica a anular condenas en casos así). La suerte de Justine se decide por ese tipo de pruebas. En las iniciativas científicas, determinar qué es verdad a partir de los resultados de la investigación requiere asimismo garantizar que cualquier análisis sea independiente de las inclinaciones personales. *(Mary Drago).*

97 Mary presupone una relación directa entre conocer la verdad y ser feliz, aunque muchas otras obras de ciencia ficción apunten en sentido contrario. *Matrix* (Lana Wachowski y Lilly Wachowski, 1999) planteó a una

borde de un precipicio hacia el cual avanzan miles de personas que intentan arrojarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el asesino escapa; anda libre por el mundo y quizá sea respetado. Pero aunque me condenaran a morir en el cadalso por esos mismos crímenes, no me cambiaría jamás por semejante monstruo[98].

Escuché sus palabras con una angustia indescriptible. Yo era, no física pero sí efectivamente, el verdadero asesino. Elizabeth leyó la angustia en mi rostro y, cogiéndome cariñosamente la mano, dijo:

—Mi queridísimo primo, tienes que tranquilizarte; esos acontecimientos me han afectado… ¡Dios sabe cuán profundamente! Pero no estoy tan destrozada como tú… Hay en tu rostro una expresión de dolor, y a veces de venganza, que me hace temblar. Cálmate, mi querido Victor;

---

generación de aficionados al cine una elección entre verdades incómodas y una dichosa ignorancia: «Si tomas la pastilla azul, fin de la historia. Despertarás en tu cama y creerás lo que quieras creerte. Si tomas la pastilla roja, te quedarás en el País de las Maravillas, y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera de conejos». Una lectura del comportamiento de Victor es su desesperada tentativa de aferrarse a algo parecido a la felicidad ante una verdad crecientemente peligrosa. *(Ed Finn).*

98 Este fragmento irónico habla de que la realidad que parece ser verdad o que la gente toma como tal es a menudo falsa. Elizabeth reconoce y manifiesta a Victor su convicción en la inocencia de Justine y la injusticia que se ha cometido. Pero la mayor mentira es de hecho que Victor no cuente la verdad sobre la criatura, el asesino. La sociedad puede mantener su equilibrio moral y emocional en tanto alguien «pague por un crimen», aunque esa persona sea inocente.*(Joel Gereboff).*

daría mi vida por que estuvieras tranquilo. Verás como volveremos a ser felices: viviendo apaciblemente en nuestro país natal y apartados del mundo, ¿qué podría perturbar nuestra tranquilidad?

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras me lo decía, desmintiendo la misma felicidad que me prometía; pero al mismo tiempo sonreía de tal modo que podía apartar los demonios que se escondían en mi corazón. Mi padre, que vio en la tristeza que se reflejaba en mi cara solo una exageración de la pena que debía sentir naturalmente, pensó que un entretenimiento adecuado a mis gustos sería el mejor medio para que recuperara la serenidad acostumbrada. Fue por este motivo por el que nos habíamos trasladado al campo; y, animado por la misma razón, ahora propuso que podíamos hacer un viaje al valle de Chamonix. Yo ya había estado allí, pero Elizabeth y Ernest nunca lo habían visitado, y ambos habían expresado muy a menudo su deseo de ver los paisajes de aquel lugar, del que todo el mundo hablaba como un escenario maravilloso y sublime. Así pues, a mediados del mes de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine, partimos de Ginebra dispuestos a realizar ese viaje.

El tiempo era maravilloso; y si mi pena hubiera sido de esas que se pueden ahuyentar con cualquier entretenimiento pasajero, aquel viaje habría tenido ciertamente el efecto que mi padre pretendía. En todo caso, el paisaje me llegó a cautivar: a veces me apaciguaba, aunque no podía mitigar

del todo mi dolor. El primer día viajamos en un carruaje. Por la mañana habíamos visto en la distancia las montañas hacia las que nos dirigíamos poco a poco. Nos dimos cuenta de que el valle por el que transitábamos, y que estaba formado por el Arve, cuyo curso seguíamos, se cerraba sobre nosotros gradualmente; y cuando el sol se puso, vimos las inmensas montañas y precipicios descolgándose sobre nosotros por todas partes y oímos el estruendo del río rugiendo entre las rocas y las cascadas precipitándose alrededor.

Al día siguiente proseguimos nuestro viaje en mulas, y a medida que ascendíamos más y más, el valle adquiría un aspecto más bello y frondoso. Los castillos en ruinas colgando de los precipicios en montañas pobladas de pinos, el Arve impetuoso y las pequeñas granjas asomándose aquí y allá entre los árboles formaban una escena de singular belleza. Pero aún lo fue más, y se acercó a lo sublime, cuando vimos los poderosos Alpes, cuyas blancas y brillantes pirámides y cúpulas se elevaban sobre todo, como si pertenecieran a otro mundo, como si fueran la morada de otra raza de seres.

Cruzamos el puente de Pelissier, donde la quebrada que forma el río se abría ante nosotros, y comenzamos a ascender la montaña que se elevaba sobre él. Poco después entramos en el valle de Chamonix. Este valle es desde luego maravilloso y sublime, pero no tan hermoso y pintoresco como el de Servox, que era el que acabábamos de dejar

atrás. Está rodeado de montañas altas y nevadas, pero ya no vimos más castillos en ruinas ni tierras fértiles. Los inmensos glaciares se acercaban casi al camino; oímos el atronador retumbar de avalanchas que se desprendían y advertimos la huella de neblina que dejaban a su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico Mont Blanc, se elevaba sobre las *aiguilles* que lo rodeaban, y su imponente *cúpula* dominaba el valle.

Durante aquel viaje, en ocasiones avancé junto a Elizabeth y me esforcé en señalarle las distintas maravillas del paisaje. Y a menudo forzaba a mi mula a quedarse atrás para poder entregarme a las penas de mis pensamientos. En otras ocasiones espoleaba al animal para que adelantara a mis compañeros de viaje, para poder olvidarme de ellos, del mundo y, sobre todo, de mí mismo. Cuando me encontraba a cierta distancia, me bajaba y me tiraba en la hierba, apesadumbrado por el horror y la desesperación. A las ocho de la tarde llegamos a Chamonix. Mi padre y Elizabeth estaban muy cansados. Ernest, que nos acompañaba, estaba encantado y muy animado: la única circunstancia que le molestaba era el viento del sur y la lluvia que ese viento prometía para el día siguiente.

Nos retiramos pronto a nuestros aposentos, pero no para dormir: al menos, yo no. Permanecí durante muchas horas asomado a la ventana, observando los tenues resplandores que jugaban sobre el Mont Blanc… y escuchando el rumor del Arve, que corría bajo mi ventana.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, contrariamente a los pronósticos de nuestros guías, hizo muy bueno, aunque el cielo estaba nublado. Visitamos las fuentes del Arveiron y paseamos a caballo por el valle hasta la tarde. Aquellos paisajes sublimes y magníficos me proporcionaban todo el consuelo que estaba en mi mano recibir. Me elevaban por encima de la mezquindad; y aunque no podían disipar mi dolor, lo mitigaban y lo acallaban[99]. En alguna medida, también,

99 La idea de que la exposición a la naturaleza (o al «paisaje») produce beneficios espirituales y psicológicos únicos era una noción común en los círculos artísticos y literarios románticos del siglo XIX. Ralph Waldo Emerson (1803-1882) y Henry David Thoreau (1817-1862), ambos miembros de la tradición del romanticismo norteamericano conocida como trascendentalismo, cantaron en sus textos el valor de una vida vivida cerca de la naturaleza, sobre todo su saludable efecto sobre la imaginación moral y poética. Esta noción romántica de la naturaleza como «bálsamo» también influiría en el surgimiento del movimiento a favor de la creación de parques urbanos, en especial a través del trabajo del arquitecto paisajista Frederick

apartaban mi mente de los pensamientos en los que había estado sumida durante el último mes. Regresaba al atardecer, agotado pero menos desdichado, y conversaba con mi familia con más alegría de la acostumbrada en los últimos tiempos. Mi padre estaba contento, y Elizabeth, encantadísima.

—Mi querido primo —decía—, ¿ves cuánta felicidad nos traes cuando eres feliz? ¡No recaigas de nuevo!

A la mañana siguiente llovía torrencialmente y unas nieblas densas ocultaban las cimas de las montañas. Me levanté muy temprano y me sentí afectado por una rara melancolía. La lluvia me deprimía, los viejos temores

---

Law Olmsted (1822-1903) a mediados del siglo XIX. El proyecto de Olmsted para el Central Park de Manhattan, por ejemplo, se basaba en la idea de que la contemplación de un paisaje natural tenía un efecto terapéutico sobre los habitantes de la ciudad. (Estas ideas perviven hoy en día en el concepto de «biofilia», la noción de que los humanos tienen una predisposición genética a amar la naturaleza y necesitan un contacto regular con ella para estar bien). La concepción romántica del valor del paisaje natural se vinculaba a un par de categorías estéticas distintas: lo «sublime», que se refería a los sentimientos de asombro e incluso temor ante la fuerza y lo indómito de la naturaleza, y lo «pintoresco», que describía la reacción contemplativa ante un paisaje natural más ordenado y a escala humana (por ejemplo, el diseño de jardín que da forma al proyecto de Olmsted del Central Park). La noción de lo sublime desempeñaría un papel importante en la valoración de la naturaleza salvaje norteamericana (y, con el tiempo, en su protección) a lo largo de los siglos XIX y XX, impulsando la obra y el trabajo de una diversa comunidad de artistas, escritores y abogados, entre ellos Albert Bierstadt (1830-1902), John Muir (1838-1914), Ansel Adams (1902-1984) y David Brower (1912-2000). *(Ben Minteer).*

volvieron a mi corazón, y me encontraba abatido. Sabía cuánto le desagradaría a mi padre este cambio repentino, y preferí evitarlo hasta que me recuperara lo suficiente, al menos como para poder ocultar los sentimientos que me apesadumbraban. Supe que ellos se quedarían todo el día en la posada; y, como yo estaba muy acostumbrado a la lluvia y al frío, decidí subir el Montanvert solo. Recordaba la impresión que había causado en mi espíritu, cuando estuve allí por primera vez, la visión del gigantesco glaciar siempre en movimiento. En aquella ocasión me había embargado un éxtasis sublime que daba alas al alma y le permitía remontarse desde este oscuro mundo hasta la luz y la alegría. La contemplación de lo terrible y lo majestuoso en la naturaleza siempre ha tenido en realidad la capacidad de ennoblecer mi espíritu y de hacerme olvidar las preocupaciones pasajeras de la vida. Decidí ir solo porque conocía bien el camino, y la presencia de otra persona arruinaría la solitaria grandeza del paisaje.

El ascenso es muy pronunciado, pero el camino se recorta en constantes revueltas que permiten ascender esas montañas casi verticales. Es un paisaje aterradoramente desolado. En mil lugares se aprecian los restos de los aludes invernales, donde los árboles yacen en tierra, quebrados y astillados: algunos, completamente destrozados; otros, inclinados y apoyados en los salientes rocosos de la montaña o derribados de través contra otros árboles. Cuando uno alcanza cierta altura, el camino se cruza con barranqueras

cubiertas de nieve, desde donde suelen desprenderse continuamente piedras que caen rodando; una de esas quebradas es particularmente peligrosa, porque el más leve sonido, incluso como el de hablar en voz alta, produce una vibración en el aire lo suficientemente violenta como para desatar la destrucción sobre la persona que se atrevió a hablar. Los abetos aquí no son ni altos ni frondosos, sino sombríos, y añaden un aire de severidad al paisaje. Miré abajo, al valle; imponentes nieblas se estaban elevando desde el río que lo atravesaba, y se iban alzando en densas volutas en torno a las montañas del otro lado, cuyas cimas aparecían ocultas por plúmbeas nubes, mientras que la lluvia se precipitaba desde aquellos cielos oscuros y se añadía a la melancólica sensación que tenía de todo lo que me rodeaba. ¡Dios mío…! ¿Por qué presume el hombre de tener más sensibilidad que las bestias? Eso solo los convierte en seres más desvalidos. Si nuestros impulsos se redujeran al hambre, la sed y el deseo, casi podríamos ser libres; pero nos vemos zarandeados por todos los vientos y por cada palabra pronunciada casi al azar o por cada paisaje.

Dormimos, y un sueño es capaz de envenenar nuestro descanso.
Nos levantamos, y un pensamiento pasajero nos amarga el día.
Sentimos, imaginamos o razonamos; reímos, o lloramos,
abrazamos pesares amados, o apartamos nuestras

cuitas;
no importa; porque sea alegría o pena,
el camino de su partida siempre está abierto.
El ayer del hombre jamás puede ser como su mañana;
¡nada puede durar, salvo la mutabilidad![100].

Ya era mediodía cuando llegué a la cumbre. Durante algún tiempo estuve sentado en la roca desde la que se dominaba el mar de hielo. La niebla envolvía aquel lugar y las montañas circundantes. De repente, una brisa disipó la niebla y yo descendí al glaciar. La superficie es muy quebrada, y se eleva como las olas de un mar enfurecido, o desciende mucho, y por todas partes se abren profundas grietas. Esa extensión de hielo tiene apenas cinco kilómetros de anchura, pero tardé casi dos horas en cruzarla. La montaña que hay al otro lado es una roca desnuda y perpendicular. Desde esa parte

---

100 Elizabeth intenta consolar a Victor con la idea de volver a vivir juntos en Ginebra, inmutables y a salvo en su paz y dicha. Mary toma prestado un verso de su marido, Percy, para recordarnos que se trata de una tentativa inútil. La nostalgia de un pasado que ha sido perfecto y tranquilo es fruto de un olvido obstinado. En primer lugar, debemos olvidar todos aquellos elementos del pasado que no eran tranquilos ni perfectos. Nuestro recuerdo del pasado está corregido para que nos parezca preferible a las incertidumbres del presente y el futuro. En segundo lugar, debemos obligarnos a olvidar que formamos parte de un sistema regido por el cambio en una dirección lineal clara. El largo arco de la historia se comba hacia el cambio, y no es posible salir del mundo de la ciencia y la tecnología que ya hemos introducido y así retornar al mundo de un estado pacífico pero primigenio. Por tanto, les corresponde a científicos e ingenieros reflexionar sobre cómo se encarna su trabajo en el mundo y cómo el mundo cambia en consecuencia. *(Sean A. Hays).*

en la que ahora me encontraba, veía Montanvert exactamente enfrente, a una legua de distancia, y sobre él se elevaba el Mont Blanc con su terrible majestuosidad. Me quedé en una oquedad de la roca, observando aquel maravilloso e imponente paisaje. El mar o, más bien, el inmenso río de hielo, serpenteaba entre las montañas que lo abastecían, cuyas aéreas cumbres se elevaban sobre los abismos. Aquellas cimas heladas y deslumbrantes brillaban al sol, por encima de las nubes. Mi corazón, antes apenado, ahora se henchía con un sentimiento parecido a la alegría. Y exclamé:

—¡Espíritus errantes, si es verdad que vagáis y no encontráis descanso en vuestras angostas moradas, concededme esta leve felicidad o llevadme con vosotros y alejadme de las alegrías de la vida!

Apenas dije aquellas palabras, de repente descubrí la figura de un hombre a cierta distancia, avanzando hacia mí a una velocidad sobrehumana. Saltaba por encima de las grietas de hielo, entre las cuales yo había avanzado con tanta precaución; su estatura también, a medida que se aproximaba, parecía exceder con mucho a la de un hombre común. Tuve miedo… una niebla veló mis ojos, y sentí que la debilidad se apoderaba de mí, pero el viento gélido de las montañas rápidamente me reanimó. Me di cuenta, a medida que aquella figura se acercaba más y más (¡visión espantosa y aborrecida!), de que era el engendro que yo había creado. Temblé de rabia y horror. Decidí esperar que se aproximara

y, entonces, enfrentarme a él en un combate mortal. Se iba acercando y su rostro delataba una amarga angustia mezclada con desdén y malignidad. Pero apenas pude darme cuenta de eso; la furia y el odio me habían privado por completo de todo razonamiento, y solo me recobré para lanzarle los insultos más furiosos de odio y de desprecio.

—¡Demonio! —exclamé—. ¿Te atreves a acercarte a mí? ¿Es que no temes que la furiosa venganza de mi brazo caiga sobre tu despreciable cabeza? ¡Apártate, alimaña miserable! ¡O mejor… quédate ahí para que pueda arrastrarte por el lodo…! ¡Y… oh, ojalá pudiera, acabando con tu miserable existencia, devolverles la vida a víctimas a las que asesinaste diabólicamente!

—Esperaba este recibimiento —dijo el demonio—. Todo el mundo odia a los desgraciados… ¡Así que cuánto me odiarán a mí, que soy el más desdichado de todos los seres vivos! Pero vos, mi creador, me odiáis y me rechazáis, a vuestra criatura, a quien estáis ligado por lazos que solo se romperán con la muerte de uno de los dos. Os proponéis matarme… ¿Cómo os atrevéis a jugar así con la vida? ¡Cumplid con vuestro deber para conmigo, y yo cumpliré con vos y con el resto de la humanidad! Si aceptáis mis condiciones, os dejaré en paz, a ellos y a vos; pero si os negáis, alimentaré las fauces de la muerte hasta que se sacie incluso con vuestros seres más queridos.

—¡Monstruo abominable…! —grité furiosamente—. ¡Eres solo un demonio, y las torturas del infierno serían castigo demasiado dulce para los crímenes que has cometido! ¡Maldito demonio! ¡Y me reprochas tu creación! ¡Ven, para que pueda apagar la llama que encendí de un modo tan imprudente!

Mi furia estaba desatada. Salté sobre él, impelido por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.

Él me esquivó fácilmente y dijo:

—¡Calmaos! Os suplico que me escuchéis, antes de que descarguéis vuestro odio sobre mi desventurada cabeza. ¿Acaso no he sufrido ya bastante, que aún deseáis aumentar mi desdicha? Amo la vida, aunque solo sea para mí una sucesión de angustias, y defenderé la mía[101]. Recordad que

---

101 Aunque esta obra se adelanta en mucho a escritores existencialistas como Albert Camus (1913-1960) y Jean-Paul Sartre (1905-1980), la narración de Mary aborda muchos de los mismos temas, entre ellos sentimientos de angustia y sin sentido, sobre todo ante el sufrimiento y la finitud humanas. De un modo muy similar a los existencialistas, que reconocían el absurdo de intentar dar sentido a la vida en un mundo sin dios, la creación de Victor vive una vida angustiada y aislada, y no tiene ningún creador a quien recurrir en busca de respuestas o consuelo. Y aún así, la creación sigue «amando» la vida y opta por «defenderla», pese a esta infinita desdicha, un extremo que, un siglo más tarde, encuentra su eco en los existencialistas, que subrayaban el absurdo y la belleza al optar por continuar viviendo ante el sufrimiento. La mera existencia, en este sentido, se convierte en una forma de resistencia o de rebelión contra el sinsentido y nuestra

me habéis hecho más poderoso que vos mismo: soy más alto que vos; mis miembros, más ágiles. Pero no me dejaré arrastrar por la tentación de enfrentarme a vos. Soy vuestra criatura, y siempre seré fiel y sumiso ante vos, mi señor natural y mi rey, si vos cumplís también con vuestra parte, porque eso me lo debéis. ¡Oh, Frankenstein…! ¡No seáis justo con todos los demás, y me aplastéis solo a mí, a quien más debéis vuestra clemencia, vuestro cariño. Recordad que soy vuestra creación… *yo* debería ser vuestro Adán… pero, bien al contrario, soy un ángel caído, a quien privaste de la felicidad sin tener ninguna culpa; por todas partes veo bendiciones de las que solo yo estoy irremediablemente excluido. Yo era afectuoso y bueno: la desdicha me convirtió en un malvado. ¡Hacedme feliz y volveré a ser bueno!

—¡Apártate…! No quiero escucharte. No puede haber nada entre tú y yo: somos enemigos. ¡Apártate de mí… o midamos nuestras fuerzas en una lucha en la que uno de los dos deba morir!

—¿Cómo puedo conseguir que os apiadéis de mí? ¿No habrá súplicas que consigan que volváis vuestra benevolente mirada hacia la criatura que implora vuestra bondad y compasión…? Creedme, Frankenstein: yo era bueno… mi alma rebosaba de amor y humanidad; pero… ¿no estoy solo… miserablemente solo? Y vos, mi creador, me

---

imparable trayectoria hacia la muerte. Para más información sobre el existencialismo, véase Aho, 2014. *(Nicole Piemonte)*.

aborrecéis. ¿Qué esperanza puedo albergar respecto a vuestros semejantes, que no me deben nada? Me desprecian y me odian. La montañas desoladas y los lúgubres glaciares son mi refugio. He vagado por estos lugares durante muchos días. Las grutas de hielo, a las que solo yo no temo, son mi hogar y el único lugar al que los hombres no desean venir. Bendigo estos espacios tenebrosos porque son más amables conmigo que vuestros semejantes. Si la humanidad entera supiera de mi existencia, haría lo mismo que vos, cogería las armas para conseguir mi completa aniquilación. Entonces… ¿por qué no voy a odiar yo a aquellos que me aborrecen? No habrá tregua con mis enemigos. Soy desgraciado, y ellos compartirán mi desdicha[102]. Pero en vuestra mano está recompensarme y

---

102 Aquí vemos un ejemplo clásico de construcción del «otro». La criatura, un marginado de la sociedad humana, le ruega a Victor que escuche su historia y vea las cosas desde su perspectiva, la perspectiva del otro. Lo que pide, en esencia, es que se la reconozca como humana. Con todo, previendo el rechazo, la criatura también declara su odio hacia los humanos, precisamente quienes pueden concederle ese reconocimiento. Esta profunda ambivalencia está, en cierto sentido, en el núcleo de la otredad. El otro, según han argumentado los críticos —de Franz Fanon a Gayatri Spivak—, tiene una escisión en su interior, una herida en el corazón de su identidad. Sabe quién es, pero en los ojos de sus colegas humanos solo ve reflejado el monstruo que ellos imaginan que es. En esta escena también es importante tener en cuenta que la perspectiva de la criatura la ofrece el propio Victor. Como lectores, no podemos conocer de verdad a la criatura, ni sabremos nunca lo que de hecho dice. Solo contamos con la versión de Walton de la versión de Victor del relato de la criatura. Es posible que Victor simplemente quiera que creamos que la criatura odia a la humanidad y por eso ha decidido incluir solo las afirmaciones más aterradoras y vengativas que hace su creación. Bien mirado, eso es justamente lo que significa construir al otro.

librar a todos los demás de un mal que solo depende de vos, y que no os engullirá en los torbellinos de su furia solo a vos y a vuestra familia, sino a muchísimos otros más. Permitid que se conmueva vuestra compasión y vuestra justicia, y no me despreciéis. ¡Escuchad mi historia! Cuando la hayáis oído, abandonadme o apiadaos de mí, de acuerdo con lo que consideréis que merezco. Pero escuchadme… Las leyes humanas permiten a los reos, no importa lo sanguinarios que sean, hablar en su propia defensa antes de ser condenados. Escuchadme, Frankenstein… Me acusáis de asesinato, y sin embargo destruiríais gustosamente vuestra propia criatura. ¡Oh, gloria a la eterna justicia del hombre![103]. Pero no os pido que me perdonéis;

La verdad de la experiencia del otro queda fuera de nuestro alcance porque solo accedemos a ella a través de representaciones creadas por una sociedad que ha rechazado a ese otro. *(Annalee Newitz).*

103 El concepto de asesinato funciona como prueba decisiva aquí y a lo largo de toda la novela. Por un lado, si se ve a la creación de Victor como persona, entonces este admite el asesinato dado que pretende destruir a su creación. De hecho, sería muy difícil establecer una distinción moral entre Victor y la criatura si ese fuera el caso. Por otro lado, si la criatura no es más que una bestia, un objeto del que se tiene la propiedad, o un demonio (como Victor la llama con frecuencia), entonces no es posible cometer asesinato pues no es una persona. Durante el período de la esclavitud, esta cuestión se planteó en varias ocasiones. ¿Podía perseguirse a un propietario por asesinar algo de su propiedad? La cuestión estaba muy politizada porque acusar a un propietario de asesinar a un esclavo sería reconocer la humanidad del esclavo y por tanto poner en cuestión la institución del esclavismo por entero. Sin embargo, incluso si la criatura del relato de Mary no es humana, su destrucción puede tener implicaciones morales por otras razones, pero Victor no sería culpable de asesinato, y la criatura habría cometido un crimen del que el propio Victor no era responsable. Mary parece haberse anticipado en

escuchadme y luego, si podéis y así lo deseáis, destruid la obra que nació de vuestras propias manos.

—¿Por qué me traes a la memoria hechos cuyo simple recuerdo me hace estremecer y de los cuales solo yo soy la triste causa y razón? ¡Maldito sea el día en que viste la luz, demonio aborrecible! ¡Y aunque me maldiga a mí mismo, malditas sean las manos que te crearon! ¡Me has hecho más desgraciado de lo que nadie puede imaginar! ¡No me has dejado la posibilidad de considerar si soy justo contigo o no! ¡Apártate! ¡Aparta de mi vista tu detestable figura!

—Lo haré, creador —dijo, y puso delante de mis ojos sus espantosas manos, y yo las aparté con violencia—, así apartaré de vuestra vista a aquel a quien aborrecéis, pero podéis seguir escuchándome y concederme vuestra compasión. Por las virtudes que tuve una vez, os lo ruego: escuchad mi historia. Es larga y extraña, y la temperatura de este lugar no es adecuada para vuestra delicada sensibilidad; venid a la cabaña de las montañas. El sol aún está alto en el cielo; antes de que caiga y se oculte tras aquellas montañas e ilumine otro mundo, habréis escuchado mi historia y podréis decidir. De vos depende si he de apartarme para siempre de los lugares que ocupan los hombres y he de llevar una vida tranquila, sin hacer daño a nadie, o he de

---

dos siglos a una de las preocupaciones éticas centrales de la robótica y la inteligencia artificial. ¿Hasta qué punto tiene que ser compleja una inteligencia artificial para que pueda asesinársela? Y, si puede ser asesinada, ¿tenemos acaso que plantearnos la cuestión de su esclavitud? *(Sean A. Hays).*

convertirme en el azote de vuestros semejantes y en la causa de vuestra ruina inmediata.

Y diciendo aquello, emprendió la marcha por el hielo. Lo seguí. Tenía el corazón destrozado y no le respondí; pero mientras avanzaba, sopesé los distintos argumentos que había utilizado, y al fin decidí escuchar su historia. En parte me vi empujado por la curiosidad, y la compasión terminó de inclinarme a ello. Hasta entonces solo lo consideraba el asesino de mi hermano y deseaba con ansiedad que me confirmara o me negara aquella idea. Por vez primera también, sentí que un creador tenía deberes para con su criatura, y que antes de quejarme por su maldad debía conseguir que fuera feliz. Esos motivos me forzaron a aceptar su ruego. Cruzamos los hielos, pues, y ascendimos por las montañas que había al otro lado. El aire era frío, y la lluvia comenzaba a caer de nuevo. Entramos en la cabaña… el monstruo con aire de satisfacción, yo con el corazón oprimido y con los ánimos abatidos. Pero había decidido escucharle; y, sentándome junto al fuego que aquella odiosa compañía tenía encendido, comenzó a contarme así su historia.

CAPÍTULO III

Solo con mucha dificultad recuerdo los primeros instantes de mi existencia: todos los acontecimientos de aquel período se me aparecen confusos e indefinidos. Un extraño caos de sensaciones me embargaba, y veía, sentía, oía y olía al mismo tiempo, y eso ocurría incluso mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir cómo funcionaban mis distintos sentidos[104]. Recuerdo que, poco a poco, una luz

104 Aunque existen centros de procesado diferenciados en el cerebro para los diversos sentidos, la pauta que sigue cada uno de esos centros para procesar la información es similar. Por ejemplo, la corteza somatosensorial es el área del cerebro donde se procesa el tacto. Ahí, diferentes grupos de neuronas corresponden al tacto en diferentes partes del cuerpo. De manera semejante, en la corteza auditiva hay distintas zonas que procesan distintas frecuencias de sonido. Todos estos sistemas funcionan para darnos una comprensión general de todas nuestras experiencias sensoriales. En el momento de su creación, la criatura se ve asaltada por una sobrecarga sensorial. Al principio se esfuerza por distinguir entre todas esas nuevas sensaciones, pero, con el tiempo, su cerebro aprende a procesar todo en

cada vez más fuerte se apoderó de mis nervios de tal modo que me obligó a cerrar los ojos. Luego la oscuridad me envolvió y me angustió. Pero apenas había sentido esto cuando, abriendo los ojos (o eso creo), la luz se derramó sobre mí de nuevo. Caminé, creo, y descendí hacia algún lugar; pero de repente descubrí un gran cambio en mis sensaciones. Antes estaba rodeado de cuerpos oscuros y opacos, inaccesibles a mi tacto o a mi vista; y ahora descubría que podía caminar libremente, y que no había obstáculos que no pudiera superar o evitar. La luz se hizo cada vez más opresiva y como el calor me agotaba cuando caminaba, busqué un lugar donde pudiera haber sombra. Fue en el bosque que hay cerca de Ingolstadt; y allí, junto a un arroyo, me tumbé durante unas horas y descansé, hasta que sentí las punzadas del hambre y la sed. Esto me obligó a levantarme y abandonar mi sueño, y comí algunos frutos del bosque que encontré colgando de los árboles o tirados por el suelo. Sacié mi sed en el arroyo; y luego, volviéndome a tumbar, me embargó el sueño.

Ya era de noche cuando me desperté; también sentí frío, y se puede decir que instintivamente casi me asusté al descubrirme completamente solo. Antes de abandonar tus aposentos, como tuve sensación de frío, me había cubierto con algunas ropas; pero eran insuficientes para protegerme de los rocíos de la noche. Era un pobre desgraciado,

---

conjunto para darle una imagen coherente del mundo que la rodea. *(Stephanie Naufel)*

indefenso y miserable. Ni sabía ni podía comprender nada; pero sintiendo que el dolor invadía todo el cuerpo, me senté y lloré.

Poco después, una suave luz fue cubriendo los cielos poco a poco y tuve una sensación de placer. Me levanté y observé una brillante esfera que se elevaba entre los árboles. La miré maravillado. Se movía lentamente; pero iluminaba mi camino, y de nuevo fui a buscar frutos. Todavía estaba aterido cuando, bajo uno de los árboles, encontré una enorme capa con la cual me cubrí, y me senté en la tierra. No había ideas claras en mi mente; todo me resultaba confuso. Sentía la luz, el hambre, la sed y la oscuridad; innumerables sonidos tintineaban en mis oídos, y por todas partes me llegaban distintos olores; lo único que podía distinguir era la luna brillante, y clavé mis ojos en ella con placer.

Transcurrieron varios días y noches, y la esfera de la noche ya había menguado mucho cuando comencé a distinguir unas sensaciones de otras. Poco a poco empecé a discernir con facilidad el arroyo claro que me proporcionaba el agua y los árboles que me cubrían con su follaje. Me encantó descubrir por vez primera aquel sonido tan agradable que con frecuencia halagaba mis oídos, y que procedía de las gargantas de pequeños animales alados que a menudo la luz de mis ojos descubría. También comencé a ver con más precisión las formas que me rodeaban y a comprender los tiempos de luz que había en el cielo. A veces intentaba imitar

las agradables canciones de los pájaros, pero me resultaba imposible. A veces deseaba expresar mis sensaciones a mi modo, pero los sonidos desagradables e incomprensibles que salieron de mi garganta me aterrorizaron y me devolvieron de nuevo al silencio.

La luna había desaparecido de la noche, pero días después se volvió a mostrar de nuevo con una forma más pequeña mientras yo aún vivía en el bosque. Para entonces mis sensaciones habían adquirido ya bastante claridad y mi mente todos los días concebía nuevas ideas. Mis ojos empezaron a acostumbrarse a la luz y a percibir los objetos con sus formas precisas: ya distinguía a los insectos de las plantas y, poco a poco, unas plantas de otras. Descubrí que los gorriones apenas cantaban, salvo unas notas toscas, mientras que las de los mirlos eran dulces y encantadoras.

Un día, estando aterido de frío, encontré un fuego que habían abandonado algunos mendigos vagabundos y me embargó un gran placer cuando sentí su calor. En mi alegría, alargué mi mano hacia las brasas vivas, pero rápidamente la aparté con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que la misma causa produjera al mismo tiempo efectos tan contrarios![105]. Estudié con detenimiento la composición

105 Las emociones de conmoción y sorpresa reflejan un incumplimiento de las expectativas. Cuando se experimenta una conmoción o una sorpresa, la fisiología hace que uno se prepare para comprender la situación con más detalle. Se contiene la respiración, se abren los ojos de par en par y se amplía el centro de atención para ver qué puede haber causado ese incumplimiento

del fuego y, para mi alegría, descubrí que salía de la madera. Rápidamente recogí algunas ramas, pero estaban húmedas y no prendieron. Me quedé triste por esto y volví a sentarme para ver cómo funcionaba el fuego. Pero la madera húmeda que había dejado cerca se fue secando y luego empezó a arder. Pensé en aquello; y tocando las distintas ramas, descubrí la causa y me ocupé de recoger una gran cantidad de madera que yo podría secar y así tendría mucha reserva de fuego. Cuando vino la noche y con ella llegó el sueño, tuve mucho miedo de que mi fuego pudiera apagarse. Lo cubrí cuidadosamente con madera seca y hojas, y luego puse más ramas húmedas; y luego, extendiendo en el suelo mi capa, me tumbé y caí dormido.

Por la mañana me desperté, y mi primera preocupación fue ver cómo estaba el fuego. Lo descubrí y una leve brisa lo avivó y lo prendió. También me fijé en eso y fabriqué un abanico con ramas para avivar las brasas cuando estuvieran a punto de apagarse. Cuando vino la noche otra vez, vi con placer que el fuego daba también luz además de calor; y el descubrimiento de este detalle me fue de mucha utilidad

---

de las expectativas. También se produce una secreción de adrenalina en caso de que la sorpresa indique una necesidad de luchar o de huir. Un prolongado incumplimiento de las expectativas, que produce una conmoción grave, puede incapacitar a alguien para moverse o hablar durante bastantes segundos. Esta semiparálisis concede un tiempo para observar qué podría haber causado la sorpresa e impedir que alguien realice un acto que podría ser peligroso para él hasta que entienda mejor la situación. *(Arthur B. Markman).*

también a la hora de comer, porque vi que algunos restos de carne que los viajeros abandonaban habían sido asados y resultaban mucho más sabrosos que los frutos del bosque que yo recogía. Así pues, intenté preparar mi comida de la misma manera, poniéndola en las brasas vivas. Descubrí que los frutos se echaban a perder, pero las nueces y algunas raíces mejoraban mucho.

La comida, de todos modos, comenzó a escasear y a menudo pasaba todo el día buscando en vano algunas bellotas con las que calmar las punzadas del hambre. Cuando vi que ocurría esto, decidí abandonar el lugar en el que había vivido hasta entonces y buscar otro en el que pudiera satisfacer con más facilidad las pocas necesidades que tenía. Al emprender este viaje, lamenté muchísimo la pérdida de la hoguera que me había encontrado por casualidad, y no sabía cómo volverla a hacer. Pensé seriamente en este contratiempo durante varias horas, pero me vi obligado a renunciar a cualquier pretensión de hacer otra; y, envolviéndome en mi capa, atravesé el bosque y me dirigí hacia donde se pone el sol. Pasé tres días vagando por aquellos caminos y al final encontré el campo abierto. La noche anterior había caído una gran nevada, y los campos estaban blancos y sin hollar; todo parecía desolado, y de pronto comprobé que aquella sustancia blanca que cubría los campos me estaba congelando los pies.

Eran alrededor de las siete de la mañana y yo solo suspiraba por conseguir un poco de comida y abrigo. Al final,

en un pequeño otero, vi una pequeña cabaña que sin duda había sido construida para acoger a algún pastor. Aquello era nuevo para mí, y estudié la estructura de la cabaña con gran curiosidad. Encontré la puerta abierta y entré. Había un anciano allí sentado, cerca de la chimenea sobre la cual estaba preparándose el desayuno. Se volvió al oír el ruido y, al verme, dio un fuerte alarido y, abandonando la cabaña, huyó corriendo por los campos con una velocidad de la que nadie lo hubiera creído capaz a juzgar por su frágil figura. El aspecto de aquel hombre, distinto a todo cuanto conocía, y su huida me sorprendieron un tanto. Pero yo estaba encantado con la cabaña. Allí no podían penetrar ni la nieve ni la lluvia; el suelo estaba seco; y aquello me parecía un refugio tan excelente y maravilloso como les pareció el Pandemónium a los señores del infierno después de asfixiarse en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, que consistían en pan, queso, leche y vino… pero esto último, de todos modos, no me gustó. Entonces me invadió el cansancio, me tumbé sobre un poco de paja, y me dormí.

Ya era mediodía cuando me desperté; y, animado por el calor del sol, decidí reemprender mi viaje; y, colocando los restos del desayuno del campesino en un zurrón que encontré, seguí avanzando por los campos durante varias horas, hasta que llegué a una aldea al atardecer. ¡Me pareció un verdadero milagro…! Las cabañas, las casitas y las granjas, tan ordenadas, y las casas de los hacendados, unas tras

otras, suscitaron toda mi admiración. Las verduras en los huertos y la leche y el queso que vi colocados en las ventanas de algunas granjas, despertaron mi apetito. Entré en una de las mejores casas, pero apenas había puesto el pie en la puerta cuando los niños comenzaron a gritar y una de las mujeres se desmayó. Todo el pueblo se alarmó: algunos huyeron; otros me atacaron, hasta que gravemente magullado por las piedras y otras muchas clases de armas arrojadizas, pude escapar a campo abierto y, aterrorizado, me escondí en un pequeño cobertizo, completamente vacío y de aspecto miserable, comparado con los palacios que había visto en la aldea. Aquel cobertizo, sin embargo, estaba contiguo a una casa de granjeros que parecía muy cuidada y agradable, pero después de mi última experiencia, que tan cara me había costado, no me atreví a entrar en ella. Mi refugio era de madera, pero el techo era tan bajo que solo con mucha dificultad podía enderezarme para estar sentado allí dentro. De todos modos, no había madera en el suelo, como en la casa, pero estaba seco; y aunque el viento se colaba por innumerables rendijas, me pareció una buena protección contra la nieve y la lluvia.

Así pues, allí me metí y me tumbé, feliz de haber encontrado un refugio ante las inclemencias del tiempo y, sobre todo, ante la barbarie del hombre.

Tan pronto como despuntó la mañana, salí arrastrándome del refugio para ver la casa cercana y comprobar si podía permanecer en la guarida que había encontrado. Mi

cobertizo estaba situado en la parte trasera de la casa y rodeado a ambos lados por una pocilga y una charca de agua. También había una parte abierta, por la que yo me había arrastrado para entrar; pero entonces cubrí con piedras y leña todos los resquicios por los que pudieran descubrirme, y lo hice de tal modo que podía moverlo para entrar y salir; la única luz que tenía procedía de la pocilga, y era suficiente para mí.

Habiendo dispuesto de ese modo mi hogar y después de haberlo alfombrado con paja, me oculté, porque vi la figura de un hombre a lo lejos, y recordaba demasiado bien el trato que me habían dispensado la noche anterior como para fiarme de él. En todo caso, antes me había procurado el sustento para aquel día, que consistía en un mendrugo de pan duro que había robado y un tazón con el cual podría beber, mejor que con las manos, del agua limpia que manaba junto a mi guarida. El suelo estaba un poco elevado, de modo que se mantenía perfectamente seco, y como al otro lado de la pared estaba la chimenea de la granja con el fuego de la cocina, mi cobertizo estaba bastante caliente.

Pertrechado de este modo, decidí quedarme en aquella choza hasta que ocurriera algo que pudiera cambiar mi resolución. En realidad era un paraíso comparado con el inhóspito bosque, mi primera morada, con las ramas de los árboles siempre goteando y la tierra empapada. Di cuenta de mi desayuno con placer y cuando iba a apartar el tablazón para procurarme un poco de agua, oí unos pasos, y, mirando

a través de un pequeño resquicio, pude ver a una muchacha que llevaba un cántaro en la cabeza y pasaba por delante de mi choza. La muchacha era muy joven y de porte gentil, muy distinta a los granjeros y criados que me había encontrado hasta entonces. Sin embargo, iba vestida muy sencillamente, y una tosca falda azul y una blusa de lino era toda su indumentaria; tenía el pelo rubio, y lo llevaba peinado en trenzas, pero sin adornos; parecía resignada y triste. Se marchó, pero un cuarto de hora después regresó, llevando el cántaro, ahora casi lleno de leche. Mientras iba caminando, y parecía que apenas podía con el peso, un joven le salió al encuentro, y su rostro mostraba un abatimiento aún más profundo; profiriendo algunas palabras con aire melancólico, cogió el cántaro de la cabeza de la niña y lo llevó a la casa. Ella fue detrás, y ambos desaparecieron. Casi inmediatamente volví a ver al hombre joven otra vez, con algunas herramientas en la mano, cruzando el campo que había frente a la casa, y la niña también estuvo trabajando, a veces en la casa y a veces en el corral.

Cuando examiné bien mi choza, descubrí que una esquina de mi cobertizo antiguamente había sido parte de una ventana de la casa, pero el hueco se había cubierto con tablones. Uno de ellos tenía una pequeña y casi imperceptible grieta a través de la cual podía verse el otro lado; por esa ranura se veía una pequeña sala, encalada y limpia pero casi vacía de mobiliario. En una esquina, cerca

de una pequeña chimenea, estaba sentado un anciano, apoyando la cabeza en la mano con un gesto de desconsuelo. La muchacha joven estaba ocupada intentando arreglar la casa; pero entonces sacó algo de una caja que tenía en las manos y se sentó junto al anciano, quien, cogiendo un instrumento, comenzó a tocar y a emitir sonidos más dulces que el canto del zorzal o el ruiseñor. Incluso a mí, un pobre desgraciado que jamás había visto nada hermoso, me pareció una escena encantadora. Los cabellos plateados y la expresión bondadosa del anciano granjero se ganaron mi respeto, mientras que los gestos amables de la joven despertaron mi amor. El anciano tocó una canción dulce y triste, la cual, según descubrí, llenaba de lágrimas los ojos de su encantadora compañía, pero el anciano no se dio cuenta de ello hasta que ella dejó escapar un suspiro. Entonces, él dijo algunas palabras, y la pobre niña, dejando su labor, se arrodilló a sus pies. Él la levantó y sonrió con tal bondad y cariño que yo tuve sensaciones de una naturaleza peculiar y abrumadora; eran una mezcla de dolor y placer, como nunca había experimentado antes, ni por el hambre ni por el frío, ni por el calor o la comida; incapaz de soportar esas emociones, me aparté de la ventana.

Poco después, el hombre joven regresó, trayendo sobre los hombros un haz de leña. La niña lo recibió en la puerta, le ayudó a desprenderse de su carga y, metiendo un poco de leña en la casa, la puso en la chimenea; luego, ella y el joven

se apartaron a un rincón de la casa, y él le mostró una gran rebanada de pan y un pedazo de queso. Ella pareció contenta y salió al huerto para coger algunas raíces y plantas; luego las puso en agua y, después, al fuego. Continuó después con su labor, mientras el joven salía al huerto, donde se ocupó con afán de cavar y sacar raíces. Después de trabajar así durante una hora, la joven fue a buscarlo y volvieron a la casa juntos.

Mientras tanto, el anciano había permanecido pensativo; pero, cuando se acercaron sus compañeros, adoptó un aire más alegre, y todos se sentaron a comer. La comida se despachó rápidamente; la joven se ocupó de nuevo de ordenar la casa; el viejo salió a la puerta y estuvo paseando al sol durante unos minutos, apoyado en el brazo del joven. Nada podría igualar en belleza el contraste que había entre aquellos dos maravillosos hombres; el uno era anciano, con el cabello plateado y un rostro que reflejaba bondad y amor; el joven era esbelto y apuesto, y sus rasgos estaban modelados por la simetría más delicada, aunque sus ojos y su actitud expresaban una tristeza y un abatimiento indecibles. El anciano regresó a la casa, y el joven, con herramientas distintas de las que había utilizado por la mañana, dirigió sus pasos a los campos.

La noche cayó repentinamente, pero, para mi absoluto asombro, descubrí que los granjeros tenían un modo de conservar la luz por medio de velas, y me alegró comprobar que la puesta de sol no acababa con el placer que yo

experimentaba viendo a mis vecinos humanos. Por la noche, la muchacha y sus compañeros se entretuvieron en distintas labores que en aquel momento no comprendí, y el anciano de nuevo cogió el instrumento que producía los celestiales sonidos que me habían encantado por la mañana. Tan pronto como hubo concluido, el joven comenzó, no a tocar, sino a proferir sonidos que resultaban monótonos y en nada recordaban la armonía del instrumento del anciano ni las canciones de los pájaros; más adelante comprendí que leía en voz alta, pero en aquel momento yo no sabía nada de la ciencia de las palabras y las letras.

Después de entretenerse de ese modo algún tiempo, la familia apagó las luces y se retiró a descansar, o eso pensé yo.

CAPÍTULO IV

Me tumbé en la paja, pero no pude dormir. Pensé en todo lo que había ocurrido durante el día. Lo que me llamaba la atención principalmente eran los amables modales de aquellas personas, y anhelé unirme a ellos, pero no me atreví. Recordaba demasiado bien el trato que había sufrido la noche anterior por parte de aquellos aldeanos bárbaros y decidí que, cualquiera que fuera la conducta que pudiera adoptar en el futuro, por el momento me quedaría tranquilamente en mi cobertizo, observando e intentando descubrir las razones de sus actos.

Los granjeros se levantaron a la mañana siguiente antes de que saliera el sol. La joven arregló la casa y preparó la comida, y el joven partió después de la primera comida.

Aquel día transcurrió con la misma rutina que el día anterior. El hombre joven estuvo todo el día ocupado fuera, y la muchacha se entretuvo en varias ocupaciones y labores en la casa. El anciano, pronto supe que era ciego, empleaba sus largas horas de asueto tocando su instrumento o pensando. Nada puede asemejarse al cariño y al respeto que los jóvenes granjeros le demostraban a aquel anciano venerable. Le prodigaban todas esas pequeñas atenciones del afecto y el deber, y él los recompensaba con sus bondadosas sonrisas.

Sin embargo, no eran completamente felices. El hombre joven y su compañera a menudo se apartaban y parecía que lloraban. Yo no conocía la causa de su tristeza, pero aquello me afectaba profundamente. Si aquellas criaturas tan encantadoras eran desdichadas, resultaba menos extraño que yo, un ser imperfecto y solitario, fuera desgraciado. Pero… ¿por qué aquellos seres tan buenos eran tan infelices? Tenían una casa preciosa (o, al menos, lo era a mis ojos) y todos los lujos; tenían una chimenea para calentarse cuando helaba y deliciosos alimentos para cuando tenían hambre; iban vestidos con ropas excelentes; y, aún más, podían disfrutar de la compañía mutua y de la conversación… y todos los días intercambiaban miradas de cariño y afecto. ¿Qué significaban entonces aquellas lágrimas? ¿Expresarían realmente dolor? Al principio fui incapaz de responder a estas preguntas, pero una constante

atención y el transcurso del tiempo consiguieron explicarme muchas cosas que al principio me parecieron enigmáticas.

Transcurrió un considerable período de tiempo antes de que descubriera una de las causas de la inquietud de aquella encantadora familia. Era la pobreza… y sufrían esa desgracia hasta unos límites angustiosos. Su sustento solo constaba de pan, las verduras de su huerto y la leche de una vaca, que daba muy poca durante el invierno, cuando sus dueños apenas podían encontrar alimento para mantenerla. Creo que a menudo sufrían muy desagradablemente la punzada del hambre, sobre todo los dos jóvenes granjeros, porque muchas veces vi cómo le ponían al anciano la comida delante, cuando ellos no tenían nada para sí.

Ese rasgo de bondad me conmovió profundamente[106]. Yo me había acostumbrado a robar parte de sus viandas

106 Podemos pensar la bondad desde dos perspectivas: una con un fin determinado y otra continuada. Una perspectiva con un fin se centra en un acto de bondad individual que no es valioso por sí mismo sino básicamente por el fin que conseguirá. A la inversa, una perspectiva continuada privilegia tanto el acto individual en sí como la acumulación de actos a lo largo del tiempo, que podría llevar a algún fin particular. Ambas perspectivas se arraigan en una necesidad de ayudar a los otros, pero la primera rechaza la bondad como proceso. La criatura sí parece entenderla como un proceso. A lo largo de sus muchos encuentros con la familia, desarrolla un reconocimiento y una conciencia cada vez más profundos de sus miembros como individuos que se ayudan entre sí. Este reconocimiento es importante porque dedicar tiempo a ser consciente de los demás forma parte del mecanismo de la bondad: así, cuando la criatura pasa ese tiempo, ya ha empezado el proceso de practicar la bondad ella también. Avanza desde simplemente reconocer y ser consciente de los demás a no solo contenerse

durante la noche, para mi propio sustento; pero cuando descubrí que al hacerlo infligía aún más sufrimiento a los granjeros, me abstuve y me conformé con las bayas, nueces y raíces que recolectaba en un bosque cercano[107].

---

de robarles la comida sino a preocuparse por ellos cortando leña y dejándosela en el umbral. Como vemos, siente una tremenda gratificación por sus actos. La bondad continuada es un acercamiento ético a la investigación. Al reconocer las posibles implicaciones de nuestras iniciativas científicas, ser conscientes no solo de los beneficios sino de los potenciales perjuicios, y actuar con cautela, podemos experimentar el «verdadero placer» de estar al servicio de los demás. *(Jameien Taylor).*

107 Aunque la compasión —la empatía o comprensión de los apuros ajenos— y otras virtudes y sentimientos positivos pueden parecer rasgos personales intrínsecos, *Frankenstein* deja claro que las circunstancias pueden inspirar virtudes, como la compasión, y una variación en las mismas circunstancias puede eliminar o atenuar las virtudes en cuestión. La observación de la criatura de la pobreza de los granjeros así como de su comportamiento compasivo con el anciano le instruye en la compasión. Deja de robarles la comida, como había hecho antes, y en secreto les suministra leña. Pero, a medida que avanza la novela, la criatura sufre cada vez más la sensación de abandono, que inspira actos de venganza contra Victor. La criatura recuerda que en el pasado había sido compasiva, pero sabe que ya no lo es. «Soy malvado porque soy desgraciado —explica—… si no puedo inspirar amor, causaré terror» (ver «Si me arrojaseis…»). De modo similar, Victor muestra compasión cuando se siente bien consigo mismo y con el mundo, pero es egoísta y descuidado con los demás (sobre todo con Elizabeth) cuando no se siente así. Si la virtud, aunque solo sea parcialmente, es circunstancial, entonces todos los que actúan en el mundo, incluidos los científicos, deben reconocer que los juicios acerca de sus propios merecimientos y la valía de su trabajo requieren un examen a fondo. Victor actuaba solo, sin consultar con nadie sobre el valor de su invención o sus potenciales consecuencias imprevistas. Si hubiera hablado con una comunidad de pensadores e innovadores con cabezas más frías, tal vez podría

También descubrí otros medios mediante los cuales podía ayudarlos en sus trabajos. Comprobé que el joven empleaba buena parte del día en recoger madera para el hogar familiar; así que por la noche, con frecuencia cogía sus herramientas (enseguida aprendí cómo se utilizaban) y llevaba a la casa leña suficiente para el consumo de varios días.

Recuerdo que la primera vez que hice eso, la muchacha, que abrió la puerta por la mañana, pareció absolutamente sorprendida al ver un gran montón de madera en el exterior. Dijo algunas palabras en voz alta, e inmediatamente el joven salió, y también pareció sorprendido. Observé con placer que aquel día no iba al bosque, sino que lo empleaba en reparar la granja y en cultivar el huerto.

Poco a poco también hice otro descubrimiento de mayor importancia. Comprendí que aquellas personas tenían un método para comunicarse mutuamente sus experiencias y sentimientos mediante ciertos sonidos articulados. Me di cuenta de que las palabras que decían a veces producían placer o dolor, sonrisas o tristeza, en el pensamiento y el rostro de quienes las oían. En realidad, parecía una ciencia divina, y deseé ardientemente adquirirla y conocerla. Pero todos los intentos que hice al respecto resultaron fallidos. Su pronunciación era muy rápida; y como las palabras que

---

haber reavivado su propia compasión y evitado la tragedia en cascada que mana de su creación solitaria. *(Sally Kitch)*.

emitían no tenían ninguna relación aparente con los objetos visibles, yo no era capaz de dar con la clave que me permitiera desentrañar el misterio de su significado. Esforzándome mucho, de todos modos, y después de permanecer durante muchas fases de la luna en mi cobertizo, descubrí los nombres que daban a algunos de los objetos que más aparecían en su hablar: aprendí y comprendí las palabras *fuego, leche, pan* y *leña*. También aprendí los nombres de los propios granjeros. La joven y su compañero tenían cada uno varios nombres, pero el anciano solo tenía uno, que era *padre*. A la muchacha la llamaban *hermana* o *Agatha*, y el joven era *Felix, hermano* o *hijo*. No puedo explicar el placer que sentí cuando aprendí las ideas que se correspondían con cada uno de aquellos sonidos y fui capaz de pronunciarlos. Distinguí muchas otras palabras, aunque aún no era capaz de comprenderlas o aplicarlas… como *bueno, querido* o *infeliz*[108].

Así pasé el invierno. Las hermosas costumbres y la belleza de los granjeros consiguieron que me encariñara mucho con ellos. Cuando ellos estaban tristes, yo me deprimía; cuando estaban contentos, disfrutaba con sus alegrías. Apenas vi a otros seres humanos con ellos; y si ocurría que alguno

108 La criatura es un buen empirista, aunque algo simple: comprende palabras que designan objetos concretos, pero tiene más dificultades con las que representan conceptos abstractos. Tal vez en esta fase de su desarrollo, él —muy al modo de Victor— puede dominar objetos pero no sentimientos, causas pero no conceptos. *(David H. Guston)*.

entraba en la casa, sus rudos modales y sus ademanes agresivos solo me convencían de la superioridad de mis amigos. El anciano, así pude percibirlo, a menudo intentaba animar a sus hijos, porque descubrí que de ese modo los llamaba a veces, para que abandonaran su melancolía. Y entonces hablaba en un tono cariñoso, con una expresión de bondad que transmitía alegría, incluso a mí. Agatha escuchaba con respeto, con los ojos a veces llenos de lágrimas que intentaba enjugar sin que nadie lo notara; pero yo generalmente comprobaba que sus gestos y su hablar eran más alegres después de haber escuchado las exhortaciones de su padre. Eso no ocurría con Felix. Él siempre era el más triste del grupo; e incluso para mis torpes sentidos, parecía que sufría más profundamente que sus seres queridos. Pero si su expresión parecía más apenada, su voz era más animada que la de su hermana, especialmente cuando se dirigía al anciano.

Podría mencionar innumerables ejemplos que, aunque sean pequeños detalles, reflejan los caracteres de aquellos encantadores granjeros. En medio de la pobreza y la necesidad, Felix amablemente le llevó a su hermana las primeras flores blancas que brotaron entre la nieve. Por la mañana temprano, antes de que ella se levantara, él limpiaba la nieve que cubría el camino de la vaquería, sacaba agua del pozo e iba a buscar la leña al cobertizo donde, para su constante asombro, siempre se encontraba con que una mano invisible había repuesto la madera que iban gastando.

Por el día, yo creo que a veces trabajaba para un granjero vecino, porque a menudo se iba y no regresaba hasta la hora de la cena, y sin embargo no traía leña. En otras ocasiones trabajaba en el huerto; pero como había tan poco que hacer en la temporada de los hielos, a menudo se ocupaba de leerles al anciano y a Agatha.

Al principio aquellas lecturas me dejaron absolutamente perplejo; pero, poco a poco, descubrí que cuando leía profería los mismos sonidos que cuando hablaba; así que pensé que él veía en el papel ciertos signos que entendía y que podía pronunciar, y yo deseé fervientemente comprender aquello también. Pero ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera comprendía los sonidos para los cuales se habían escogido aquellos signos? De todos modos, mejoré bastante en esta disciplina, pero no lo suficiente como para mantener ningún tipo de conversación, aunque ponía toda el alma en el intento: porque yo comprendía con toda claridad que, aunque deseara vivamente mostrarme a los granjeros, no debería ni siquiera intentarlo hasta que no dominara su lenguaje; aquel conocimiento permitiría que no se fijaran mucho en la deformidad de mi aspecto; y de esto me había dado cuenta también por el evidente contraste que se ofrecía a mis ojos[109].

---

109 La criatura percibe aquí la tendencia humana a distinguir entre miembros y no miembros del grupo y a temer y despreciar a los segundos: la «otredad» o «exclusión», como suele denominarse a veces. También podría decirse que sugiere que la exclusión se da donde el blanco no es solo

Yo admiraba las formas perfectas de mis granjeros… su elegancia, su belleza, y la tersura de su piel: ¡y cómo me horroricé cuando me vi reflejado en el agua del estanque![110]. Al principio me retiré asustado, incapaz de

---

diferente del público sino que tampoco se le entiende, y la criatura espera salvar ese problema entendiéndose mediante la comunicación con los granjeros. A medida que prosigue el monólogo, se trazan paralelismos entre su situación y la de varios marginados y proscritos de la historia que también han sido excluidos (Safie y su padre), los pobres, los de baja cuna y los huérfanos. La propia Mary Shelley no es inmune a esa tendencia: véanse, por ejemplo, sus generalizaciones más bien excesivas sobre las mujeres en el islam y su aparente aprobación de la colonización europea. Debemos reconocer que los demás, especialmente los diferentes a nosotros, no solo son fuente de exclusión y angustia. El monólogo de la criatura también es un relato del desarrollo humano —desde asegurar los medios más básicos de supervivencia a dedicarse a la lengua y la literatura—, y subraya asimismo el papel esencial de relacionarse con los demás diferentes a nosotros para lograr la conciencia y la plenitud. Así se revela el profundo deseo de la criatura de relacionarse con humanos, una especie distinta, y luego con una compañera romántica de distinto sexo, también creada. Para otra perspectiva de cómo la forma en que nos perciben los demás es esencial para ser consciente de uno mismo pero también una potencial fuente de profunda desesperación dada nuestra dependencia de los demás para nuestra autoestima, puede rastrearse la comparación en la teoría de Sartre en El ser y la nada (1943). (Adam Hosein).

110 La criatura siente miedo y terror porque su reflejo revela que su aspecto es muy distinto al de los otros a los que ha visto. De este modo, su autoconocimiento es fruto de la mirada ajena: es decir, ella se ve, se conoce y se entiende a sí misma tal como la sociedad la conoce y la interpreta. La escena sugiere que la identidad personal o individual se desarrolla en parte a través de construcciones culturales de lo que es normal, hermoso, aceptable, moral y demás. Nos conocemos —e incluso nos tememos— a través de los encuentros con los otros, y aquello que la sociedad considera «normal» a menudo influye en las percepciones de nosotros mismos. *(Nicole Piemonte)*.

creer que en realidad era yo el que se reflejaba en la superficie espejada; y cuando me convencí plenamente de que realmente era el monstruo que soy, me embargaron las sensaciones más amargas de tristeza y vergüenza. ¡Oh… Aún no conocía bien las fatales consecuencias de esta miserable deformidad…!

Cuando el sol comenzó a calentar un poco más, y la luz del día empezó a durar más, la nieve desapareció, y entonces vi los árboles desnudos y la tierra negra. Desde entonces Felix estuvo más ocupado; y las conmovedoras señales del hambre amenazante desaparecieron. Sus alimentos, como supe más adelante, eran muy burdos, pero bastante saludables, y contaban con cantidad suficiente. Varias clases nuevas de plantas brotaron en el huerto, y ellos las preparaban y condimentaban para comerlas; y aquellas señales de bienestar fueron aumentando día a día a medida que avanzaba la estación.

El anciano, apoyado en su hijo, caminaba todos los días a mediodía, cuando no llovía, pues, como descubrí, así se dice cuando los cielos derraman sus aguas. Esto ocurría frecuentemente; pero un viento fuerte secaba rápidamente la tierra y la estación se fue haciendo cada vez más agradable.

Mi vida en el cobertizo era siempre igual. Por la mañana espiaba los movimientos de los granjeros; y cuando se encontraban ocupados en sus distintas labores, yo dormía:

el resto del día lo empleaba en observar a mis amigos. Cuando se retiraban a descansar, si había luna, o la noche estaba estrellada, me adentraba en los bosques y recolectaba mi propia comida y leña para la granja. Cuando regresaba, y a menudo era muy necesario, limpiaba el camino de nieve, y llevaba a cabo aquellas tareas que había visto hacer a Felix. Más adelante descubrí que aquellas labores, ejecutadas por una mano invisible, les asombraban profundamente; y en aquellas ocasiones, una o dos veces les oí pronunciar las palabras *espíritu bueno* y *prodigio*; pero en aquel momento no comprendía el significado de esos términos.

Entonces mis pensamientos se hicieron cada día más activos, y deseaba fervientemente descubrir las razones y los sentimientos de aquellas criaturas encantadoras; sentía una gran curiosidad por saber por qué Felix parecía tan abatido, y Agatha tan triste. Pensé (¡pobre desgraciado!) que podría estar en mi mano devolver la felicidad a aquellas personas que tanto la merecían. Cuando dormía o me ausentaba, se me aparecían las imágenes del venerable padre ciego, de la adorable Agatha y del bueno de Felix. Yo los consideraba como seres superiores, que podrían ser dueños de mi destino futuro. Tracé en mi imaginación mil modos de presentarme ante ellos, y pensé cómo me recibirían. Imaginé que sentirían asco hasta que con mis amables gestos y mis palabras conciliadoras consiguiera primero ganarme su favor, y más adelante, su cariño.

Aquellos pensamientos me entusiasmaban y me obligaban a esforzarme con renovado interés en el aprendizaje del arte del lenguaje. Mi garganta era bastante ruda, pero flexible; y aunque mi voz era muy distinta a la suave melodía de sus voces, conseguía sin embargo pronunciar con bastante facilidad aquellas palabras que comprendía. Era como el asno y el perrillo faldero; y de todos modos, el buen asno, cuyas intenciones eran buenas aunque sus modales fueran un tanto rudos, merecía mejor trato que los golpes y los insultos[111].

Las lluvias suaves y la encantadora calidez de la primavera cambió por completo el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de este cambio parecían haber estado escondidos en sus cuevas, se dispersaron por todas partes y se ocuparon de las distintas artes de la agricultura. Los pájaros cantaban con acentos más alegres y las ramas comenzaron a echar

---

111 La criatura se refiere a una de las fábulas de Esopo (620-560 a. C).. El asno de un granjero siente celos del afecto de su dueño por su perrito. El trabajador asno intenta atraer la atención del granjero imitando el comportamiento juguetón del perrito. Cuando el asno se abalanza sobre el granjero, esperando que lo mime, algunos de los presentes se asustan y atacan al asno por comportarse tan impropiamente. Una interpretación popular de la moraleja de la fábula es que no debe intentarse ser quien no se es. Mary le da la vuelta al sentido al centrarse en lo injusto que es rechazar y castigar los esfuerzos de una criatura de conseguir afecto. A lo largo de la novela hay muchos ejemplos de situaciones en que la criatura presencia cómo otros expresan amor y bondad entre ellos, y quiere recibir el mismo trato. Cuando su intento de que la admitan en la humanidad es rechazado, se vuelve violenta. Mary sugiere que la rabia es una reacción posible al rechazo y la exclusión. *(Mary Margaret Fonow)*.

brotes en los árboles. ¡Mundo alegre y feliz…! ¡Morada apropiada para los dioses, que muy poco tiempo antes estaba yerma, húmeda y enferma! Me animé mucho ante el encantador aspecto de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el presente era feliz y el futuro refulgía con brillantes rayos de esperanza y promesas de alegría.

CAPÍTULO V

Me apresuro ahora a narrar la parte más conmovedora de mi historia. Relataré sucesos que grabaron sentimientos en mí que transformaron lo que era y me han convertido en lo que soy.

La primavera adelantaba rápidamente; el tiempo ya era muy agradable y los cielos estaban despejados. Me sorprendió que lo que antes estaba desierto y oscuro ahora estallara con las flores más hermosas y con tanto verdor. Mil perfumes deliciosos y mil escenas maravillosas gratificaban y animaban mis sentidos.

Ocurrió uno de aquellos días, cuando mis granjeros habían hecho una pausa en su trabajo —el anciano tocaba la guitarra y sus hijos lo escuchaban—; observé que el rostro

de Felix parecía más melancólico que nunca: suspiraba constantemente; y entonces el padre dejó de tocar, y por sus gestos supuse que preguntaba por la razón de la tristeza de su hijo. Felix contestó con un tono alegre, y el anciano volvió a tocar la canción, cuando alguien llamó a la puerta.

Era una dama montada a caballo, acompañada por un campesino que hacía de guía. La dama venía vestida con un traje oscuro y se cubría con un tupido velo negro. Agatha hizo una pregunta; la extranjera solo contestó pronunciando, con un dulce acento, el nombre de Felix. Su voz era muy musical, pero no se parecía nada a la de mis amigos. Al oír aquella palabra, Felix se levantó y se acercó rápidamente a la dama, quien, al verlo, retiró el velo y mostró un rostro de belleza y expresión angelicales. Tenía el pelo muy negro y brillante y curiosamente trenzado; sus ojos eran oscuros, pero dulces, aunque muy vivos; sus facciones eran regulares y proporcionadas, y su piel maravillosamente blanca, y las mejillas encantadoramente sonrosadas.

Felix pareció sufrir un arrebato de alegría cuando la vio, y cualquier rastro de pena se desvaneció en su rostro, que inmediatamente brilló con un éxtasis de alegría, del cual apenas lo creía capaz; sus ojos centellearon, y sus mejillas enrojecieron de emoción; y en aquel momento pensé que era tan hermoso como la extranjera. Ella parecía dudar entre distintos sentimientos; secándose algunas lágrimas en aquellos ojos encantadores, le tendió la mano a Felix, que la besó apasionadamente, y la llamó, por lo que pude

distinguir, su dulce árabe. Ella pareció no comprenderle bien, pero sonrió. Él la ayudó a desmontar y, despidiendo al guía, la condujo al interior de la casa. Él y su padre intercambiaron algunas palabras, y la joven extranjera se arrodilló a los pies del anciano, y habría besado su mano, pero él la levantó y la abrazó cariñosamente.

Pronto me di cuenta de que aunque la extranjera emitía sonidos articulados, y parecía tener un lenguaje propio, ni los granjeros la entendían ni ella los entendía a ellos. Hacían muchos gestos que yo no entendía, pero vi que su presencia llenaba de alegría toda la casa, disipando la pena como el sol disipa las brumas de la mañana. Felix parecía especialmente feliz, y siempre se dirigía a su árabe con sonrisas radiantes. Agatha, la siempre dulce Agatha, besaba las manos de la encantadora extranjera; y, señalando a su hermano, hacía gestos que querían decir que él había estado triste hasta que ella llegó, o eso me parecía a mí. Transcurrieron así algunas horas; por sus rostros se entendía que estaban contentos, pero yo no comprendía por qué. Al final me di cuenta, por la frecuencia con que la extranjera pronunciaba una palabra, que de estaba intentando aprender su lengua; y la idea que se me ocurrió instantáneamente fue que yo podría utilizar los mismos métodos para alcanzar el mismo fin. La extranjera aprendió cerca de veinte palabras en la primera lección, la mayoría de ellas, en realidad, eran aquellas que yo ya había aprendido, pero aproveché la circunstancia para aprender otras.

Cuando llegó la noche, Agatha y la árabe se retiraron pronto. Al despedirse, Felix besó la mano de la extranjera, y dijo:

—Buenas noches, dulce Safie.

Él se quedó despierto mucho más tiempo, conversando con su padre, y, por la frecuente repetición de su nombre, supuse que su encantadora invitada era el asunto de su conversación. Deseaba ardientemente comprender qué decían, y puse todos mis sentidos en ello, pero me resultó completamente imposible.

A la mañana siguiente, Felix se fue a trabajar y, después de que Agatha concluyera sus labores, la árabe se sentó a los pies del anciano y, cogiendo su guitarra, tocó algunas canciones tan encantadoramente hermosas que inmediatamente arrancaron de mis ojos lágrimas de pena y placer. Ella cantaba, y su voz fluía con una dulce cadencia, elevándose o decayendo, como la del ruiseñor en los bosques.

Cuando terminó, le dio la guitarra a Agatha, que al principio la rechazó. Luego tocó una canción sencilla, y su voz entonó con dulces acentos, pero muy distintos a la maravillosa melodía de la extranjera. El anciano parecía embelesado, y dijo algunas palabras que Agatha intentó explicar a Safie y mediante las cuales deseaba expresar que le había encantado escuchar su canción.

Los días transcurrían ahora tan apaciblemente como antes, con un único cambio: que la alegría había ocupado el lugar de la tristeza en los rostros de mis amigos. Safie estaba siempre alegre y feliz; ella y yo mejoramos rápidamente en el conocimiento de la lengua, de tal modo que en dos meses comencé a comprender la mayoría de las palabras que pronunciaban mis protectores.

Mientras tanto, también la tierra negra se cubrió de hierba, y las verdes laderas quedaron salpicadas con innumerables flores, dulces para el olfato y para la vista, estrellas de pálido fulgor en medio de los bosques iluminados por la luna; el sol empezó a calentar más, las noches se hicieron claras y suaves; y mis vagabundeos nocturnos eran un inmenso placer para mí, aunque fueran considerablemente más cortos debido a que el sol se ponía muy tarde y salía muy pronto; porque nunca me aventuré a salir a la luz del día, temeroso de que me dieran el mismo trato que había sufrido antaño en la primera aldea en la que entré.

Pasaba los días prestando la mayor atención, porque así podía aprender el lenguaje con más rapidez; y puedo presumir de que avancé más rápidamente que la árabe, que comprendía muy pocas cosas y hablaba con palabras entrecortadas, mientras que yo comprendía y podía imitar casi todas las palabras que se decían.

Mientras mejoraba mi forma de hablar, también aprendí la ciencia de las letras mientras se las enseñaban a la extranjera; y esto me abrió todo un mundo de maravillas y placeres.

El libro con el cual Felix enseñaba a Safie era *Las ruinas de los imperios,* de Volney. Yo no habría comprendido en absoluto la intención del libro si no hubiera sido porque, al leerlo, Felix ofrecía explicaciones muy minuciosas. Había escogido esa obra, decía, porque el estilo declamatorio se había elaborado imitando a los autores orientales. A través de esa obra adquirí algunos conocimientos someros de historia y una visión general de los diversos imperios que hubo en el mundo; me proporcionó una perspectiva de las costumbres, los gobiernos y las religiones de las distintas naciones de la Tierra. Entonces supe de la indolencia de los asiáticos, del genio insuperable y de la actividad intelectual de los griegos, de las guerras y la maravillosa virtud de los primeros romanos… y de su posterior degeneración, y del declive de aquel poderoso imperio, de la caballería, de la cristiandad y de los reyes. Supe del descubrimiento del hemisferio americano, y lloré con Safie por el desventurado destino de sus habitantes indígenas.

Aquellas maravillosas narraciones me inspiraron extraños sentimientos. ¿De verdad era el hombre a un tiempo tan poderoso, tan virtuoso, tan magnánimo y, sin embargo, tan vicioso y ruin? En ocasiones se mostraba como un vástago del mal, y otras veces como poseedor de todo lo que puede

concebirse de noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía el honor más alto que pudiera recaer en un ser sensible; ser ruin y vicioso, como ha quedado escrito que fueron tantos hombres, parecía la degradación más baja, una condición más abyecta que la de los topos ciegos o los gusanos inmundos. Durante mucho tiempo no pude comprender cómo podía atreverse un hombre a matar a un semejante, ni siquiera por qué eran necesarias las leyes o los gobiernos; pero cuando conocí los detalles de las maldades y los crímenes, ya nada me maravilló, y desprecié todo aquello con asco y repugnancia.

Las conversaciones de los granjeros me descubrían ahora nuevas maravillas. Mientras escuchaba atentamente las lecciones con las que Felix enseñaba a la árabe, fui aprendiendo el extraño sistema de la sociedad humana. Entonces supe del reparto de las riquezas, de las inmensas fortunas y de la extrema pobreza, de las familias, de los linajes y la nobleza de sangre[112].

---

112 Buena parte de la novela está inspirada en los textos del filósofo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), que creía que los humanos, en su estado natural, son buenos y que es la sociedad la que los corrompe. Como su personaje Emilio ([1762] 1979), la criatura aprende de su entorno y solo lentamente se va introduciendo en la sociedad. Si los gobiernos y las leyes pueden mantener el orden o si forman parte del mal social es una cuestión todavía pendiente de resolución. Las dos escenas de juicio en la novela, el de Justine y, más adelante, el de Victor, sirven de ejemplos de los problemas de las turbas y las dificultades de que se haga justicia. Durante este período era habitual ver a los humanos como un eslabón más en la «gran cadena del ser»: podemos ascender tan alto como los ángeles o deslizarnos más abajo que los

Las palabras me inducían a pensar sobre mí mismo. Aprendí que las posesiones más apreciadas por vuestros semejantes eran un linaje elevado e inmaculado, unido a las riquezas. Un hombre podría ganarse el respeto solo con una de esas dos cosas; pero si no contaba al menos con una de ellas, excepto en casos muy raros, se lo consideraba un vagabundo y un esclavo, destinado a emplear su vida en provecho de unos pocos escogidos. ¿Y qué era yo? De mi creación y de mi creador yo no sabía absolutamente nada; pero sabía que no tenía ni dinero, ni amigos, ni nada en propiedad. Además, se me había dado una figura espantosamente deforme y repulsiva; ni siquiera tenía la misma naturaleza que el hombre. Yo era más ágil, y podía subsistir con una dieta bastante más escasa; soportaba mejor los calores y los fríos extremados sin que mi cuerpo sufriera tantos daños; y mi estatura era muy superior a la suya[113]. Cuando miraba a mi alrededor, no veía ni oía que

---

animales a lo largo de esta cadena, según las decisiones morales que tomemos. *(Ron Broglio).*

113 Los científicos han aspirado desde hace mucho a mejorar el cuerpo humano, o a crear nuevos cuerpos, para superar nuestros límites biológicos naturales. El ejército de Estados Unidos tiene varias líneas de investigación para mejorar el rendimiento de los soldados, desde exoesqueletos automáticos que dan a sus usuarios una fuerza sobrehumana a interfaces cerebrales directas que permitirían a los pilotos manejar sus aviones con la mente. En términos más generales, puede pensarse que casi todas las tecnologías biomédicas sirven al mismo propósito: desde las lentillas a los marcapasos que regulan y mejoran el funcionamiento de nuestros órganos, o los antibióticos que nos hacen más resistentes a las enfermedades. Mucha gente cree que el mayor defecto de nuestros cuerpos es el envejecimiento y la muerte. Filántropos como Bill y Melinda Gates y Mark Zuckerberg y

hubiera nadie como yo[114]. ¿Era entonces un monstruo, un error sobre la Tierra, un ser del que todos los hombres huían y a quien todos los hombres rechazaban?[115].

Priscilla Chan han invertido miles de millones de dólares para acabar con la enfermedad y alargar la vida humana. En los debates científicos en cursos sobre la prolongación de la vida a veces resuenan ecos de la búsqueda de la piedra filosofal, dado que los investigadores se plantean cómo podría sustentarse y rejuvenecerse el cuerpo humano mediante la modificación genética, cócteles personalizados de fármacos y otros medios. La obsesión tecnológica de la humanidad con traspasar nuestros límites biológicos tiene un paralelismo natural en la ciencia ficción. La imagen de Mary de una criatura sobrehumana inspiró muchas otras, desde los superhéroes de los cómics a los robots y replicantes que pueblan películas como *Terminator*(James Cameron, 1984), *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982) y *Ex Machina* (Alex Garland, 2015). Estas historias se plantean muchas de las mismas preguntas que ya aparecen en *Frankenstein: ¿Cómo sería en realidad una figura humana perfeccionada? ¿Qué tipo de vida tendría una criatura como esa? ¿Cuáles serían las consecuencias para el mundo de la coexistencia de humanos y seres sobrehumanos? (Ed Finn).*

114 La criatura cuenta en qué difiere su vida de una vida humana normal. En narraciones posteriores, los escritores plantean directamente temas que aquí Mary solo aborda superficialmente con alusiones a la esclavitud, la propiedad y la posesión: que la criatura podría ser «poseída» por su creador o ser objeto de una patente o que Victor pretendiera monetizar su inversión de tiempo y esfuerzo o que su secretismo y obsesión estén en parte motivados por la avaricia y por el deseo de fama y de gloria. *(Robert Cook-Deegan).*

115 Estas cavilaciones de la criatura de Victor nos invitan a plantearnos qué o quién determina nuestra propia identidad. ¿Definimos nosotros nuestras ideas de identidad? ¿O son otros —familiares, amigos, la sociedad en general o un creador— quienes las determinan? Las interacciones sociales de la criatura no le permiten conseguir la comprensión de los miembros de ninguna de esas categorías, y por eso se esfuerza por entender quién o qué es y cuál es su papel en la vida. El psicólogo del desarrollo Erik Eriksen (1902-1994) teorizó que la identidad o la conciencia de nosotros mismos se forma en ocho etapas evolucionando a través de nuestras interacciones sociales. Las

No puedo explicar la angustia que aquellas reflexiones me producían; intenté olvidarlas, pero el conocimiento solo logró aumentar mi pesadumbre. ¡Oh…! ¡Ojalá me hubiera quedado para siempre en mi bosque primero, sin saber ni sentir nada más que el hambre, la sed o el calor…!

¡Qué cosa más extraña es el conocimiento! Cuando se ha adquirido, se aferra a la mente como el liquen a la roca. A veces deseaba sacudirme todas las ideas y todos los sentimientos; pero aprendí que solo había un modo de superar la sensación de dolor, y era la muerte… un estado que temía, aunque no lo comprendía. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y adoraba las amables costumbres y las encantadoras cualidades de mis granjeros; pero yo quedaba excluido de cualquier relación con ellos, excepto a través de medios que yo me procuraba a hurtadillas, cuando nadie me veía ni sabía de mi existencia, y que, más que satisfacer, aumentaban el deseo que tenía de ser uno más entre mis amigos. Las amables palabras de Agatha y las divertidas sonrisas de la encantadora árabe no eran para mí. Los buenos consejos del anciano y la animada conversación

---

preguntas de la criatura serían un modelo de la etapa adolescente de Eriksen al plantearse cuestiones como «¿Quién soy?» y «¿Qué puedo ser?», comparándose con los demás. Resulta especialmente conmovedor que Mary no dé nombre a la criatura durante todo el libro. Esta carencia de nombre pone aún más de relieve si cabe el hecho de que no posea una identidad clara ni ninguna forma apropiada de definirla. *(Stephanie Naufel).*

del enamorado Felix no eran para mí. ¡Miserable, infeliz desgraciado…!

Otras lecciones se quedaron grabadas en mí, incluso más profundamente. Conocí la diferencia de los sexos; y cómo nacen y crecen los niños; y cómo el padre disfruta de las sonrisas de su hijo, y de las alegres locuras de los muchachos mayores; y cómo toda la vida y los cuidados de la madre se depositan en esa preciosa obligación; y cómo la mente de la juventud se desarrolla y se adquieren conocimientos; y supe de los hermanos, y las hermanas, y todas las infinitas relaciones que unen a unos seres humanos con otros mediante lazos mutuos[116].

Pero ¿dónde estaban mis amigos y mis parientes? Ningún padre había visto mis días de infancia, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias; y si existieron, toda mi vida pasada no es ya más que una mancha, un vacío

---

116 Mary advierte contra la perspectiva miope de Victor de que el acto de crear —de dar existencia— es lo único que importa. La criatura está creada, pero huérfana, obligada a una vida solitaria, exiliada de la sociedad general. En su trato a la criatura, Victor no muestra la menor preocupación por el desarrollo social, la necesidad humana de aceptación y la importancia de la memoria y las experiencias compartidas para la formación de la identidad inicial y definitiva de la criatura, ni por su bienestar. Aunque Victor reconoce más adelante su propia juventud en el deseo de conocimiento de Henry Clerval, signo de la identidad concreta del propio Victor, es incapaz de utilizar este autorreconocimiento en su creación. Este episodio nos da pie a reflexionar sobre la idea de que el descubrimiento científico y la creación están cargados de valores y limitados por las asunciones y las filosofías que mueven a los científicos que descubren y crean. *(Kerri Slatus).*

oscuro en el cual me resulta imposible distinguir nada. Desde mi primer recuerdo, yo había sido como era en esos momentos, tanto en altura como en proporciones. No había visto a nadie que se me pareciera ni que quisiera mantener ninguna relación conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta surgía una y otra vez, y solo podía contestarla con lamentos.

Luego explicaré a dónde me condujeron esas ideas; pero permitidme ahora regresar a los granjeros, cuya historia encendió en mí sentimientos encontrados de indignación, placer y asombro, pero todos terminaron finalmente en más cariño y respeto hacia mis protectores (porque así me gustaba llamarlos, engañándome a mí mismo de un modo inocente y casi doloroso).

CAPÍTULO VI

Transcurrió algún tiempo antes de que conociera la historia de mis amigos. Era de tal naturaleza que no podía dejar de producir una profunda impresión en mi mente, pues desvelaba innumerables circunstancias, todas especialmente interesantes y maravillosas para alguien tan absolutamente ignorante como yo.

El nombre del anciano era De Lacey. Provenía de una buena familia de Francia, donde había vivido durante muchos años en la riqueza, respetado por sus superiores y amado por sus iguales. Su hijo fue educado para servir a su país, y Agatha se había relacionado con las damas más distinguidas. Pocos meses antes de mi llegada, habían vivido en una ciudad grande y esplendorosa llamada París, rodeados de amigos y disfrutando de todos los placeres que

pueden proporcionar la virtud, el refinamiento intelectual y el gusto, junto con una aceptable fortuna.

El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un mercader turco y había vivido en París durante mucho tiempo, cuando, por alguna razón que no pude comprender, se granjeó el odio de los gobernantes. Lo detuvieron y lo metieron en la cárcel el mismo día en que Safie llegaba de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de aquella sentencia era flagrante: todo París estaba indignado, y se consideró que habían sido su religión y su riqueza, y en absoluto el crimen del que se lo acusó, las razones de su condena.

Felix estuvo presente en el juicio; no pudo controlar su espanto e indignación cuando oyó la decisión del tribunal. En aquel momento hizo una promesa solemne de liberarlo y luego se ocupó de buscar los medios para conseguirlo. Después de muchos intentos infructuosos para conseguir acceder a la prisión, descubrió una ventana sólidamente enrejada en una parte poco vigilada del edificio, desde la cual se veía la mazmorra del desafortunado mahometano, el cual, cargado de cadenas, aguardaba desesperado la ejecución de aquella bárbara sentencia. Felix acudió a la ventana enrejada por la noche y le hizo saber al prisionero sus intenciones de liberarlo. El turco, asombrado y esperanzado, intentó encender aún más el celo de su liberador con promesas de recompensas y riquezas. Felix rechazó sus ofertas con desprecio. Sin embargo, cuando vio

a la encantadora Safie, a la que le habían permitido visitar a su padre y quien, por sus gestos, le demostraba su más viva gratitud, el joven tuvo que admitir que el cautivo poseía un tesoro que realmente podría recompensar el esfuerzo y el peligro que iba a correr.

El turco inmediatamente percibió la impresión que su hija había causado en el corazón de Felix, e intentó asegurar su colaboración con la promesa de concederle su mano en matrimonio en cuanto se encontrara en un lugar seguro. Felix era demasiado noble como para aceptar aquella oferta, aunque observaba aquella posibilidad como la culminación de toda su felicidad.

A lo largo de los días siguientes, mientras proseguían los preparativos para la fuga del mercader, el entusiasmo de Felix se encendió aún más por varias cartas que recibió de aquella encantadora muchacha, que halló el medio para expresar sus pensamientos en la lengua de su amante con la ayuda de un anciano, un criado de su padre que sabía francés. Le agradecía a Felix, en los términos más vehementes, su bondadoso gesto, y al mismo tiempo lamentaba discretamente su propio destino.

Tengo copias de aquellas cartas porque durante mi estancia en el cobertizo encontré la manera de procurarme recado de escribir, y a menudo esas misivas estuvieron en manos de Felix y Agatha. Antes de separarnos, os las entregaré; así quedará probada la veracidad de mi historia;

pero por el momento, como el sol ya comienza a declinar, solo tendré tiempo para repetiros lo sustancial de las mismas.

Safie le explicaba que su madre era una árabe cristiana que había sido apresada y convertida en esclava por los turcos. Por su belleza, se ganó el corazón del padre de Safie, que se casó con ella[117]. La joven muchacha hablaba en los términos más elogiosos y entusiastas de su madre, pues, habiendo nacido libre, despreciaba la esclavitud a la que ahora se veía sometida. Instruyó a su hija en los principios de su religión y le enseñó a aspirar a una altura intelectual y a una independencia de espíritu superiores y prohibidas para las mujeres que siguen a Mahoma. Aquella mujer murió, pero

---

117 Mary escribió *Frankenstein* en un momento en que la esclavitud era todavía generalizada en Europa y América. La Francia revolucionaria la había abolido, pero Napoleón la reintrodujo tras llegar al poder. En Inglaterra, la ley que puso fin al comercio de esclavos británico en 1807 culminó dos notables décadas de activismo abolicionista, aunque la esclavitud persistiría hasta que la prohibió la Slavery Abolition Act en 1834. El propio William Godwin había escrito sobre la esclavitud en su obra más famosa*, Investigación acerca de la justicia política*, donde se preguntaba retóricamente: «¿Tenemos esclavos? Con diligencia nos cuidamos de ignorarlo» ([1793] 2013, 461). El Congreso de Viena, en el que las naciones europeas intentaron digerir las consecuencias de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, declaró su oposición a la esclavitud en 1815. En Estados Unidos, muchos estados del Norte emprendían un lento proceso de abolición y de liberación de sus esclavos en la época en que Mary escribía *Frankenstein*, pero la nación en conjunto no aboliría la esclavitud hasta después de la guerra de Secesión (1861-1865), con la aprobación de la Decimocuarta Enmienda a la Constitución. *(David H. Guston y Robert Cook-Deegan).*

sus enseñanzas quedaron impresas indeleblemente en la mente de Safie, que enfermaba ante la sola idea de regresar de nuevo a Asia y ser enclaustrada entre los muros de un harén, solo con permiso para ocuparse en pueriles entretenimientos que se acomodaban mal al temperamento de su alma, ahora acostumbrada a las ideas elevadas y a la noble emulación de la virtud. La perspectiva de casarse con un cristiano y permanecer en un país donde a las mujeres se les permitía tener un puesto en la sociedad le resultaba especialmente atractiva.

Se fijó el día para la ejecución del turco; pero la noche anterior pudo escapar de la prisión y, antes de que amaneciera, ya se encontraba a muchos kilómetros de París. Felix se había procurado pasaportes con el nombre de su padre, de su hermana y de sí mismo. Le contó su plan al primero, que colaboró en la añagaza abandonando temporalmente su casa con el pretexto de un viaje y se ocultó con su hija en un lugar apartado de París.

Felix condujo a los fugitivos por toda Francia hasta Lyon y luego cruzaron Mont-Cenis hasta llegar a Livorno, donde el mercader había decidido esperar una oportunidad favorable para pasar a dominios turcos.

Safie decidió quedarse con su padre hasta el momento de la partida, y este renovó su promesa de que la muchacha debía unirse a su libertador; Felix se quedó con ellos con la esperanza de que eso ocurriera. Mientras, disfrutó de la

compañía de la árabe, que le manifestó el cariño más sencillo y tierno. Hablaban con la ayuda de un intérprete y a veces con la interpretación de las miradas; y Safie le cantaba las celestiales melodías de su país natal.

El turco consintió aquella relación y alentó las esperanzas de los jóvenes enamorados, pero en realidad tenía otros planes bien distintos. Le repugnaba la idea de que su hija pudiera casarse con un cristiano, pero temía las represalias de Felix si se mostraba un tanto tibio, porque era consciente de que aún se encontraba en manos de su libertador, ya que podría denunciarlo a las autoridades de Italia, donde se encontraban en aquel momento. Ideó mil planes que le permitieran prolongar el engaño hasta que ya no fuera necesario… y entonces se llevaría a su hija con él. Las noticias que llegaron de París facilitaron enormemente sus planes.

El gobierno de Francia estaba furioso por la fuga del reo y no reparó en medios para descubrir y castigar al liberador. El plan de Felix se descubrió rápidamente y De Lacey y Agatha fueron encarcelados. Tales noticias llegaron a oídos de Felix y lo despertaron de su placentero sueño. Su padre, anciano y ciego, y su dulce hermana se encontraban ahora en una maloliente mazmorra, mientras él disfrutaba de la libertad y de la compañía de su enamorada. Esta idea lo atormentaba. Acordó con el turco que, si este último tenía la oportunidad de huir antes de que Felix pudiera regresar a Italia, Safie podría quedarse en calidad de huésped en un convento de Livorno; y después, despidiéndose de la

encantadora árabe, se dirigió apresuradamente a París y se puso en manos de la ley, esperando de este modo liberar a De Lacey y a Agatha.

Pero no lo consiguió. Permanecieron presos durante cinco meses antes de que tuviera lugar el juicio, y el fallo del mismo les arrebató su fortuna y los condenó al exilio perpetuo de su país natal.

Encontraron un refugio miserable en una casa de campo en Alemania, donde los encontré. Felix no tardó en saber que el turco traicionero, por el cual él y su familia soportaban aquella incomprensible opresión, al tener noticia de que su liberador había sido de aquel modo reducido a la miseria y a la degradación, había traicionado la gratitud y el honor, y había abandonado Italia con su hija, enviándole a Felix una insultante cantidad de dinero para ayudarle, como dijo, a conseguir algún medio para subsistir en el futuro.

Tales eran los acontecimientos que amargaban el corazón de Felix y que lo convertían, cuando lo vi por vez primera, en el miembro más desgraciado de su familia. Él podría haber soportado la pobreza; y si esta humillación hubiera sido la vara de medir su virtud, habría salido muy honrado de ello. Pero la ingratitud del turco y la pérdida de su adorada Safie eran desgracias más amargas e irreparables. Ahora, la llegada de la árabe infundía nueva vida en su alma.

Cuando a Livorno llegó la noticia de que Felix había sido privado de su riqueza y su posición, el mercader ordenó a su hija que no pensara más en su enamorado y que se preparara para regresar a su país natal con él. El generoso carácter de Safie se indignó ante aquella orden. Intentó protestar ante su padre, pero él la despidió furiosamente, reiterando su tiránico mandato.

Pocos días después, el turco entró en los aposentos de su hija y apresuradamente le dijo que tenía razones para creer que se había difundido que se encontraban en Livorno y que corrían el riesgo de ser entregados rápidamente al gobierno francés. Por tanto, había alquilado un barco que lo llevaría a Constantinopla, y hacia esa ciudad zarparía en breves horas. Intentó dejar a su hija al cuidado de un criado, para que partieran más adelante y con más tranquilidad, junto con la mayor parte de sus riquezas, que aún no habían llegado a Livorno.

Cuando se quedó sola, Safie pensó qué podría hacer en aquella terrible situación. La idea de vivir en Turquía le resultaba odiosa; su religión y sus sentimientos también se oponían a ello. Por algunos documentos de su padre que cayeron en sus manos, supo del exilio de su enamorado y memorizó el lugar en el que vivía. Durante algún tiempo estuvo indecisa, pero al final tomó una resolución. Cogiendo algunas joyas que le pertenecían y una pequeña suma de dinero, abandonó Italia con una criada natural de Livorno, que sabía la lengua de los turcos, y partió hacia Alemania.

Llegó sin más inconvenientes a una ciudad que se encontraba a unos ciento diez kilómetros de la granja de los De Lacey; entonces, su criada cayó gravemente enferma. Safie se ocupó de ella con todo el cariño, pero la pobre muchacha murió, y la árabe se quedó sola, sin conocer la lengua del país e ignorando absolutamente de las costumbres del mundo. En todo caso, cayó en buenas manos. La italiana había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían; y, tras su muerte, la mujer de la casa en la cual habían estado, se tomó la molestia de asegurarse de que Safie llegara sana y salva a la granja de su enamorado.

CAPÍTULO VII

Tal era la historia de mis queridos granjeros. Me impresionó profundamente. Y, a partir de la descripción de la vida social que se revelaba en aquella historia, aprendí a

admirar las virtudes y a despreciar los vicios de la humanidad[118].

Y, del mismo modo, consideraba el crimen como un mal alejado de mí; siempre tenía delante la bondad y la generosidad, animándome a desear convertirme en un actor en el alegre escenario donde se desarrollaban y se mostraban tantas cualidades admirables. Pero al dar cuenta de los avances de mi inteligencia, no debo omitir una circunstancia que aconteció a principios del mes de agosto de ese mismo año.

Una noche, durante mi acostumbrada visita al bosque cercano, donde recolectaba mi propia comida y desde donde llevaba a casa leña para mis protectores, encontré en el suelo una bolsa de cuero con varias prendas de vestir y algunos libros. Inmediatamente me hice con el botín y regresé con él a mi cobertizo. Los libros afortunadamente estaban escritos en la lengua y con las letras que había

---

118 Una parte importante de lo que somos como individuos se crea como reacción a lo que observamos en los demás. La criatura, abandonada por su creador, tiene la buena suerte de encontrar una familia admirable y encantadora a la que observar e intentar imitar. No está claro cuántas de las dignas cualidades de los De Lacey son genuinas y cuántas son fruto del deseo de la criatura de encontrar en otros las cualidades que desearía haber encontrado en su creador. Sin embargo, lo que sí queda claro es que el acto de creación solo supone un pequeño componente del relato de la criatura, y que lo mismo es cierto para cualquier iniciativa tecnológica o científica. El contexto social general en el que se da el acto de creación tendrá una repercusión sobre la forma y el lugar definitivos del conocimiento o las tecnologías creadas por el científico o el ingeniero. *(Sean A. Hays).*

aprendido en la granja; eran *El Paraíso perdido,* un libro con las *Vidas* de Plutarco y las *Desventuras de Werther*[119]. La posesión de aquellos tesoros me proporcionó un extraordinario placer; a partir de entonces constantemente estudié y ejercité mi intelecto en aquellas historias, mientras mis amigos estaban ocupados en sus labores cotidianas.

Apenas puedo describiros el efecto de esos libros. Produjeron en mí una infinidad de nuevas imágenes y sentimientos que algunas veces me elevaban hasta el éxtasis pero más frecuentemente me hundían en la más profunda desolación. En las *Desventuras de Werther,* además del interés de su sencilla y emocionante historia, se proponían tantas opiniones y se arrojaba tanta luz sobre lo que hasta entonces habían sido para mí asuntos completamente *ignorados*, que encontré en ese libro una fuente inagotable de reflexión *y* asombro. Las costumbres amables y hogareñas que describía, unidas a los delicados juicios y sentimientos que se expresaban sin ningún egoísmo, se

119 Esos tres textos formaban parte de la lista de lecturas de Mary para ese verano antes de que empezara a escribir *Frankenstein*. Constituyen una especie de educación literaria para la criatura. Empezando por Plutarco, de quien aprendería sobre los grandes líderes del mundo grecorromano y la naturaleza de la política y los asuntos públicos. En *Las desventuras del joven Werther* (1774) de Johann Wolfgang von Goethe, leería sobre la vida doméstica y las relaciones sociales, sobre todo en cuanto tienen que ver con el difícil período de la adolescencia y el crecimiento. Por último, en *El Paraíso perdido* (1667) de John Milton, la criatura aprendería sobre la fe y las complejidades del bien y el mal. En la historia de Milton, Satán, el ángel caído, es un antihéroe carismático que desafía a su creador. *(Ed Finn).*

acomodaban perfectamente a mi experiencia con mis protectores y a las necesidades que siempre habían estado vivas en mi corazón. Y pensaba que el propio Werther era el ser más maravilloso que hubiera visto o imaginado jamás. Su carácter no era pretencioso, pero dejó una profunda huella en mí. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio parecían pensadas para asombrarme completamente. Yo no pretendía juzgar los pormenores del caso; sin embargo, me inclinaba por la opinión del protagonista, cuya muerte lloré sin comprenderla del todo.

Mientras leía, sin embargo, comparaba las historias con mis propios sentimientos y con mi situación. Descubrí que era parecido, y sin embargo extrañamente distinto, a aquellas personas de los libros, de cuyas conversaciones yo era solo un observador. Simpatizaba con ellos y en parte los comprendía, pero mi intelecto aún era inmaduro; yo no dependía de nadie, ni estaba relacionado con nadie. «El camino de mi partida estaba abierto», y no había nadie que lamentara mi muerte. Mi aspecto era repugnante, y mi estatura, gigantesca. ¿Qué significaba aquello? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Me hacía aquellas preguntas constantemente, pero era incapaz de darles una respuesta[120].

120 ¿Quiénes somos en realidad? ¿De qué estamos hechos? ¿Qué es el yo? ¿Qué es lo que convierte a la creación en un monstruo? Por descontado, las respuestas a la última cuestión depende de cómo definamos el término *monstruo*. Victor construye su creación cosiendo partes del cuerpo

El libro de las *Vidas* de Plutarco que yo tenía relataba las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo un efecto sobre mí bastante diferente al de las *Desventuras de Werther*. De la historia de Werther aprendí el abatimiento y la tristeza; pero Plutarco me enseñó los nobles ideales: me elevó sobre la miserable esfera de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de las épocas pasadas. Muchas de las cosas que leía sobrepasaban con mucho mi entendimiento y mi

---

de muchos individuos, sin que la criatura conozca su propia identidad. La naturaleza compuesta de esta, su carencia de una identidad mental y física singular, es un elemento importante de su monstruosidad. Nuestros conocimientos científicos actuales acerca de qué estamos hechos pueden ayudarnos a comprender esta idea de monstruosidad. Los humanos y la mayoría de las demás formas de vida tenemos un conflicto genético interno. Este conflicto se debe a que estamos compuestos de entidades genéticamente distintas. Por ejemplo, en el «microquimerismo» hay células genéticamente distintas en un cuerpo humano que proceden de una madre o un hermano mayor (desde la perspectiva del niño) o del bebé (desde la perspectiva de la madre). También hay flora intestinal genéticamente distinta, que puede influir en el comportamiento, y otro tanto puede decirse de las infecciones víricas como la rabia. En estos casos, nuestra fisiología y comportamiento pueden verse influidos por entidades genéticamente distintas que tienen intereses biológicos distintos de los nuestros. Si tomamos la noción de Mary de monstruo y le sumamos nuestros conocimientos actuales sobre nuestra naturaleza genéticamente heterogénea, podemos llegar a una concepción potencialmente útil de monstruo como individuo cuya fisiología y comportamiento están bajo el control (total o parcial) de un individuo o población de individuos genéticamente distintos. Viéndonos como seres heterogéneos biológicamente, podemos explorar con mayor facilidad y es posible que con menos prejuicios la idea de la naturaleza compuesta del monstruo y la lucha de Victor con su creación. A diferencia de Victor, nosotros debemos asumir el hecho de que todos somos monstruos. (C. Athena Aktipis).

experiencia. Adquirí una idea muy confusa de los reinos y de las extensiones de los países, de los poderosos ríos y de los océanos infinitos. Y lo desconocía absolutamente todo de las ciudades y de las grandes aglomeraciones humanas. La granja de mis protectores había sido la única escuela en la que yo había estudiado la naturaleza humana. Pero aquel libro presentaba nuevas y formidables situaciones. Leí historias de hombres que se dedicaban a gobernar los asuntos públicos o a masacrar a sus semejantes. Sentí que crecía en mí una gran pasión por la virtud y un aborrecimiento por el vicio, al menos en la medida en que yo comprendía el significado de aquellos términos, relativos únicamente al placer y al dolor, pues en ese sentido los aplicaba. Movido por aquellos sentimientos, desde luego acabé admirando a los legisladores pacíficos, como Numa, Solón y Licurgo, más que a Rómulo y Teseo. La vida familiar de mis protectores consiguió que aquellas impresiones quedaran firmemente arraigadas en mi mente; tal vez si mi primer encuentro con la humanidad hubiera sido junto a un joven soldado que ardiera en deseos de gloria y sacrificio, podría haber quedado imbuido por diferentes sentimientos.

Y *El Paraíso perdido* despertó emociones distintas y bastante más profundas. Lo leí, como había leído los otros libros que habían caído en mis manos, como una historia verdadera. Sacudió en mí todos los sentimientos de asombro y veneración que era capaz de despertar la descripción de un Dios omnipotente combatiendo contra

sus criaturas. A menudo comparaba distintas situaciones conmigo mismo, porque su similitud me sobrecogía. Como Adán, yo fui creado aparentemente sin lazo alguno a ningún otro ser vivo, pero su situación era diferente de la mía en otros muchos aspectos. Él había nacido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz, próspera, y protegida por el amor incondicional de su Creador. Se le permitía hablar y adquirir conocimientos de los seres de naturaleza superior; pero yo era un desgraciado, y me encontraba indefenso y solo. Muchas veces pensaba que en realidad pertenecía a la estirpe de Satán porque a menudo, como él, cuando veía la dicha de mis protectores, la amarga bilis de la envidia me invadía por dentro.

Otra circunstancia reforzó y confirmó aquellos sentimientos. Poco después de que llegara al cobertizo, descubrí algunos papeles en el bolsillo de las ropas que había cogido de vuestro laboratorio. Al principio no les había prestado atención; pero ahora que ya era capaz de descifrar los signos en los que estaban escritos, comencé a estudiarlos con cuidado. Era vuestro diario: el diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. Vos describíais minuciosamente en aquellos papeles cada paso que dabais en el proceso de vuestro trabajo; esa historia estaba mezclada con algunos apuntes de cuestiones familiares. Sin duda recordáis esos papeles. Aquí están. En ellos se relata todo lo concerniente a mi origen maldito; todos los detalles de aquella serie de repulsivas circunstancias que lo hicieron

posible están ahí, a la vista. La minuciosísima descripción de mi odiosa y asquerosa persona se ofrece en un lenguaje que describe vuestros propios horrores y ha convertido los míos en una cicatriz imborrable. Enfermaba a medida que lo leía.

—¡Maldito sea el día en el que se me dio la vida! —grité desesperado—. ¡Maldito creador! ¿Por qué disteis forma a un monstruo tan espantoso que incluso vos mismo me disteis la espalda asqueado? Dios, en su piedad, hizo al hombre hermoso y atractivo, a su imagen y semejanza; pero mi figura no es más que un remedo inmundo de la vuestra, y más espantosa cuando se comparan[121]. Satán tenía compañeros, otros demonios que lo admiraban y lo animaban; pero yo estoy solo y todo el mundo me detesta.

---

121 Aquí Victor anticipa un problema al que se enfrentan los investigadores en el campo de la robótica y de la animación visual, así como en esferas relacionadas. Cualquiera que intente crear representaciones vívidas de organismos naturales se encontrará lo que el experto en robótica japonés Masahiro Mori ([1970] 2012) denomina el «valle inquietante». Los humanos pueden sentir una fuerte conexión empática hacia criaturas que no se parecen mucho a nosotros ni a otras formas de vida familiares. En el cine, por ejemplo, personajes como el robot Wall-E o el extraterrestre E.T. consiguen nuestra simpatía aunque su aspecto no nos resulte familiar. Pero, a medida que las representaciones se aproximan a la forma humana, pueden entrar en el «valle inquietante», donde leves desviaciones de nuestras expectativas pueden generar sentimientos de aversión o repugnancia. Mary sugiere aquí que la fealdad de la criatura no deriva de su diferencia tanto como de su inquietante semejanza a los humanos. Véase también el ensayo de Alfred Nordmann «Sin enturbiar por la realidad» en este volumen, que aborda los orígenes de la noción de lo inquietante. (Ed Finn).

Esas eran mis reflexiones en mis horas de abatimiento y soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de los granjeros, su amable y bondadoso carácter, me convencía de que cuando conocieran mi admiración por sus virtudes, tendrían piedad de mí y pasarían por alto la deformidad de mi persona. ¿Serían capaces de cerrarle la puerta a un ser que, aun siendo monstruoso, imploraba su compasión y amistad? Decidí al menos no desesperar, sino prepararme en todos los sentidos para afrontar un encuentro que decidiría mi destino. Pospuse aquella tentativa algunos meses más, porque la importancia de salir con bien de aquella situación me inspiraba también un horrible temor a fracasar. Además, descubrí que mi comprensión mejoraba tanto con las experiencias de cada día que no deseaba afrontar aquella empresa hasta que no transcurrieran algunos meses más y adquiriera más conocimientos.

Mientras tanto, varios cambios tuvieron lugar en la casa. La presencia de Safie irradiaba felicidad entre los moradores, y yo también descubrí que allí reinaba una mayor abundancia. Felix y Agatha empleaban más tiempo divirtiéndose y conversando y algunos criados les ayudaban en sus labores. No parecían ricos, pero estaban contentos y felices. Estaban tranquilos y en paz, mientras yo me sentía cada día más miserable. El hecho de aumentar mis conocimientos solo conseguía mostrarme más claramente que era un monstruo proscrito. Abrigaba una esperanza, es cierto, pero se desvanecía cuando veía mi imagen reflejada

en el agua o incluso cuando observaba mi sombra a la luz de la luna, por muy tenue y dudosa que fuera la silueta.

Intenté apartar de mí aquellos temores y fortalecerme para la prueba que tenía previsto llevar a cabo en el plazo de breves meses; y algunas veces me permitía el lujo de que mis pensamientos, sin el freno de la razón, vagaran por los jardines del Paraíso, y me atrevía a imaginar seres amables y encantadores que comprendían mis sentimientos y consolaban mi tristeza. Sus rostros angelicales me ofrecían sonrisas de compasión. Pero todo era un sueño. No había ninguna Eva que mitigara mis penas ni compartiera mis pensamientos. Estaba solo. Recordé las súplicas de Adán a su Creador, pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado, y con toda la amargura de mi corazón, lo maldije.

Así transcurrió el otoño. Vi, con sorpresa y temor, que las hojas amarilleaban y caían, y la naturaleza de nuevo adquiría el aspecto mortecino y desolado que tenía cuando por vez primera vi los bosques y la adorable luna. No me importaban los rigores del tiempo. Por mi constitución, estoy más preparado para sufrir el frío que el calor. Pero mis únicas alegrías consistían en ver las flores y los pájaros, y todas las galas del verano; cuando se me privó de todo aquello, volví la mirada a los granjeros. Su felicidad no había disminuido por el adiós del verano. Se querían y se comprendían, y sus alegrías, que dependían de las de los otros, no se interrumpían por lo que ocurriera a su alrededor. Cuanto

más los observaba, mayor era mi deseo de suplicarles protección y comprensión. Mi corazón anhelaba que aquellas encantadoras personas me conocieran y me quisieran, y que sus dulces miradas se dirigieran a mí con afecto era mi única ambición[122]. No me atrevía a pensar que pudieran volverme la espalda con desprecio u horror. A los pobres que se detenían y llamaban a su puerta nunca se los despedía con malos modales. Es verdad que yo iba a pedir

---

122 La comunión representa la conexión, un compartir o poseer en común que es básico para alcanzar nuestra humanidad plena. Los científicos sociales se refieren hoy a la comunión en términos de intimidad o tal vez de amor o incluso de apoyo social. Investigaciones recientes han descubierto lo que Mary intuyó hace dos siglos: las relaciones positivas son lo que nos mantiene sanos y felices. Captamos la ironía de observar a Victor persiguiendo su meta de crear vida a la vez que se aísla de lo que solo más tarde entenderá que es más vital: la comunión con la familia, los amigos y los seres amados. Y aunque le dé vida biológica a su creación, no sabe darle lo que es más importante: comunión con los demás. Muchos de nosotros parecemos impelidos a probar un medio alternativo de felicidad (la creación de nuestros propios monstruos, tal vez), antes de darnos cuenta de que las relaciones no son superfluas sino que resultan esenciales para nuestras vidas. El desdén y el rechazo de Victor hacia su propia creación (su deshumanización de la criatura) se convierte no solo en su propia perdición sino también en el agente causal de la transfiguración del estado natural de bondad de su creación en otro estado de violencia (las tentativas erróneas de liberarse de su dolor y soledad existenciales). Si Victor hubiera tenido en cuenta la comunión como rasgo esencial de la «vida», habría cambiado la difícil situación de su creación (que percibe que la comunión, aunque solo fuera con una persona, transformaría su vida) y también la suya propia. Mary presenta ingeniosamente la experiencia como un proceso de búsqueda de la comunión y liberación del dolor del aislamiento. Uno acaba preguntándose si toda persona debe afrontar la pérdida antes de comprender el valor de la comunión y si esta ocupa un lugar más central en las imaginaciones de los inventores e innovadores de hoy en día que en la de Victor. *(Douglas Kelley).*

tesoros más preciosos que un poco de pan o un lugar para descansar. Iba a pedir comprensión y cariño, y no creía que pudiera ser absolutamente indigno de ello[123].

El invierno adelantaba y, desde que desperté a la vida, ya se había cumplido todo un ciclo de estaciones. En aquel

123 La criatura de Victor ha conocido a la humanidad observando a seres humanos y leyendo poesía, filosofía clásica y una novela muy sentimental. Se cree merecedor o, al menos, no indigno, de recibir el trato amable que ha visto que los humanos se dan unos a otros. Se ha evaluado y se ha descubierto también como un ser humano. La autoestima, la afirmación de la valía que la gente se da a sí misma y a su comportamiento, es un concepto psicológico relativamente reciente, que data de finales de finales del siglo XIX, y este fragmento puede interpretarse como un ejemplo de la centralidad cada vez mayor del individuo, que se asocia con la aparición del romanticismo. Sin embargo, el proceso de evaluar el propio comportamiento y situarlo en relación con el de otras personas ha sido una constante humana desde el alba de la historia. La autoestima presupone la conciencia de sí mismo; puede relacionarse con el aumento de las posibilidades de supervivencia, comportamientos de base neurológica comunes a los muchos animales sociales no humanos en los que se ha identificado la existencia de una conciencia de sí mismos. Las investigaciones se han centrado recientemente en identificar comportamientos similares a la autoestima en primates y otros animales. La criatura de Victor parece tener, además del deseo de evaluar su propio comportamiento, la capacidad de juzgar la honestidad del mismo y del de los demás, es decir, posee sentido de la justicia. Hay pruebas de que una comprensión de la equidad o honestidad es un rasgo compartido por muchos animales, pero está pendiente la investigación para entender el mecanismo por el que diversos tipos de animales valoran si el comportamiento de otro es equitativo o no. Incluso los conceptos humanos de justicia pueden ser vagos y contradictorios, y pueden diferir de una cultura a otra, del mismo modo que la evaluación de los humanos individuales de su propio comportamiento no es necesariamente precisa y su opinión de sí mismos tampoco es necesariamente compartida por los demás (véase Blanchard y Blanchard 2003; y Heatherton y Vohs 2000). *(Eileen Gunn).*

entonces mi atención estaba únicamente centrada en mi plan para presentarme en casa de mis protectores. Le di mil vueltas a innumerables planes, pero lo que finalmente decidí fue entrar en su hogar cuando el anciano ciego estuviera solo. Yo era lo suficientemente inteligente para saber que la fealdad anormal de mi persona había sido el principal motivo de horror para aquellos que me habían visto antes. Mi voz, aunque desagradable, no tenía nada de terrible. Así pues, pensé que si podía ganarme la benevolencia del anciano De Lacey, en ausencia de sus hijos, podría tal vez de ese modo conseguir que mis jóvenes protectores me aceptaran.

Un día, cuando el sol brillaba sobre las hojas rojas que alfombraban la tierra y esparcía alegría aunque negaba el calor, Safie, Agatha y Felix salieron a dar un largo paseo por el campo, y el anciano, por su propio gusto, se quedó solo en la casa. Cuando sus hijos se marcharon, él cogió su guitarra y tocó varias canciones tristes y dulces, más dulces y tristes que todas las que le había oído tocar hasta entonces. Al principio su rostro parecía iluminado de placer, pero, a medida que cantaba, fue adquiriendo un gesto meditabundo y apesadumbrado; luego apartó el instrumento y se quedó absorto en sus pensamientos.

Mi corazón latía muy deprisa. Era la hora y el momento definitivo, en el que se decidirían mis esperanzas. Los criados se habían ido a una feria que se celebraba en la vecindad. Todo estaba en silencio, en el interior y alrededor de la casa.

Era una ocasión excelente; sin embargo, cuando iba a ejecutar mi plan, me fallaron las piernas y me derrumbé en tierra. Me levanté de nuevo y, reuniendo todo el valor del que fui capaz, aparté los maderos que había colocado delante de mi cobertizo para ocultarme. El aire fresco me reanimó, y con renovada determinación me aproximé a la puerta de la casa.

Llamé.

—¿Quién es? —preguntó el anciano—. Adelante…

Entré.

—Perdone esta intromisión —dije—. Soy un viajero, y solo necesito descansar un poco. Le estaría muy agradecido si me permitiera quedarme unos momentos junto al fuego.

—Pase —dijo De Lacey—, intentaré buscar el modo de atenderle; pero, desgraciadamente, mis hijos no están en casa y, como yo soy ciego, me temo que me será muy difícil encontrar algo para que pueda comer.

—No se moleste, amable señor: traigo comida; lo único que necesito es un poco de calor y descanso.

Me senté y se hizo el silencio. Sabía muy bien que cada minuto era precioso para mí; sin embargo, permanecí indeciso respecto a la manera de comenzar la conversación, cuando el anciano se dirigió a mí:

—Por su modo de hablar, extranjero, supongo que es usted compatriota mío… ¿Es usted francés?

—No, pero fui educado por una familia francesa y solo conozco esa lengua. Ahora voy a solicitar la protección de unos amigos, a quienes aprecio sinceramente y en cuyo favor he depositado todas mis esperanzas.

—¿Son alemanes?

—No, son franceses. Pero hablemos de otra cosa… Soy una persona desafortunada y abandonada. Miro a mi alrededor y no tengo parientes ni amigos en este mundo. Esas buenas gentes a quienes voy a visitar nunca me han visto y saben muy poco de mí. Me embargan mil temores; porque si fracaso, ya siempre seré un desheredado en este mundo.

—No desespere. Verdaderamente es triste no tener amigos: pero los corazones de los hombres, cuando no tienen prejuicios fundados en el egoísmo, siempre están llenos de amor fraternal y caridad. Así pues, tenga fe en sus esperanzas; y si esos amigos son buenos y amables, no desespere[124].

---

124 El comportamiento es producto de millones de años de evolución. En cuanto animales, los humanos tenemos algunos comportamientos que comparten y conservan muchas otras especies. El miedo, por ejemplo, es frecuente en el reino animal, y es útil al asegurar que nos mantenemos alejados de situaciones peligrosas. De manera similar, el egoísmo, o el concentrarse en conseguir los recursos que necesitamos para sobrevivir, es

—Son muy buenos… Son las mejores personas del mundo, pero, desgraciadamente, están predispuestos contra mí. Yo tengo buenas intenciones; hasta ahora no he hecho daño a nadie y en alguna medida he beneficiado a ciertas personas; pero un prejuicio fatal nubla los ojos de la gente; y, donde deberían ver a un amigo sensible y bueno, solo ven un monstruo detestable.

—Es verdaderamente lamentable, pero si usted es de verdad inocente, ¿no puede desengañarlos?

—Estoy a punto de intentar llevar a cabo esa tarea. Y es por esa razón por la que me siento abrumado por tantos temores. Aprecio mucho a esos amigos; ellos no lo saben, pero durante muchos meses les he hecho algunos favores en sus tareas cotidianas; pero creen que yo quiero hacerles daño, y es ese prejuicio el que deseo vencer.

---

algo que se ha dado en la vida desde su inicio. Pero ¿y el amor? ¿Y la compasión? ¿Dónde entra aquí el altruismo? ¿Son los humanos las únicas criaturas que hacen cosas que benefician a otros y no directamente a sí mismos? No, resulta que el comportamiento altruista se ha observado en diversas formas de vida: desde el perrito de la pradera que alertará a sus vecinos de la cercanía de un depredador (aunque al hacerlo se ponga él mismo en peligro) a los mohos mucilaginosos que viven la mayor parte de sus vidas como células sueltas pero deben decidir si cooperan para reproducirse (y al tomar esa decisión se convierten en parte del 20 por ciento que se sacrifican a sí mismas). Como muchas otras formas de vida, los humanos pueden ser egoístas a veces, pero también tienen una tremenda capacidad para anteponer las necesidades ajenas a las suyas propias. La cuestión es: ¿en qué circunstancias? *(Melissa Wilson Sayres)*.

—¿Dónde viven esos amigos?

—Cerca de aquí.

El anciano se detuvo un instante y luego añadió:

—Si usted quisiera confiarme abiertamente los detalles de su historia, quizá podría intentar desengañarlos. Soy ciego y no puedo juzgar su aspecto, pero hay algo en sus palabras que me asegura que es usted sincero. Yo soy pobre, y vivo en el exilio, pero será para mí un verdadero placer ser de alguna ayuda a cualquier ser humano.

—¡Qué buen hombre! Se lo agradezco, y acepto su generoso ofrecimiento. Me infunde usted nuevos ánimos con su amabilidad, y espero que, gracias a su ayuda, no me aparten de la compañía y la comprensión de sus semejantes.

—¡Que el cielo no lo permita…! Ni aunque usted fuera un verdadero criminal… porque eso solo podría conducirle a usted a la desesperación, y no incitarlo a la virtud. También yo soy desafortunado. Mi familia y yo hemos sido condenados, aunque somos inocentes: juzgue, pues, si no he de comprender sus infortunios.

—¿Cómo podría agradecérselo, mi mejor y único benefactor…? Por vez primera, en sus labios, oigo la voz de la comprensión dirigida a mí. Siempre le estaré agradecido, y su humanidad me asegura el éxito con los amigos con los que estoy a punto de encontrarme.

—¿Puedo saber cuáles son los nombres de sus amigos y dónde viven?

Guardé silencio. Aquel era el momento decisivo en el que se me arrebataría o se me concedería la felicidad para siempre. Luché en vano por encontrar el valor suficiente para contestarle; el esfuerzo acabó con todo el ánimo que me quedaba; me hundí en la silla y sollocé. Y en aquel momento oí los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía tiempo que perder; pero, aferrándome a la mano del anciano, grité:

—¡Ahora es el momento…! ¡Sálveme! ¡Protéjame! ¡Usted y su familia son los amigos que busco! ¡No me abandone en el momento decisivo…!

—¡Dios mío…! —exclamó el anciano—. ¿Quién es usted?

En aquel momento se abrió la puerta de la casa, y entraron Felix, Safie y Agatha. ¿Quién podría describir el horror y el asombro que sintieron al verme? Agatha se desmayó, y Safie, incapaz de ocuparse de su amiga, huyó de la casa corriendo. Felix se adelantó rápidamente y con una fuerza sobrenatural me apartó de su padre, a cuyas rodillas yo me había aferrado. En un arrebato de furia, me arrojó al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Podría haberlo despedazado y desmembrado allí mismo, igual que hace el león con el antílope. Pero mi corazón se hundió en la más triste de las amarguras, y me contuve. Vi que estaba a punto

de golpearme de nuevo cuando, sobreponiéndome al dolor y a la angustia, hui de la casa y, en medio de la confusión, escapé y me oculté sin que me vieran en el cobertizo.

CAPÍTULO VIII

¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué me dejaste vivir? ¿Por qué en aquel instante no apagaste la llama de la existencia que caprichosamente me diste? No lo sé… La desesperación aún no se había apoderado de mí; solo tenía sentimientos de rabia y venganza. Podría haber destruido con placer la casa y haber matado a sus moradores… y haber saciado mi furia con sus gritos y su dolor.

Cuando llegó la noche, salí de mi escondrijo y vagué por el bosque. Ya no me retenía el miedo a que me descubrieran, y pude dar rienda suelta a mi angustia con espantosos aullidos. Era como una bestia salvaje que ha roto sus cadenas, destrocé todo lo que se me puso por delante y deambulé por el bosque con la agilidad de un ciervo. ¡Oh…!

¡Qué noche más horrorosa pasé! Las gélidas estrellas brillaban burlándose de mí, los árboles desnudos me decían adiós con sus ramas, y aquí y allá el dulce canto de un pájaro rompía aquella quietud universal. Todo, salvo yo, descansaba o gozaba en paz. Yo, como el mismísimo demonio, albergaba un infierno en mi interior; y puesto que no encontraba a nadie que me comprendiera, deseé arrancar los árboles, sembrar el caos y la destrucción, y luego sentarme y disfrutar de aquel desastre.

Pero aquella fue una cascada de sensaciones que no podía durar. Acabé agotado por los excesos del esfuerzo y me derrumbé en la hierba húmeda, amargado con la impotencia de la desesperación. Entre los miles y miles de hombres que había en el mundo, no había ni uno que sintiera compasión por mí o quisiera ayudarme… ¿acaso debía yo tener alguna piedad para con mis enemigos? ¡No! Desde aquel momento le declaré guerra eterna a la humanidad y, sobre todo, a aquel que me había creado y que me había arrojado a aquella insoportable humillación[125].

---

125 En este punto de inflexión del relato, la criatura deja de imaginarse como Adán, el primer ser de una nueva creación de humanos o humanoides, y prefiere verse como el Satanás de Milton, al que ha leído. El poema épico *El Paraíso perdido* ([1667] 2007) cuenta la caída del ángel Satanás, que se enfrenta a Dios, es exiliado del cielo y trama su venganza contra su creador tentando a Adán y Eva para que coman el fruto del árbol del conocimiento prohibido. Condenado por Dios al infierno, el Satán de Milton está resuelto a convertir su infierno en un cielo y a deleitarse en su castigo, que él considera injusto. En la historia de Mary, la criatura, tras haber

Salió el sol. Oí las voces de los hombres y supe que era imposible regresar a mi escondrijo durante el día; de modo que me oculté en la espesura del bosque, y decidí dedicar las horas siguientes a reflexionar sobre mi situación.

Los rayos de sol y el aire puro del día me devolvieron en parte la calma; y cuando consideré lo que había ocurrido en la granja, no pude evitar creer que me había precipitado un tanto en mis conclusiones. Desde luego, había actuado imprudentemente. Era evidente que mi conversación había emocionado al padre y que me había comportado como un necio al mostrar mi figura y aterrorizar a sus hijos. Debería haber familiarizado al viejo De Lacey conmigo y, poco a poco, haberme ido mostrando al resto de la familia cuando hubieran estado preparados para soportar mi presencia. Pero no pensé que mis errores fueran irreparables; y, después de pensarlo mucho, decidí regresar a la casa, buscar al anciano y, con mis ruegos y súplicas, ganarlo para mi causa.

Aquellos pensamientos me tranquilizaron y, por la tarde, me sumí en un profundo sueño; pero la fiebre de mi sangre no me permitió gozar de un descanso apacible. La horrible escena del día anterior constantemente pasaba ante mis ojos: las mujeres huían y el furioso Felix me arrancaba de los pies de su padre. Me desperté exhausto; y descubriendo que

---

sobrepasado los límites de la razón y la compasión tras no recibir ningún gesto amable de los humanos, se aleja de la especie que la ha creado y se convierte en el antagonista de la humanidad. *(Ron Broglio).*

ya era de noche, me arrastré fuera de mi escondrijo y fui a buscar comida.

Cuando aplaqué mi hambre, dirigí mis pasos hacia el camino, bien conocido, que conducía a la granja. Todo estaba en paz. Me arrastré hasta mi cobertizo y permanecí allí, en silenciosa espera, hasta la hora en que la familia solía levantarse. La hora pasó, y el sol ya estaba muy alto en el cielo, pero los granjeros no aparecieron. Temblé violentamente, sospechando alguna horrible desgracia. El interior de la casa estaba oscuro y no se oía movimiento alguno. No puedo describir la angustia que sentí en aquellos momentos.

Entonces, dos campesinos pasaron por allí; pero, deteniéndose cerca de la casa, comenzaron a hablar, gesticulando mucho. No entendí lo que dijeron, porque su lengua era distinta a la de mis protectores. De todos modos, poco después, Felix apareció con otro hombre. Me sorprendió, porque yo sabía que él no había salido de la casa aquella mañana, y esperé con inquietud para descubrir, por sus palabras, el significado de aquellas extraños sucesos.

—¿Se da cuenta usted de que va a pagar tres meses de renta —le dijo el hombre que iba con él— y de que perderá lo que dé el huerto? No quiero aprovecharme injustamente de usted, así que le ruego que se tome algunos días para pensar bien su decisión…

—Es completamente inútil —contestó Felix—; no podremos volver jamás a esta casa. La vida de mi padre está en gravísimo peligro debido a la horrorosa circunstancia que le he contado. Mi mujer y mi hermana nunca olvidarán ese espanto. Le ruego que no insista. Aquí tiene usted su propiedad, y permita que me vaya inmediatamente de este lugar.

Felix temblaba horrorosamente mientras decía aquello. Él y su acompañante entraron en la casa, en la cual permanecieron algunos minutos, y luego se despidieron. Nunca volví a ver a nadie de la familia De Lacey.

Permanecí en mi cobertizo durante el resto del día, en un estado de inconcebible y estúpida desesperación. Mis protectores se habían ido y habían roto el único lazo que me unía al mundo. Por primera vez, los sentimientos de venganza y odio embargaron mi pecho, y no me esforcé en controlarlos; al contrario, dejándome arrastrar por la corriente, dejé que mi pensamiento se inclinara hacia la violencia y la muerte. Cuando pensaba en mis amigos… en la amable voz de De Lacey, en los encantadores ojos de Agatha y en la exquisita belleza de la árabe, aquellos pensamientos se desvanecían, y las copiosas lágrimas me calmaban un tanto. Pero luego, cuando pensaba que me habían rechazado y abandonado, regresaba la furia; y como no podía golpear a ningún ser humano, volvía mi ira contra cualquier objeto inanimado. Cuando se hizo de noche, coloqué mucha leña alrededor de la casa; y, después de

haber destruido todos los frutos del huerto, esperé impaciente hasta que la luna se escondió para comenzar el trabajo.

Con la noche adelantada, se levantó un fuerte viento desde el bosque y rápidamente dispersó las nubes que habían cubierto los cielos… Aquel vendaval se hizo más y más violento hasta convertirse en un poderoso huracán y produjo una especie de locura en mi ánimo que rompió todas las ataduras con la razón y la reflexión. Encendí una rama seca de un árbol y dancé con furia alrededor de aquella casa adorada, con los ojos aún clavados en el horizonte occidental, el lugar por donde la luna iba a ponerse. Parte de su esfera finalmente se ocultó, y yo agité mi rama ardiendo; desapareció la luna, y con un alarido, prendí la paja y el heno seco que había colocado. El viento inflamó el fuego, y la casa inmediatamente quedó envuelta en llamas que la abrazaban y la lamían con sus afiladas y destructivas lenguas.

En cuanto estuve seguro de que nada podría salvar ni la más mínima parte de aquella construcción, abandoné el lugar y busqué refugio en el bosque.

Y ahora, con el mundo ante mí, ¿hacia dónde encaminaría mis pasos? Decidí huir lejos del escenario de mis desgracias. Pero para mí, odiado y despreciado, todos los países iban a ser igual de espantosos. Al final, un pensamiento cruzó mi mente… Por vuestros papeles supe que vos habíais sido mi padre, mi creador; ¿y a quién podría recurrir con más justicia

sino a quien me había dado la vida? Entre las lecciones que Felix le había enseñado a Safie, no había faltado la geografía. Por eso sabía cómo se encontraban dispuestos los diferentes países del mundo. Vos habíais mencionado Ginebra, el nombre de vuestra ciudad natal, y hacia ese lugar decidí encaminarme.

Pero… ¿cómo iba a orientarme? Yo sabía que debía viajar en dirección suroeste para alcanzar mi destino, pero el sol era mi única guía. No conocía los nombres de las ciudades por las que tendría que pasar, ni podía pedir información a ningún ser humano. Pero no desesperé. Solo de vos podía esperar auxilio, aunque hacia vos no tuviera otro sentimiento que odio. ¡Creador insensible y despiadado…! Me otorgasteis sensaciones y pasiones, y luego me arrojasteis al mundo para desprecio y horror de la humanidad. Pero solo a vos podía dirigir mis súplicas y rogar piedad, y solo en vos decidí buscar la justicia que en vano intenté encontrar en cualquier otro ser de apariencia humana.

Mis viajes fueron penosos, y los sufrimientos que tuve que soportar, amargos. Ya estaba muy adelantado el otoño cuando abandoné la región en la que durante tanto tiempo había vivido. Viajaba solo por la noche, temeroso de encontrarme con algún rostro humano. La naturaleza se marchitó a mi alrededor y el sol ya no calentaba; la lluvia y la nieve me empapaban; los grandes ríos estaban congelados; las tierras estaban duras y heladas, y desnudas,

y no encontraba refugio alguno… ¡Oh, Tierra! ¡Cuán a menudo maldije a quien me dio el ser! La bondad de mi naturaleza había desaparecido, y todo en mi interior se tornó rencor y amargura. Cuanto más me acercaba al lugar donde vos vivíais, más profundamente sentía que el espíritu de la venganza se había adueñado de mi corazón. La nieve caía a mi alrededor, y las aguas se congelaron, pero yo no descansé. Algunas señales, aquí y allá, me guiaron en la buena dirección, y conseguí hacerme con un mapa del país, aunque a veces me equivocaba y me desviaba mucho del camino. La agonía de mi dolor no me daba descanso. Y nada ocurría de lo que mi rabia y mi desgracia no pudieran extraer su alimento. Pero una circunstancia que aconteció cuando llegué a los confines de Suiza, cuando el sol ya había recuperado parte de su calor y la tierra de nuevo comenzaba a mostrarse verde, confirmó de un modo particular la amargura y el horror de mis sentimientos.

Generalmente descansaba durante el día y viajaba solo por la noche, cuando estaba seguro de que los hombres no me verían. Sin embargo, una mañana, descubriendo que mi camino discurría por un bosque profundo, me aventuré a continuar mi viaje después de que ya hubiera amanecido. El día, que era uno de los primeros de la primavera, incluso consiguió animarme con la belleza de los rayos del sol y la dulzura de la brisa. Sentí que revivían en mí emociones de bondad y placer que parecían haber muerto hacía mucho tiempo; casi sorprendido por aquellas nuevas emociones,

me dejé arrastrar por ellas y, olvidando mi soledad y mi deformidad, me atreví a sentirme feliz. Las dulces lágrimas de nuevo abrasaron mis mejillas, e incluso elevé con agradecimiento mis ojos humedecidos hacia el maravilloso sol que derramaba aquella alegría sobre mí.

Continué serpenteando por los caminos del bosque hasta que llegué al final, donde lo bordeaba un río profundo y rápido en el cual muchos árboles dejaban caer sus ramas, ahora llenas de brotes de la reciente primavera. Allí me detuve, sin saber exactamente qué camino seguir, cuando oí voces que me obligaron a esconderme bajo la sombra de un ciprés. Apenas estaba oculto cuando una niña vino corriendo hasta el lugar donde estaba escondido, riendo y jugando como si huyera para escapar de alguien. Continuó su carrera junto al borde cortado del río, cuando de repente su pie resbaló, y cayó en los rápidos. Salí inmediatamente de mi escondrijo y, con un inmenso esfuerzo contra la corriente del río, la salvé y la arrastré de nuevo a la orilla. Estaba sin sentido, e intenté por todos los medios y con todas mis fuerzas reanimarla, cuando de repente me vi sorprendido por la llegada de un campesino, que probablemente era la persona de quien la niña se escondía jugando. Al verme, el hombre se abalanzó sobre mí, arrebatándome a la niña de los brazos, y huyó hacia lo más profundo del bosque. Lo seguí rápidamente, apenas sé por qué; pero cuando el hombre vio que lo seguía de cerca, me apuntó con un arma

que llevaba y disparó. Me desplomé en la tierra y él, aún más deprisa, se internó en el bosque y desapareció.

¡Aquella fue la recompensa a mi bondad! Había salvado a un ser humano de la muerte y, como recompensa, ahora me retorcía entre horribles dolores por un disparo que me había destrozado la carne y el hueso. Los sentimientos de bondad y amabilidad que había albergado solo unos instantes antes dieron lugar a una furia infernal y al rechinar de dientes… inflamado por el dolor, juré odio eterno y venganza a toda la humanidad. Pero el dolor que me causaba la herida me venció, mi pulso se detuvo y me desmayé.

Durante algunas semanas llevé una vida miserable en aquellos bosques, intentando curarme la herida. La bala me había perforado el hombro, y yo no sabía si aún permanecía allí o lo había traspasado; en cualquier caso, no tenía medios para sacarla. Mis sufrimientos aumentaron también por el opresivo sentimiento de injusticia e ingratitud. Mis juramentos diarios clamaban venganza… una venganza absoluta y mortal, porque solo así podría compensar los ultrajes y el dolor que había sufrido.

Después de algunas semanas, mi herida curó, y continué mi viaje. Ni el brillo del sol ni las suaves brisas de la primavera pudieron aliviar ya los trabajos que tuve que soportar; toda alegría no era más que una burla para mí, que insultaba mi soledad y me hacía sentir más dolorosamente que yo no estaba hecho para disfrutar de la felicidad.

Pero mis sufrimientos ya se acercaban a su conclusión, y dos meses después llegué a los alrededores de Ginebra.

Era casi de noche cuando llegué a las afueras de la ciudad, y me aparté a un lugar escondido en los campos que la rodean para pensar en el modo de dirigirme a vos. Me encontraba abatido por el cansancio y el hambre, y me sentía demasiado desgraciado para disfrutar de las dulces brisas del atardecer o las vistas del sol poniéndose tras las imponentes montañas del Jura.

En aquel momento, cuando un ligero sueño aliviaba las penas de mis pensamientos, me despertó la aparición de un hermoso muchacho que entró en mi escondrijo corriendo con la juguetona alegría de la infancia. De repente, cuando lo miré, una idea se apoderó de mí… que aquella pequeña criatura seguramente no tendría prejuicios y que había vivido muy poco tiempo como para haberse imbuido del horror hacia la deformidad. Así pues, si pudiera hacerme con él y educarlo como mi compañero y amigo, no me encontraría tan solo en este mundo.

Apremiado por aquel impulso, agarré al muchacho y lo sujeté. En cuanto vio mi figura, puso las manos delante de los ojos y profirió un agudo chillido. Le aparté las manos de la cara por la fuerza y le dije:

—Muchacho, ¿qué haces…? No pretendo hacerte daño; escúchame…

Él luchaba con violencia por huir.

—¡Déjame! —gritaba—. ¡Monstruo! ¡Demonio horrible! ¡Quieres devorarme y destrozarme en mil pedazos…! ¡Eres un ogro! ¡Déjame, o llamaré a mi papá…!

—Chico…, jamás volverás a ver a tu padre… Vas a venir conmigo.

—¡Monstruo espantoso…! ¡Déjame, déjame! Mi papá es magistrado… Es el señor Frankenstein… ¡Te castigará! ¡No te atrevas a tocarme…!

—¡Frankenstein! Entonces perteneces a mi enemigo… a aquel a quien he jurado venganza eterna… Tú serás mi primera víctima.

El muchacho aún porfiaba y me insultaba con gritos que solo conseguían llevar la desesperación a mi corazón. Lo cogí por la garganta para intentar que se callara, y un instante después yacía muerto a mis pies.

Observé a mi víctima, y una alegría y un triunfo infernal embargaron mi corazón… y mientras aplaudía, exclamé:

—Yo también puedo sembrar la desolación. Mi enemigo no es invulnerable; esta muerte lo hundirá en la desesperación, y miles y miles de desgracias lo atormentarán y lo destruirán.

Cuando clavé mis ojos en el muchacho, vi algo que brillaba en su pecho. Lo cogí. Era el retrato de una mujer hermosísima. A pesar de mi maldad, aquel retrato me calmó y atrajo mi atención. Durante unos breves instantes observé con deleite sus ojos oscuros y profundos, sus largas pestañas y sus adorables labios, pero de inmediato volvió a invadirme la ira: recordé que me habían privado para siempre de los placeres que criaturas como aquella podrían proporcionarme; y que aquella cuyo rostro contemplaba, si me mirara, habría cambiado aquel aire de divina bondad por un gesto de horror y repugnancia.

¿Acaso os sorprende que semejantes pensamientos me volvieran loco de rabia? Yo solo me maravillo de que en aquel momento, en vez de dar al viento mis emociones mediante inútiles exclamaciones y dolor, no me precipitara contra la humanidad y pereciera en mi deseo de destruirla.

Mientras me sentía embargado por aquellos sentimientos, abandoné el lugar en el que había cometido el asesinato y busqué un escondrijo más apartado. En aquel momento vi a una mujer que pasaba cerca… Era joven, ciertamente no tan hermosa como la del retrato que yo tenía, pero de agradable aspecto y en la encantadora flor de la juventud y de la salud. Ahí va, pensé, una de aquellas mujeres que entregan sus sonrisas a todo el mundo, excepto a mí. No escapará a mi venganza; gracias a las lecciones de Felix y a las sanguinarias leyes de los hombres, he aprendido a hacer el mal. Me

acerqué a ella sin ser notado y coloqué el retrato a buen recaudo en uno de los bolsillos de su vestido.

Durante algunos días estuve merodeando por el lugar en el que se habían desarrollado aquellos acontecimientos, a veces deseando poder veros, y a veces decidido a abandonar el mundo y sus miserias para siempre. Al final me dirigí hacia estas montañas y he recorrido todas esas grutas inmensas, consumido por una ardiente pasión que solo vos podéis calmar. Y no podemos despedirnos hasta que me hayáis prometido cumplir con mis peticiones. Estoy solo y soy muy desgraciado. Nadie querrá estar conmigo, pero una mujer tan deforme y horrible como yo no me rechazaría[126]. Mi compañera debe ser como yo y tener los mismos defectos. Ese es el ser que debéis crear para mí.

126 Mary, para acentuar el paralelismo entre Victor y la criatura y plantear los temas feministas que le interesaban, hace que la criatura quiera instrumentalizar la potestad de crear vida pidiéndole a Victor que cree una compañera que «no me rechazaría» y así satisfacer sus propios deseos egoístas. *(David H. Guston).*

CAPÍTULO IX

La criatura terminó de hablar y clavó su mirada en mí, esperando una respuesta. Pero yo estaba desconcertado y perplejo, y era incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para comprender el significado de su propuesta. Él añadió:

—Debéis crear una compañera para mí, una mujer con la que pueda vivir, que me comprenda y a la que yo pueda comprender, para poder existir. Solo vos podéis hacerlo, y lo exijo como un derecho que no debéis negarme.

La última parte de su historia había renovado en mí la ira que se había desvanecido en parte cuando hablaba de la pacífica vida de los campesinos, pero cuando dijo aquello, no pude contener la rabia que ardía en mi interior.

—¡Pues claro que me niego! —contesté— y por nada del mundo conseguirás que acceda a ello. Puedes convertirme en el hombre más desgraciado de la tierra, pero no conseguirás que me rebaje y me convierta en un ser despreciable ante mí mismo. ¿Es que debo crear otro ser como tú, para que vuestra maldita alianza destruya el mundo? ¡Apártate de mí! Ya te he contestado. Puedes matarme, pero no lo haré.

—Estáis equivocado —replicó aquel engendro—, y, en vez de amenazaros, estoy dispuesto a razonar con vos. Soy malvado porque soy desgraciado. ¿O no me desprecia y me odia toda la humanidad? Vos, mi creador, me destrozaríais en mil pedazos y os alegraríais de semejante triunfo. Recordad eso… y decidme por qué debería apiadarme de un hombre que no tiene piedad de mí. Si me arrojaseis a una de esas grietas de hielo y destruyerais mi cuerpo, obra de vuestras propias manos, ni siquiera lo llamaríais asesinato. ¿Debo respetar a un hombre que me condena? Mejor será que convivamos y colaboremos amablemente, y, en vez de daños, derramaría sobre vos todos los beneficios imaginables, con lágrimas de gratitud. Pero eso no puede ser; las emociones humanas son barreras infranqueables para nuestra alianza. Sin embargo, no me someteré como un esclavo abyecto. Vengaré mis sufrimientos; si no puedo inspirar amor, causaré terror; y principalmente a vos, mi enemigo supremo, porque sois mi creador, os he jurado odio eterno. Me esforzaré en destruiros, y no daré por terminada

mi tarea hasta que arrase vuestro corazón y maldigáis la hora de vuestro nacimiento.

Una ira diabólica animaba su rostro cuando dijo aquello; su cara se contraía en muecas demasiado horribles para que un ser humano pudiera tolerarlas; pero al final se calmó y continuó:

—Intentaba razonar… Esta obsesión me perjudica, porque no comprendéis que solo vos sois la causa de su virulencia. Si alguien fuera capaz de ser bondadoso conmigo, yo devolvería entonces esa bondad doblada cien veces cien; solo por una criatura así, sería capaz de hacer las paces con toda la humanidad. Pero ahora estoy fantaseando con sueños que nunca podrán cumplirse. Lo que os pido es razonable y justo. Solo exijo una criatura de otro sexo, pero tan espantosa como yo. Es un consuelo pequeño, pero eso es todo lo que puedo recibir, y será suficiente para mí. Es verdad que seremos monstruos y que estaremos apartados del mundo, pero precisamente por eso nos sentiremos más unidos el uno con el otro. No seremos felices, pero no haremos mal a nadie y no sufriremos la desdicha que ahora siento yo. ¡Oh… mi creador! Hacedme feliz; permitidme que sienta gratitud hacia vos por ese único acto de bondad para conmigo. Permitidme comprobar que soy capaz de inspirar la comprensión de otra criatura. No me neguéis esta petición.

Me sentí conmovido. Temblaba cuando pensaba en las posibles consecuencias de aceptar, pero creí que había una parte de justicia en su argumentación. Su relato y los sentimientos que ahora expresaba demostraban que era una criatura de emociones delicadas; y yo, como su hacedor, ¿no debía proporcionarle toda la felicidad que estuviera en mi mano concederle? Él percibió el cambio en mis sentimientos y continuó:

—Si consentís, ni vos ni ninguna criatura humana nos volverá a ver jamás. Me iré a las vastas selvas de Sudamérica. Mi alimento no es como el de los hombres; yo no mato a un cordero ni a un cabrito para saciar mi apetito. Las bellotas y las bayas me proporcionan suficiente alimentación. Mi compañera será de la misma naturaleza que yo y se contentará con lo mismo. Haremos nuestro lecho con hojas secas; el sol nos iluminará como a todos los hombres y madurará nuestros alimentos. El cuadro que os presento es amable y humano, y debéis sentir que solo os podríais negar haciendo uso de una tiranía y una crueldad caprichosas. Aunque habéis sido despiadado conmigo, veo compasión en vuestros ojos. Permitidme que aproveche este momento favorable y os persuada para que me prometáis lo que tan ardientemente deseo.

—Has prometido —contesté— que os apartaréis de los lugares donde habitan los hombres e iréis a vivir a las selvas donde las bestias serán vuestra única compañía. ¿Cómo vas a poder mantener esa promesa de exilio, tú, que ansías

tanto el cariño y la comprensión[127] del hombre? Volverías, y buscarías su amabilidad, y volverías a encontrarte con su

127 El término *sympathy* [aquí traducido como «comprensión», aunque el campo semántico de «simpatía» en español también abarca muchos de los sentidos que se mencionan a continuación en inglés, entre ellos los científicos] tenía múltiples significados en el inglés de principios del siglo XIX, algunos de los cuales tienen que ver con el discurso científico y otros con la filosofía moral. La palabra significaba por entonces lo que significa hoy para nosotros: una especie de vía de acceso a los sentimientos de otra persona. Pero también tenía connotaciones somáticas, carnales. En *On Sympathy* (2008), Sophie Radcliffe lo explica así: «La duda sobre si "*sympathy*" existe como sentimiento somático en sí o como un estado de ánimo resultante de un acto de conocimiento persiste a lo largo de los siglos XIX y XX, con términos e ideas de los discursos científicos filtrándose en obras literarias y viceversa» (ver «Nos ha ocurrido un incidente…»). Encontramos esa opinión en una definición de la palabra que ha pasado de moda pero era habitual en la época en que escribía Mary: «Una relación entre dos órganos o partes del cuerpo (o entre dos personas) de manera que un trastorno, o cualquier otra variación, en uno de ellos induce una variación correspondiente en el otro» (*Oxford English Dictionary*). También se planteaba entonces la cuestión de si la *sympathy* tenía género, si las mentes o cuerpos de las mujeres están mejor dispuestos para vivir admirables momentos de comunión de sentimientos como consecuencia de sus supuestamente compartidas características físicas, mentales o vitales. Se pensaba que, en especial las madres, tenían capacidades superiores para la *sympathy* debido a sus funciones en la creación, el parto y la crianza de los hijos. También se planteaban otras cuestiones: ¿son los científicos (mayoritariamente varones, como en esta novela) capaces de sentir *sympathy* (que, según el estereotipo, es un sentimiento femenino, maternal)? ¿De qué adolecen sus opiniones o logros científicos si ellos no llegan al tipo correcto o los niveles necesarios de *sympathy, sea por falta de experiencia o por defectos supuestamente biológicos?* A lo largo de *Frankenstein*, las invocaciones a la *sympathy* solicitan a los lectores que investiguen qué origina el sentimiento compartido entre personas o criaturas y qué significa ese sentimiento en el acto de crear y criar nueva vida. ¿Procede la *sympathy* de la mente? ¿Se aprende mediante la educación y el

desprecio; tus malvadas pasiones se reavivarían, y entonces contarías con una compañera que te ayudaría a cumplir tus deseos de destrucción. No puede ser. No insistas. Apártate… No puedo aceptar.

—¡Qué inconstantes son vuestros sentimientos…! Solo hace un momento parecíais conmovido por mis súplicas: ¿por qué volvéis a endureceros ante mis quejas? Os juro, por la tierra que piso, y por vos, que me habéis creado, que con la compañera que me concedáis me alejaré de la presencia de los hombres y viviré, si es necesario, en los lugares más salvajes. Mis malas pasiones desaparecerán porque habré encontrado la comprensión. Mi vida transcurrirá apaciblemente, alejada de todo, y en el momento de morir no maldeciré a mi hacedor.

---

ejercicio del entendimiento? En ese caso, ¿puede enseñársele a todo el mundo? ¿O acaso emana del cuerpo, tanto si es imaginado como universalmente «humano» (en cuyo caso la criatura es una clase intermedia, liminar) como si está diferenciado por sexo o género? Mary entra en estos debates de su época y, como en este fragmento, parece indicar que la *sympathy* falla cuando no hay identificación con el otro. Este defecto, en lo que se refiere a la criatura, puede interpretarse como originado tanto en la mente como en el cuerpo, o fruto de una carencia somática en los hombres o de esa misma carencia en los seres humanos en general. Mary no da respuestas sencillas y deja muchas preguntas abiertas para que el lector se implique y reflexione sobre de dónde procede propiamente la necesaria *sympathy, cómo puede ejercerse y cómo repercute en la investigación científica. (Devoney Looser).*

Sus palabras tuvieron un extraño efecto en mí. Me compadecí de él y, por un momento, sentí el impulso de consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía aquella masa inmunda que se movía y hablaba, mi corazón enfermaba y mis sentimientos se transformaban en horror y odio. Intenté sofocar esas emociones. Pensaba que, aunque no pudiera apreciarlo en absoluto, no tenía derecho a negarle la pequeña porción de felicidad que estaba en mi mano poder proporcionarle.

—Juras no hacer daño a nadie —dije—, pero ¿no has demostrado ya tu implacable maldad? ¿No debería desconfiar de ti? ¿No será esto una trampa para engrandecer tu victoria? ¿No estaré proporcionándote más ocasiones para tu venganza?[128].

—¿Cómo…? Pensaba que os habíais compadecido de mí y, sin embargo, aún os negáis a concederme el único bien que aplacaría mi corazón y me convertiría en un ser inofensivo. Si no tengo relaciones ni afectos, me entregaré al odio y a la

128 Victor tiene motivos para desconfiar de la criatura. Como en la fábula de Esopo del niño que grita ¡lobo!, una vez se ha perdido la confianza, es difícil recuperarla. Victor siente compasión por la petición de la criatura, pero recuerda los actos malvados que esta ha realizado y se pregunta si puede creerse algo de lo que la criatura dice. Piénsese en las investigaciones de los científicos a los que se ha pillado en una mentira: todo lo que se atribuyan después de la mentira de pronto se vuelve sospechoso, independientemente de su veracidad. Por ejemplo, Hwang Woo-suk, un científico coreano, afirmó de manera fraudulenta que había creado células madre embrionarias humanas mediante la clonación, así que su regreso al mundo de la clonación científica se ha reducido a la investigación con animales. *(Mary Drago).*

maldad. El amor de otro ser destruirá la razón de mis crímenes y me convertiré en algo de cuya existencia nadie sabrá. Mis maldades son hijas de una soledad forzada que aborrezco, y mis virtudes florecerán necesariamente cuando reciba la comprensión de un igual. Sentiría el afecto de un ser vivo y me convertiría en un eslabón en la cadena de la existencia y de los acontecimientos de los que ahora estoy excluido.

Me detuve un poco a reflexionar todo lo que había dicho y a meditar los argumentos que había utilizado. Pensé en las prometedoras virtudes que había mostrado al principio de su existencia, y en la subsiguiente ruina de todos aquellos amables sentimientos por culpa del desprecio y el espanto que sus protectores habían manifestado hacia él. En mis cálculos no olvidé ni su fuerza ni sus amenazas: una criatura que podía vivir en las grutas de hielo de los glaciares y podía ocultarse de sus perseguidores en las aristas de precipicios inaccesibles era un ser que poseía facultades a las que era imposible hacer frente. Después de una larga pausa para meditar, concluí que la justicia debida tanto a él como a mis semejantes me obligaba a acceder a sus peticiones. Así pues, volviéndome hacia él, le dije:

—Accedo a tu petición, con la siguiente condición: que me prometas solemnemente que abandonarás Europa, para siempre, y cualquier otro lugar donde haya seres humanos, tan pronto como ponga en tus manos la hembra que te acompañará en tu exilio.

—¡Lo juro —gritó— por el sol y por los cielos azules del Paraíso, que si cumplís con mi petición, mientras existan jamás volveréis a verme! Marchad, entonces, a vuestra casa y comenzad los trabajos. Observaré vuestros progresos con incontenible ansiedad, y, descuidad, que cuando todo esté preparado, yo apareceré.

Y diciendo aquello, rápidamente se alejó de mí, temeroso quizá de que cambiara de opinión. Le vi descender la montaña más veloz que el vuelo del águila y rápidamente lo perdí de vista entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato había durado todo el día, y el sol ya estaba sobre la línea del horizonte cuando él partió. Yo sabía que debía comenzar a descender inmediatamente hacia el valle, pues muy pronto me vería envuelto en una completa oscuridad. Pero mi corazón estaba apesadumbrado, y avanzaba con pasos lentos. El esfuerzo de ir serpenteando por los pequeños senderos, y fijando mis pies firmemente mientras avanzaba, me agotaba, absorto como estaba en las emociones que los acontecimientos de aquel día habían despertado en mí. Ya era muy de noche cuando llegué a un lugar de descanso que hay a mitad de camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban de tanto en tanto, a medida que las nubes pasaban por delante. Los oscuros abetos se elevaban frente a mí, y por todas partes, aquí y allá, los árboles quebrados yacían en tierra; era un paisaje de maravillosa solemnidad que encendió extraños

pensamientos en mi interior. Lloré amargamente y, retorciéndome las manos de dolor, exclamé:

—¡Oh, estrellas, y nubes, y vientos… todos os burláis de mí! ¡Si realmente tenéis piedad de mí, impedid que sienta, impedid que tenga recuerdos! ¡Permitid que desaparezca! ¡Y si no, alejaos; alejaos y dejadme en la oscuridad!

Eran pensamientos enloquecidos y desesperados, pero no puedo describir hasta qué punto el eterno centellear de las estrellas me abrumaba, y cómo esperaba que cada ráfaga de brisa fuera un espantoso y turbio viento del sur que me consumiera.

Ya había amanecido cuando llegué a la aldea de Chamonix; pero mi aspecto, macilento y extraño, apenas pudo calmar los temores de mi familia, que había estado angustiada toda la noche esperando mi regreso.

Al día siguiente regresamos a Ginebra. La intención de mi padre con aquel viaje había sido distraerme y devolverme la tranquilidad perdida. Pero el remedio había resultado fatal, e incapaz de comprender aquella abrumadora tristeza que parecía estar sufriendo, se apresuró a ordenar el regreso a casa, esperando que la tranquilidad y la calma de la vida familiar aliviara poco a poco mis sufrimientos, cualquiera que fuera su causa.

Por mi parte, apenas participé en todos los preparativos, y ni siquiera el amable cariño de mi amada Elizabeth servía para arrancarme de las profundidades de la desesperación. La promesa que le había hecho a aquel demonio pesaba en mi espíritu como las capas de hierro que llevaban los infernales hipócritas de Dante. Todos los placeres de la tierra y del cielo pasaban ante mí como en un sueño, y solo aquel pensamiento me parecía realidad. ¿Es que alguien puede admirarse de que en ocasiones sufriera una especie de locura, o de que viera en torno a mí una multitud de espantosas bestias infligiéndome incesantes torturas que a menudo me hacían proferir gritos y amargos lamentos?

Sin embargo, poco a poco, aquellos sentimientos se calmaron. Volví a sumirme en la vida cotidiana, si no con interés, al menos con cierto grado de tranquilidad.

FIN DEL LIBRO II

LIBRO III

CAPÍTULO I

Día tras día, semana tras semana fueron transcurriendo tras mi regreso a Ginebra, y no reuní el valor suficiente para comenzar el trabajo. Temía la venganza del demonio si lo defraudaba, sin embargo, era incapaz de vencer mi repugnancia a emprender la tarea que se me había impuesto[129]. También descubrí que me resultaría imposible componer una mujer sin volver a dedicarle muchos meses

129 Victor y su interlocutor, Walton, parecen considerar el valor uno de los atributos humanos más mecánicos, un atributo compartido con algunos de los animales inferiores. Ser valiente es un medio para un fin antes que algo que admirar en sí; de otro modo, Victor sentiría sin duda más admiración por la criatura que ha creado, y Walton habría encontrado un amigo entre los intrépidos marineros que contrató en San Petersburgo. Es la falta de valor de Victor la que impulsa la trama durante la mayor parte de la novela. Se ve movido a la acción o a la inacción por el miedo, la repulsión y la rabia, pero nunca por el valor. Si hubiera tenido el coraje de afrontar directamente las consecuencias de su experimento, ¿cuánto dolor y pesar podría haberse evitado? *(Sean A. Hays).*

de estudio y laboriosas pruebas. Había oído que un filósofo inglés había hecho algunos descubrimientos, cuyo conocimiento me sería de mucha utilidad, y en ocasiones pensaba pedirle permiso a mi padre para visitar Inglaterra con esa intención; pero me aferraba a cualquier excusa para retrasarlo y no me decidía a interrumpir mi tranquilidad recuperada. Mi salud, que hasta entonces se había resentido, había mejorado mucho; y, cuando no lo impedía el recuerdo de mi desgraciada promesa, me encontraba bastante animado. Mi padre observó aquel cambio con placer y constantemente buscaba el mejor método para erradicar los restos de la melancolía que de vez en cuando regresaba y me atacaba con su feroz oscuridad, ensombreciendo el anhelado amanecer. En esos momentos me refugiaba en la más absoluta soledad: pasaba días enteros en el lago, solo, en un pequeño bote, mirando las nubes y escuchando el murmullo de las olas, en silencio y en completa indiferencia. Pero el aire fresco y el sol brillante con mucha frecuencia conseguían devolverme en alguna medida la compostura; y cuando regresaba, respondía a los saludos de mis amigos con una sonrisa más dispuesta y un espíritu más afectuoso.

Fue después de volver de una de esas excursiones cuando mi padre, llamándome aparte, se dirigió a mí del siguiente modo:

—Mi querido hijo, me alegra mucho comprobar que has vuelto a tus antiguos placeres y parece que vuelves a ser tú

mismo. Y, sin embargo, aún estás triste y rehúyes nuestra compañía. Durante un tiempo he estado completamente perdido al respecto y no podía ni siquiera imaginar cuál podría ser la causa de esto; pero ayer se me ocurrió una idea, y si está bien fundada, te ruego que me la confirmes. En este punto, la discreción no solo sería completamente inútil, sino que contribuiría a triplicar nuestras tribulaciones.

Temblé visiblemente cuando terminó aquella introducción, y mi padre continuó:

—Te confieso, hijo mío, que siempre he considerado el matrimonio con tu prima como el fundamento de nuestra felicidad familiar y el báculo de mi ancianidad. Os conocéis desde que erais muy niños; estudiabais juntos y parecía, por vuestros caracteres y gustos, que estabais hechos el uno para el otro. Pero los hombres a veces estamos tan ciegos… y lo que yo creía que podía ser lo mejor para encauzar mi plan puede haberlo arruinado por completo; tal vez solo la mires como a una hermana, sin que haya en ti ningún deseo de convertirla en tu esposa. Es más, seguro que has encontrado a otra de la que estás enamorado; y, considerando que has comprometido tu honor en el futuro matrimonio con tu prima, puede que sea ese sentimiento el que cause el punzante dolor que pareces sentir.

—Querido padre, tranquilízate. Quiero a mi prima de todo corazón y sinceramente. No he conocido a ninguna mujer que me inspirara, como Elizabeth, la admiración y el cariño

más profundo. Mis esperanzas y mis perspectivas de futuro se basan enteramente en la expectativa de nuestra unión.

—Mi querido Victor, la confirmación de tus sentimientos en este asunto me produce una alegría mayor que la que me haya podido proporcionar cualquier otra cosa desde hace mucho tiempo. Si es eso lo que sientes, seremos felices con toda seguridad, por mucho que las circunstancias actuales puedan arrojar alguna tristeza sobre nosotros. Pero es esa tristeza que se ha apoderado con tanta fuerza de tu espíritu la que querría desterrar. Dime, pues, si tienes alguna objeción a una inmediata celebración formal de vuestro matrimonio. Hemos sido muy desdichados, y los recientes acontecimientos nos han arrebatado esa tranquilidad familiar que mis años y mis achaques precisan. Eres joven; sin embargo, disponiendo de una notable fortuna, no creo que un matrimonio temprano pueda interferir en cualquier proyecto futuro que hayas planeado, sea en la universidad o en la administración pública. En cualquier caso, no creas que deseo imponerte la felicidad, o que un retraso por tu parte me causaría ninguna inquietud seria. Interpreta mis palabras con sencillez y respóndeme, te lo ruego, con confianza y sinceridad.

Escuché a mi padre en silencio y durante unos momentos permanecí incapaz de dar contestación alguna. Rápidamente, le di mil vueltas a una avalancha de pensamientos e intenté llegar a una conclusión. ¡Dios mío…! La idea de una boda inmediata con mi prima me aterrorizaba

y me consternaba. Estaba comprometido por una solemne promesa que aún no había cumplido y que no me atrevía a romper; y si lo hacía, ¡cuántos e insospechados sufrimientos podrían desatarse sobre mí y mi adorada familia! ¿Acaso podía celebrar un banquete con aquel peso mortal colgando de mi cuello y arrastrándome por el suelo? Debía cumplir mi compromiso: solo así conseguiría que el monstruo se fuera con su compañera antes de que yo pudiera permitirme disfrutar de un matrimonio en el cual tenía depositadas todas mis esperanzas de paz.

Recordé también la necesidad perentoria en que me hallaba, bien de viajar a Inglaterra, bien de entablar una larga correspondencia con los filósofos de ese país, cuyos conocimientos y descubrimientos me resultaban indispensables en semejante empresa. Esta última forma de conseguir la información precisa era lenta y enojosa; además, cualquier cambio me sentaría bien, y estaba encantado con la idea de pasar uno o dos años en otro lugar y con otras ocupaciones, lejos de mi familia; durante ese período de tiempo podría ocurrir algo que me devolviera la paz y la felicidad para volver con ellos. Podría cumplir mi promesa y el monstruo podría desaparecer; o tal vez podría acontecer algún accidente que acabara con él y pusiera fin a mi esclavitud para siempre.

Aquellos sentimientos dictaron la respuesta que le di a mi padre. Expresé mi deseo de visitar Inglaterra; pero, ocultando las verdaderas razones de aquella petición,

disfracé mis intenciones con la máscara de un supuesto deseo de viajar y ver mundo antes de encerrarme para siempre entre los muros de mi ciudad natal.

Presenté mi ruego con toda formalidad, y mi padre enseguida accedió a mi petición… Creo que no ha habido un padre más indulgente ni menos tiránico en el mundo. Nuestro plan se dispuso de inmediato. Viajaría a Estrasburgo, donde me reuniría con Clerval, y luego bajaríamos juntos por el Rin. Pasaríamos algún tiempo, poco, en las ciudades de Holanda, y la mayor parte de nuestro periplo lo pasaríamos en Inglaterra. Regresaríamos por Francia. Se acordó que este viaje duraría dos años.

Mi padre se contentó con la idea de que me casaría con Elizabeth inmediatamente después de mi regreso a Ginebra.

—Estos dos años —dijo— pasarán rápidamente, y será el único retraso que se oponga a vuestra felicidad. Y, en realidad, deseo fervientemente que llegue el tiempo en que todos estemos juntos y que ni las esperanzas ni los temores consigan alterar nuestra tranquilidad familiar.

—Estoy de acuerdo —contesté—. Para entonces, Elizabeth y yo seremos más maduros, y espero que más felices, que en este momento.

Suspiré, pero mi padre amablemente evitó hacerme ninguna pregunta más respecto a la razón de mi tristeza. Él

esperaba que los paisajes nuevos y el entretenimiento del viaje me devolvieran la tranquilidad.

Luego hice los preparativos para el viaje, pero se apoderó de mí un sentimiento que me llenó de temor y angustia. Durante mi ausencia debería dejar a mis familiares solos, inconscientes de la existencia de un enemigo y desprotegidos ante sus ataques, pues tal vez se enfurecería al ver que yo me iba. Pero había prometido seguirme allá donde quisiera que yo fuera: ¿no vendría tras de mí a Inglaterra? Esa suposición era desde luego aterradora, pero tranquilizadora en tanto en cuanto significaba que mi familia estaría segura. Me amargaba la idea de que pudiera ocurrir lo contrario. Pero durante todo el tiempo en el que fui esclavo de mi criatura, solo me dejé guiar por los impulsos de cada instante[130]; y mis sensaciones en aquel momento me aseguraban con toda certeza que aquel demonio me seguiría y que mi familia quedaría al margen del peligro de sus maquinaciones.

Fue muy a finales de agosto cuando partí, dispuesto a vivir dos años de exilio. Elizabeth aceptó las razones de mi viaje, y solo lamentaba que ella no tuviera las mismas

---

130 Como un esclavo, Victor ha perdido la capacidad de razonar frente a los problemas y se ve «guiado por los impulsos de cada instante». Reconoce el fenómeno en sí mismo —que la posición y las relaciones sociales de cada uno conforman sus capacidades personales—, pero no reflexiona a fondo sobre ese reconocimiento ni permite que afecte a su valoración de la criatura. *(David H. Guston).*

oportunidades para ampliar sus conocimientos y cultivar su inteligencia[131]. De todos modos, lloró al despedirse y me pidió que regresara feliz y tranquilo.

—Todos te necesitamos —dijo— y si tú estás triste, ¿cuáles serán nuestros sentimientos?

Me metí en el carruaje que iba a alejarme de allí, sin saber apenas adónde me dirigía y sin importarme lo que sucedía a mi alrededor. Solo recuerdo, y pensé en ello con la angustia más amarga, que ordené que empaquetaran mi instrumental químico para llevármelo. Porque decidí cumplir mi promesa mientras estuviera en el extranjero y regresar, si era posible, como un hombre libre. Abrumado por todas aquellas visiones terribles, atravesé muchos paisajes maravillosos y majestuosos, pero mis ojos estaban clavados en el vacío y no veían nada; solo podía pensar en la finalidad de mi viaje y en el trabajo que iba a ocuparme mientras durara.

Después de algunos días en los que estuve sumido en una indolente apatía, durante los cuales recorrí muchos

131 En este fragmento, Mary podría estar reflexionando sobre su propia situación y las presiones sociales que la asediaban. En teoría, Elizabeth podía elegir, como Mary con Percy, acompañar a su amante en sus viajes, pero en realidad sus obligaciones como la mujer de la casa de Alphonse y su educación burguesa anulan esa opción. Otras posibilidades lógicas —por ejemplo, que Elizabeth le proponga a Victor que se casen y emprendan el viaje como luna de miel— también son imposibles socialmente. *(David H. Guston).*

kilómetros, llegué a Estrasburgo, donde permanecí dos días esperando a Clerval. Finalmente, vino; ¡Dios mío! ¡Qué enorme contraste había entre ambos! Él siempre estaba atento a todo; disfrutaba cuando veía la belleza del sol al atardecer, y aún se alegraba más cuando lo veía amanecer y comenzaba un nuevo día. Me señalaba los cambiantes colores del paisaje y las tonalidades del cielo.

—¡Esto sí que es vivir! —exclamaba—. ¡Y me encanta vivir! Pero tú… mi querido Frankenstein, ¿por qué estás triste y apenado?

En efecto, estaba muy ocupado en mis sombríos pensamientos, y ni veía la aparición de la estrella vespertina ni los dorados amaneceres reflejados en el Rin… Y usted, amigo mío, seguramente se divertiría mucho más con el diario de Clerval, que observaba el paisaje con mirada sentimental y gozosa, que escuchando mis reflexiones… Yo, un pobre desgraciado atrapado en una maldición que me cerraba todos los caminos de la alegría.

Habíamos acordado bajar el Rin en barco, desde Estrasburgo a Róterdam, donde podríamos coger un navío hacia Londres. Durante aquel viaje pasamos junto a muchas islas arboladas y visitamos algunas hermosas ciudades. Pasamos un día en Mannheim y, cinco días después de nuestra partida de Estrasburgo, llegamos a Maguncia. El curso del Rin, a partir de Maguncia, es mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente y serpentea entre

colinas, no muy altas pero escarpadas y con hermosísimos paisajes. Vimos numerosos castillos en ruinas asomándose al borde de altísimos e inaccesibles precipicios, rodeados por oscuros bosques. Esta parte del Rin, en efecto, presenta un paisaje singularmente variopinto. En cierto punto, uno puede observar colinas escarpadas, castillos en ruinas asomándose a tremendos precipicios, con el oscuro Rin precipitándose en el fondo… Y de repente, a la vuelta de un promontorio, florecen los viñedos y surgen populosas ciudades, y los meandros del río con suaves riberas verdes se hacen dueños del paisaje.

Viajábamos en la época de la vendimia y oíamos las canciones de los trabajadores mientras avanzábamos río abajo. Incluso yo, con el espíritu abatido y el ánimo continuamente perturbado por sentimientos sombríos, incluso yo pude disfrutar de aquello. Me tumbaba en la barcaza, y, mientras miraba el cielo azul sin nubes, me embriagaba con una paz que durante mucho tiempo me había sido esquiva. Y si aquellas eran mis sensaciones, ¿cómo describir las de Henry? Parecía que se hubiera trasladado al país de las hadas y gozaba de una felicidad que rara vez disfrutan los hombres.

—He visto los paisajes más hermosos de mi país —decía—. He estado en los lagos de Lucerna y de Uri, donde las montañas nevadas se desploman casi verticalmente sobre el agua, proyectando sombras negras e impenetrables que los hacen tétricos y lúgubres, si no fuera por los islotes verdes

que tranquilizan la vista con su alegre aspecto. He visto esos lagos agitados por la tempestad, cuando el viento arranca remolinos de agua y da una idea de cómo debe de ser una tromba marina en el océano abierto… y he visto romper las olas con furia en la base de las montañas, donde el cura y su amante quedaron sepultados por una avalancha y donde se dice que aún se oyen sus voces moribundas en medio de las ventiscas nocturnas. He visto las montañas de La Valais y del Pays de Vaud, pero esta región, Victor, me gusta más que todas aquellas maravillas. Las montañas de Suiza son majestuosas y extraordinarias, pero en las orillas de este divino río hay encantos como no he visto jamás. Mira aquel castillo colgado en aquel precipicio; y aquel otro también, en la isla, casi oculto entre el follaje de aquellos encantadores árboles; y ahora, mira aquel grupo de trabajadores que vuelven de sus viñedos; y aquella aldea, medio escondida en la quebrada de la montaña… ¡Oh, seguramente el espíritu que habita y protege este lugar tiene un alma más piadosa con los hombres que aquellos que se esconden en los glaciares o viven en los inaccesibles picos de las montañas de nuestra tierra!

¡Clerval! ¡Mi querido amigo! Incluso en estos momentos me encanta recordar tus palabras y dedicarte el cariño que tanto mereciste. Era un hombre formado en «la poesía pura de la naturaleza»[132]. Su imaginación exaltada y entusiasta se suavizaba con la sensibilidad de su corazón. Su alma se

132 «Rimini», de Leigh Hunt. [Nota de Mary].

desbordaba con sentimientos fervientes y su amistad era de esa naturaleza fiel y maravillosa que la gente de mundo siempre pretende hacernos creer que solo existe en la imaginación. Pero ni siquiera los sentimientos humanos eran suficientes para colmar su gran corazón. Los paisajes naturales, que otra gente solo observaría con admiración, él los amaba con fervor.

[…] La catarata que retumba
lo cautivaba con la fuerza de una pasión; la alta roca,
la montaña, y los profundos y sombríos bosques,
sus colores y sus formas, eran entonces para él
todo su anhelo; un sentimiento, y un amor,
que no necesitaba de encantos fingidos,
de esos que proporciona la imaginación, ni del interés
que la mirada no es capaz de ver[133].

Y ahora, ¿dónde está ahora Clerval? ¿Se perdió para siempre aquel ser encantador y adorable? ¿Y aquella mente, llena de ideas, imaginaciones y fantasías, y bondad, que formaban un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador, todo aquello ha perecido? ¿Solo existen en mi memoria? No, no puede ser… Tu figura, tan amable y gentil, que irradiaba belleza, tal vez se haya desintegrado, pero tu espíritu aún visita y consuela a tu infeliz amigo.

133 «La abadía de Tintern», de Wordsworth. [Nota de Mary].

Perdóneme este arrebato de pena; esas torpes palabras no son más que un pequeño homenaje a mi amigo, a quien tanto quise; pero alivian mi alma, abrumada por la angustia que sus recuerdos me traen. Seguiré con mi historia…

Después de pasar Colonia, bajamos a las llanuras de Holanda, y decidimos continuar en diligencia el resto de nuestro camino, porque el viento era contrario y la corriente del río era demasiado lenta como para favorecer nuestro avance.

Nuestro viaje aquí perdió el interés que despertaban los bellos paisajes anteriores, pero enseguida llegamos a Róterdam, desde donde pasamos a Inglaterra. Fue una mañana despejada de los últimos días de septiembre cuando vi por primera vez los blancos acantilados de Gran Bretaña. Las riberas del Támesis ofrecían un paisaje nuevo; eran llanas pero fértiles, y casi todas las ciudades tenían una historia curiosa. Vimos Tilbury Fort, y recordamos la Armada española; Gravesend, Woolwich y Greenwich… lugares de los que ya había oído hablar en mi país.

Al final vimos los numerosísimos campanarios de Londres, con San Pablo elevándose sobre todas las demás, y la Torre, famosa en la historia de Inglaterra.

CAPÍTULO II

Así pues, Londres era nuestro lugar de destino; decidimos permanecer algunos meses en aquella ciudad famosa y maravillosa. Clerval deseaba conocer a hombres de genio y talento que estaban en auge en aquellos años; pero para mí aquella era una cuestión secundaria; yo estaba principalmente preocupado por los medios con los que conseguir la información necesaria para cumplir mi promesa, y rápidamente despaché algunas cartas de presentación que llevaba conmigo, dirigidas a los más distinguidos filósofos naturales[134].

134 Entre estos destacados filósofos naturales del período se contaban William Nicholson (1753-1815), al que el padre de Mary, William Godwin, recurría a menudo en busca de consejo científico, y Humphrey Davy (1778-1829), un joven químico que deslumbró a Londres y al mundo científico de

Si aquel viaje hubiera tenido lugar durante mis días de estudio y felicidad, me habría proporcionado un indescriptible placer. Pero sobre mi vida había caído una maldición, y solo visité a aquellas personas con el fin de recabar la información que me pudieran ofrecer sobre el asunto en el que estaba tan profundamente interesado. La relación con otras personas me resultaba odiosa; cuando estaba solo, podía dejar volar mi imaginación hacia donde más me complaciera; y la voz de Henry me tranquilizaba, y así podía engañarme con una paz transitoria. Pero los rostros curiosos, amables y alegres solo causaban amargura en mi corazón. Veía un muro infranqueable situado entre mis semejantes y yo; aquel muro se había levantado con la sangre de William y Justine, y pensar en aquellos sucesos llenaba mi alma de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de lo que yo había sido antaño; era curioso y estaba deseando adquirir nuevas experiencias y conocimientos. Las diferencias en las costumbres que observaba eran para él una fuente infinita de instrucción y entretenimiento. Siempre estaba ocupado, y lo único que enturbiaba su felicidad era mi tristeza y mi semblante apesadumbrado. Yo intentaba ocultarlo todo lo posible, puesto que no debía arrebatarle los placeres

---

la época en la que se desarrolla el *Frankenstein* de Mary. Davy era un invitado habitual en la casa de Godwin durante la infancia de Mary y tomaba parte en una importante conversación que mantenían por entonces Godwin y el poeta Samuel Taylor Coleridge sobre la relación entre ciencia, creatividad y poesía. *(Ed Finn).*

naturales a una persona que, alejada de preocupaciones o de recuerdos amargos, está adentrándose en los nuevos horizontes que le ofrece la vida. A menudo me negaba a acompañarlo, alegando otros compromisos, y así podía quedarme solo. Entonces comencé también a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y aquello fue para mí como una tortura, como gotas de agua que continuamente caen sobre la cabeza. Cada pensamiento que dedicaba a ello me causaba una inmensa angustia, y cada palabra que decía al respecto hacía temblar mis labios y palpitar mi corazón.

Después de estar algunos meses en Londres, recibimos una carta de una persona que vivía en Escocia, que nos había visitado antaño en Ginebra. Mencionó las bellezas de su país natal y nos preguntó si aquello no tendría el encanto suficiente para inducirnos a prolongar nuestro viaje hacia el norte, hasta Perth, donde vivía. Clerval, entusiasmado, deseaba aceptar aquella invitación; y yo, aunque detestaba cualquier relación con otras personas, deseaba volver a ver montañas y torrentes y todas las maravillosas obras que la naturaleza dispone en sus rincones favoritos.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre y ya estábamos en febrero. Así que decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte a finales del mes siguiente. En aquel periplo no teníamos intención de ir por el camino real de Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford Matlock, y los lagos de Cumberland, de modo que alcanzaríamos el punto

final de este viaje hacia finales de julio. Empaqueté mi instrumental químico y los materiales que había recabado, y decidí completar los trabajos en algún rincón apartado, en el campo.

Partimos de Londres el 27 de marzo y permanecimos algunos días en Windsor, donde paseamos por su precioso bosque. Para nosotros, hombres de la montaña, aquel paisaje era completamente nuevo; los majestuosos robles, la abundancia de la caza y las manadas de encantadores ciervos, todo era una novedad para nosotros.

Desde allí nos trasladamos a Oxford. Cuando entramos en la ciudad, nuestros espíritus se colmaron con los recuerdos de los acontecimientos que habían tenido lugar allí casi un siglo y medio antes. Fue allí donde Carlos I había reunido sus huestes; aquella ciudad le había sido fiel cuando toda la nación le había abandonado para unirse a la causa del Parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel desafortunado rey, y sus compañeros, el amistoso Falkland y el insolente Goring, su reina y su hijo, proporcionaban a cada rincón de la ciudad, donde se suponía que habían estado, un encanto particular. El espíritu de los tiempos pasados parecía vivir aún allí y nos encantaba intentar seguir sus huellas. Y si acaso aquellos pensamientos no hubieran sido suficientes para proporcionarnos un enorme placer, la ciudad tenía encantos de sobra para despertar toda nuestra admiración. Los *colleges* eran antiguos y pintorescos, las calles, casi nobiliarias, y el encantador Isis, que discurre por

vegas de delicioso verdor, se detiene y ensancha en un plácido remanso que refleja el majestuoso compendio de torres, campanarios y cúpulas que se yerguen entre árboles centenarios.

Disfruté mucho de aquel lugar, y sin embargo mi gozo seguía amargado tanto por los recuerdos del pasado como por los presagios del futuro. Yo había nacido para ser feliz. En los días de mi juventud, la tristeza nunca ocupó mis pensamientos; y si alguna vez me vi aquejado de *ennui*, la visión de las bellezas de la naturaleza, el estudio de lo que resulta excelente y sublime en las obras de los hombres siempre llamaba mi atención y procuraba emoción a mi alma. Pero ya no soy más que un árbol quemado; el rayo ha entrado hasta mis entrañas y me ha destruido, y ya entonces supe que debía sobrevivir para mostrar al mundo lo que pronto dejaré de ser: un miserable espectáculo de arruinada humanidad, lastimosa para los demás y asquerosa para mí mismo.

Pasamos bastante tiempo en Oxford, paseando por sus alrededores e intentando identificar cada lugar que se pudiera relacionar con los episodios más emocionantes de la historia de Inglaterra. Nuestras pequeñas expediciones a menudo se alargaban más de lo necesario porque nos encontrábamos con sucesivos asuntos que llamaban nuestra atención. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo de batalla donde cayó aquel patriota. Durante algunos momentos mi alma se elevó, abandonando sus viles

y miserables temores, para contemplar y meditar las ideas divinas de la libertad y el sacrificio por los demás: aquellos lugares eran los monumentos y los tributos a tales ideas. En algún momento creí que me había librado de mis cadenas, y miré a mi alrededor con espíritu libre y elevado, pero el acero se había clavado profundamente en mi carne, y no tardaba en hundirme de nuevo, tembloroso y desesperado, en mi propia miseria.

Abandonamos Oxford con pena, y seguimos camino hasta Matlock, que era nuestra siguiente etapa. El campo en los alrededores de esta ciudad recordaba en gran medida el paisaje de Suiza; pero todo está a una escala menor, y a las verdes colinas les falta la corona de los lejanos Alpes blancos, que siempre asoman por encima de las montañas cubiertas de abetos en nuestro país. Visitamos la maravillosa gruta y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las muestras están dispuestas del mismo modo que aparecen en las colecciones de Servox y Chamonix. Este último nombre me hizo temblar cuando lo pronunció Henry, y me apresuré a abandonar Matlock, donde todo parecía estrechamente relacionado con aquel terrible lugar.

Desde Derby, aún viajando hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmoreland. En aquel lugar casi podía imaginarme a mí mismo en las montañas suizas. Los pequeños neveros que aún persistían en la cara norte de las montañas, los lagos y el fragor de los torrentes pedregosos me resultaban paisajes familiares y queridos. Allí también

conocimos a personas que casi consiguieron hacerme creer que era feliz. La alegría de Clerval era considerablemente mayor que la mía; su inteligencia se expandía cuando se encontraba en compañía de hombres de talento, y descubrió en sí mismo una capacidad y unas emociones superiores a las que habría sospechado cuando se encontraba con personas menos inteligentes.

—Podría pasarme la vida aquí —me decía—, y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.

Pero descubrió que la vida de un viajero, entre sus encantos, esconde también muchos pesares. Sus sentimientos siempre están en tensión, y cuando comienza a acostumbrarse a algo, se encuentra con que tiene que partir en busca de algo nuevo que, una vez más, exige toda su atención y que también deberá abandonar por otras novedades.

Apenas habíamos ido a ver los muchos lagos de Cumberland y Westmoreland, y apenas habíamos empezado a encariñarnos con algunos de sus habitantes, cuando tuvimos que despedirnos de ellos para continuar nuestro viaje, pues ya estaba muy próxima la fecha del encuentro con nuestro amigo escocés. Por mi parte, no lo lamenté. Había descuidado mi promesa durante algún tiempo, y temía las consecuencias si el monstruo se ponía furioso. Tal vez se había quedado en Suiza y había desatado su venganza contra mis familiares; aquella idea me perseguía y me

atormentaba en todos aquellos momentos en que, dadas otras circunstancias, podría haber disfrutado del descanso y la paz. Esperaba las cartas con febril impaciencia: si se retrasaban, me sentía abatido y abrumado por mil temores; y cuando llegaban, y veía el remite de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas por temor a confirmar aquellas desgracias. Otras veces pensaba que aquel ser diabólico me seguía y podía recordarme la promesa asesinando a mi compañero. Cuando me acosaban esos pensamientos, no me apartaba de Henry ni un momento, y lo seguía como una sombra para protegerlo de la imaginaria furia de aquel asesino. Me sentía como si hubiera cometido un enorme crimen cuyos remordimientos no me dejaran vivir. Yo era inocente, pero la realidad era que había lanzado sobre mí mismo una horrible maldición, tan mortal como la de un crimen[135].

Visité Edimburgo con mirada y espíritu lánguidos, aunque aquella ciudad podría haber cautivado el alma del ser más desdichado. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, porque la antigüedad de esta última ciudad le encantaba. Pero la belleza y la regularidad de la nueva ciudad de Edimburgo le maravilló; sus alrededores son también los más bonitos del

135 Victor expresa sus sentimientos contradictorios. Su conciencia lo persigue por el crimen que cree que ha cometido. Pero confiesa su inocencia; una irónica yuxtaposición con la falsa confesión de culpabilidad de Justine. En parte, este fragmento manifiesta la dificultad de que la conciencia sirva como guía digna de confianza. ¿Acaso los sentimientos no serían una mejor referencia para los criterios morales? *(Joel Gereboff).*

mundo: el Trono de Arturo, el Pozo de San Bernardo y las Pentland Hills compensaban el viaje y despertaron todo su asombro y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al destino final del viaje.

Una semana después abandonamos Edimburgo, pasamos por Cupar, St. Andrews y bordeamos las orillas del Tay hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no estaba de humor para reír y conversar con extraños, ni compartir sus sentimientos o sus ideas con el buen humor que se espera de un invitado; así pues, le dije a Clerval que deseaba hacer un viaje por Escocia yo solo.

—Disfruta —le dije—; nos volveremos a encontrar aquí. Estaré fuera un mes o dos, pero no te preocupes por mí, te lo ruego; déjame tranquilo y solo durante un tiempo, y cuando regrese, espero traer el corazón aliviado y más acorde con tu estado de ánimo.

Henry quiso disuadirme, pero al verme tan convencido, dejó de insistir. Me pidió que le escribiese a menudo.

—Preferiría acompañarte en estos viajes solitarios tuyos — dijo— en vez de quedarme con estos escoceses, a quienes no conozco; pero date prisa en regresar, mi querido amigo, para que pueda sentirme como en casa, lo cual me resulta imposible si no estás.

Tras despedirme de mi amigo, decidí visitar algunos lugares remotos de Escocia y terminar mi trabajo en soledad. No dudaba de que el monstruo me seguía y de que se me presentaría delante cuando hubiera concluido, para poder recoger a su compañera.

Con esa decisión tomada, crucé las Tierras Altas del norte y elegí una de las islas Orcadas para finalizar mis trabajos. Era un lugar muy apropiado para aquella tarea porque apenas iba más allá de ser una roca cuyas orillas eran acantilados constantemente batidos por las olas. La tierra era baldía y apenas proporcionaba pasto para unas cuantas vacas famélicas y un poco de avena para los habitantes, que no eran más de cinco personas, cuyos cuerpos demacrados y esqueléticos daban prueba de su triste destino. Las verduras y el pan, cuando se podían permitir semejantes lujos, e incluso el agua dulce, procedían de tierra firme, que se encontraba a unos siete kilómetros de distancia.

En toda la isla no había más que tres cabañas miserables, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. La alquilé. No tenía más que dos estancias, y ambas mostraban toda la escasez de la penuria más miserable. La techumbre se había hundido, los muros no estaban enyesados y la puerta bailaba fuera de los goznes. Ordené que la repararan un poco, puse algunos muebles, y me instalé allí… un hecho que sin duda habría provocado alguna sorpresa si no hubiera sido porque todos los sentidos de los campesinos estaban entumecidos por la necesidad y la extrema pobreza. En todo caso, pude

vivir sin que nadie me observara ni me molestara, y apenas si me agradecieron la comida y las ropas que les di: hasta ese punto el sufrimiento debilita incluso las emociones más primitivas de los hombres.

En aquel retiro dediqué las mañanas al trabajo, pero por la tarde, cuando el tiempo me lo permitía, paseaba por la playa pedregosa junto al mar para contemplar las olas que rugían y rompían a mis pies. Era un paisaje monótono y, sin embargo, siempre cambiante. Pensé en Suiza; era tan distinta a aquel desolado y aterrador lugar. Sus colinas están cubiertas de viñedos y sus granjas salpican aquí y allá los valles. Sus preciosos lagos reflejan un cielo azul y amable; y cuando los vientos azotan sus tierras, no parece más que el juego de un niño travieso en comparación con los aterradores bramidos del inmenso océano.

De aquel modo distribuía mi tiempo cuando llegué; pero a medida que avanzaba en mi trabajo, este se me hizo cada día más horrible y más detestable. A veces ni siquiera tenía valor para entrar en el laboratorio durante varios días, y en otras ocasiones permanecía allí encerrado día y noche con la única idea de terminarlo de una vez. Verdaderamente, estaba inmerso en una tarea asquerosa. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí de entusiasmo me había cegado ante el horror del trabajo que estaba llevando a cabo; mi mente estaba absorta en los resultados de mi labor y mis ojos permanecían cerrados ante lo horroroso de mi proceder. Pero ahora lo estaba haciendo a sangre fría, y

mi corazón a menudo enfermaba ante lo que estaban haciendo mis manos.

En aquella situación, entregado al trabajo más detestable, en una soledad donde nada podía reclamar mi atención aparte de lo que me traía entre manos, mis nervios comenzaron a resentirse. Siempre estaba inquieto y atemorizado. A cada paso temía encontrarme con aquel ser que me acosaba. Algunas veces me quedaba quieto con los ojos clavados en el suelo, temiendo levantarlos, no fuera a encontrarme con aquello que tanto me aterrorizaba tener que ver. Temía alejarme de mis semejantes, no fuera a ser que, cuando estuviera solo, viniera a exigirme a su compañera.

Mientras tanto, seguía trabajando, y mi trabajo ya estaba considerablemente adelantado. Observaba con una esperanza temerosa y agónica la idea de concluirlo, una idea sobre la que apenas quería pensar, pero que se mezclaba con nefastos augurios que conseguían aterrorizarme hasta las entrañas.

CAPÍTULO III

Una tarde estaba sentado en mi laboratorio, el sol ya se había puesto y la luna estaba saliendo en ese momento por el horizonte marino. No tenía luz suficiente para trabajar, y me senté allí sin hacer nada, preguntándome si debería dejar la tarea por aquella noche o apresurarme a terminarlo sin cejar en ello ni un instante. Mientras permanecía allí, la concatenación de ideas me condujo a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo. Tres años antes me había enfrascado del mismo modo y había creado un monstruo cuya violencia inconcebible había destruido mi corazón y lo había anegado para siempre con los remordimientos más amargos. Y ahora estaba a punto de crear otro ser cuyo carácter también desconocía por completo. Aquella cosa podría ser diez mil veces más perversa y malvada que su compañero y podría deleitarse, por puro placer, en el asesinato y en la villanía. Él me había

jurado que se apartaría de la sociedad de los hombres y que se ocultaría en los desiertos, pero ella no; y ella, que se convertiría probablemente en un animal pensante y racional, podría negarse a cumplir un pacto acordado antes de su creación. Puede que incluso se odiaran. La criatura que ya vivía aborrecía su propia deformidad, ¿acaso no experimentaría un aborrecimiento aún mayor cuando la viera reflejada ante sus ojos en forma de una hembra? También puede que ella le volviera la espalda ante la belleza superior del hombre. Puede que se apartara de él, y así volvería a estar solo, y enloquecería ante la nueva provocación de verse despreciado por uno de su propia especie[136].

---

136 Para Mary, hija de una de las primeras filósofas feministas, Mary Wollstonecraft, el estatus de las mujeres como «otro» era patente, de una forma dolorosa y personal. Los hombres gobernaban el mundo y, por tanto, casi todos los tratados filosóficos, científicos y políticos sobre el sentido de la identidad daban por supuesto que ese «yo» era masculino. Las experiencias de las mujeres se consideraban, en el mejor de los casos, irrelevantes, y, en el peor, monstruosas. Así que resulta deliciosamente taimado que Mary haya encontrado la forma de convertir la perspectiva femenina en algo más creíble que la masculina. Victor imagina a su nueva creación —«un animal pensante y racional»— imponiendo su propia voluntad frente al deseo de la primera criatura. Victor también se ve obligado a imaginar la perspectiva de la criatura cuando mira por primera a los ojos de «su propia especie». Victor se imagina a las dos criaturas mirándose por primera vez, en un gesto que nos recuerda a la noción clásica de Jean-Paul Sartre de que los humanos reconocemos nuestra identidad cuando nos mira el «otro» por primera vez. En *El ser y la nada* ([1943] 2012), Sartre sostiene que no podemos tener una identidad hasta que otro nos reconozca, lo que nos permite ver tanto al otro en nosotros como nuestra propia identidad en él.

Aunque ambos abandonaran realmente Europa y fueran a vivir a los desiertos del Nuevo Mundo, sin duda uno de los resultados de su relación sería engendrar hijos, que era lo que más ansiaba aquel demonio, y se propagaría por el mundo una raza de demonios que pondría en peligro a la especie humana y la sumiría en el terror. ¿Es que tenía yo algún derecho, solo por mi propio beneficio, a lanzar esta maldición sobre las generaciones futuras? Me había dejado convencer por los sofismas del ser que había creado; me había dejado convencer inconscientemente por sus diabólicas amenazas; y ahora, por vez primera, la perversidad de mi promesa se presentó claramente ante mí. Me recorrió un escalofrío al pensar que los siglos futuros me maldecirían como si fuera la peste, y dirían que, por egoísmo, no había dudado en comprar mi propia tranquilidad a un precio que tal vez ponía en peligro la pervivencia de la especie humana[137].

Victor, como era de esperar, no puede imaginar que las dos criaturas tengan identidad en absoluto. Así que sugiere que sentirán «repulsión» antes que comprensión en la mirada del otro. *(Annalee Newitz).*

137 Sopesando las incógnitas y los desmanes potenciales que la compañera futura de la criatura podría cometer, Victor repasa esas posibilidades y resuelve no proseguir en su empeño. Tal vez sobreestimando su propia pericia creativa, reconoce que su egoísmo puede tener como consecuencia la destrucción de la especie humana entera. Aunque algunas emociones pueden ser referentes fiables para el comportamiento, el egoísmo nunca lo es porque conduce solo a la destrucción, sea de uno mismo o de los demás. *(Joel Gereboff).*

Temblé, y se me paralizó el corazón cuando levanté la mirada y vi al demonio junto a la ventana, iluminado por la luz de la luna. Una mueca espantosa le retorcía los labios mientras me miraba, vigilándome mientras concluía con la tarea que me había impuesto. Sí, me había seguido en mis viajes; se había detenido en los bosques, se había escondido en las cuevas o se había refugiado en los vastos páramos desiertos; y ahora venía a ver mis adelantos y a exigir el cumplimiento de mi promesa.

Cuando lo miré, su rostro expresaba la más inconcebible maldad y vileza. Pensé en mi promesa de crear otro ser como él, con la convicción de que era una locura, y, temblando de ira, hice pedazos la cosa en la que estaba trabajando. El monstruo me vio destruir la criatura en la cual había fundado la felicidad de su futura existencia y, con un alarido de diabólica desesperación y venganza, se alejó.

Salí de la habitación y, cerrando la puerta, me juré de todo corazón no volver jamás a emprender aquellos trabajos; y luego, con pasos temblorosos, busqué mi alcoba. Estaba solo. No había nadie cerca de mí para disipar la tristeza y consolarme ante la enfermiza opresión de aquellas terribles pesadillas.

Transcurrieron varias horas, y permanecí junto a la ventana observando el mar. Casi estaba inmóvil, porque los vientos guardaban silencio, y toda la naturaleza descansaba bajo la mirada de la luna callada. Solo algunos barcos de

pesca moteaban el agua, y aquí y allá una dulce brisa traía los ecos de las voces cuando los pescadores se llamaban unos a otros. Sentía el silencio, aunque apenas era consciente de su asombrosa profundidad, hasta que de repente llegó a mis oídos el chapoteo de unos remos cerca de la orilla, y una persona saltó a tierra cerca de mi casa.

Pocos minutos después oí el chirrido de mi puerta, como si alguien estuviera intentando abrirla muy despacio. Estaba temblando de la cabeza a los pies. Tuve el presentimiento de quién podía ser y pensé en avisar a alguno de los campesinos que vivían en una casa cercana. Pero me encontraba aturdido por esa sensación de impotencia que tan a menudo se vive en las pesadillas, cuando uno trata en vano de huir de un peligro inminente y le resulta imposible moverse. Entonces oí el sonido de unas pisadas en el pasillo, la puerta se abrió y el engendro al que tanto temía apareció. Cerrando la puerta, se aproximó a mí y dijo con una voz ahogada:

—Has destruido la obra que comenzaste… ¿qué es lo que pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He soportado calamidades y miserias. Abandoné Suiza detrás de ti; me arrastré a lo largo de las orillas del Rin, entre sus pequeños islotes y por las cumbres de sus colinas. He vivido durante muchos meses en los páramos de Inglaterra y en los solitarios bosques de Escocia. He soportado un cansancio que no puedes imaginar, y frío y hambre. ¿Y te atreves a destruir mis esperanzas?

—¡Apártate de mí! ¡Rompo mi promesa! ¡Nunca crearé otro ser como tú, igual de deforme e igual de criminal!

—Esclavo, ya intenté razonar contigo una vez, pero has demostrado ser indigno de mi condescendencia. Recuerda que yo tengo el poder; tú crees que eres miserable, pero yo puedo hacerte tan desgraciado que incluso la luz del día podría resultarte odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño: ¡obedéceme![138].

—La hora de mi debilidad ha pasado, y el tiempo de tu poder ha concluido. Tus amenazas no pueden obligarme a cometer una maldad, sino que me confirman en la decisión de no crear para ti una compañera en el crimen. ¿O es que

---

138 En este párrafo pasa de todo. Primero, la criatura sigue hablando como si fuera investida con el hábito del Satanás de Milton: «Ya intenté razonar contigo una vez» evoca el «Vengan, pues, dice el Señor, y razonemos juntos» de Isaías (1, 18), una voz bíblica que se reproduce en buena medida en el lenguaje de Satanás de *El Paraíso perdido* (Milton [1667] 2007). Segundo, la criatura comprende bien la psicología de Victor y el contexto social, tal vez más que el propio Victor, como se ve en su afirmación de que puede hacerle más desgraciado de lo que ya es. Tercero, incluso cuando Victor es capaz de pensar con cierta lucidez y contempla la situación desde una perspectiva distinta de la suya propia (algo básico, desde el punto de vista de la criatura femenina, véase nota 6), la criatura ha entendido que esta pericia física ha transformado por completo la dinámica de la relación entre ambos. Esta inversión de la relación amo-esclavo es el mayor temor de todo amo de esclavos y tal vez la razón por la que, por ejemplo, la novela fue prohibida en la Sudáfrica del *apartheid* y por qué se ha convertido en una fértil fuente de narraciones sobre robótica e inteligencia artificial. Victor debe reunir cierto valor físico para oponerse aquí a la criatura, pero ¿posee también el valor moral? *(David H. Guston).*

debo, a sangre fría, arrojar al mundo otro demonio cuyo único placer consiste en sembrar la muerte y la destrucción? ¡Vete! ¡No cambiaré de opinión, y tus palabras solo conseguirán aumentar mi furia!

El monstruo vio la determinación en mi rostro e hizo rechinar los dientes en la impotencia de su ira.

—Cada hombre tiene su mujer, y cada animal tiene una compañera, ¿y yo tendré que estar solo? Tenía buenos sentimientos y todo lo que me devolvieron fue desprecio y asco. Hombre: tú puedes odiarme, pero ¡ten cuidado! Tus horas transcurrirán entre el terror y el dolor, y muy pronto caerá sobre ti el rayo que te arrebatará la felicidad para siempre. ¿O es que piensas que vas a ser feliz mientras yo me arrastro en mi insoportable sufrimiento? Tú puedes negarme todos mis deseos, pero la venganza permanecerá… la venganza, desearé la venganza más que la luz o los alimentos. Y puedo morir, pero antes tú, mi tirano y mi verdugo, maldecirás el sol que verá tu miseria. ¡Ten cuidado, porque no tengo miedo y, por tanto, soy poderoso! Estaré observando, con la astucia de una serpiente, para morderte e inocularte el veneno. ¡Hombre: te arrepentirás del daño que infliges!

—¡Maldito demonio! ¡Cállate, y no emponzoñes el aire con tus malvadas amenazas! ¡Ya te he dicho cuál es mi decisión, y no soy ningún cobarde para asustarme por unas palabras! ¡Déjame! ¡Está decidido!

—Muy bien. Me iré. Pero recuerda: ¡estaré contigo en tu noche de bodas!

Avancé decidido hacia él y grité:

—¡Miserable! ¡Antes de que firmes mi sentencia de muerte, asegúrate de que tú mismo estás vivo!

Quise agarrarlo, pero me esquivó, y abandonó la casa precipitadamente… unos instantes después lo vi subir a una barca que cruzó las aguas con la suavidad de una saeta y pronto se perdió en medio de las olas.

Todo volvió a quedar en silencio; pero sus palabras resonaban en mis oídos. Ardía en deseos furiosos de perseguir al asesino de mi tranquilidad y hundirlo en el océano. Caminé arriba y abajo en mi habitación, nervioso y conmocionado; mientras, mi imaginación fantaseaba con miles de imágenes que solo conseguían atormentarme y zaherirme. ¿Por qué no lo había perseguido y había entablado con él una lucha a muerte? Bien al contrario, le había permitido escapar, y había dirigido sus pasos hacia tierra firme. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando imaginé quién podría ser la siguiente víctima sacrificada a su insaciable venganza. Y entonces volví a pensar en sus palabras: *«¡Estaré contigo en tu noche de bodas!»*. Así pues… ese era el plazo fijado para el cumplimiento de mi destino. En aquel momento, moriría y por fin aquel monstruo podría satisfacer y aplacar su maldad. Aquella

perspectiva no me infundió temor; sin embargo, cuando pensé en mi amada Elizabeth… en sus lágrimas y en su infinita pena cuando comprobara que se le había arrebatado a su amante de un modo tan cruel… las lágrimas, las primeras que había derramado en muchos meses, anegaron mis ojos, y decidí no caer ante mi enemigo sin entablar una batalla feroz.

La noche pasó y el sol asomó tras el océano. Mis sentimientos se calmaron, si puede llamarse calma a ese estado en que la furia violenta se hunde en las profundidades de la desesperación. Abandoné la casa, el espantoso escenario de la lucha de la noche anterior, y caminé por la playa junto al mar, y lo miré casi como la insuperable barrera que me separaba de mis semejantes. Más aún, cruzó mi mente el deseo de que semejante hecho se hiciera realidad. Deseé poder pasar la vida en aquella roca yerma; desalentador, es cierto, pero al menos viviría ajeno a cualquier golpe fortuito de la desdicha. Si regresaba, era para ser sacrificado… o para ver morir a aquellos que más quería en las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Vagué por la isla como un alma en pena, lejos de todo lo que amaba y amargado por tal separación. A mediodía, cuando el sol ya estaba muy alto, me tumbé en la hierba y me venció un profundo sueño. Había estado despierto toda la noche anterior: tenía los nervios destrozados y los ojos inflamados por la vigilia y el dolor. El sueño en que me sumí

me hizo bien; y cuando me desperté, sentí como si de nuevo perteneciera a la especie de los seres humanos, y comencé a reflexionar con más serenidad sobre lo que había ocurrido. Sin embargo, las palabras de aquel ser diabólico continuaban resonando en mis oídos como una campana que tocara a muerto; aquellas palabras aparecían como un sueño, aunque claras y apremiantes como la realidad.

El sol estaba ya muy bajo, y yo aún permanecía sentado en la orilla, saciando mi apetito, que se había tornado voraz, con una galleta de avena, cuando vi que un barco de pescadores tocaba tierra cerca de donde yo me encontraba, y uno de los hombres me trajo un paquete; traía cartas de Ginebra, y otra de Clerval, instándome a reunirme con él. Me decía que ya había transcurrido casi un año desde que salimos de Suiza y aún no habíamos visitado Francia. Así pues, me pedía que abandonara mi isla solitaria y me reuniera con él en Perth al cabo de una semana, y entonces podríamos planear nuestros siguientes pasos. Aquella carta me devolvió de nuevo a la vida y decidí abandonar mi isla al cabo de dos días.

Sin embargo, antes de partir había una tarea que tenía que llevar a cabo y en la cual me daba escalofríos pensar: debía embalar mi instrumental químico; y con ese propósito debía volver a entrar en la habitación que había sido el escenario de mi odioso trabajo, y debía manipular los utensilios, cuando la sola visión de los mismos me ponía enfermo. Al día siguiente, al amanecer, reuní el valor suficiente y abrí la

puerta del taller. Los restos de la criatura a medio terminar, que yo había destruido, yacían dispersos por el suelo, y casi sentí como si hubiera destrozado la carne viva de un ser humano. Me detuve un instante para recobrarme y luego entré en la sala. Con manos temblorosas, fui sacando los aparatos fuera de la habitación; pero pensé que no debía dejar los restos de mi obra allí porque aquello horrorizaría y haría sospechar a los campesinos, así que lo puse todo en una cesta, junto a una buena cantidad de piedras y, apartándola a un lado, decidí arrojarla al mar aquella misma noche; y, mientras tanto, volví a la playa y estuve limpiando y ordenando mi instrumental químico.

Nada podía ser más absoluto que el cambio que había tenido lugar en mis sentimientos desde la noche en que apareció el demonio. Antes había considerado mi promesa con una sombría desesperación, como algo que debía cumplirse, cualesquiera que fueran las consecuencias; pero ahora me sentía como si me hubieran quitado una venda de los ojos y, por vez primera, pudiera ver con claridad. La idea de volver a mi trabajo ni siquiera se me pasó un instante por la cabeza. La amenaza que había escuchado pesaba en mis pensamientos, pero no creía que pudiera hacer nada para apartarla de mi cabeza. Había decidido conscientemente que crear otro ser diabólico como aquel que ya había hecho sería un acto del más vil y atroz egoísmo, y aparté de mi mente cualquier pensamiento que pudiera conducirme a una conclusión diferente.

Entre las dos y las tres de la madrugada salió la luna, y entonces, colocando la cesta en el interior de un pequeño bote de vela, me adentré unas cuatro millas en el mar. El lugar estaba absolutamente solitario; solo algunas barcas regresaban a tierra, pero yo procuré alejarme de ellas. Me sentía como si fuera a cometer algún espantoso crimen y, con temblorosa ansiedad, evité cualquier encuentro con mis semejantes. Entonces, la luna, que hasta entonces había estado clara, se cubrió repentinamente con una espesa nube, y aproveché el momento de oscuridad para arrojar la cesta al mar. Escuché el burbujeo mientras se hundía y luego me aparté de aquel lugar. El cielo se había nublado, pero el aire era puro, aunque venía helado por la brisa del noreste que se estaba levantando. Pero me reanimó y me imbuyó de sensaciones tan agradables que decidí prolongar mi estancia en el agua y, fijando el timón, me tumbé en el fondo de la barca. Las nubes ocultaron la luna, todo estaba oscuro, y solo podía oír el sonido del barco cuando la quilla cortaba las olas. Aquel sonido me arrullaba y poco después me quedé profundamente dormido.

Yo no sé cuánto tiempo permanecí así, pero cuando me desperté, descubrí que el sol ya estaba muy alto. Se había desatado un fuerte viento y las olas constantemente amenazaban la seguridad de mi pequeño bote. Comprobé que el viento era del noreste y que debía de haberme alejado bastante de la costa en la que había embarcado. Intenté variar el rumbo, pero de inmediato supe que si volvía

a intentarlo, el barco se llenaría de agua al momento. En semejante situación, mi única solución era navegar a favor del viento. Confieso que sentí un poco de miedo. No llevaba brújula y estaba muy poco familiarizado con la geografía de aquella parte del mundo, así que el sol no me servía de mucha ayuda. El viento podría arrastrarme al Atlántico abierto y sucumbir a todas las penalidades de la inanición… o podrían tragarme las aguas insondables que rugían y se levantaban amenazantes a mi alrededor. Ya llevaba muchas horas en el bote y comenzaba a sentir las punzadas de una sed ardiente… un preludio de mayores sufrimientos. Miré a los cielos, que aparecían cubiertos con nubes que volaban con el viento solo para ser reemplazadas por otras. Observé el mar. Iba a ser mi tumba.

—¡Maldito demonio! —exclamé—. ¡Tu deseo se ha cumplido!

Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval… y me sumí en una ensoñación tan desesperada y aterradora que incluso ahora, cuando el mundo está a punto de cerrarse ante mí para siempre, tiemblo al recordarla.

Así transcurrieron algunas horas. Pero poco a poco, a medida que el sol iba descendiendo hacia el horizonte, el viento se fue calmando y se transformó en una ligera brisa, y el mar se vio libre de grandes olas; pero aquello dio paso a una fuerte marejada; me sentí enfermo y apenas capaz de

sostener el timón, cuando de repente vi el perfil de tierra firme hacia el sur.

Casi agotado por el cansancio y el sufrimiento, aquella repentina esperanza de vivir me embargó el corazón como una cálida alegría, y mis ojos derramaron abundantes lágrimas.

¡Qué mudables son nuestros sentimientos, y cuán extraño es ese apego tenaz que tenemos a la vida incluso cuando estamos sufriendo horriblemente! Preparé otra vela con parte de mis ropas e intenté poner rumbo a tierra con ansiedad. La orilla tenía un aspecto rocoso y agreste, pero a medida que me fui aproximando más, vi claramente señales de cultivos. Vi algunos barcos cerca de la orilla y de repente me vi transportado de nuevo a la civilización. Oteé con inquietud las formas del terreno y descubrí con alegría un campanario que se elevaba a lo lejos, tras un pequeño promontorio. Como me encontraba en un estado de extrema debilidad después de tanto esfuerzo, decidí dirigirme directamente hacia la ciudad porque sería el lugar donde podría procurarme algún alimento más fácilmente. Por fortuna, llevaba dinero. Al rodear el promontorio descubrí un pequeño pueblecito y un buen puerto, en el que entré con el corazón rebosante de alegría ante mi inesperada salvación.

Mientras yo estaba ocupado amarrando el barco y arriando las velas, varias personas se congregaron en el

lugar. Parecían muy sorprendidas ante mi aparición, pero, en vez de ofrecerme su ayuda, susurraban y hacían gestos que en cualquier otro momento podrían haberme preocupado en cierta medida. Pero en tales circunstancias, simplemente observé que hablaban inglés y, por tanto, me dirigí a ellos:

—Amigos míos —les dije—, ¿serían tan amables de decirme cómo se llama este pueblo… y dónde estoy?

—Pronto lo sabrá —contestó un hombre con voz áspera—. Puede que haya llegado a un lugar que al final no le guste mucho. Pero no le van a preguntar dónde le apetece alojarse, se lo aseguro.

Yo estaba extraordinariamente sorprendido al recibir una respuesta tan desagradable por parte de un extraño, y también me quedé perplejo al ver los rostros ceñudos y enojados de las personas que lo acompañaban.

—¿Por qué me contesta con tanta brusquedad? —repliqué—. Desde luego, no es costumbre de los ingleses recibir a los extranjeros de un modo tan poco amistoso.

—No sé cuáles son las costumbres de los ingleses —dijo aquel hombre—, pero la costumbre de los irlandeses es detestar a los criminales.

Mientras se desarrollaba aquel extraño diálogo, me di cuenta de que rápidamente aumentaba el número de personas congregadas. Sus rostros expresaban una mezcla

de curiosidad y enfado que me molestaba y en cierta medida me asustaba. Pregunté por dónde se iba a la posada, pero nadie me contestó. Entonces di un paso adelante, y un murmullo se elevó entre la gente mientras me seguían y me rodeaban... y entonces un hombre de aspecto desagradable, adelantándose, me dio unas palmadas en el hombro y me dijo:

—Vamos, señor, sígame a casa del señor Kirwin; tendrá que darle explicaciones.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Y por qué tengo que darle explicaciones? ¿Acaso no es este un país libre?

—Claro, señor, lo suficientemente libre para la gente honrada. El señor Kirwin es el juez, y usted debe dar cuenta de la muerte de un caballero que apareció asesinado aquí la pasada noche.

Aquella respuesta me asombró, pero inmediatamente me recobré. Yo era inocente, y podía probarlo fácilmente. Así pues, seguí a aquel hombre en silencio y me condujo a una de las mejores casas del pueblo. Estaba a punto de sucumbir al cansancio y al hambre; pero, estando rodeado por una multitud, pensé que lo mejor sería hacer acopio de todas mis fuerzas, no fuera que tomaran mi debilidad física como prueba de mi temor o mi culpabilidad. Poco podía imaginar la calamidad que pocos instantes después se iba a abatir

sobre mí, ahogando en horror y desesperación todo temor a la ignominia y a la muerte.

Debo detenerme aquí, porque preciso toda mi fortaleza para traer a mi memoria las horrorosas imágenes de los acontecimientos que voy a contarle con todo detalle.

CAPÍTULO IV

Inmediatamente me condujeron ante el magistrado, un hombre anciano y benévolo de gestos tranquilos y afables. De todos modos, me observó detenidamente con cierta severidad, y luego, dirigiéndose a las personas que me habían llevado hasta allí, preguntó quiénes habían sido testigos.

Alrededor de una docena de hombres dieron un paso al frente; y cuando el magistrado señaló a uno, este declaró que había estado toda la noche anterior pescando con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, y que entonces, hacia las diez de la noche, vieron que se levantaba una fuerte marejada del norte, y que, por tanto, pusieron rumbo a puerto. Era una noche muy oscura porque no había luna; no atracaron en el puerto sino, como era su costumbre, en una cala que se encontraba unos tres kilómetros más abajo. Él se

adelantó llevando parte de los aparejos de pesca, y sus compañeros le seguían a cierta distancia. Mientras iba caminando por la arena, tropezó con algo y cayó en tierra todo lo largo que era; sus compañeros fueron a ayudarle y a la luz de los faroles descubrieron que se había caído sobre el cuerpo de un hombre que, según todas las apariencias, estaba muerto. Su primera suposición fue que se trataba del cadáver de alguna persona que se había ahogado y que había sido arrojado a la orilla por las olas. Pero, después de examinarlo, descubrieron que las ropas no estaban mojadas y que el cuerpo ni siquiera estaba frío todavía. Enseguida lo llevaron a casa de una anciana que vivía cerca del lugar e intentaron, en vano, devolverle la vida. Parecía un joven apuesto, de unos veinticinco años de edad. Al parecer había sido estrangulado, porque no había señales de violencia, excepto la marca negra de unos dedos en su cuello.

La primera parte de aquella declaración no tenía el menor interés para mí; pero cuando se mencionó la marca de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano y me puse muy nervioso; comencé a temblar y se me nubló la vista, lo cual me obligó a apoyarme en una silla para sostenerme; el juez me observó con mirada penetrante y, desde luego, extrajo una impresión desfavorable de mi comportamiento.

El hijo confirmó el relato del padre. Pero cuando se le preguntó a Daniel Nugent, este juró con toda firmeza que, justo antes de que se cayera su compañero, vio un barco con un hombre solo en él, a corta distancia de la orilla; y, por lo

que pudo ver a la luz de las estrellas, era el mismo barco en el que yo había llegado a tierra.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y que estaba a la puerta de su casa esperando el regreso de los pescadores; alrededor de una hora antes de que supiera del descubrimiento del cuerpo, vio un barco, con un hombre solo, que se alejaba de la parte de la costa donde posteriormente se había encontrado el cadáver.

Otra mujer confirmó el relato según el cual era cierto que los pescadores habían llevado el cuerpo a su casa. No estaba frío, y lo pusieron en una cama y le dieron friegas, y Daniel fue al pueblo a buscar al boticario, pero el joven ya estaba sin vida.

Se preguntó a otros hombres a propósito de mi llegada, y todos estuvieron de acuerdo en que, con el fuerte viento del norte que se había levantado durante la noche, era muy probable que yo hubiera estado zozobrando durante muchas horas y, finalmente, me hubiera visto obligado a regresar al mismo punto del que había salido. Además, señalaron que parecía como si yo hubiera traído el cadáver de otro lugar; y era muy probable que, como al parecer no conocía la costa, pudiera haber entrado en el puerto sin saber la distancia que había desde el pueblo de… hasta el lugar donde había abandonado el cadáver.

El señor Kirwin, al oír aquella declaración, ordenó que me llevaran a la sala donde habían depositado el cadáver provisionalmente, para que pudiera observarse qué efecto me causaba la visión del mismo. Probablemente el gran nerviosismo que yo había mostrado cuando se había descrito cómo se había cometido el asesinato fue la razón por la que se propuso semejante procedimiento. Así pues, el magistrado y algunas personas más me condujeron a la posada. No pude evitar sorprenderme ante las extrañas coincidencias que habían tenido lugar durante aquella azarosa noche; pero sabiendo que, a la hora en que se había hallado el cuerpo, yo había estado hablando con varias personas en la isla en la que estaba viviendo, me encontraba perfectamente tranquilo respecto a las consecuencias del caso.

Entré en la sala donde yacía el cadáver y me condujeron hasta el ataúd. ¿Cómo describir lo que sentí…? Aún me siento morir de horror, y no puedo siquiera pensar en aquel terrible momento sin sentir escalofríos y una horrible angustia que solo ligeramente me recuerda los espantosos tormentos que sufrí cuando lo reconocí. El juicio, la presencia del magistrado y los testigos pasaron como un sueño por mi mente cuando vi el cuerpo sin vida de Henry Clerval tendido ante mí. Jadeé buscando aire; y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé:

—Mi querido Henry… ¿también a ti te han arrebatado la vida mis criminales maquinaciones? Ya he matado a dos

personas; otras víctimas esperan su turno. Pero tú… Clerval, mi amigo, mi buen amigo…

Mi cuerpo no pudo tolerar durante más tiempo el agónico sufrimiento que estaba soportando y me sacaron de la sala entre horribles convulsiones.

La fiebre vino después. Durante dos meses estuve al borde de la muerte. Mis delirios, como supe después, eran espantosos. Me acusaba a mí mismo de ser el asesino de William, de Justine y de Clerval. A veces les pedía a mis cuidadores que me ayudaran a destruir al ser diabólico que me atormentaba; y, en otras ocasiones, sentía cómo los dedos del monstruo se aferraban a mi garganta y daba alaridos de angustia y terror. Afortunadamente, como yo hablaba en mi lengua natal, solo el señor Kirwin pudo entenderme. Pero mis gestos y mis alaridos de amargura fueron suficientes para aterrorizar a los otros testigos.

¿Por qué no cedí a la muerte entonces? Era más desgraciado que ningún hombre lo fue jamás; entonces, ¿por qué no me hundí en el silencio y en el olvido? La muerte arrebata a muchos niños en la flor de la vida, las únicas esperanzas de sus padres, que los adoran. ¡Cuántas novias y jóvenes amantes han estado un día rebosantes de salud y esperanza y al siguiente eran ya víctimas de los gusanos y de la putrefacción de la tumba! ¿De qué materia estaba hecho yo para que pudiera resistir de aquel modo los golpes que,

como el constante girar de una rueda, continuamente renovaban mi tortura?

Pero yo estaba condenado a vivir, y dos meses después me encontré como si estuviera despertando de un sueño, en una prisión, tendido en un camastro miserable y rodeado de rejas, candados, cerrojos y toda la desdichada parafernalia de una mazmorra. Fue una mañana, lo recuerdo, cuando me desperté consciente y en aquel estado. Había olvidado los detalles de lo que había ocurrido y solo me sentía como si una gran desgracia se hubiera abatido sobre mí. Pero cuando miré a mi alrededor y vi las ventanas enrejadas y la estrechez de la celda donde me encontraba, todo lo sucedido cruzó mi memoria y lloré amargamente.

Aquellos gemidos despertaron a una vieja que estaba durmiendo en una silla, a mi lado. Era una cuidadora a sueldo, la mujer de uno de los carceleros, y su aspecto reflejaba todas esas malas cualidades que a menudo caracterizan a esa clase de personas. Sus facciones eran duras e implacables, como las de las personas acostumbradas a contemplar el dolor sin mostrar comprensión ninguna. Su voz expresaba una absoluta indiferencia. Se dirigió a mí en inglés, y en sus palabras pude reconocer la voz que había oído durante *mi* enfermedad.

—¿Ya está mejor, señor? —dijo.

Contesté en el mismo idioma, con una voz débil.

—Creo que sí; pero si todo esto es verdad, si no estoy soñando, lamento estar todavía vivo para tener que soportar este sufrimiento y este horror.

—Si es por eso —replicó la vieja—, si lo dice usted por el caballero que mató, creo que sería mejor que estuviera usted muerto, porque me parece a mí que lo va a pasar muy mal. Lo van a colgar a usted cuando se celebren las próximas sesiones judiciales en el pueblo. Pero, bueno, no es asunto mío. Me han dicho que lo cuide y ya está usted bien. Cumplo con mi deber y tengo la conciencia tranquila; mejor nos iría si todo el mundo hiciera lo mismo.

Le di la espalda con repugnancia a aquella mujer que podía hablarle de aquel modo absolutamente insensible a una persona que se acababa de salvar, habiendo estado al filo de la muerte; pero me sentí débil e incapaz de pensar en todo lo que había acontecido. Todas las escenas de mi vida aparecían como en un sueño. A veces dudaba y pensaba que tal vez todo aquello no era verdad, porque los hechos nunca adquirían en mi mente toda la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban ante mí se fueron haciendo más nítidas, me subió la fiebre; la oscuridad se ciñó en torno a mí; no tenía a nadie cerca para consolarme con la voz amable del cariño; ninguna mano querida me confortaba. Vino el médico y me prescribió algunas medicinas, y la vieja me las preparó; pero se dejaba ver perfectamente una absoluta indiferencia en el primero, y la

mueca de crueldad estaba firmemente impresa en el semblante de la segunda. ¿Quién iba a estar interesado en el destino de un asesino, sino el verdugo que se iba a ganar el sueldo?

Aquellos fueron mis primeros pensamientos, pero pronto supe que el señor Kirwin me había dispensado una gran amabilidad. Había ordenado que prepararan para mí la mejor celda de la prisión (en efecto, era miserable, pero era la mejor), y había sido él quien había procurado el médico y las personas que me atendieron. Es verdad que apenas vino a verme porque, aunque deseaba ardientemente aliviar los sufrimientos de cualquier ser humano, no deseaba presenciar las agonías y los espantosos delirios de un asesino. Así pues, vino algunas veces para comprobar que no estaba desatendido, pero sus visitas fueron cortas y muy de vez en cuando.

Un día, cuando ya me iba restableciendo poco a poco, me sentaron en una silla, con los ojos medio abiertos y con las mejillas lívidas como las de un muerto. Me encontraba abrumado por la tristeza y el dolor, y a menudo pensaba si no debía buscar la muerte en vez de esperar allí, miserablemente encerrado, solo a que me soltaran en un mundo atestado de desgracias. En alguna ocasión consideré si no debería declararme culpable y sufrir el castigo de la ley, el cual, arrebatándome la vida, me proporcionaría el único consuelo que era capaz de admitir. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta de la celda y entró

el señor Kirwin. Su rostro dejaba entrever comprensión y amabilidad: acercó una silla a la mía y se dirigió a mí en francés.

—Me temo que este lugar le está matando. ¿Puedo hacer algo para que se encuentre mejor?

—Gracias, pero ya nada importa; no hay nada en el mundo que pueda conseguir que me encuentre mejor.

—Ya sé que la comprensión de un extraño no es de mucha ayuda para una persona como usted, abatido por una tragedia tan extraña… Pero espero que pronto abandone este desgraciado lugar… porque, sin duda, se podrán encontrar fácilmente pruebas que permitan liberarlo de los cargos criminales que se le imputan…

—Eso es lo último que me preocupa… Debido a una sucesión de extraños acontecimientos, me he convertido en el más desgraciado de los mortales. Perseguido y atormentado como estoy, y como he estado… ¿puede la muerte hacerme algún daño?

—En efecto, nada puede ser más desagradable y triste que las extrañas circunstancias que han ocurrido últimamente. Por alguna sorprendente casualidad, usted fue arrojado a nuestras playas, bien conocidas por su hospitalidad. Fue apresado inmediatamente y acusado de asesinato, y lo primero que se le presentó a sus ojos fue el cuerpo de su

amigo asesinado de ese modo atroz, y que algún malvado colocó, como si dijéramos… en su camino.

Mientras el señor Kirwin decía esto, a pesar de la agitación que sufría con el relato de mis sufrimientos, también me sorprendió considerablemente el conocimiento que parecía tener respecto a mí. Imagino que mi rostro no dejó de mostrar cierto asombro, porque el señor Kirwin se apresuró a decir:

—No fue hasta un día o dos después de su enfermedad cuando pensé que debía examinar sus ropas para descubrir alguna pista que me permitiera enviar a sus familiares una nota en la que explicara su desgracia y su enfermedad. Encontré varias cartas, entre otras, una que, por su encabezamiento, enseguida comprendí que sería de su padre. Inmediatamente le escribí a Ginebra. Han pasado casi dos meses desde que envié la carta. Pero… está usted enfermo… está usted temblando… Parece usted indispuesto para tolerar cualquier emoción…

—No saber lo que ocurre es mil veces peor que el acontecimiento más horrible. Dígame qué nueva escena de muerte ha tenido lugar y a qué muerto debo llorar.

—Su familia se encuentra perfectamente —dijo el señor Kirwin con amabilidad—, y alguien, alguien que le quiere, ha venido a visitarlo.

No sé qué asociación de ideas se produjo en mi mente, pero instantáneamente se me pasó por la cabeza que el monstruo había venido a burlarse de mi desgracia y a reírse de mí por la muerte de Clerval, como una nueva forma de instigarme a cumplir sus diabólicos deseos. Me cubrí los ojos con las manos y grité de angustia…

—¡Oh, lléveselo…! ¡No puedo verlo! ¡Por el amor de Dios, no lo deje entrar…!

El señor Kirwin me miró con gesto contrariado. No pudo evitar pensar que mi exclamación podía entenderse como una confirmación de mi culpabilidad, y dijo en un tono bastante severo:

—Hubiera creído, joven, que la presencia de su padre sería bienvenida, en vez de producirle una aversión tan violenta.

—¡Mi padre…! —dije, mientras cada rasgo y cada músculo de mi cuerpo pasaba de la angustia a la alegría—. ¿De verdad ha venido mi padre? ¡Mi buen padre, mi buen padre…! Pero… ¿dónde está? ¿Por qué no se apresura a venir…?

Mi cambio de comportamiento sorprendió y agradó al magistrado; quizá pensó que mi anterior exclamación era una momentánea recaída en el delirio. Y entonces, inmediatamente, volvió a su antigua benevolencia. Se levantó y abandonó la celda con la cuidadora, y un instante después entró mi padre.

En aquel momento, nada podría haberme alegrado tanto como la presencia de mi padre. Le tendí y le estreché la mano y exclamé:

—Entonces… ¿estás bien…? ¿Y Elizabeth…? ¿Y Ernest?

Mi padre me tranquilizó, asegurándome que todos estaban bien; y hablándome de aquellos asuntos que me eran tan queridos, intentó animarme. Pero no tardó en comprender que la prisión no era el lugar más adecuado para la alegría.

—Pero ¡dónde estás, hijo mío…! —dijo, observando lúgubremente las ventanas enrejadas y el miserable aspecto de la celda—. Emprendiste este viaje para buscar la felicidad, pero la fatalidad parece perseguirte… Y pobre Clerval…

El nombre de mi desafortunado amigo asesinado me causó una agitación demasiado grande como para que mi debilidad pudiera soportarlo. Prorrumpí en llanto.

—Dios mío… sí, padre mío —contesté—, un espantoso destino pende sobre mí, y al parecer debo vivir para cumplirlo; aunque debería haber muerto sobre el ataúd de Henry.

No se nos permitió conversar durante mucho tiempo, dado que el precario estado de mi salud exigía tomar todas las precauciones necesarias que pudieran asegurar mi tranquilidad. El señor Kirwin entró e insistió en que mis

fuerzas no deberían agotarse en demasiadas emociones. Pero la presencia de mi padre era para mí como la de un ángel bueno, y poco a poco recobré la salud.

A medida que la enfermedad me abandonaba, me iba invadiendo una melancolía negra y lúgubre que nada conseguía disipar. Siempre tenía delante la imagen fantasmal de Clerval asesinado. En más de una ocasión, el nerviosismo al que me conducían aquellos recuerdos hizo temer a mis amigos que podría sufrir una peligrosa recaída. ¡Dios mío! ¿Por qué se empeñaron en conservar una vida tan mísera y detestable? Fue seguramente para que yo pudiera cumplir mi destino, del cual estoy ya tan cerca. Pronto, oh, muy pronto, la muerte acallará estos latidos de mi corazón y me liberará de esta pesada carga de angustia que me hunde en el cieno; y cuando se haya ejecutado la sentencia de la justicia, yo también podré entregarme al descanso. En aquel entonces, la presencia de la muerte aún me resultaba distante, aunque el deseo de morir siempre estaba presente en mis pensamientos; y a menudo permanecía durante horas enteras sin moverme y sin hablar, deseando que alguna descomunal catástrofe pudiera enterrarnos a mí y a mi enemigo en sus ruinas.

Las sesiones judiciales de la región se aproximaban. Ya llevaba tres meses en prisión, y aunque aún estaba débil y corría un permanente peligro de recaída, me obligaron a viajar casi ciento cincuenta kilómetros hasta la capital del condado, donde tenía la sede el tribunal. El señor Kirvin se

encargó de reunir con mucho cuidado a todos los testigos y organizar mi defensa. Me evitaron la vergüenza de aparecer públicamente como un criminal, puesto que el caso no se presentó ante el tribunal que decide la pena de muerte. El gran jurado rechazó la acusación, pues quedó probado que yo me encontraba en las islas Orcadas a la hora en que se descubrió el cuerpo de mi amigo. Y solo quince días después de mi traslado, me sacaron de prisión.

Mi padre se emocionó mucho al verme absuelto de los humillantes cargos de asesinato y al comprobar que nuevamente se me permitía respirar el aire puro y regresar a mi país natal. Yo no compartía aquellos sentimientos porque, para mí, los muros de una mazmorra o los de un palacio eran igualmente odiosos. El cáliz de la vida estaba envenenado para siempre[139]; y aunque el sol brillaba sobre mí y sobre aquellos de corazón alegre y feliz, yo no veía a mi alrededor más que una densa y aterradora oscuridad que ningún resplandor podía penetrar, salvo la luz de dos ojos clavados sobre mí… A veces eran los alegres ojos de Henry, languideciendo en la muerte, con las negras pupilas casi cubiertas por los párpados y las largas pestañas que los

139 La desdicha de Victor lo impregna todo y tiñe la forma en que ve el mundo, independientemente de las circunstancias. Como afirma en este fragmento, para él «los muros de una mazmorra o los de un palacio eran igualmente odiosos». Tal perspectiva cuestiona la noción de que exista una realidad objetiva «en el exterior», teniendo en cuenta que la realidad de Victor —su «cáliz de la vida»— está definida de manera tan significativa por su desdicha y dolor personales. *(Nicole Piemonte).*

ribeteaban. En otras ocasiones eran los ojos turbios y acuosos del monstruo, tal y como lo vi por vez primera en mis aposentos de Ingolstadt.

Mi padre intentó despertar en mí sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, a la que pronto volveríamos… de Elizabeth, de Ernest. Pero sus palabras solo conseguían arrancarme profundos suspiros. Algunas veces, en realidad, tenía deseos de ser feliz, y pensaba, con dulce melancolía, en mi adorada prima, o añoraba, con una feroz *maladie du pays,* en volver a ver el lago azul y el proceloso Ródano que me habían sido tan queridos en mi juventud; pero el estado habitual de mis emociones era la apatía, para la cual una prisión es lo mismo que un palacio en el paisaje más hermoso que pueda pintar la naturaleza; y semejante estado con frecuencia se veía interrumpido por ataques de angustia y desesperación. En esos momentos, a menudo intenté poner fin a la existencia que detestaba, y por eso se hizo necesario mantener una constante atención y vigilancia, para impedir que cometiera algún horrible acto de violencia contra mí mismo.

Recuerdo que, cuando me sacaron de la prisión, oí a un hombre decir: «Puede que sea inocente de asesinato, pero lo que es seguro es que tiene mala conciencia». Aquellas palabras me conmocionaron. ¡Mala conciencia! Sí, con toda seguridad: tenía mala conciencia. William, Justine y Clerval habían muerto debido a mis infernales maquinaciones.

—¿Y qué muerte pondrá fin a esta tragedia? —clamaba—. ¡Ah, padre…! ¡Salgamos de este maldito país! ¡Llévame donde pueda olvidarme de mí mismo, donde pueda olvidar mi existencia y a todo el mundo…!

Mi padre de inmediato accedió a mis deseos, y después de habernos despedido del señor Kirwin, nos encaminamos rápidamente a Dublín. Cuando el carguero partió de Irlanda con viento favorable y abandoné para siempre aquel país que había sido para mí el escenario de tanto dolor, me sentí como si me hubieran quitado de encima una pesada carga.

Era medianoche, mi padre dormía abajo, en el camarote, y yo permanecía en cubierta mirando las estrellas y escuchando el rumor de las olas. Agradecí la presencia de aquella oscuridad que apartaba a Irlanda de mi vista, y mi pulso latió con febril alegría cuando pensé que pronto volvería a ver Ginebra. El pasado me pareció entonces una espantosa pesadilla; sin embargo, el barco en el que me encontraba, el viento que soplaba desde las odiosas costas de Irlanda y el mar que me rodeaba me aseguraban, ciertamente, que no había sufrido visiones engañosas y que Clerval, mi amigo y mi más querido compañero, había muerto, víctima de mis actos y del monstruo que yo había creado. Hice memoria de toda mi vida: la apacible felicidad cuando vivía con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre, y mi partida hacia Ingolstadt. Recordé con un escalofrío el enloquecido entusiasmo que me había impulsado a la creación de mi odioso enemigo, y traje a mi

mente la noche en la cual recibió la vida. Fui incapaz de seguir el hilo de mis razonamientos. Mil emociones me embargaron, y rompí a llorar amargamente.

Desde que me recuperé de las fiebres, había adquirido la costumbre de tomar todas las noches una pequeña cantidad de láudano, porque solo gracias a esta droga era capaz de descansar lo suficiente para seguir viviendo. Angustiado por el recuerdo de mis desgracias, tomé una dosis doble y pronto caí dormido profundamente. Pero el sueño no consiguió librarme de la memoria y del dolor; mis sueños se poblaban de mil cosas que me aterrorizaban. Hacia el amanecer tuve una especie de pesadilla. Sentí la garra de aquel demonio aferrada a mi garganta y no podía librarme de ella. Gritos y lamentos resonaban en mis oídos. Mi padre, que siempre me vigilaba, notando mi inquietud, me despertó y señaló el puerto de Holyhead, en el cual ya estábamos entrando.

CAPÍTULO V

Habíamos decidido no ir a Londres, sino cruzar el país hacia Portsmouth… y desde allí, embarcar hacia El Havre. Yo prefería este plan, principalmente, porque temía ver de nuevo aquellos lugares en los que había disfrutado de unos breves días de sosiego con mi querido Clerval. Y pensaba con horror en la posibilidad de ver a aquellas personas que habíamos conocido juntos y que, sin duda, harían preguntas respecto a un suceso cuyo simple recuerdo me hacía sentir de nuevo todo lo que había sufrido cuando vi su cuerpo inerme en…

Por lo que a mi padre se refiere, sus deseos y todos sus esfuerzos se destinaban a verme de nuevo restablecido tanto en la salud como en la paz de espíritu. Su cariño y sus atenciones eran constantes; mi dolor y mi tristeza eran pertinaces, pero él nunca desesperaba. En ocasiones

pensaba que yo me sentía profundamente avergonzado por haberme visto obligado a responder de una acusación de asesinato, e intentaba demostrarme la inutilidad del orgullo.

—¡Ay, padre…! —le decía—. ¡Qué poco me conoces…! Los seres humanos, sus sentimientos y sus pasiones, se avergonzarían efectivamente si un desgraciado como yo pudiera sentir orgullo. Justine, la pobre e infeliz Justine, era tan inocente como yo, y fue acusada por lo mismo… murió por ello. Y yo fui el culpable… yo la maté. William, Justine y Henry… los tres murieron por mi culpa.

Mi padre me había oído a menudo decir cosas parecidas durante mi encarcelamiento. Cuando me acusaba de aquel modo, a veces parecía desear que le diera una explicación, y en otras ocasiones probablemente consideraba que era consecuencia de mi delirio, y que durante mi enfermedad alguna idea de ese tipo se había grabado en mi imaginación, y que el recuerdo de la misma aún permanecía vivo en la convalecencia. Yo evité darle una explicación; mantuve un permanente silencio respecto al engendro que había creado. Tenía la sensación de que me tomarían por loco, y esto selló para siempre mis labios, cuando en realidad habría dado un mundo por poder confesar aquel secreto fatal.

En una de esas ocasiones, mi padre me dijo con una expresión de indecible sorpresa:

—¿Qué quieres decir, Victor? ¿Estás loco…? Querido hijo, te ruego que no vuelvas a decir esas cosas tan raras…

—¡No estoy loco! —grité con furia—. ¡El sol y los cielos que me han visto actuar pueden atestiguar que digo la verdad! Yo fui el asesino de esas víctimas absolutamente inocentes… ¡Y murieron por culpa de mis maquinaciones! Mil veces habría derramado mi propia sangre, gota a gota, por haber salvado sus vidas. Pero no podía… padre, de verdad, no podía sacrificar a toda la especie humana…

La conclusión de aquella conversación persuadió a mi padre de que estaba trastornado; así que cambió inmediatamente de tema para intentar alterar el hilo de mis pensamientos. Deseaba, en la medida de lo posible, borrar de mi memoria las escenas acaecidas en Irlanda y jamás volvió a aludir a ellas ni me permitió hablar de mis desgracias.

A medida que fue transcurriendo el tiempo, me fui tranquilizando; el dolor moraba en mi corazón, pero ya no volví a hablar de aquel modo incoherente respecto a mis crímenes; era suficiente para mí tener conciencia de ellos. Con una insoportable represión, dominé la voz imperiosa de la desdicha, que a veces deseaba mostrarse al mundo entero, y mi comportamiento se tornó más tranquilo y más contenido, como antes de mi excursión al mar de hielo.

Llegamos a El Havre el 8 de mayo e inmediatamente viajamos a París, donde mi padre tenía que resolver algunos asuntos que nos retuvieron allí algunas semanas. En esa ciudad recibí la siguiente carta de Elizabeth.

Para VICTOR FRANKENSTEIN

Mi queridísimo amigo:

Me dio muchísima alegría recibir una carta de mi tío fechada en París. Ya no te encuentras a una distancia tan enorme, y puedo confiar en verte antes de quince días. ¡Mi pobre primo! ¡Cuánto debes de haber sufrido! Me temo que te voy a encontrar incluso más enfermo que cuando partiste de Ginebra. Hemos pasado un invierno terrible, presas de la mayor inquietud; sin embargo, espero ver sosiego en tu semblante y comprobar que tu corazón no se encuentra completamente privado de paz y tranquilidad.

Sin embargo, temo que persistan los mismos sentimientos que te hacían tan desgraciado hace un año, y que incluso hayan aumentado con el tiempo. No querría importunarte en estos momentos, cuando tantas desdichas te afligen, pero una conversación que tuve con mi tío antes de su partida me obliga a darte una explicación necesaria antes de que nos encontremos.

«¿Una explicación? —probablemente te dirás—, ¿qué puede tener que explicar Elizabeth?». Si de verdad piensas eso, mis preguntas ya se han respondido, y no tengo más que hacer que firmar con un «Tu prima que te quiere». Pero estamos muy lejos, y es posible que temas y sin embargo agradezcas esta explicación; y, teniendo en cuenta la posibilidad de que tal sea el caso, no me atrevo a posponer más lo que, durante tu ausencia, he deseado comentarte muy a menudo y para lo cual nunca he reunido el suficiente valor.

Tú sabes bien, Victor, que mis tíos siempre pensaron en nuestra unión, incluso desde nuestra infancia. Así se nos dijo cuando éramos jóvenes y nos enseñaron a considerar ese futuro como un acontecimiento que sin duda tendría lugar. Fuimos cariñosos compañeros de juegos durante nuestra niñez y, creo, buenos y sinceros amigos cuando crecimos. Pero del mismo modo que un hermano y una hermana mantienen una cariñosa relación sin desear una unión más íntima, ¿no puede ser este también nuestro caso? Dime, mi queridísimo Victor… Contéstame, y te lo pido por nuestra felicidad mutua, con una sencilla verdad: ¿amas a otra?

Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando te vi tan triste el otoño pasado, rehuyendo el contacto con la gente y buscando únicamente la soledad, no pude evitar suponer que tal vez te arrepentías de nuestro compromiso y que te sentías obligado, por honor, a cumplir con la voluntad de

nuestros padres, aunque se opusiera a tus verdaderos deseos. Pero este es un razonamiento falso. Te confieso, primo mío, que te amo y que en los castillos en el aire que he imaginado para mi futuro tú has sido mi amante fiel y mi compañero. Pero solo deseo tu felicidad, y también la mía, cuando te digo que nuestro matrimonio haría de mí una persona absolutamente desgraciada a menos que fuera el resultado de los dictados de nuestra propia decisión libre. Incluso ahora lloro al pensar que, acosado como estás por las más crueles desgracias, puedas echar a perder, por tu palabra de *honor*, todas las esperanzas de amor y felicidad, que son las únicas que podrían conseguir que volvieras a ser lo que fuiste. Yo, que siento hacia ti un cariño tan desinteresado, podría estar aumentando mil veces tu desdicha si me convirtiera en un obstáculo a tus deseos. Ah, Victor, puedes estar seguro de que tu prima y compañera siente un amor demasiado verdadero por ti como para hacerte desgraciado. Sé feliz, amigo mío; y si atiendes a esta mi única petición, puedes estar seguro de que nada en el mundo podrá jamás perturbar mi tranquilidad.

No permitas que esta carta te incomode. No la contestes mañana, ni al día siguiente, ni siquiera hasta que vengas, si ello te causa algún dolor. Mi tío me dará noticias sobre tu salud; y si veo siquiera una sonrisa en tus labios cuando nos veamos, sea por esta carta o por cualquier otra cosa mía, no necesitaré nada más para ser feliz.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, a 18 de mayo de 17…

Esta carta reavivó en mi memoria lo que ya había olvidado, la amenaza del engendro diabólico: *«¡Estaré contigo en tu noche de bodas!».* Tal fue mi sentencia, y esa noche aquel demonio emplearía todas las artimañas para destruirme y arrebatarme aquel atisbo de felicidad que prometía, al menos en parte, consolar mis sufrimientos. Aquella noche había decidido culminar sus crímenes con mi muerte. ¡Muy bien, que así fuera! Entonces, con toda seguridad, tendría lugar una lucha a muerte en la que, si él salía victorioso, yo descansaría en paz, y su poder sobre mí habría terminado. Si vencía yo, sería un hombre libre. ¡Cielos…! ¡Qué extraña libertad… como la del campesino cuando su familia ha sido masacrada ante sus ojos, su granja ha sido incendiada, sus tierras asoladas y se convierte en un hombre perdido, sin casa, sin dinero y solo, pero libre al fin! ¡Así sería mi libertad, salvo que en mi Elizabeth al menos tendría un tesoro, Dios mío, que compensaría los horrores del remordimiento y la culpabilidad que me perseguirían hasta la muerte!

¡Dulce y querida Elizabeth! Leí y releí su carta, y algunos sentimientos de ternura se apoderaron de mi corazón y se atrevieron a susurrarme paradisíacos sueños de amor y alegría. Pero ya había mordido la manzana, y el brazo del ángel ya me mostraba que debía olvidarme de cualquier esperanza. Sin embargo, daría mi vida por hacerla feliz; si el monstruo cumplía su amenaza, la muerte era inevitable. Sin embargo, volví a pensar que tal vez mi matrimonio

precipitaría mi destino. En efecto, mi muerte podría adelantarse algunos meses; pero si mi perseguidor sospechara que yo posponía mi matrimonio por culpa de sus amenazas, seguramente encontraría otros medios, y quizá más terribles, para ejecutar su venganza. Había jurado que *estaría conmigo en mi noche de bodas.* Sin embargo, esa amenaza no le obligaba a quedarse quieto hasta que llegara ese momento… porque, como si quisiera demostrarme que no se había saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de haber proferido sus amenazas. Así pues, concluí que si mi inmediata boda con mi prima iba a procurar su felicidad o la de mi padre, las amenazas de mi adversario contra mi vida no deberían retrasarla ni una hora[140].

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta era sosegada y cariñosa. «Me temo, mi adorada niña —le decía—, que queda poca felicidad en este mundo para nosotros; sin embargo, toda la que yo pueda disfrutar reside

---

140 El altruismo, que suele concebirse como una preocupación desinteresada por los demás, se considera una cualidad positiva. Aunque aquí Victor parezca altruista, no muestra en ningún momento la menor preocupación por su creación sino que elude toda responsabilidad por ella y su bienestar. Además, en el contexto de la investigación científica, es importante tener en cuenta que el comportamiento diligente o «altruista» del investigador que lleva a la renuncia completa del yo, tiene como resultado decisiones y actos irreflexivos. Tal vez si Victor se hubiera tomado su tiempo para reflexionar sobre sí mismo —sobre sus motivos, decisiones, deseos y actos— durante sus investigaciones científicas, se habría contenido y, para empezar, habría evitado dar vida a la criatura. *(Nicole Piemonte).*

en ti. Aleja de ti temores infundados. Solo a ti he consagrado mi vida y mis deseos de felicidad. Tengo un secreto, Elizabeth, un secreto terrible. Cuando te lo cuente, te helará la sangre de espanto; y luego, lejos de sorprenderte por mis desgracias, simplemente te asombrará que aún siga con vida. Te revelaré esta historia de sufrimientos y terror al día siguiente a nuestra boda… porque, mi querida prima, debe existir una confianza absoluta entre ambos. Pero hasta entonces, te lo ruego, no lo menciones ni aludas a ello. Te lo pido con todo mi corazón, y sé que me lo concederás».

Alrededor de una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth, regresamos a Ginebra. Elizabeth me dio la bienvenida con mucho cariño; sin embargo, había lágrimas en sus ojos cuando vio mi cuerpo maltrecho y mi rostro febril. Yo también descubrí un cambio en ella. Estaba más delgada y había perdido buena parte de aquella maravillosa alegría que antaño me había encantado. Pero su dulzura y sus amables miradas de compasión la convertían en la mujer más apropiada para un ser destrozado y miserable como yo.

De todos modos, la tranquilidad de que gozaba yo en aquel momento no duró mucho. Los recuerdos me volvían loco. Y cuando pensaba en lo que había ocurrido, una verdadera locura se apoderaba de mí. Algunas veces me enfurecía y estallaba con ataques de rabia, y otras me derrumbaba y me sentía abatido. Ni hablaba ni veía, sino que permanecía inmóvil, abrumado por la cantidad de desdichas que se cernían sobre mí.

Solo Elizabeth tenía poder para sacarme de esos pozos de abatimiento. Su dulce voz me tranquilizaba cuando estaba furioso, y me infundía sentimientos humanos cuando me sumía en la apatía. Ella lloraba conmigo y por mí. Cuando recobraba la razón, me reconvenía dulcemente e intentaba infundirme resignación. Ah, sí… es necesario que los desdichados se resignen. Pero para los culpables no hay paz: las angustias de los remordimientos envenenan ese placer que en ocasiones puede gozarse cuando uno se entrega a los excesos de la pena.

Poco después de mi llegada, mi padre habló de mi inmediato matrimonio con mi prima. Yo permanecí en silencio.

—Entonces, ¿estás enamorado de otra mujer?

—En absoluto. Amo a Elizabeth y pienso en nuestra futura unión con sumo placer. Fija la fecha, y ese día me consagraré, en la vida y en la muerte, a la felicidad de mi prima.

—Mi querido Victor, no hables así. Graves desgracias han caído sobre nosotros, pero lo único que debemos hacer es mantenernos unidos a lo que nos queda, y el amor que sentíamos por aquellos que perdimos debemos entregárselo ahora a los que aún viven. Nuestra familia es pequeña, pero está muy unida por lazos de cariño y de desdichas compartidas. Y cuando el paso del tiempo haya mitigado tu

desesperación, nuevas y amadas preocupaciones nacerán para reemplazar a aquellos de los que tan cruelmente hemos sido privados.

Tales eran los consejos de mi padre, pero los recuerdos de la amenaza volvieron a obsesionarme. Y no puede sorprender a nadie que, omnipotente como se había mostrado aquel engendro diabólico en sus crímenes sanguinarios, casi lo considerara invencible; y que, puesto que había pronunciado las palabras*«estaré contigo en tu noche de bodas»,* considerara aquel destino amenazador como algo inevitable. Pero la muerte no era una desgracia para mí, si no fuera porque acarreaba la pérdida de Elizabeth; y, así pues, con gesto sonriente e incluso alegre, me mostré de acuerdo con mi padre en que la ceremonia tuviera lugar, si mi prima consentía, al cabo de diez días… y así sellé mi destino, o eso creía.

¡Dios bendito…! Si por un instante hubiera imaginado cuáles podrían ser las diabólicas intenciones de mi enemigo infernal, habría preferido abandonar para siempre mi país, y haber vagado como un despreciable desheredado por el mundo antes que consentir aquel desdichado matrimonio. Pero, como si tuviera poderes mágicos, el monstruo había conseguido cegarme y ocultarme así sus verdaderas intenciones; y cuando yo pensaba que únicamente preparaba mi propia muerte, solo conseguí precipitar la de una víctima que amaba mucho más.

A medida que se acercaba la fecha de nuestro matrimonio, tal vez por cobardía o por un mal presentimiento, me sentí cada vez más abatido. Pero oculté mis sentimientos bajo la apariencia de una alegría que dibujó sonrisas de gozo en el rostro de mi padre, aunque difícilmente pude engañar a la mirada más atenta y perspicaz de Elizabeth. Ella observaba nuestra futura unión con sosegada satisfacción, aunque no sin cierto temor, debido a las pasadas desgracias, y tenía miedo de que lo que ahora parecía una felicidad cierta y tangible pudiera desvanecerse de pronto en un sueño etéreo y no dejara ni una huella, salvo una amargura profunda y eterna.

Se hicieron los preparativos para el acontecimiento. Recibimos a las visitas de rigor y sus felicitaciones, y todo parecía adornado con las galas más halagüeñas. En lo que me fue posible, oculté en lo más profundo del corazón la ansiedad que me consumía y acepté con aparente sinceridad todo lo que proponía mi padre, aunque todo aquello no podía servir sino como decorado de mi tragedia. Se adquirió una casa para nosotros, cerca de Cologny: así podríamos disfrutar de los placeres del campo y, sin embargo, estaríamos lo suficientemente cerca de Ginebra como para ir a visitar a mi padre todos los días, pues él seguiría viviendo en el interior de la ciudad, por Ernest, para que pudiera continuar sus estudios.

Mientras tanto, yo adopté todas las precauciones para defenderme en caso de que aquel engendro quisiera

atacarme. Siempre llevaba pistolas y una daga, y estaba siempre alerta para evitar emboscadas, y así conseguí gozar en alguna medida de cierta tranquilidad. Y, en realidad, conforme se aproximaba la fecha, la amenaza comenzó a parecer más bien una locura que no valía la pena tener en cuenta, pues probablemente no sería capaz de perturbar mi tranquilidad, mientras que la felicidad que esperaba de mi matrimonio iba adquiriendo poco a poco una apariencia de verdadera realidad a medida que se acercaba el día de la ceremonia, y oía hablar de ella como un acontecimiento que ningún incidente podría impedir.

Elizabeth parecía feliz: mi comportamiento calmado contribuyó grandemente a tranquilizar su espíritu. Pero el día en que se iban a cumplir mis deseos y mi destino, ella estaba melancólica; un mal presentimiento la embargaba, y quizá también pensaba en el terrible secreto que yo había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre en cambio estaba rebosante de felicidad y, con el ajetreo de los preparativos, solo vio en la melancolía de su sobrina la pudorosa timidez de una novia.

Después de celebrar la ceremonia, tuvo lugar una gran fiesta en casa de mi padre; pero se acordó que Elizabeth y yo deberíamos pasar aquella tarde y aquella noche en Evian, y que a la mañana siguiente iríamos a Cologny. Hacía un buen día y, como el viento era favorable, decidimos ir en barco.

Aquellos fueron los últimos momentos de mi vida durante los cuales disfruté del sentimiento de felicidad. Navegábamos muy deprisa; el sol calentaba, pero nosotros íbamos protegidos por una especie de dosel mientras disfrutábamos de la belleza del paisaje: unas veces nos girábamos hacia a un extremo del lago, donde veíamos el Mont Salêve, las encantadoras orillas de Montalêgre y, en la distancia, elevándose sobre todo lo demás, el magnífico Mont Blanc y todo el grupo de montañas nevadas que intentaban alcanzarlo. En otras ocasiones, bordeando la ribera opuesta, veíamos el majestuoso Jura, retando con sus oscuras laderas la ambición de quien deseara abandonar su país natal y mostrándose como una barrera infranqueable al conquistador que pretendiera invadirlo.

Le cogí la mano a Elizabeth.

—Estás triste, mi amor. ¡Ay, si supieras lo que he sufrido y lo que tal vez aún tenga que soportar, procurarías dejarme saborear la tranquilidad y la ausencia de desesperación que al menos me permite disfrutar este único día!

—Sé feliz, mi querido Victor —contestó Elizabeth—; confío en que no haya nada que te inquiete; y puedes estar seguro de que mi corazón está feliz, aunque no veas en mi rostro una alegría excesiva. Algo me dice que no deposite muchas esperanzas en las perspectivas que se abren ante nosotros, pero no quiero escuchar esas voces siniestras. Mira qué deprisa navegamos y cómo las nubes, que a veces oscurecen

y a veces se elevan sobre la cúpula del Mont Blanc, consiguen que este maravilloso paisaje sea aún más hermoso. Mira también los innumerables peces que nadan en estas límpidas aguas, donde se pueden ver claramente todas las piedras que yacen en el fondo. ¡Qué día tan hermoso…! ¡Qué feliz y serena parece toda la naturaleza!

Así era como Elizabeth intentaba distraer sus pensamientos y los míos de cualquier reflexión sobre asuntos melancólicos, pero su ánimo era muy voluble. La alegría brillaba durante unos breves instantes en su mirada, pero la felicidad constantemente dejaba paso a la tristeza y al ensimismamiento.

En el cielo, el sol se iba poniendo; pasamos frente al río Drance y observamos su curso a través de los abismos de las montañas y las cañadas de las colinas más bajas. Los Alpes, aquí, se acercan mucho al lago, y nosotros nos aproximábamos al anfiteatro de montañas que forman su extremo oriental. El campanario de Evian se recortaba brillante sobre los bosques que rodeaban la población, y por debajo de la cordillera de montañas y montañas en la que estaba colgada.

El viento, que hasta ese preciso instante nos había llevado con asombrosa rapidez se convirtió al atardecer en una agradable brisa; el airecillo apenas conseguía rizar el agua y producía un encantador movimiento en los árboles cuando nos aproximamos a la orilla; allí flotaba en el aire un

delicioso perfume de flores y heno. El sol se puso tras el horizonte cuando saltamos a tierra; y cuando pisé la orilla, sentí que las preocupaciones y los temores renacían en mí, y que pronto me iban a atrapar y a marcarme para siempre.

CAPÍTULO VI

Eran las ocho en punto cuando desembarcamos; caminamos durante un breve trecho junto a la orilla, disfrutando de las cambiantes luces del atardecer, y luego nos retiramos a la posada y contemplamos el encantador paisaje de aguas, bosques y montañas que se iban ocultando en la oscuridad y, sin embargo, aún dejaban ver sus negros perfiles.

El viento del sur, que casi había desaparecido, se levantó ahora con gran violencia por el oeste; la luna había alcanzado su cénit en el cielo y estaba comenzando a

descender; las nubes barrían el cielo por delante de ella con más premura que el vuelo del buitre y enturbiaban su luz, mientras el lago reflejaba el conmocionado paisaje de los cielos y se agitaba aún más con las inquietas olas que estaban comenzando a encresparse. De repente, se desató una violenta tormenta de lluvia.

Yo había estado tranquilo durante todo el día, pero en cuanto la noche comenzó a enturbiar los perfiles de las cosas, mil temores se adueñaron de mi mente. Estaba angustiado y alerta, mientras con la mano derecha me aferraba a una pistola que tenía escondida en el pecho. Cada ruido me aterrorizaba, pero decidí que vendería cara mi vida y no evitaría el enfrentamiento que tenía pendiente hasta que uno de los dos, o mi adversario o yo, muriera.

Elizabeth, tímida y temerosa, observó en silencio mi inquietud durante unos instantes. Al final, dijo:

—¿Por qué estás nervioso, mi querido Victor? ¿De qué tienes miedo?

—¡Oh, tranquila, tranquila, mi amor…! —le contesté—. Espera que pase esta noche, y ya podremos estar seguros… Pero esta noche es horrible, esta noche es tan horrible…

Pasé una hora en aquel estado de nervios, y entonces, de repente, pensé cuán horroroso sería para mi esposa presenciar el combate que de un momento a otro imaginaba

que tendría lugar, y por eso le rogué con vehemencia que se retirara a dormir, decidido a no ir con ella hasta que no supiera algo de mi enemigo.

Elizabeth me dejó solo, y durante algún tiempo estuve yendo de un lado a otro por los pasillos de la casa, inspeccionando cada esquina que pudiera servir de escondrijo a mi enemigo. Pero no vi ni rastro de él, y comencé a considerar la posibilidad de que algún afortunado acontecimiento hubiera tenido lugar y hubiera impedido la ejecución de su amenaza, cuando de repente oí un grito y un espantoso alarido. Procedía de la habitación a la que Elizabeth se había retirado. Cuando oí aquel grito, lo comprendí todo… Mis brazos cayeron rendidos y el movimiento de cada músculo y cada fibra de mi cuerpo se detuvo; podía sentir la sangre reptando por mis venas y hormigueando en mis pies. Aquel estado no duró más que un instante, el grito se repitió y corrí precipitadamente hacia la habitación.

¡Dios mío! ¿Por qué no me mataste entonces? ¿Por qué estoy aquí para describir la destrucción de mi esperanza más anhelada y la muerte de la criatura más buena del mundo? Allí estaba, sin vida e inerte, tendida de lado a lado en la cama, con la cabeza colgando, con su rostro pálido y deformado, medio cubierto por su cabello. No importa dónde mire… siempre veo la misma imagen: sus brazos exánimes y su cuerpo muerto arrojado por el asesino sobre el ataúd nupcial. ¿Cómo pude ver aquello y seguir viviendo?

¡Dios mío! La vida es obstinada… se aferra con más fuerza allí donde más se odia. Entonces, solo sé que perdí el conocimiento… y me desmayé.

Cuando me recobré, me encontré en medio de la gente de la posada. Sus rostros expresaban claramente un espantoso terror, pero el horror de los demás solo me parecía una pequeña farsa, una sombra de los sentimientos que me atenazaban a mí. Me abrí camino entre ellos hasta la alcoba donde yacía el cuerpo de Elizabeth… mi amor… mi esposa… Solo unos instantes antes estaba viva… mi querida… mi preciosa… La habían cambiado de postura y ya no se encontraba como yo la había visto; y ahora, tal y como estaba tendida, con la cabeza sobre un brazo y un pañuelo cubriéndole el rostro y el cuello, podría haber pensado que estaba dormida. Corrí hacia ella y la abracé con locura, pero la mortal frialdad de su cuerpo me recordó que lo que estaba sosteniendo en mis brazos ya había dejado de ser la Elizabeth que yo había amado y adorado; la marca de las garras asesinas de aquel demonio aún permanecían en el cuello, y sus labios ya no tenían aliento.

Mientras aún la tenía en mis brazos, en la agonía de la desesperación, se me ocurrió levantar la mirada. La alcoba había quedado casi a oscuras, y sentí una especie de pánico al ver cómo la pálida luz de la luna iluminaba la habitación. Los postigos se habían abierto y, con una sensación de horror que no se puede describir, vi por la ventana abierta aquella figura odiosa y aborrecible. Había una sonrisa

burlona en el rostro del monstruo; parecía reírse de mí mientras, con su diabólico dedo, señalaba el cadáver de mi esposa. Me abalancé hacia la ventana y, sacando la pistola de mi pecho, disparé… pero consiguió esquivar la bala, huyó de un salto y, corriendo a la velocidad de un rayo, se arrojó al lago.

Al oír el disparo, muchas personas acudieron a la habitación. Les indiqué por dónde había huido, y lo perseguimos con barcos y redes, pero todo fue en vano; y, tras varias horas, regresamos desesperanzados; la mayoría de los que me acompañaban creyeron que aquella figura solo había sido fruto de mi imaginación. De todos modos, después de regresar a tierra, comenzaron a buscar por el campo y se formaron distintas partidas que se dispersaron en diferentes direcciones por los bosques y los viñedos.

Yo no los acompañé. Estaba agotado; un velo me nublaba la vista, y mi piel ardía con el calor de la fiebre. En aquel estado me tumbé en una cama, apenas consciente de lo que había ocurrido, y mis ojos vagaron por la habitación como si estuvieran buscando algo que hubiera perdido.

Al final pensé que mi padre esperaría con ansiedad mi vuelta y la de Elizabeth, y que regresaría yo solo. Aquella reflexión hizo brotar las lágrimas en mis ojos, y lloré durante mucho tiempo. Pensé en mis desgracias y en su causa, y me vi envuelto en una nube de estupefacción y horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de

Clerval y, ahora, el de mi esposa… en aquel momento ni siquiera podía saber si la familia que aún me quedaba estaría a salvo de la maldad de aquel engendro; mi padre podría estar retorciéndose en aquel momento bajo la garra asesina, y Ernest podría estar muerto a sus pies. Aquellas ideas me hicieron sentir escalofríos y me devolvieron a la realidad. Me levanté de inmediato y decidí regresar a Ginebra tan deprisa como me fuera posible.

No había caballos de los que pudiera disponer, y tuve que volver por el lago, pero el viento era desfavorable y la lluvia caía torrencialmente. De todos modos, apenas había amanecido y seguramente podría llegar a casa al anochecer. Contraté a unos cuantos hombres para remar, y yo mismo cogí un remo, porque el ejercicio físico siempre ha producido en mí cierto alivio de los sufrimientos emocionales[141]. Pero

---

141 Tras las muertes de su hermano, su amigo y su prometida, Victor busca consuelo a su dolor en el ejercicio agotador, igual que había recorrido las calles de Ingolstadt después de crear la criatura. Destacados pensadores de la Ilustración defendieron contundentemente teorías sobre la relación entre la mente y el cuerpo y sobre el papel que desempeña el ejercicio en la salud mental y física. René Descartes, el filósofo y científico francés del siglo XVII, sostenía que los humanos tienen una naturaleza dual —un cuerpo material y una mente no material— y que, aunque estén separados, cada uno influye en el otro a través de la glándula pineal. Joseph Addison (1672-1718), un importante pensador y ensayista de principios del siglo XVIII, estaba convencido de que existían medios con los que el cuerpo podía influir en la mente y escribió profusamente sobre la utilidad del ejercicio para evitar el «*spleen* melancólico» en los hombres y «los vapores» en las mujeres. «Hagamos lo que hagamos —escribió Addison—, debemos mantener el buen ánimo y conservar al menos la inclinación a sentirnos bien. Para conseguirlo debemos mantener nuestros cuerpos con el ejercicio, y nuestras

el insoportable dolor que sentía y la terrible agitación que sufría me imposibilitaron cualquier esfuerzo. Dejé caer el remo y, sujetándome la cabeza entre las manos, me abandoné a todas las siniestras ideas que quisieron asaltarme. Si levantaba la mirada, veía paisajes que me resultaban familiares, de mis tiempos felices y que había estado contemplando solo un día antes, en compañía de aquella que ahora no era más que una sombra y un recuerdo. Las lágrimas anegaron mis ojos. La lluvia había cesado un momento y vi cómo los peces jugaban en las aguas, del mismo modo que los había visto solo unas horas antes… Elizabeth los había estado viendo. Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio violento y repentino. El sol podía brillar, o las nubes podían cubrir el cielo… nada sería ya como el día anterior. Un ser diabólico me había arrebatado de un zarpazo toda esperanza de felicidad futura. Ninguna criatura había sido jamás tan desgraciada como yo; y aquellos sucesos tan espantosos eran absolutamente insólitos en este mundo.

Pero ¿por qué tendría que recrearme en los sucesos que siguieron a esta insoportable tragedia? La mía ha sido una

---

mentes en calma» (1711). Victor Frankenstein, al practicar ejercicio para aliviar su angustia, se toma a pecho el consejo de Addison del siglo previo. Los neurocientíficos actuales defienden también la teoría de que el ejercicio vigoroso estimula la glándula pituitaria para que libere endorfinas, sustancias que pueden aliviar el dolor e inducir la euforia, el conocido «subidón del deportista», y han encontrado pruebas de que la actividad física regular reduce la ansiedad y la depresión (véase Anderson y Shivakumar 2013; Batchelder 2010; Leuenberger 2006). *(Eileen Gunn).*

historia de horror. Ya he alcanzado el punto culminante; y lo que puedo relatar de aquí en adelante puede resultarle tedioso. Sepa eso, que aquellos a quienes quería me fueron arrebatados uno tras otro, y yo quedé sumido en la desolación más profunda. Estoy muy cansado, y solo puedo describir en pocas palabras lo que queda de mi espantosa historia.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest aún estaban vivos, pero el primero fue incapaz de soportar las dolorosísimas noticias que yo les llevaba. Puedo verlo ahora… ¡anciano venerable y maravilloso! Su mirada se perdió en el vacío, porque había perdido a la persona que era su razón de vivir y su alegría: su sobrina, que era más que una hija para él, a la cual había entregado todo el cariño de un hombre que, en el ocaso de su vida, y teniendo pocas personas queridas, se aferra con más fervor a aquellas que aún le quedan. Maldito, maldito sea el demonio que derramó el dolor sobre sus canas y lo condenó a terminar sus días sumido en la desdicha. No pudo vivir rodeado de los espantos que se habían acumulado a su alrededor. Sufrió un ataque de apoplejía y, pocos días después, murió en mis brazos.

¿Qué fue entonces de mí? No lo sé. Era incapaz de sentir nada, y las únicas cosas que podía ver eran cadenas y oscuridad. En realidad, algunas veces soñaba que paseaba con los amigos de mi juventud por prados llenos de flores y encantadores valles, pero me despertaba y me encontraba en una mazmorra. Después me invadió la melancolía, pero

poco a poco pude tener una idea clara de mis desdichas y mi situación, y entonces pude salir de mi prisión. Porque me habían dado por loco y durante muchos meses, como supe después, había estado ocupando una celda solitaria.

Pero la libertad hubiera sido una concesión inútil para mí si al mismo tiempo que despertaba a la razón no hubiera despertado a la venganza. Mientras el recuerdo de mis pasados infortunios me angustiaba, comencé a pensar en su causa… el monstruo que yo había creado, el miserable demonio que yo había arrojado al mundo para mi propia destrucción. Me invadía una furia enloquecida cuando pensaba en él… y deseaba y rogaba ardientemente poder atraparlo para desatar una venganza inmensa y eterna sobre su maldita cabeza.

Desde luego, mi odio no pudo reducirse durante mucho tiempo a un deseo inútil; comencé a pensar en cuáles podrían ser los mejores medios para cazarlo, y con ese propósito, aproximadamente un mes después de que me soltaran, acudí a un juez de lo criminal de la ciudad y le dije que tenía una acusación que hacer, que yo conocía al asesino de mi familia y que le pedía que ejerciera toda su autoridad para aprehender al asesino.

El magistrado me escuchó con atención y amabilidad.

—Puede estar seguro, señor —dijo—; por mi parte no se ha reparado en esfuerzos, ni se reparará en medios, para descubrir a ese malvado.

—Gracias —contesté—. Escuche, pues, la declaración que tengo que hacer. En realidad es un relato tan extraño que me temo que usted no me creería si no fuera porque hay algo en la verdad que, aunque resulte asombrosa, siempre convence de su realidad. La historia está demasiado bien trenzada como para confundirla con un sueño, y yo no tengo ningún motivo para mentir.

Mis gestos, mientras decía aquello, eran vehementes pero tranquilos; había tomado la decisión íntima de perseguir a mi enemigo hasta la muerte; y aquel propósito aplacaba mi angustia y, al menos provisionalmente, me reconciliaba con la vida. En aquel momento relaté mi historia brevemente, pero con firmeza y precisión, señalando fechas con seguridad y sin dejarme arrastrar por invectivas o exclamaciones.

Al principio el magistrado parecía absolutamente incrédulo, pero a medida que avanzaba mi relato, se mostró más atento e interesado. Algunas veces le vi estremecerse de horror, y otras, una absoluta sorpresa sin mezcla de incredulidad se pintaba en su rostro.

Cuando hube concluido mi narración, dije:

—Ese es el ser al que acuso y al que le pido que detenga y castigue con toda su fuerza. Ese es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como ser humano no le permitan desertar de tales funciones en este momento.

Aquella petición produjo un notable cambio en la fisonomía de mi interlocutor. Había escuchado mi historia con aquella especie de credulidad a medias que se le concede a los cuentos de espíritus y fantasmas, pero cuando se le instó a actuar oficialmente y en consecuencia, recuperó de inmediato toda su incredulidad. En todo caso, me respondió con amabilidad:

—De buena gana le prestaría toda la ayuda posible, pero la criatura de la que usted me habla parece tener poderes capaces de desafiar todos mis esfuerzos. ¿Quién puede perseguir a un animal que puede cruzar el mar de hielo y vivir en grutas y cuevas donde ningún hombre se aventuraría a entrar? Además, han transcurrido ya algunos meses desde que se cometieron los crímenes y nadie puede ni siquiera imaginar adónde puede haber ido o en qué lugares vivirá ahora.

—No tengo la menor duda de que anda rondando cerca de donde yo vivo. Y si en efecto se hubiera refugiado en los Alpes, podrían cazarlo como a una gamuza y abatirlo como a una bestia de presa. Pero ya sé lo que está pensando: no

da crédito a mi relato, y no tiene ninguna intención de perseguir a mi enemigo y castigarlo como merece.

Mientras hablaba, la ira centelleaba en mis ojos. El magistrado se arredró:

—Está usted equivocado —dijo—; lo intentaré; y si está en mi poder atrapar al monstruo, puede estar seguro de que recibirá el castigo que merecen sus crímenes. Pero me temo que será imposible, por lo que usted mismo ha descrito a propósito de sus características; y, mientras se toman todas las medidas pertinentes, debería intentar irse haciendo a la idea de que no lo lograremos.

—¡Eso no puede ser…! Pero todo lo que pueda decir no servirá de mucho. Mi venganza no le importa nada a usted; sin embargo, aunque admito que es una obsesión, confieso que es la única pasión que me devora el alma; mi furia es indescriptible cuando pienso que aún existe el asesino a quien yo mismo arrojé a este mundo. Usted rechaza mi justa petición. No tengo más que un camino, y me dedicaré, vivo o muerto, a intentar destruirlo[142].

142 El castigo es la sanción por un daño, un delito o un crimen. En las sociedades organizadas, el Derecho impone castigos en forma de penas como el encarcelamiento. Si la ley falla o no existe, los individuos pueden pretender imponer el castigo por su cuenta en la forma descontrolada e ilimitada de una venganza, uno de los temas principales de la novela. La criatura, abandonada por su creador y rechazada por la familia con la que esperaba entablar amistad, jura iracunda «odio eterno y venganza a toda la

Temblé de nerviosismo al decir aquello; había un frenesí en mi conducta y algo, no lo dudo, de aquel orgulloso valor que, según dicen, tenían los mártires de la Antigüedad. Pero para un magistrado ginebrino, cuyo pensamiento se ocupaba en cuestiones muy distintas a la devoción y el heroísmo, aquella grandeza de espíritu se parecía bastante a la locura. Intentó calmarme como una niñera intenta tranquilizar a un niño, y achacó mi relato a los efectos del delirio.

---

humanidad» (ver «Durante algunas semanas…»). Su deseo de venganza finalmente se concentra en los seres queridos de Victor, y así destruye a William, Justine, Clerval y Elizabeth, uno por uno. Tras la muerte de Elizabeth, Victor, llamativamente, lo primero que busca es castigo mediante la ley, apremiando a un juez para que lleve ante la justicia a la criatura. Cuando el juez explica su incapacidad de ayudarle —es decir, cuando la sociedad falla a Victor—, él se convierte en un espejo de la criatura en su obsesión vengativa. Como consecuencia, Victor pierde tanto la racionalidad del científico como las relaciones y afectos normales de una persona civilizada. Su búsqueda de la criatura le lleva al final a las regiones heladas del Polo Norte, un viaje que simboliza el gélido entumecimiento de los sentimientos que provoca la ciega búsqueda de venganza. La naturaleza destructiva de esa pretensión es un tema literario desde los antiguos griegos. Aquí Mary añade la inquietante noción de que la ciencia misma —por más que se base en la racionalidad y en un impulso al progreso humano— puede crear involuntariamente alteraciones que desencadenen los sentimientos humanos más irracionales y violentos, que superan la capacidad de las instituciones sociales para contenerlos. *(Mike Stanford).*

—¡Hombres…! —grité—. ¡Qué ignorantes sois y cuánto os enorgullecéis de vuestra sabiduría! ¡Cállese! ¡No sabe usted lo que dice![143].

Salí precipitadamente de la casa y, furioso y enloquecido, me fui a pensar de qué otra manera podría actuar.

143 La objeción de Victor aquí es que el magistrado ginebrino se muestra arrogante al adoptar una postura comprensiva que él (el magistrado) considera necesaria para administrar la absolución. El momento prefigura la angustia de los ciudadanos contemporáneos que creen que simplemente carecen de los conocimientos necesarios para participar en discusiones sobre la moral científica. *(Chris Hanlon).*

CAPÍTULO VII

En aquel momento, mi situación era tal que todos los pensamientos razonables se consumían y desaparecían en sí mismos. Me veía arrastrado por la ira. Solo la venganza me proporcionaba fuerza y serenidad. Modelaba mis sentimientos y me permitía pensar con frialdad y estar tranquilo en períodos en los que de otro modo el delirio o la muerte se habrían apoderado de mí.

Mi primera decisión fue abandonar Ginebra para siempre. Mi país, al que amaba cuando era feliz y querido… ahora, en la adversidad, se convirtió en un lugar odioso. Me hice con una pequeña suma de dinero, junto con algunas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y entonces comenzó mi peregrinación, que no terminará hasta que muera. He recorrido vastas regiones de la tierra y he sufrido todas las penurias que suelen afrontar los aventureros en los desiertos y en otros territorios salvajes. Apenas sé cómo he logrado sobrevivir; muchas veces me he derrumbado, rendido, sobre la misma tierra, y he rogado que me llevara la muerte. Pero la venganza me mantenía vivo. No me atrevía a morir y dejar a mi enemigo vivo.

Cuando abandoné Ginebra, mi primera ocupación fue obtener alguna clave mediante la cual pudiera seguir el rastro de los pasos de mi diabólico enemigo. Pero mi plan no dio resultado, y vagué durante muchas horas por los alrededores de la ciudad, sin saber a ciencia cierta qué camino debería seguir. Al caer la noche, me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré y me acerqué a las estelas que marcaban sus sepulturas. Todo permanecía en silencio, excepto las hojas de los árboles, que se agitaban suavemente con la brisa. Era casi noche cerrada, y el escenario habría resultado conmovedor y solemne incluso para un observador desinteresado. Me parecía que los espíritus de los que se habían ido vagaban por el aire, a mi alrededor, y proyectaban una sombra que se sentía, pero no se veía, en torno a la cabeza de aquel que los lloraba.

El profundo dolor que esta escena me produjo al principio inmediatamente dio paso a la rabia y la desesperación. Ellos estaban muertos, y yo aún vivía. También vivía su asesino y,

para destruirlo, yo debía alargar mi agotadora existencia. Me arrodillé en la tierra y con labios temblorosos exclamé:

—Por la tierra sagrada en la que estoy arrodillado, por estas sombras que me rodean, por el profundo y eterno dolor que sufro, ¡lo juro! ¡Y por vos, oh, noche, y por los espíritus que te pueblan, juro perseguir a ese diabólico ser que causó este sufrimiento, hasta que él o yo perezcamos en combate mortal! Solo con ese propósito conservaré mi vida. Para ejecutar la ansiada venganza, volveré a ver el sol y pisaré la hierba verde de la tierra, que de otro modo apartaría de mi vista para siempre. ¡Y os invoco, espíritus de los muertos, y a vosotros, heraldos etéreos de la venganza, para que me ayudéis y me guiéis en esta tarea! ¡Que ese maldito monstruo infernal beba hasta las heces el cáliz de la agonía! ¡Que sienta la desesperación que ahora me atormenta a mí!

Yo había comenzado mi juramento con una solemnidad y un temor reverencial que casi me aseguraban que las sombras de mis seres queridos estaban escuchando y aprobaban mi promesa. Pero las furias se apoderaron de mí cuando terminé, y la rabia ahogó mis palabras.

En la quietud de la noche, una carcajada ruidosa y diabólica fue única la respuesta que obtuve. Resonó en mis oídos larga y sombríamente; las montañas repitieron su eco, y sentí como si el mismísimo infierno me rodeara, burlándose y riéndose de mí. Seguramente en aquel momento me habría

dejado llevar por la locura y habría acabado con mi miserable existencia, pero ya había lanzado mi juramento y mi vida se había consagrado definitivamente a la venganza. La carcajada se fue desvaneciendo y entonces una voz repugnante y bien conocida se dirigió a mí en un audible susurro:

—Me alegro, pobre desgraciado: has decidido vivir, y yo me alegro.

Corrí hacia el lugar de donde procedía la voz, pero el demonio pudo escapar. De repente, el enorme disco lunar se iluminó y brilló sobre su fantasmal y deforme figura mientras huía a una velocidad sobrehumana.

Lo perseguí, y durante muchos meses esta persecución ha sido mi único objetivo. Guiado por una pista mínima, lo seguí por los meandros del Ródano, pero todo fue en vano. Llegué al Mediterráneo, y por una rara casualidad vi cómo el engendro subía una noche a un barco que iba a zarpar hacia el mar Negro y se ocultaba allí. Compré un pasaje para embarcarme en ese mismo navío, pero escapó, no sé como.

En las tierras inexploradas de Tartaria y Rusia, aunque todavía conseguía esquivarme, ya seguía de cerca sus pasos. Algunas veces, los campesinos, aterrorizados por su espantosa figura, me informaban de cuál era su camino; en otras ocasiones y a menudo, él mismo, que temía que si yo le perdía el rastro, podría desesperar y morir, me dejaba

algunas señales para guiarme. Las nieves cayeron sobre mi cabeza, y vi la huella de su tremendo pie en las blancas llanuras. Pero usted, que apenas está comenzando su vida, y para quien las preocupaciones son casi una novedad y la angustia, desconocida, ¿cómo podrá comprender lo que he sentido y lo que aún siento? El frío, las necesidades y el cansancio fueron los males menores que tuve que soportar. Me maldijo algún demonio y tengo que sufrir en mi pecho un infierno eterno. Sin embargo, aún un espíritu bueno me seguía y guiaba mis pasos, y cuando más lamentaba mi suerte, repentinamente me rescataba de lo que me parecían dificultades insalvables. En ocasiones, cuando mi cuerpo, abrumado por el hambre, se desplomaba en el agotamiento, encontraba una comida reparadora en el desierto, que me devolvía las fuerzas y me animaba. La comida era tosca, como la que suelen consumir los campesinos de esas regiones, pero yo no dudaba que aquello lo habían dispuesto los espíritus que yo había invocado para que me ayudaran. A menudo, cuando todo estaba seco, y no había nubes en el cielo, y me abrasaba la sed, unas nubecillas aparecían el firmamento y dejaban caer algunas gotas de lluvia que me reanimaban y luego se desvanecían[144].

144 La mayoría de la gente atribuye sus éxitos a su esfuerzo personal. Se enorgullece de una gran preparación y una ejecución soberbia. Sin embargo, la mayoría no reconoce con qué frecuencia su éxito es una consecuencia de que el mundo se haya dispuesto de tal manera que esa preparación y ese esfuerzo den resultados positivos. Sin embargo, cuando uno contempla su vida pasada, puede reconocer que la suerte y la casualidad condujeron a su

Cuando podía, seguía el curso de los ríos; pero el monstruo generalmente los evitaba, porque es en esos lugares sobre todo donde se asientan las poblaciones. En otras regiones apenas se veían seres humanos, y en esas zonas generalmente subsistía con los animales salvajes que se cruzaban en mi camino. Tenía algún dinero y me granjeaba la amistad de los aldeanos repartiéndoselo u ofreciéndoles la carne de algún animal que hubiera cazado, la cual, después de coger para mí una pequeña porción, regalaba a aquellos que me proporcionaban fuego y utensilios para cocinar.

Así transcurría mi vida, de un modo que realmente me resultaba odioso, y solo durante el sueño me sentía un poco mejor. ¡Oh, bendito sueño! A menudo, cuando más miserable me sentía, me sumía en el descanso y mis sueños me calmaban casi hasta el éxtasis. El ángel que me guardaba seguramente me proporcionaba aquellos momentos o, más bien, aquellas horas de felicidad en las que podía reunir fuerzas para continuar mi peregrinación. Privado de estos instantes de alivio, habría sucumbido a mis sufrimientos. Durante el día me sostenían y animaban las esperanzas de la noche: porque durante el sueño veía a mis seres queridos, a mi esposa y mi amado país; volvía a ver el rostro de mi bondadoso padre, oía la argentina voz de mi Elizabeth y

---

éxito. En este fragmento, Victor reflexiona sobre el papel que la suerte y la casualidad han tenido en su éxito. Justo cuando todo parece más oscuro, las circunstancias se confabulan para permitirle proseguir su persecución de la criatura. *(Arthur B. Markman)*

podía ver a Clerval, rebosante de vida y juventud. A menudo, cuando me encontraba exhausto tras una agotadora marcha, me convencía de que estaba soñando y de que la noche llegaría y entonces volvería a ser feliz en brazos de mis seres queridos. ¡Qué anhelo tan angustioso sentía por ellos! ¡Cómo intentaba abrazar aquellas amadas figuras cuando se me aparecían a veces, incluso en las visiones que tenía mientras estaba despierto, y llegaba a convencerme de que aún estaban vivas! En aquellos momentos, la venganza que ardía en mi interior se apagaba en mi corazón, y seguía mi camino en pos de la destrucción del engendro demoníaco más como una tarea que agradaba a los cielos, como si fuera un impulso mecánico de algún poder inconsciente, que por un verdadero y ardiente deseo del alma.

¿Qué sentía aquel a quien yo perseguía? No puedo saberlo. En efecto, en ocasiones dejaba señales escritas en las cortezas de los árboles o grabadas en la piedra, que me guiaban y azuzaban mi furia. «Mi reinado aún no ha terminado —se podía leer en una de aquellas inscripciones—: Vives, y por eso mi poder es absoluto. ¡Sígueme…! Voy en busca de los hielos eternos del norte, donde sentirás el dolor del frío y el hielo, ante los cuales yo no me inmuto. Muy cerca de aquí, si no te retrasas mucho, encontrarás una liebre muerta; cómela y así te repondrás. ¡Vamos, enemigo mío…! Lucharemos a muerte, pero antes de que llegue ese momento, te esperan muchas horas difíciles y dolorosas».

¡Así te burlas, maldito demonio! Vuelvo a jurar venganza, vuelvo a prometer, miserable engendro, que te haré sufrir y te mataré; nunca abandonaré esta persecución, hasta que uno de los dos perezca. Y entonces, con qué placer me uniré a mi Elizabeth y a aquellos que ya preparan para mí la recompensa de mi penosa y horrible peregrinación.

A medida que avanzaba en mi viaje hacia el norte, las nieves se hicieron más abundantes, y aumentó el frío hasta extremos que apenas era posible resistir. Los campesinos se encerraron en sus cabañas y solo un puñado de los más atrevidos se aventuraban a salir para cazar animales a los que solo la inanición había obligado a abandonar sus madrigueras para buscar algo que comer. Los ríos estaban helados y no había modo de pescar nada, así que me vi privado del principal sustento que tenía.

El triunfo de mi enemigo se engrandecía con la penuria de mis trabajos. Otra inscripción que dejó decía lo siguiente: «¡Prepárate! ¡Tus sufrimientos solo acaban de empezar! Cúbrete con pieles y aprovisiónate de comida, porque pronto comenzaremos un viaje en el que tus sufrimientos colmarán mi odio eterno».

Mi valor y mi perseverancia se reforzaron ante aquellas cínicas palabras; decidí no cejar en mi propósito; e invocando al cielo para que me ayudara, avancé con irremisible pasión y crucé inmensas regiones desiertas, hasta que el océano apareció en la distancia y dibujó la

última frontera del horizonte. ¡Oh, qué distinto era de los mares azules del sur! Cubierto con hielos, solo se podía distinguir de la tierra porque estaba más desolado y era más accidentado. Los griegos lloraron de alegría cuando vieron el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y celebraron con febril alegría el final de sus sufrimientos. Yo no lloré; pero me arrodillé y agradecí a mi ángel de la guarda, de todo corazón, que me hubiera guiado sano y salvo hasta el lugar donde, a pesar de las amenazas de mi enemigo, esperaba encontrarlo y abatirlo.

Algunas semanas antes me había procurado un trineo y perros, y así pude surcar las nieves a una gran velocidad. Yo no sé si el engendro contaba con el mismo vehículo; pero descubrí que, así como antes había ido perdiendo diariamente ventaja en mi persecución, ahora se la ganaba a él con tanta celeridad que, cuando vi por vez primera el océano, apenas me sacaba una jornada de ventaja, y esperaba apresarlo antes de que alcanzara la costa. Así pues, con renovado valor continué sin desfallecer y dos días después llegué a una miserable aldea junto a la orilla del mar. Pregunté si habían visto a aquel engendro y conseguí alguna información. Un monstruo gigantesco, dijeron, había llegado allí la noche anterior. Armado con un rifle y muchas pistolas, y poniendo en fuga a los habitantes de una granja solitaria, atemorizándolos con su terrorífica apariencia, les había robado todas las provisiones que tenían para el invierno; y cargándolas en su trineo, había enganchado al

mismo un buen número de perros adiestrados… y la misma noche, para alegría de los conmocionados y aterrorizados aldeanos, había proseguido su viaje por el mar helado en dirección a ninguna parte; y pensaron que no tardaría en morir en una grieta de hielo o congelado en aquellos glaciares eternos.

Al oír aquella información, sufrí un pasajero ataque de desesperación. Se me había escapado, y ahora debía comenzar un viaje casi interminable y peligrosísimo por las montañas de hielo que se alzan en el océano… en medio de un frío que pocos seres humanos de aquella parte pueden soportar durante mucho tiempo y en el cual yo, un hombre nacido en un clima amable y soleado, seguramente no sobreviviría. Sin embargo, ante la idea de que aquel demonio pudiera vivir y salir triunfante, mi rabia y mi venganza se reavivaron y, como una poderosa oleada, se impusieron por encima de cualquier otro sentimiento. Después de un ligero descanso, durante el cual los espíritus de los muertos me rodearon y me animaron a continuar en pos de la destrucción y la venganza, me preparé para el viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro preparado para las quebradas del océano helado y, tras hacer un buen acopio de provisiones, abandoné tierra firme.

No sé cuántos días han transcurrido desde entonces, pero he soportado sufrimientos que en ningún caso podría haber resistido de no ser por el impenitente sentimiento de una

justa venganza ardiendo en mi corazón. A menudo inmensas y escarpadas montañas de hielo me impedían el paso, y a menudo oía los estallidos del suelo marino al quebrarse, que amenazaba con acabar conmigo… Pero enseguida caía una nueva helada y los caminos del mar volvían a ser seguros.

A juzgar por la cantidad de provisiones que he consumido, diría que han transcurrido tres semanas de viaje. El constante desaliento y la desesperanza, que a menudo se adueñaban de mi corazón, con frecuencia me hacían llorar amargamente. En realidad, la desesperación casi había hecho presa en mí y pronto me habría sumido en la más completa miseria. Pero entonces, después de que los pobres animales que me arrastraban alcanzaran, con un increíble sufrimiento, la cima de una empinada montaña de hielo —y uno, agotado por el esfuerzo, muriera—, pude ver angustiado la enorme extensión de hielo que se abría delante de mí; cuando, de repente, mi mirada se detuvo en un punto oscuro en la llanura sombría, agudicé la vista para averiguar qué podría ser y proferí un alarido salvaje de placer cuando distinguí un trineo, perros y las deformes proporciones de un ser bien conocido. ¡Oh, con qué llamarada de emoción la esperanza volvió a arder en mi corazón! Cálidas lágrimas enturbiaron mis ojos, pero las aparté rápidamente para que no me impidieran ver a aquel engendro. Continué… pero aún las lágrimas me impedían ver bien, hasta que, liberando las emociones que me oprimían, prorrumpí en llanto.

Pero no era momento de entretenerse. Desembaracé a los perros de su compañero muerto, les di una generosa porción de comida y, después de descansar una hora —lo cual era absolutamente necesario y, sin embargo, amargamente enojoso—, continué mi camino. El trineo aún era visible; no volví a perderlo de vista, excepto en los momentos en que, durante unos breves instantes, alguna quebrada de hielo me lo ocultaba con sus importunas aristas. Era evidente que estaba ganándole terreno. Y después de otras dos jornadas de viaje aproximadamente, me vi a no más de ochocientos metros de distancia. El corazón me latía con violencia.

Pero entonces, cuando parecía tener casi a mi alcance al monstruo, mis esperanzas se desvanecieron súbitamente y perdí cualquier rastro de él, absolutamente, como jamás me había ocurrido antes. Se oyó entonces el mar… El rugido de su movimiento, a medida que las aguas se levantaban y crecían las olas bajo mis pies, se hacía a cada paso más siniestro y aterrador. Intenté continuar, pero fue en vano. Se levantó una ventisca; el mar rugía; y, con la violentísima sacudida de un terremoto, la superficie helada se quebró y se despedazó con un estallido terrible y abrumador. Pronto concluyó todo: en pocos minutos, un imponente océano se abrió entre mi enemigo y yo. Y yo me quedé flotando en un fragmento de hielo desprendido que a cada paso se hacía más pequeño y me advertía de ese modo de una espantosa muerte.

Así transcurrieron varias horas: varios de mis perros murieron, y yo mismo estaba a punto de sucumbir ante tantas penurias, cuando vi este barco anclado, que me dio alguna esperanza de obtener socorro y poder salvar la vida. No sabía que los barcos navegaran tan al norte y verdaderamente me asombró semejante visión. Rápidamente rompí parte de mi trineo para construir remos y con esos medios pude, a costa de un esfuerzo infinito, mover mi navío de hielo en dirección a su barco. Había decidido que, si ustedes se dirigían al sur, me encomendaría a la piedad de los mares antes que abandonar mi propósito. Esperaba ser capaz de convencerles para que me prestaran un bote y algunas provisiones con las cuales aún podría seguir buscando a mi enemigo. Pero iban ustedes al norte. Me subieron a bordo cuando todas mis fuerzas estaban exhaustas, y pronto habría sucumbido ante el peso de mis múltiples desgracias, y me habría entregado a una muerte que aún no deseo… porque mi objetivo aún no se ha cumplido.

¡Oh…! ¿Cuándo mi espíritu guardián, guiándome hacia el demonio, me concederá el descanso que tanto ansío? ¿O debo morir, y él vivir? Si muero, júreme, Walton, que no escapará, que usted lo buscará y cumplirá mi venganza y lo matará. Pero ¿cómo me atrevo a pedirle que se haga cargo de mi peregrinación, que soporte los sufrimientos que yo he sobrellevado? No, no soy tan egoísta; sin embargo, cuando yo haya muerto, si él apareciera, si los heraldos de la

venganza lo condujeran hacia donde usted se encuentra, júreme que no vivirá… júreme que no saldrá victorioso por encima de todas mis desdichas… y que no vivirá para hacer a otra persona tan desgraciada como yo. ¡Oh…! Es elocuente y persuasivo, y en una ocasión sus palabras incluso tuvieron algún poder en mi corazón… pero no confíe en él. Su alma es tan infernal como su aspecto, podrido de traición y de una maldad diabólica… No lo escuche. Invoque a los manes[145] de William, Justine, Clerval, Elizabeth, de mi padre y del desgraciado Victor; y hunda su espada en lo más profundo de su corazón. Yo estaré a su lado y le mostraré el camino al acero.

145 El uso que aquí le da Mary a «manes» es una referencia a su significado en latín: fantasmas o espíritus de los difuntos. *(Joel Eschrich).*

WALTON (CONTINUACIÓN)

Día 26 de agosto de 17…

Ya has leído esta extraña y aterradora historia, Margaret, ¿y no sientes que se te hiela la sangre de horror, igual que se me congela incluso a mí en este preciso instante? A veces, atrapado en un repentino ataque de angustia, no podía continuar su relato; en otras ocasiones, su voz, quebrada y emocionada, profería con dificultad las palabras que he transcrito, tan cargadas de sufrimiento. Sus hermosos y encantadores ojos ahora se encendían de indignación, ahora se apagaban hasta el abatimiento más penoso y se anegaban en una infinita desdicha. A veces podía dominar sus gestos y su expresión, y relataba los incidentes más horribles con voz tranquila, evitando cualquier rastro de conmoción… y entonces, de pronto, estallaba como un volcán, su rostro repentinamente se demudaba y adquiría una expresión de

furia salvaje cuando lanzaba esas maldiciones sobre el monstruo que lo acosaba.

Su historia es coherente y la contaba de tal modo que parecía sencillamente la verdad; sin embargo, reconozco, hermana, que las cartas de Felix y Safie, que me mostró, y la aparición del monstruo, que vimos desde el barco, me convencieron más de la verdad de su historia que todas sus afirmaciones, por muy vehementes y coherentes que fueran. Ese monstruo es real, desde luego; no puedo dudarlo; sin embargo, estoy un poco confuso, y me debato entre el asombro y la admiración. A veces intentaba que Frankenstein me contara los particulares de su creación, pero en este punto era inflexible.

—¿Está usted loco, amigo mío? —me decía—. ¿Adónde pretende llegar con su insensata curiosidad? ¿Acaso también desea usted engendrar un demonio infernal para sí mismo y para el mundo… o qué pretende con esas preguntas? Tranquilo, tranquilo… Aprenda de mis desdichas, y no pretenda aumentar las suyas.

Frankenstein descubrió que yo apuntaba o cogía notas relativas a su historia; me pidió verlas, y él mismo las corrigió y las aumentó en muchos lugares, pero principalmente se ocupó de dar vida y fuerza a las conversaciones que mantuvo con su enemigo.

—Puesto que ha tomado usted algunas notas —dijo—, no querría que la historia pasara mutilada a la posteridad.

Así ha transcurrido la última semana, en la que he escuchado el relato más extraño que imaginación alguna haya pergeñado jamás. Mi huésped ha conseguido que mis emociones y todos los sentimientos de mi alma hayan quedado prendidos de su historia, un interés que él mismo ha ido animando con su relato y la gentileza de su carácter. Quisiera ayudarlo; sin embargo, ¿cómo puedo aconsejar que siga viviendo a alguien tan miserable, tan desprovisto de cualquier esperanza y consuelo? ¡Oh, no…! La única alegría que podrá disfrutar será la que goce cuando se prepare para el descanso y la muerte. Sin embargo, sí disfruta de una pequeña alegría, fruto de la soledad y el delirio: cree que cuando mantiene conversaciones con sus seres queridos en sueños, y obtiene de esos encuentros algún consuelo para sus desgracias o coraje para su venganza, esos espectros no son creaciones de su imaginación, sino los seres reales que lo visitan desde el más allá. Semejante fe confiere cierta solemnidad a sus delirios, que me resultan casi tan asombrosos y apasionantes como la verdad.

Nuestras conversaciones no siempre se reducen a su propia historia y sus desdichas. Demuestra un notabilísimo conocimiento de la literatura y una inteligencia rápida y perspicaz. Su elocuencia es vehemente y conmovedora: desde luego, no soy capaz de escucharlo sin lágrimas en los ojos cuando narra un acontecimiento patético o cuando

pretende excitar las pasiones de la piedad o el amor. ¡Qué extraordinaria persona tuvo que haber sido en sus buenos tiempos, si estando en la miseria se muestra así de noble y bondadoso! Parece intuir lo mucho que vale y la grandeza de su caída.

—Cuando era joven —me dijo—, me sentía como si estuviera destinado a alguna gran empresa. Mis sentimientos eran muy intensos, pero poseía un juicio tan equilibrado que se me prometían notables triunfos. Este sentimiento de valía personal me animaba en aquellos momentos en los que otros se hubieran hundido, pues consideraba un crimen desperdiciar en inútiles lamentos aquellos talentos que podrían resultar útiles a mis semejantes. Cuando reflexioné sobre el trabajo que había realizado, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no me pude considerar uno más entre todos los demás científicos. Pero ese sentimiento que entonces me animó ahora solo me sirve para hundirme aún más en el fango. Todas mis fantasías y esperanzas han quedado en nada; y como aquel arcángel que aspiraba a la omnipotencia, ahora me veo encadenado en un infierno eterno. Mi imaginación era viva, pero también tenía una gran capacidad para el estudio… y gracias a la conjunción de ambas cualidades pude concebir la idea y ejecutar la creación de un hombre[146]. Incluso ahora, no puedo recordar sin emoción

146 Al principio, cuando entró en el gran mundo adulto, Victor creía que poseía talentos que podría utilizar para mejorar la sociedad. Esperaba añadir

mis delirios cuando el trabajo aún estaba incompleto: tocaba el cielo en mis sueños… unas veces exultante por mi inteligencia, y otras, orgulloso ante la idea de sus consecuencias. Desde la infancia concebí las más altas esperanzas y las más elevadas ambiciones, pero ¡ahora estoy hundido…! ¡Oh, amigo mío! Si me hubiera conocido usted como fui un día, no me reconocería en este estado de degradación. El desánimo casi nunca visitaba mi corazón; parecía esperarme un gran porvenir… hasta que caí, y… ¡oh… nunca, nunca jamás volví a levantarme!

¿Voy a perder a este ser admirable? He suspirado por un amigo; he buscado uno que pudiera comprenderme y apreciarme. Y ya ves, en estos océanos desiertos lo he encontrado; pero me temo que he ganado a un amigo solo para conocer su valía y perderlo. Querría reconciliarlo con la vida, pero rechaza esa idea.

—Se lo agradezco, Walton —dijo—, le agradezco que tenga tan buenas intenciones para con un desgraciado tan

---

grandeza al mundo y optó por el elevado objetivo de crear vida, pero sin pensar en las consecuencias. Su alta concepción de sí mismo y sus expectativas no atemperaron su capacidad para crear, y aunque su logro es asombroso, solo sirve para atormentarle hasta el amargo final, cuando llega a cierta comprensión de la monstruosidad de su propio comportamiento, vinculándose a sí mismo con Satanás, como también ha hecho la criatura. Al principio de su empeño por crear vida, Victor podría haber salido mejor parado de haber pensado en las repercusiones más graves de tal empeño. Si es un delito desperdiciar esos talentos, ¿no lo es también utilizarlos para inventar sin ninguna cautela? *(Stephanie Naufel)*.

miserable; pero cuando usted habla de nuevas relaciones y nuevos afectos, ¿piensa que hay algo que pueda reemplazar a aquellos que se fueron? ¿Es que algún hombre puede ser lo que fue Clerval para mí? ¿O es que alguna mujer puede ser otra Elizabeth? Y aunque los afectos no se deban especialmente a cualidades extraordinarias, los compañeros de nuestra infancia siempre poseen cierta influencia en nuestro espíritu: una influencia que difícilmente otro amigo posterior puede conseguir. Ellos conocen nuestros sentimientos de la infancia, los cuales, aunque puedan modificarse más adelante, nunca desaparecen del todo; y pueden juzgar nuestros actos con más ecuanimidad. Una hermana o un hermano nunca puede sospechar que el otro lo engaña o le miente, a no ser que efectivamente esos rasgos se hayan dado en uno de ellos previamente; mientras que otro amigo, aunque nos tenga en gran aprecio, puede sentir, aun a pesar suyo, la punzada de la sospecha[147]. Pero

147 En este fragmento, Victor destaca el efecto que tienen los otros en la formación del yo y el desarrollo de la identidad personal. Los otros pueden ejercer, como él mismo señala, «cierta influencia en nuestro espíritu». Del mismo modo que las percepciones y temores de los otros frente a la criatura influyen inevitablemente en cómo esta se ve a sí misma (fea, aterradora, aborrecible), los compañeros más cercanos de Victor han dado forma a su propia mirada sobre sí mismo. Como propone el filósofo Mijaíl Bajtín (1895-1975), «El hombre no dispone de un territorio soberano interno sino que está, todo él y siempre, sobre la frontera; mirando al fondo de sí mismo, el hombre encuentra los ojos del otro o ve con los ojos del otro» (1984, 287). Dado que una persona no puede evitar verse con los ojos de otra, Bajtín afirma que alcanza conciencia de sí misma, es más, «se convierte en sí misma», solo a través de su relación con otras personas. De hecho, el propio Victor dice que

yo tuve amigos a los que quise no solo por las relaciones de parentesco, sino por sí mismos… y, dondequiera que esté, la dulce voz de mi Elizabeth o las palabras de Clerval siempre están susurrando en mis oídos. Están muertos, y en esta horrible soledad solo un sentimiento puede convencerme de que conserve la vida. Si estuviera comprometido en una noble tarea o en un proyecto que fuera de gran utilidad para mis semejantes, entonces podría vivir para llevarlo a cabo[148].

---

la existencia de Elizabeth «estaba íntimamente ligada a la mía» (ver «Ahora era libre…»). *(Nicole Piemonte).*

148 Hoy en día, la investigación científica extiende la posición de Victor en dos sentidos contradictorios. Por un lado, la ciencia se percibe generalmente como un ejercicio altruista, una «noble tarea» que genera descubrimientos y tecnologías que pueden beneficiar a la humanidad. A lo largo del siglo XIX, la a menudo etérea esfera de la filosofía natural evolucionó gradualmente hacia la obra práctica e imperial del progreso científico. Humphrey Davy fue apremiado por sus compatriotas británicos para que proyectara la luz de su intelecto no solo sobre cuestiones abstractas de química sino también sobre los problemas de los trabajadores en plena revolución industrial (lo que llevó a su invención de una nueva y revolucionaria lámpara de seguridad para los mineros). Benjamin Franklin fue icónico no solo como científico sino como inventor y emprendedor. Por otro lado, en el siglo XX entró en escena una nueva retórica. Durante y después de la segunda guerra mundial, se planteó un nuevo argumento para justificar la investigación científica afirmando que la humanidad se beneficia más cuando los científicos buscan el conocimiento por el conocimiento de una maneraegoísta, como hizo Victor. Hoy, muchos defensores de la ciencia sostienen el principio de la investigación básica, que no sufre la restricción de las tentativas de identificar resultados pragmáticos o utilitarios. Pero es la fusión de la investigación y la práctica lo que convierte a la ciencia en una empresa profundamente humana, y la que Victor considera su única vía de redención. El pararrayos de Franklin, la vacuna contra la rabia de Pasteur, el acero de Bessemer, el puente de Brooklyn de Roebling, la central de energía de Edison, las redes de alcantarillado y agua potable, el maíz híbrido y las

Pero ese no es mi destino. Debo perseguir y destruir al ser al que di vida; entonces mi objetivo estará cumplido, y podré morir.

Día 2 de septiembre

Mi querida hermana:

Te escribo cercado por el peligro y no sé si el destino me permitirá alguna vez volver a ver mi querida Inglaterra y a los queridos amigos que viven allí. Estoy rodeado por montañas de hielo que no nos permiten movernos y a cada momento amenazan con aplastar el barco. Mis valientes hombres, a los que convencí para que fueran mis compañeros, me miran pidiéndome ayuda, pero no tengo nada que ofrecer. Hay algo terriblemente espantoso en nuestra situación… Sin embargo, mi valor y mi confianza no me abandonan. Podemos sobrevivir; y si no, volveré a leer las enseñanzas de mi Séneca[149] y moriré con buen ánimo.

---

neveras, los láseres y los cables de fibra óptica, todos son proyectos «de gran utilidad» (ver «Ellos conocen…») y en conjunto dan sentido a la poco poética palabra *infraestructura*, sin la que la vida seguiría siendo bastante desagradable, sucia y breve, y la ciencia no sería más que un pasatiempo. *(Daniel Sarewitz y Ed Finn).*

149 Lucio Anneo Séneca (*c.* 4 a. C.-65 d. C)., conocido como Séneca el Joven. Romano, filósofo estoico, dramaturgo, ensayista y tutor y consejero

Pero, Margaret, ¿cómo te encontrarás tú? No sabrás de mi muerte, y esperarás angustiada mi regreso. Pasarán los años, y a veces caerás en la desesperación y, sin embargo, aún acariciarás esperanzas. ¡Oh, mi querida hermana…! La dolorosa desilusión de tus afectuosas esperanzas me parecen ahora más terribles que mi propia muerte. Pero tienes un marido y unos hijos adorables, y vas a ser feliz. ¡Que el cielo te bendiga, y permita que lo seas!

Mi desafortunado huésped me observa con tierna compasión, intenta darme esperanzas y habla como si la vida fuera algo que amara verdaderamente. Me recuerda cuán a menudo estos incidentes le han ocurrido a otros navegantes que han surcado los mismos mares y, a pesar de mí mismo, me anima con los mejores augurios. Incluso los marineros notan el benéfico influjo de su elocuencia: cuando habla, se

---

del emperador Nerón. El estoicismo primaba la templanza sobre la pasión, pero la inmersión de Séneca en los excesos del imperio dieron lugar a acusaciones de hipocresía durante su vida. Cuando se enredó en una trama para asesinar a Nerón, una acusación posiblemente falsa, Séneca se vio obligado a suicidarse. Según recoge el historiador romano Tácito, su muerte pretendía ser rápida e indolora, pero se convirtió en un interminable tormento de sangre y veneno. Vinculada para siempre con la anterior y noble muerte del filósofo condenado Sócrates, el deceso de Séneca es presentado e interpretado en el arte y la literatura posteriores como una muerte que purifica y redime, e incluso bautiza, pues murió en una bañera. El capitán Walton de Mary, enfrentado a su posible muerte rodeado de hielo, comenta que morirá «con buen ánimo», como Séneca. ¿Es posible que Mary le ofrezca (y también a Victor) «las lecciones» de Séneca —y de Sócrates— como redención tras su demasiado apasionada búsqueda del conocimiento, cuando tendría que haber ejercido una mayor templanza? *(Judith Guston).*

mitiga su desesperanza, reanima su valor, y, al oír su voz, acaban creyendo que estas tremendas montañas de hielo son pequeñas colinas que se desvanecerán ante la decidida voluntad del hombre. Sin embargo, estos ánimos son pasajeros; cada día de esperanza frustrada no hace sino infundirles miedo, y empiezo a temer que la desesperación desemboque en un motín.

Día 5 de septiembre

Ha ocurrido algo tan extraño que, aunque sea muy probable que estas cartas nunca te lleguen, mi querida Margaret, no puedo evitar consignarlo aquí.

Aún estamos rodeados por montañas de hielo, aún estamos en constante peligro de ser aplastados en medio de su fragor. El frío es espantoso, y muchos de mis desafortunados camaradas ya han encontrado la muerte en medio de este escenario de desolación. Frankenstein cada día parece más débil; un fuego febril aún centellea en sus ojos, pero está exhausto, y si decide realizar algún esfuerzo, inmediatamente cae de nuevo en un completo estupor.

Mencionaba en mi última carta los temores que me acuciaban frente a un probable amotinamiento. Esta mañana, mientras me encontraba vigilando el pálido rostro

de mi amigo, sus ojos medio cerrados y sus brazos colgando exánimes, me interrumpieron media docena de marineros que deseaban que los recibiera en el camarote. Entraron, y su jefe se dirigió a mí. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los otros marineros para venir en comisión con el fin de exigirme lo que en justicia no les podría negar. Estábamos atrapados en el hielo y probablemente jamás saldríamos vivos de allí, pero ellos temían que si el hielo se descongelaba, cosa que podía ocurrir, y se abría un canal, yo fuera lo bastante temerario como para proseguir mi viaje y conducirlos a nuevos peligros después de haber podido superar felizmente este. Así pues, querían que yo hiciera una promesa solemne: que si el barco se liberaba, inmediatamente pondría rumbo al sur.

Aquella conversación me preocupó. Yo aún no había perdido la esperanza, ni había pensado en absoluto en regresar, si el hielo nos liberaba. Sin embargo, en justicia, ¿podía, aunque estuviera en mi mano, negarles aquella petición? Dudé antes de responder, cuando Frankenstein, que al principio había permanecido en silencio y, en realidad, parecía que apenas tenía fuerzas para escuchar, se incorporó. Sus ojos centelleaban y sus mejillas se inflamaron con un momentáneo vigor. Volviéndose hacia los hombres, dijo:

—¿Qué queréis decir? ¿Qué le estáis pidiendo a vuestro capitán? ¿De modo que abandonáis con esta facilidad vuestro trabajo? ¿No decíais que esta expedición era

gloriosa? ¿Y por qué iba a ser gloriosa? Desde luego, no porque la ruta fuera sencilla y plácida como la de los mares del sur, sino porque estaba atestada de peligros y horrores… porque a cada nueva dificultad se exigiría más de vuestra fortaleza, y se mostraría vuestro coraje… porque cuando la muerte y el peligro os rodearan, vosotros demostraríais vuestro valor y todo lo superaríais. Por eso era una expedición gloriosa… por eso era una empresa de honor. A partir de aquí, todo el mundo os saludaría como benefactores de la humanidad… vuestros nombres serían honrados como los de hombres valientes que se enfrentaron a la muerte con honor y por el beneficio de la humanidad. ¡Y miraos ahora…! A la primera señal de peligro… o, si lo preferís, ante la primera prueba importante y aterradora a la que se somete vuestro valor… retrocedéis y preferís abandonar como hombres que no tuvieran fortaleza para soportar el frío y el peligro. Muy bien, pobres de espíritu: «¡Tenían frío y volvieron al calor de sus chimeneas…!». ¡Vaya! ¡Para ese viaje no necesitábamos tantos preparativos! No necesitabais venir hasta tan lejos, ni arrastrar a vuestro capitán a la vergüenza de un fracaso, para demostrar que sois unos cobardes. ¡Oh…! ¡Sed hombres… o sed más que hombres! Sed fieles a vuestros compromisos y firmes como la roca. Este hielo no está hecho de la misma materia que vuestros corazones; es débil, y no puede derrotaros, si vosotros decís que no va a derrotaros. No volváis junto a vuestras familias con el estigma de la derrota marcada en vuestras frentes; volved como héroes que han

luchado y han conquistado y no han sabido qué es volver la espalda al enemigo[150].

Dijo aquello con un espíritu tan adecuado a los distintos sentimientos que expresaba en su arenga, y con una mirada tan cargada de valor y heroísmo, que no fue maravilla que aquellos hombres se conmovieran. Se miraban los unos a los otros, y eran incapaces de contestar. Hablé. Les dije que se retiraran y que pensaran en todo lo que se había dicho: que no los llevaría más al norte si verdaderamente deseaban lo contrario, pero que esperaba que lo pensaran bien y que pudieran recobrar el valor.

Se fueron y me volví hacia mi amigo, pero se había sumido en un profundo estupor y casi le había abandonado la vida.

No sé en qué terminará todo esto. Pero preferiría morir antes que regresar vergonzosamente, sin cumplir mi objetivo. Sin embargo, creo que ese va a ser mi destino. Los

---

150 Victor suplica a los tripulantes que continúen la expedición, pidiéndoles que sean valientes y abnegados ante el peligro. Es irónico que los anime a hacerlo porque así serán «honrados» y «saludados como benefactores de la humanidad», cuando fueron motivos similares los que le llevaron a la creación de su criatura y, en última instancia, a su propia miseria y muerte. Este fragmento ilustra la complejidad de los motivos y deseos de Victor, y tal vez de la humanidad: las motivaciones altruistas pueden mezclarse con la arrogancia y el orgullo. La introspección y el autoanálisis son necesarios para descubrir qué motiva nuestra toma de decisiones, sobre todo cuando hay mucho en juego. *(Nicole Piemonte).*

hombres que no sienten con fervor las ideas de gloria y honor nunca tienen voluntad para soportar las penalidades.

Día 7 de septiembre

La suerte está echada. He aceptado regresar si no perecemos antes. Así se malogran mis esperanzas, por la cobardía y la falta de arrojo. Regresaré a casa sin haber descubierto nada y desilusionado. Se precisa más filosofía de la que sé para soportar con buen ánimo esta humillación[151].

151 En muchos sentidos, Walton parece representar la encarnación de todo lo que no es Victor. Rescata y se hace amigo de un hombre que, al principio de su relato, tiene más de monstruo que su creación, y, al final, es equiparable a ella en que ambos se han corrompido por el dolor, la rabia y el deseo de venganza. Walton emprende una búsqueda de conocimiento con la conciencia de que puede costarle la vida. Pone todo su empeño en cumplir las promesas que le ha hecho a Victor exclusivamente por los lazos de su amistad platónica. Cuando el hielo amenaza con matarlo, y también a sus tripulantes, si prosiguen en su búsqueda del conocimiento, no titubea, e inicialmente, desde su perspectiva, solo la cobardía de los hombres inferiores lo aleja de su meta. *(Sean A. Hays).*

Día 12 de septiembre

Todo ha acabado. Regresamos a Inglaterra. He perdido cualquier esperanza de ser útil a los demás y de alcanzar la fama… y he perdido a mi amigo. Pero intentaré describirte detalladamente estos amargos acontecimientos, mi querida hermana. Y si los vientos me llevan a Inglaterra y a ti, no seré del todo desgraciado.

El día 9 de septiembre el hielo comenzó a ceder, y los bramidos del mar, como truenos, se oían en la distancia a medida que los témpanos se desprendían y se resquebrajaban en todas direcciones. Estábamos corriendo un extremo peligro. Pero como lo único que podíamos hacer era permanecer pasivos, dediqué todas mis atenciones a mi desdichado huésped, cuya enfermedad se agravó hasta tal punto que siempre permanecía en cama. El hielo se resquebrajó por detrás nosotros y los témpanos fueron arrastrados rápidamente hacia el norte. Una brisa se levantó desde ese preciso cuadrante… y el día 11 se abrió un paso hacia el sur y el barco quedó liberado. Cuando los marineros lo vieron, y comprobaron que el regreso a sus pueblos estaba prácticamente asegurado, estallaron en gritos de incontenible alegría… que duró mucho tiempo. Frankenstein, que estaba adormilado, se despertó y preguntó la razón de aquella algarabía.

—Gritan —dije— porque pronto regresarán a Inglaterra.

—Entonces, ¿de verdad regresa usted?

—¡En fin… sí! No puedo oponerme a sus peticiones. No puedo conducirlos al peligro si no quieren, y debo regresar.

—Hágalo si quiere, pero yo no. Puede usted abandonar su propósito, pero el mío me lo asignó el cielo, y no puedo hacerlo. Estoy muy débil, pero seguramente los espíritus que me ayudan en mi venganza me concederán la fuerza suficiente…

Y al decir eso, intentó levantarse de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado para él; se derrumbó hacia atrás y perdió la consciencia.

Transcurrió mucho tiempo antes de que se recobrara; a menudo pensaba que la vida lo había abandonado por completo. Al final abrió los ojos, pero respiraba con dificultad y era incapaz de hablar. El médico le dio una medicina reconstituyente y nos ordenó que no lo molestáramos. Entonces me dijo que con toda seguridad a mi amigo no le quedaban muchas horas de vida.

Así se pronunció su sentencia, y yo solo podía lamentarlo y resignarme. Me senté junto a su cama, velándolo… Tenía los ojos cerrados, y yo creí que dormía. Pero entonces me llamó con un débil susurro y, rogándome que me acercara, me dijo:

—¡Dios mío…! Las fuerzas en que confiaba me han abandonado; sé que voy a morir pronto, y él, mi enemigo y mi acosador, aún puede estar con vida. No crea, Walton, que en los últimos instantes de mi existencia siento aquel odio feroz y aquel ardiente deseo de venganza que un día le conté; pero tengo derecho a desear la muerte del monstruo. Durante estos últimos días he estado examinando mi conducta en el pasado… y no creo que sea culpable. En un ataque de apasionada locura creé una criatura racional y me vi obligado a proporcionarle, en lo que me fuera posible, felicidad y bienestar. Ese era mi deber, pero había un deber aún mayor que ese. Mis obligaciones respecto a mis semejantes tenían más fuerza porque de ellas dependían a su vez la felicidad o la desgracia para muchos otros[152].

---

152 La «criatura» de Mary es vegetariana: «Mi alimento no es como el de los hombres; yo no mato a un cordero ni a un cabrito para saciar mi apetito. Las bellotas y las bayas me proporcionan suficiente alimentación» (ver «Me sentí conmovido…»). La criatura racionaliza y demuestra su «humanidad» al exhibir empatía hacia otras criaturas que toma como similares a sí misma, y por tanto Mary deja bien claro que este ser tiene una vertiente maternal. Al ponerle nombre a una mascota se la convierte en algo más que un simple animal, y Victor nunca le da nombre a su humano experimental. Pese a su reconocimiento, muy tardío en el relato, de que su creación es racional y merece el bienestar, para Victor la criatura nunca deja de ser su «rata» de laboratorio. La objetividad occidental procede de la Ilustración europea; sin embargo, identificamos objetos emocionalmente comprometedores como las células madre embrionarias porque derivan de embriones humanos y son las «madres» de todas las células humanas. ¿Están todas las células madre embrionarias «cosechadas» en una «disposición» transitoria y situacional de animación, con una capacidad innata para transformarse y madurar en un humano si se las coloca dentro de un útero en lugar de en un laboratorio donde utilizarlas para la investigación? La criatura de Mary, al afirmar que

Apremiado por esta perspectiva, me negué, e hice bien en negarme, a crear una compañera para la primera criatura. Él demostró una maldad y un egoísmo insólitos. Acabó con mis seres queridos… se consagró a la destrucción de seres que gozaban de una sensibilidad, una alegría y una sabiduría maravillosas. Y no sé dónde puede acabar esa sed de venganza. Miserable como es, para que no pueda hacer desgraciados a otros, debe morir. La tarea de su destrucción me correspondía a mí, pero he fracasado. En cierta ocasión, cuando actuaba por egoísmo y por ansias de venganza, le pedí que completara mi trabajo inacabado; y ahora renuevo mi petición, cuando solo me veo inducido a ello por la razón y la virtud.

»Sin embargo, no le puedo pedir que renuncie a su país y a sus seres queridos para llevar a cabo esta tarea. Y ahora que usted va a regresar a Inglaterra, tendrá pocas posibilidades de encontrarse con él. Pero le dejo a usted la consideración de esos detalles y la tarea de evaluar lo que usted puede estimar como sus verdaderos deberes. Mi razón y mis ideas ya están turbios por la cercanía de la muerte. No me atrevo a pedirle que haga lo que yo creo que

---

no come carne (utiliza el cuerpo) de otros animales, ¿nos está diciendo que es más humana en algunos sentidos que los propios humanos? Las células madre embrionarias, durante y después de la investigación, ¿son finalmente destruidas, de forma que tienen el mismo valor vital que «un cordero y un cabrito»? ¿O menos? ¿O más? ¿O ninguno? ¿Cómo respondería a la pregunta anterior la «criatura» de Mary, la vegetariana? *(Miguel Astor-Aguilera).*

es correcto, porque aún puedo estar perturbado por la pasión.

»Me enloquece pensar que él pudiera seguir viviendo para ser instrumento del mal, y más en esta hora, cuando de un momento a otro espero mi liberación, la única hora de felicidad que he gozado desde hace tantos años. Ya puedo ver las imágenes de mis seres queridos muertos a mi alrededor, y deseo apresurarme a abrazarlos. Adiós, Walton. Busque la felicidad en la tranquilidad y evite la ambición, aunque sea la ambición aparentemente inocente de sobresalir en las ciencias y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo eso? Yo he fracasado, pero quizá otro pueda tener éxito…[153].

153 Pese a elogiar a su amigo Walton por sus acciones virtuosas, sobre todo en el episodio de amor que relata, Victor critica su falta de imaginación. Además sugiere que la incapacidad para pensar más allá de las maromas y obenques (términos náuticos para un cabo, que forma parte de un conjunto de cables utilizados para sujetar el mástil de un barco) es consecuencia de haberse pasado la vida a bordo de un buque. Mary condensa un importante concepto romántico en esta indicación. Los empiristas de su época utilizaban la metáfora de la *tabula rasa* para explicar la noción de que las mentes de las personas, como una tabla de cera, encuentran un mundo vacío y recogen directamente las impresiones. Sostenían que las mentes humanas podían quedar en blanco con la observación. Por el contrario, los románticos desarrollaron la teoría de que lo que puede observarse está afectado desde el principio por lo que ya se tiene en mente. Esta teoría explica la diferencia de las percepciones que pueden tener dos personas al verse ante el mismo paisaje, personaje o maravilla natural. Para Victor, Walton tiene una imaginación limitada porque su experiencia se ha limitado a la vida a bordo de un barco, en contraste con la infancia y las experiencias educativas del

Su voz se debilitó aún más y, agotado por el esfuerzo, se sumió en el más profundo silencio. Alrededor de media hora después intentó hablar de nuevo, pero no pudo; apretó mi mano débilmente, y sus ojos se cerraron mientras una amable sonrisa se dibujó en sus labios.

Margaret, ¿qué puedo decir? ¿Puedo hacer algún comentario acerca de este hombre asombroso? ¿Qué puedo decir para que sepas cuánto lo siento? Todo lo que pudiera decir sería inapropiado y vulgar. Las lágrimas corren por mi rostro. Mi mente está nublada por una sombra de frustración. Pero ya viajo hacia Inglaterra, y quizá allí encuentre algún consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué significan esos ruidos? Es medianoche, la brisa sopla suavemente, y el vigía del puente apenas se mueve. Otra vez he vuelto a oír ese ruido… y procede del camarote donde aún permanecen los restos mortales de Frankenstein. Debo levantarme e ir a ver qué ocurre. Buenas noches, hermana mía.

¡Dios mío! ¡No sabes lo que acaba de ocurrir! Aún estoy aturdido ante el recuerdo de lo que he visto. Apenas sé si tendré fuerzas para contártelo con precisión; sin embargo, lo intentaré, porque el relato que he transcrito hasta aquí estaría incompleto sin este episodio final y asombroso.

---

propio Victor, que él considera que han conformado su mente para el trabajo científico. *(Hannah Rogers).*

Entré en el camarote donde yacían los restos de mi desdichado huésped. Sobre él se inclinaba una figura que no puedo casi describir… era de una estatura gigantesca, pero desproporcionado y deforme. Como estaba inclinado hacia el ataúd, su rostro permanecía oculto por largos mechones de pelo desgreñado; pero su mano extendida parecía como la de las momias, porque no sé de otra cosa que pueda parecérsele en color y textura. Cuando oyó un ruido y me vio entrar, interrumpió sus exclamaciones de dolor y se apartó hacia la ventana. Jamás vi una cosa tan espantosa como su rostro, tan asquerosa y tan aterradora. Cerré los ojos involuntariamente mientras le gritaba que se quedara quieto.

Se detuvo. Mirándome con asombro y volviéndose luego hacia la figura exánime de su creador, pareció olvidar mi presencia, aunque todos sus movimientos y sus gestos parecían movidos por la ira más violenta.

—Esta es también mi víctima —exclamó—. Con su asesinato culmino mis crímenes. ¡Oh, Frankenstein…! ¡Ser generoso y abnegado…! ¿Me atreveré a pediros que me perdonéis? Yo, que os maté porque maté a aquellos que vos más queríais… ¡Oh, ha muerto y no puede responderme…!

Su voz pareció ahogada; y mi primer impulso, que había sido obedecer la petición de mi amigo moribundo y acabar con su enemigo, se sintió ahora atenazado por una mezcla de curiosidad y compasión. Me aproximé a su tremenda

figura, aunque no me atrevía a mirarlo: había algo demasiado aterrador y sobrehumano en su horrenda fealdad. Intenté decir algo, pero las palabras murieron en mis labios. El monstruo continuó culpándose y reprochándose locuras e incoherencias. Al final conseguí reunir el valor suficiente para hablar, en medio de aquel torrente de furia, y le dije:

—De nada sirve ya tu arrepentimiento. Si hubieras escuchado la voz de tu conciencia[154] y si hubieras sentido las punzadas de los remordimientos antes de haber llevado tu diabólica venganza hasta este extremo, Frankenstein aún estaría vivo.

—¿Es que supone usted… —dijo aquel ser demoníaco—, es que cree que yo era insensible a la angustia y a los remordimientos? ¡Él…! —añadió, señalando el cadáver—, él no ha sufrido más en la consumación de los hechos que yo en su ejecución. ¡Oh! ¡Él no ha sufrido ni la milésima parte de la angustia que yo he sufrido durante todo este larguísimo infierno! Un espantoso egoísmo me animaba, al tiempo que mi corazón sufría horribles remordimientos. ¿Acaso cree que los gemidos de Clerval eran música para mis

154 Tras oír el valor que concede la criatura a los esfuerzos de Victor y sus remordimientos por sus propios actos inexcusables, contados al ya muerto Victor, Walton rechaza esas afirmaciones como vanas. La criatura podría haber optado por escuchar a su conciencia, que era capaz de discernir entre el bien y el mal, en lugar de buscar venganza. La gratitud de la criatura debería haberse impuesto a cualquier sentimiento de rechazo que hubiera experimentado. *(Joel Gereboff).*

oídos? Mi corazón estaba hecho para el amor y la comprensión; y, cuando las desgracias me empujaron hacia la maldad y el odio, no soporté la violencia del cambio sin un sufrimiento que usted sería incapaz de imaginar.

»Cuando murió Clerval, regresé a Suiza con el corazón destrozado y vencido. Sentía compasión por Frankenstein y mi compasión se convirtió en horror; me aborrecía a mí mismo. Pero cuando vi que él, mi creador y la causa de mis indecibles sufrimientos, de nuevo se atrevía a tener esperanzas de felicidad, y cuando vi que sobre mí amontonaba desdichas y desesperación, mientras buscaba su propia alegría en los dulces sentimientos y las pasiones que a mí me estaban absolutamente vedados, de nuevo me asaltó la indignación y una insaciable sed de venganza. Recordé mi amenaza y decidí ejecutarla. Sabía que me estaba preparando para soportar una tortura mortal, pero yo era esclavo, y no dueño, de un impulso que detestaba y que, al mismo tiempo, no podía desobedecer. ¡Y cuando ella murió…! no, en aquel momento no lo lamenté… Ya había apartado de mí cualquier sentimiento y había sumido todas las angustias en el torrente de mi absoluta desesperación. El mal era entonces mi bien. Y habiendo llegado tan lejos, ya no tenía más elección que adaptar mi naturaleza a la tarea que voluntariamente había elegido. Concluir mi diabólico plan se convirtió en una insaciable pasión. Y ya ha concluido. ¡Ahí está mi última víctima!

Al principio me conmovieron los lamentos por sus desdichas, pero cuando recordé lo que Frankenstein me había dicho a propósito de su elocuencia y su capacidad de persuasión, y cuando de nuevo volví la mirada a los restos sin vida de mi amigo, mi indignación se encendió:

—¡Miserable! —grité—. ¡Muy bien: así que vienes aquí a lloriquear sobre las desgracias que has causado…! Arrojas una antorcha en medio de una aldea, y cuando ha quedado destruida, te sientas en mitad de las ruinas y lamentas que se hayan quemado… ¡Maldito demonio hipócrita! Si el hombre por quien gimoteas aún viviera, lo seguirías acosando y persiguiendo con tu maldita sed de venganza. No es compasión lo que sientes… ¡solo es la pena porque se ha terminado tu excusa para causar el mal!

—No es eso…, no es eso… —dijo el engendro demoníaco—, y sin embargo, tal debe de ser la impresión que usted tenga de mí, porque tal parece haber sido el sentido de mis actos. Pero no busco a nadie que entienda mi desgracia… ni una comprensión que nunca podré encontrar. Cuando la busqué, al principio, solo deseaba participar del amor al bien y de los sentimientos de felicidad y alegría que albergaba mi alma. Pero ahora que la virtud no es para mí más que una sombra, y la felicidad y la alegría se han tornado desesperación, ¿dónde podría buscar comprensión? Me conformo con sufrir solo mientras duren mis sufrimientos. Y cuando muera, aceptaré que el odio y el oprobio descansen sobre mi memoria. En cierta ocasión, mi imaginación se deleitó en

sueños de virtud, de fama y alegría. En cierta ocasión confié en encontrar personas que, ignorando mi aspecto externo, me apreciarían por los excelentes sentimientos que era capaz de ofrecer. En aquel tiempo estaba embargado por los altos ideales del honor y de la abnegación. Pero ahora la vileza me ha hundido hasta convertirme en una alimaña bestial… No hay crimen, no hay maldad, no hay odio, no hay dolor que se asemejen a los míos. Y cuando repaso la horrenda nómina de mis actos, apenas puedo creer que yo sea aquel cuyos pensamientos estuvieron una vez animados por las sublimes y trascendentes visiones del amor y la majestad de la bondad. Pero así es. El ángel caído se convierte en un demonio maligno. Pero incluso el enemigo de Dios y del hombre tuvo amigos y compañeros en su desolación. Yo estoy absolutamente solo.

»Usted, que se llama amigo de Frankenstein, parece saber algo de mis crímenes y mis desdichas. Pero, en el relato que él tal vez le ha hecho de mis sufrimientos, no ha podido contar las horas y los meses de miseria que he soportado mientras mi alma ardía de furia e impotencia. Porque cuando destruí su futuro, no satisfice mis propios deseos, que eran tan ardientes y devoradores como siempre. Aún deseaba amor y compañía, y siempre me despreciaban. ¿Acaso esto no era una injusticia? ¿Y soy yo el único criminal, cuando toda la humanidad ha pecado contra mí? ¿Por qué no odia usted a Felix, que expulsó de su casa a quien lo apreciaba de verdad? ¿O por qué no odia usted a aquel

campesino que deseaba matar a quien salvó a su hija? No, desde luego: ellos son seres virtuosos e inmaculados… mientras que yo, el miserable y el pisoteado, ¡solo soy un aborto que debe ser despreciado y apaleado y odiado! Incluso ahora me hierve la sangre cuando recuerdo semejante injusticia…

»Pero es verdad que soy un miserable. He matado a seres bellos e indefensos. He estrangulado a inocentes mientras dormían y he asfixiado con mis manos y hasta la muerte a quien jamás me hizo daño, ni a mí ni a nadie. He abocado al sufrimiento a mi creador, ejemplo escogido de todo lo que merece ser amado y admirado en la especie humana; y lo he acosado hasta su muerte irremediable. Ahí está, blanco y frío, muerto. Usted me odia, pero su aborrecimiento ni siquiera puede compararse al que yo siento por mí mismo. Miro las manos que han cometido esos actos, pienso en el corazón que los planeó, y añoro el momento en el que mis ojos vean a los muertos y ya no torturen más mi corazón.

»No tema: no volveré a hacer ningún mal. Mi tarea está a punto de concluir. No necesito matarle a usted ni a nadie para consumar mi existencia y para cumplir con lo que debo hacer. Me basto yo solo[155]. Y no crea que tardaré en llevar a

155 Aquí Mary se adelanta a uno de los debates más serios sobre las consecuencias imprevistas a las que se enfrentan los científicos y tecnólogos contemporáneos. ¿Cómo podemos estar seguros de que las nuevas creaciones que traemos al mundo permanecerán restringidas, controladas y limitadas tal como esperamos? Un ejemplo popular de esta discusión es el

cabo el sacrificio. Abandonaré su barco, y en el témpano que me trajo hasta aquí buscaré el extremo de tierra más septentrional del globo. Yo mismo levantaré mi pila funeraria y consumiré en cenizas este cuerpo miserable, para que mis restos no puedan sugerir a ningún desgraciado curioso e ingenuo que puede ser capaz de crear a otro como yo. Moriré. Ya no volveré a sentir la angustia que me consume, ni seré presa de sentimientos insatisfechos y, sin embargo, eternos. Quien me creó ha muerto, y cuando yo muera, el recuerdo de ambos morirá para siempre. Ya no volveré a ver el sol, ni las estrellas, ni sentiré el viento en el rostro. La luz, los sentimientos y la razón morirán. Y entonces hallaré mi felicidad. Hace algunos años, cuando las imágenes del mundo se mostraron por primera vez ante mí, cuando sentía la alegre calidez del verano y oía el murmullo de las hojas y el gorjeo de los pájaros, y aquello era todo para mí, habría lamentado morir; pero ahora la muerte es mi único consuelo. Enfangado en el crimen y corroído por los

---

argumento de la «plaga gris» [*grey goo*]. Imaginaos un Victor actual que crease una especie de nanotecnología autorreplicante que puede aprovechar ciertos recursos en el entorno para copiarse a sí misma. Sin los controles adecuados, esa entidad podría destruir cuanto existe en el planeta en cuestión de días, convirtiendo nuestro mundo en una viscosa sustancia gris de nanobots. La descripción de la criatura de su plan de autodestrucción constituye una de las exploraciones más conmovedoras de un problema relacionado: si la nueva tecnología en cuestión no solo es autónoma sino también, en cierto sentido, consciente de sí, la imposición de límites de control puede implicar pedir que nuestras creaciones lleven a cabo una especie de suicidio. *(Ed Finn)*

remordimientos más amargos, ¿dónde podré encontrar descanso sino en la muerte?

»¡Adiós! Me voy, usted será el último hombre que vean mis ojos. ¡Y adiós, Frankenstein! Si en la muerte aún os restara algún deseo de venganza, esta se vería más satisfecha si siguiera viviendo que con mi muerte. Pero eso no ocurrirá. Deseabais mi absoluta destrucción para que no pudiera causar mayores sufrimientos a otros, pero si de algún modo extraño aún pudierais pensar o sentir, sabed que no deberíais desear mi muerte si quisierais que fuera más desgraciado. Aunque estabais destrozado, mi agonía es mayor que la vuestra, porque los remordimientos son la amarga punzada que atormenta mis heridas y me tortura hasta la locura.

»Pero pronto moriré —dijo, con un entusiasmo triste y solemne— y lo que siento ahora ya no lo sentiré; pronto estos pensamientos… estas dolorosas heridas… ya no existirán. Levantaré triunfal mi pira funeraria, y sentiré la gloria entre las devoradoras llamas[156]. La luz de ese fuego se

156 Las últimas palabras de la criatura describen sus planes para un noble suicidio (véase la nota 21 sobre la muerte de Séneca, y la nota 27 sobre las tecnologías que se inmolan). La decisión de la criatura de «volver a leer las lecciones de mi Séneca y morir con buen ánimo» (ver «Debo perseguir y destruir…») encuentra muchas versiones en representaciones contemporáneas de algunas tecnologías autónomas que se sacrifican por el bien de la humanidad. En *Terminator 2: el juicio final*, el robot sobrehumano interpretado por Arnold Schwarzenegger realiza un sacrificio similar, descendiendo en un depósito de metal fundido para proteger a John y Sarah

extinguirá; mis cenizas serán barridas por el viento y arrastradas al mar. Mi espíritu dormirá en paz, y si aún tiene conciencia, ya no pensará como hoy. Adiós.

Y tras decir aquello, saltó por la ventana del camarote y cayó sobre un témpano de hielo que permanecía junto al barco; y apartándose con fuerza de la nave, las olas lo alejaron, y muy pronto se perdió de vista en la oscuridad y la distancia.

FIN

Connor. A medida que los sistemas autónomos se generalizan —no hay más que pensar en los coches sin conductor—, la cuestión de cómo introducir una codificación del juicio ético en ellos se vuelve más apremiante. Tal vez parezca obvio que un coche sin conductor se sacrifique antes de que permita que un peatón humano resulte dañado. Pero ¿cómo debe reaccionar un sistema así cuando debe elegir entre herir a su conductor o atropellar a un peatón? Como Victor y la criatura han descubierto, la mayor parte de nuestras decisiones morales implican algún riesgo de dañar a otro y nos obligan a plantearnos seriamente la cuestión de la ambigüedad ética. *(Ed Finn).*

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 1831

Mary W. Shelley

Los editores de las Standard Novels, al seleccionar *Frankenstein* para una de sus colecciones, expresaron su deseo de que pudiera proporcionarles algún apunte sobre el origen de dicha historia. Y soy la más interesada en cumplir con su deseo, porque así ofreceré una respuesta general a una pregunta que se me hace muy a menudo: ¿cómo es posible que yo, entonces una jovencita, pudiera concebir y desarrollar una idea tan horrorosa? Es cierto que soy muy reacia a exponerme en letra impresa, pero como estos apuntes solo aparecerán como un apéndice a un trabajo anterior, y como se limitarán a los asuntos que

tienen alguna relación con mi profesión de escritora, apenas puedo acusarme de indiscreción sobre lo personal.

No es raro que, como hija de dos personas de distinguida fama literaria, tuviera desde muy pequeña la idea de escribir. Cuando era una niña ya garabateaba y mi pasatiempo favorito, durante las horas que se me concedían para mi recreo, era «escribir historias». Con todo, tenía un placer aún mayor que ese, y era la formación de castillos en el aire: recrearme soñando despierta, desarrollar tramas que tenían como único objetivo la formación de sucesiones de incidentes imaginarios. Mis sueños eran a un tiempo más fantásticos y agradables que mis escritos. En estos últimos, además, era un imitadora fiel, y en vez de poner por escrito las sugerencias de mi propia imaginación, más bien repetía lo que otros habían hecho ya. Lo que escribía, al fin y al cabo, estaba destinado finalmente a otra lectora, mi compañera de la infancia y mi amiga, pero mis sueños eran solo míos; no tenía que contárselos a nadie; eran mi refugio cuando estaba triste, y mi placer más querido cuando me sentía libre.

Cuando era niña, viví sobre todo en el campo, y pasé un tiempo considerable en Escocia. Ocasionalmente hice alguna visita a otros lugares pintorescos, pero mi residencia habitual estuvo en las desoladas y lúgubres riberas norteñas del Tay, cerca de Dundee. Digo desoladas y lúgubres desde un punto de vista retrospectivo; no lo eran para mí en aquel entonces. Eran los refugios de la libertad y el encantador

territorio donde, sin que nadie se percatara de ello, podía vivir con las criaturas de mi imaginación. En aquellos momentos escribía… pero con un estilo lleno de lugares comunes. Fue bajo los árboles que había en las tierras que rodeaban nuestra casa, o en las desoladas laderas de las montañas yermas, donde nacieron y crecieron mis verdaderas composiciones, los aéreos vuelos de mi imaginación. Nunca me presenté a mí misma como la heroína de mis relatos. La vida me parecía un asunto demasiado vulgar en lo que a mí se refería. No me podía imaginar que las tragedias románticas o los prodigiosos acontecimientos tuvieran alguna relación conmigo; pero yo no estaba confinada a mi propia identidad, y en aquel tiempo podía poblar las horas con creaciones que me resultaran mucho más interesantes que mis propias vivencias.

Después mi vida se hizo más compleja y la realidad ocupó el lugar de la ficción. Mi marido, en todo caso, desde el principio se mostró deseoso de que demostrara ser digna de mis padres y de que inscribiera mi nombre en el libro de la fama. Siempre me animó a que procurara una buena reputación literaria, lo cual incluso me interesaba a mí misma en aquel entonces, aunque después se convirtiera en un asunto absolutamente indiferente. En aquel momento él deseaba que escribiera, no tanto con la idea de que pudiera ofrecer algo que mereciera la pena leer, sino para que él mismo pudiera evaluar hasta qué punto yo tenía talento y si

mi escritura prometía mejores frutos de allí en adelante. Sin embargo, no hice nada. Los viajes y los cuidados de la familia ocuparon todo mi tiempo; y el estudio, en forma de lecturas, o la mejora de mis ideas conversando con él, mucho más culto, fueron todos los empeños literarios a los que me entregué.

En el verano de 1816 visitamos Suiza y fuimos vecinos de lord Byron. Al principio pasábamos nuestras horas de ocio en el lago, o paseando por sus orillas; y lord Byron, que estaba escribiendo el tercer canto del *Childe Harold*, era el único que plasmaba sus pensamientos en el papel. A medida que nos los iba mostrando poco a poco, y ataviados con toda la luminosidad y la armonía de la poesía, sus pensamientos parecían una prueba de la divinidad de las bellezas del cielo y la tierra, cuyo disfrute compartíamos con él.

Pero lo cierto es que fue un verano húmedo y desapacible, y la lluvia incesante con frecuencia nos obligaba a quedarnos durante días enteros en casa. Y cayeron en nuestras manos algunos libros de terror, traducidos del alemán al francés. Allí aparecía la «Historia del amante inconstante», quien, cuando pensaba que estaba abrazando a la novia a la que había prometido su amor eterno, se encontraba en brazos del pálido espectro de la muchacha a quien él había abandonado. También aparecía el cuento de aquel pecador, patriarca fundador de un linaje, cuyo lamentable destino era dar el beso de la muerte a todos los benjamines de su maldita casa justo cuando alcanzaban la edad de la

pubertad. Su figura gigantesca y sombría, ataviada como el fantasma de*Hamlet*, con su armadura completa pero con la celada del yelmo levantada, se veía a medianoche, a la dudosa luz de la luna, avanzando lentamente por la lúgubre alameda. La figura se perdía entre las sombras de los muros del castillo; pero luego se cerraba un portón, se oían unos pasos, se abría la puerta de una alcoba, y él avanzaba hacia los lechos de los jóvenes muchachos, apaciblemente dormidos. Una tristeza eterna se reflejaba en su rostro cuando se inclinaba y besaba la frente de los niños, quienes desde ese momento se marchitaban como flores arrancadas por el tallo. No he vuelto a leer esas historias desde entonces, pero sus episodios permanecen vivos en mi recuerdo como si los hubiera leído ayer.

«¡Escribamos cada uno una historia de terror!», dijo lord Byron, y su proposición fue aceptada. Éramos cuatro. El famoso autor comenzó un relato, un fragmento del cual se publicó después al final del poema «Mazeppa». Shelley, que para adornar ideas y sentimientos con el esplendor de una brillante imaginería y con la música de los versos más melodiosos que adornan nuestra lengua, era más hábil que para inventar la trama de una historia, comenzó una basada en las experiencias de su juventud. El pobre Polidori tuvo alguna idea espantosa sobre una dama con cabeza de calavera que cargaba con ese castigo por cotillear por una cerradura; he olvidado lo que veía… algo aterrador y horrible, por supuesto; pero cuando la dama fue reducida a

una condición aún peor que la del renombrado Tom de Coventry, no supo qué hacer con ella y se vio obligado a despacharla a la tumba de los Capuletos, el único lugar adecuado para ella. Además, los ilustres poetas, aburridos con la llaneza de la prosa, muy pronto abandonaron una tarea que no les agradaba.

Yo me empeñé en *pensar una historia*… una historia que estuviera a la altura de aquellas que habían propiciado nuestro reto. Una que hablaría de los misteriosos temores de nuestra naturaleza y despertara el terror más emocionante… una que consiguiera que el lector mirara a su alrededor con miedo, que helara la sangre y que acelerara los latidos del corazón. Si no conseguía esas cosas, mi historia de terror no sería merecedora de ese nombre. Pensé y medité mucho… en vano. Sentí esa desoladora incapacidad de invención que es la mayor desgracia de un escritor, cuando la triste Nada es la respuesta a todas nuestras vehementes invocaciones. «¿Tienes ya una historia?», me preguntaban cada mañana, y cada mañana me veía obligada a responder con una mortificadora negativa.

Cada cosa debe tener su principio, para hablar al estilo de Sancho; y ese principio debe estar unido a algo que ocurrió antes. Los hindúes dicen que el mundo está asentado sobre un elefante, pero advierten que el elefante se sostiene sobre una tortuga. La invención, y esto debe admitirse humildemente, no consiste en crear de la nada, sino del caos; debe contarse con los materiales, en primer lugar: la

invención da forma a sustancias oscuras e informes, pero no puede hacer que exista la sustancia en sí misma. En todas las disciplinas de descubrimiento e invención, incluso en aquellas que pertenecen a la imaginación, siempre recordamos la historia del huevo de Colón. La invención consiste en la capacidad para captar las posibilidades de un objeto y en el poder para moldear y revestir las ideas que sugiere.

Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley, a las cuales yo asistía pero como una casi silenciosa oyente. Durante una de esas conversaciones se habló de distintas doctrinas filosóficas y, entre otras, de la naturaleza del principio de la vida, y se discutió si habría alguna posibilidad de que alguna vez fuera descubierto y difundido. Ellos hablaron de los experimentos del doctor Darwin (no hablo de lo que el doctor hizo realmente, ni de lo que se dice que hizo, sino, más bien, de lo que en aquel entonces se decía que había hecho); al parecer había conservado un hilo de masa en un bote de cristal, hasta que, por algún extraordinario proceso, aquello comenzó a agitarse con un movimiento autónomo. Después de todo, ¿no era así como se generaba la vida? Quizá un cadáver podría reanimarse; el galvanismo había dado pruebas de cosas semejantes: quizá se podrían manufacturar las partes componentes de una criatura, y después podrían reunirse y dotarlas del calor vital.

La noche fue adelantando con aquella conversación, e incluso habíamos dejado atrás la hora de las brujas antes de que nos retiráramos a descansar.

Cuando dejé caer la cabeza en la almohada, no me quedé dormida, aunque no podría decir que estaba despierta. Mi imaginación, sin que nadie la llamara, se adueñó de mí y me mostró el camino, dotando las sucesivas imágenes que se despertaban en mi mente con una nitidez que iba mucho más allá de los habituales límites de una ensoñación.

Vi —con los ojos cerrados, pero con una imagen mental muy clara—, vi al pálido estudiante de artes diabólicas arrodillado junto a la cosa que había logrado reunir. Vi la espantosa monstruosidad de un hombre allí tendida, y luego, mediante el funcionamiento de alguna máquina poderosa, observé que mostraba signos de vida, y se despertaba con los movimientos torpes de un ser medio vivo. Debía ser horroroso, porque absolutamente horrorosos deberían ser todos los intentos humanos de imitar la fabulosa maquinaria del Creador del mundo. El éxito debería aterrorizar al artista, y huiría de su odiosa invención, conmocionado y horrorizado.

Esperaría que, abandonada a su suerte, la débil llamita de la vida que le había infundido se fuera apagando; que aquella cosa, que había recibido una movilidad tan imperfecta, volviera a hundirse en la materia muerta; y así podría dormir con la creencia de que el silencio de la tumba

sofocaría para siempre la fugaz existencia del espantoso cadáver al que él mismo había considerado como cuna de la vida. Se duerme, pero se despierta; abre los ojos, y ve aquella cosa horrorosa de pie, a su lado, abriendo las cortinas del dosel, y mirándolo con aquellos ojos inquisitivos, amarillentos y acuosos.

Abrí los míos aterrorizada. La idea se apoderó de mí de tal modo que me recorrió un escalofrío de miedo y deseé cambiar las fantasmales visiones de mi imaginación por las realidades que me rodeaban. Todo estaba en calma; la misma habitación, el oscuro parqué, los postigos cerrados, con la luz de la luna esforzándose por colarse dentro, y el presentimiento de que el lago cristalino y los altísimos Alpes blancos estaban al otro lado. No podía librarme fácilmente de mi espantoso espectro; aún me perseguía. Debía intentar pensar en otra cosa. Pensé de nuevo en mi historia de terror… ¡mi enojosa y desafortunada historia de terror! ¡Oh! ¡Si al menos pudiera idear alguna que aterrorizara a mis lectores como yo misma me había aterrorizado aquella noche…!

Veloz como un rayo de luz, e igual de alegre, fue la idea que cruzó mi pensamiento. «¡Ya la he encontrado…! Lo que me ha aterrorizado a mí aterrorizará a otros; y solo necesito describir el espectro que me ha estado acosando esta noche junto a mi almohada». Por la mañana anuncié que *ya había pensado una historia.* Comencé aquel día con las palabras «Fue una lúgubre noche de noviembre…», y me limité a

transcribir únicamente los espantosos terrores de mi ensoñación.

Al principio no pensé sino en unas pocas páginas: un cuento corto; pero Shelley me apremió para que desarrollara la idea más por extenso. Ciertamente, no le debo a mi marido la sugerencia de ningún episodio, ni siquiera de una guía en las emociones, y, sin embargo, si no hubiera sido por su estímulo, esta historia nunca habría adquirido la forma con la cual se presentó al mundo. Debo exceptuar el prólogo, en todo caso. Por lo que puedo recordar, fue escrito enteramente por él.

Y ahora, una vez más, invito a mi monstruosa progenie a que siga adelante y prospere. Le tengo cariño porque fue el fruto de días felices, cuando la muerte y el temor no eran sino palabras que no encontraban un verdadero eco en mi corazón. Sus páginas hablan de muchos paseos, muchas excursiones, muchas conversaciones, cuando no estaba sola… y mi compañero era alguien a quien ya no volveré a ver en este mundo. Pero eso queda para mí; mis lectores no tienen nada que ver con esos recuerdos.

Añadiré solo una cosa más respecto a los cambios que he hecho. Se refieren principalmente a cuestiones de estilo. No he cambiado nada sustancial de la historia, ni he introducido ninguna idea nueva ni otras circunstancias accesorias. He enmendado el lenguaje donde me pareció que era tan tosco que entorpecía el interés de la narración; y esos cambios se

producen casi exclusivamente en el principio del primer volumen. En términos generales, se limitan a las partes accesorias de la historia, y el núcleo y lo sustancial de la misma permanecen intactos.

M. W. S.

Londres, 15 de octubre de 1831

CRONOLOGÍA DE LA CIENCIA y de MARY WOLLSTONECRAFT SHELLEY

- 1745 Ewald Jürgen Georg von Kleist desarrolla el primer condensador, la botella de Leyden.
- 1750 Joseph Black describe el calor latente.
- 1751 Benjamin Franklin demuestra que los rayos son eléctricos.
- 1761 Mijaíl Lomonósov descubre la atmósfera de Venus.
- 1763 Thomas Bayes publica la primera versión del teorema de Bayes, allanando el camino para la probabilidad bayesiana.
- 1771 Charles Messier publica un catálogo de objetos astronómicos (objetos Messier), que ahora se sabe que incluía galaxias, cúmulos de estrellas y nebulosas.

- 1778 Antoine Lavoisier y Joseph Priestley descubren el oxígeno, lo que pondrá fin a la teoría del flogisto.

- 1780 Luigi Galvani hace que se contraigan las ancas de ranas muertas conectándolas a una corriente eléctrica, descubriendo lo que denominamos bioelectricidad.

- 1781 William Herschel anuncia el descubrimiento de Urano, expandiendo los límites conocidos del sistema solar por primera vez en la historia moderna.

- 1785 William Withering publica la primera explicación completa del uso de la dedalera (*Digitalis*) para el tratamiento de la hidropesía.

- 1787 Jacques Charles desarrolla la ley del gas ideal.

- 1789 Antoine Lavoisier desarrolla la ley de conservación de la materia, básica para el inicio de la química moderna.

- 1796 Georges Cuvier establece que la extinción es un hecho.

- 1796 Edward Jenner da una explicación histórica de la viruela.

- 1797 Mary Wollstonecraft Godwin nace el 30 de agosto en Londres.

- 1797 La madre de Mary muere a los treinta y ocho años, diez días después de dar a luz a Mary.

- 1800 Alessandro Volta descubre la serie electroquímica e inventa la pila.
- 1800 William Herschel descubre la radiación infrarroja.
- 1802 Jean-Baptiste Lamarck define la evolución teleológica.
- 1804 Hanaoka Seishū lleva a cabo la primera operación en que se usa la anestesia general.
- 1805 John Dalton explica la teoría atómica en química.
- 1812 Humphry Davy publica *Elements of Chemical Philosophy*; nombrado caballero ese mismo año.
- 1814 Mary y Percy Bysshe Shelley dejan Inglaterra para vivir juntos en Francia, pero regresan al cabo de un mes cuando se quedan sin dinero.
- 1815 Mary da a luz prematuramente a una hija, y la niña muere a las seis semanas.
- 1816 Mary y Percy Shelley tienen un hijo, William, en enero; Mary tiene visiones de su novela, *Frankenstein*; la hermanastra de Mary se suicida; la primera esposa de Percy se suicida ahogándose; Mary y Percy se casan a finales de año.
- 1817 Mary acaba de escribir *Frankenstein* y da a luz a su hija Clara.

- 1818 Se publica *Frankenstein* en tres volúmenes sin identificar a la autora, pero el apellido Shelley aparece en el lomo de libro, y la gente cree que Percy lo escribió; muere su hija Clara.
- 1819 Muere su hijo William; Mary acaba la novela corta *Mathilda*; Mary da a luz a su hijo Percy Florence.
- 1820 Hans Christian Ørsted descubre que una corriente que pase a través de un cable desviará la aguja de una brújula, estableciendo así una estrecha relación entre la electricidad y el magnetismo (electromagnetismo).
- 1822 Mary casi muere a causa de un aborto; Percy se ahoga un mes antes de cumplir los treinta años.
- 1823 Se publica la segunda edición de *Frankenstein*.
- 1824 Nicolas Carnot describe el ciclo de Carnot, la idealizada máquina de calor.
- 1827 Georg Ohm desarrolla la ley de Ohm (electricidad).
- 1827 Amedeo Avogadro desarrolla la ley de Avogadro (gases).
- 1828 Friedrich Wöhler sintetiza urea, destruyendo la teoría del vitalismo.
- 1830 Nikolái Lobachevsky crea la geometría no-euclidiana.

- 1831 Michael Faraday descubre la inducción electromagnética; Mary publica una versión revisada de *Frankenstein*, con una introducción adicional explicando cómo concibió y escribió la obra.

- 1851 Mary Shelley muere en Londres a los cincuenta y tres años.

ENSAYOS

LA RESPONSABILIDAD TRAUMÁTICA
VICTOR FRANKENSTEIN COMO CREADOR Y VÍCTIMA

Josephine Johnston

Uno de los temas complejos que recorre el *Frankenstein* de Mary Shelley es la responsabilidad. De una forma directa —incluso didáctica—, la novela narra las devastadoras consecuencias para un inventor y para aquellos que ama de su absoluta incapacidad para prever el daño que puede conllevar una curiosidad científica desbocada y sin control. La novela no solo explora la responsabilidad de Victor Frankenstein por la destrucción causada *por* su creación, sino que también examina su responsabilidad *para* con ella. La criatura es un nuevo ser, con emociones, deseos y sueños que, como no tarda en

comprender, no pueden ser satisfechos por los humanos, a quienes repugna su aspecto y aterroriza su fuerza bruta. Así que acude a Victor, rogando primero y exigiendo después, que cree una compañera femenina con la que pueda conocer la paz y el amor. Mientras Victor se enfrenta intelectual y prácticamente a las implicaciones de ser responsable por la criatura y hacia ella, también experimenta la responsabilidad como un estado emocional y físico devastador. De este modo, Mary Shelley plantea un tercer aspecto de la responsabilidad: sus consecuencias en el yo.

¿QUÉ ES LA RESPONSABILIDAD?

La palabra *responsabilidad* es un nombre definido bien como un *deber* de cuidar de algo o de alguien o bien como la *situación* de ser la causa de un efecto determinado. La palabra es conocida por todos. De hecho, organizamos nuestras vidas diarias basándonos en nuestras nociones sobre la responsabilidad, tanto si nos referimos a los deberes que tenemos de cuidar de otros —por ejemplo, los hijos— como a nuestras ideas acerca de quién o qué ha hecho que haya comida en nuestros platos o una sequía en California. El concepto tiene una importancia especial para los estudiantes de filosofía y derecho.

En filosofía se presta especial atención al concepto de «responsabilidad moral», que no se refiere a una relación de causa-efecto ni a los deberes que conlleva el ocupar ciertos puestos en la sociedad, sino a la determinación de que alguien sea merecedor de elogio o crítica por unas consecuencias dadas o un estado de las cosas. La aptitud humana para ser considerado moralmente responsable está estrechamente vinculada a las ideas sobre la naturaleza de las personas, en concreto que las personas tienen la capacidad de ser agentes moralmente responsables. En *Frankenstein,* Mary Shelley plantea preguntas sobre quién es y quién no es susceptible de responsabilidad moral. Al principio del libro, presenta un protagonista que parece susceptible de ser tenido por moralmente responsable de sus actos y un antagonista (su criatura), que no. Pero, a medida que se desarrolla la historia, la autora plantea cuestiones sobre cuál de los dos es el actor verdaderamente racional: Victor, que está confundido por la ambición, la fiebre y la culpa, o la criatura que adquiere emociones, lenguaje e intelecto.

En derecho, la responsabilidad suele atribuirse en un proceso de dos pasos. A jueces y jurados se les pide primero que determinen si la persona *causó* el efecto en cuestión: ¿el acusado apretó el gatillo del arma que disparó la bala que mató a la víctima? Y luego deben decidir si la persona lo hizo con voluntad manifiesta o dolo, denominado *mens rea*. Un asesino que pretendiera matar a la víctima puede ser

culpable de asesinato, pero la responsabilidad legal atribuida a alguien que disparó accidentalmente puede ser homicidio imprudente u otro delito menos grave. Varios factores pueden interferir en la responsabilidad legal, como la edad (los niños son considerados generalmente exentos), la compulsión (si alguien te apunta a la cabeza con un arma, podrías no ser considerado responsable de las acciones que te obliguen a cumplir) y el estado mental (por ejemplo, la locura). Como en el caso de la determinación de la responsabilidad moral en un tribunal, cualquier tentativa de atribuir responsabilidad legal en *Frankenstein* se torna al instante compleja. Aunque inicialmente podría parecer que Victor tendría que ser tenido por legalmente responsable no solo por la existencia de la criatura sino también por los estragos que esta causa, también debemos tener presente que la criatura desarrolla muy deprisa la capacidad de pensar racionalmente, planteando la posibilidad de que podría considerársela como un actor capaz tanto de hacer daño como de hacerlo intencionadamente. Dada la complejidad del desarrollo de la criatura, al final del libro podría considerársela la única legalmente responsable de las muertes que causa.

Victor encarna los dos significados básicos de la palabra *responsabilidad*. Crea a la criatura (hace que exista), y por tanto tiene, al menos, cierta responsabilidad por lo que esta hará. Como creador de la criatura, Victor también tiene un deber con los demás para mantenerlos a salvo de su

creación y, parece decirnos Mary, un deber hacia su creación para asegurar que su existencia merece la pena. Ahora examinaremos estas dos ideas: la responsabilidad *por* y la responsabilidad *para con*.

LA RESPONSABILIDAD POR NUESTRAS CREACIONES

De una manera directa, Victor es la causa de la existencia del monstruo. Él lo construye, libremente y con la esperanza —es más, con la intención— de que cobre vida. Esta creación no es un accidente. Aunque muchos factores pueden argumentarse en contra de una atribución de la responsabilidad —incluidos la compulsión y el engaño—, en ningún momento se insinúa siquiera que Victor no pretenda crear la criatura, pese al modo desquiciado en que se pone manos a la obra. De hecho, Victor intuye su futura responsabilidad por la existencia de la criatura con placer y emoción, incluso como un triunfo: «Una nueva especie me bendeciría como a su creador y fuente de vida; y muchos seres felices y maravillosos me deberían sus existencias. Ningún padre podría exigir la gratitud de su hijo tan absolutamente como yo merecería las alabanzas de esos seres» (ver «Ningún padre podría…»).

El error de Victor radica en no pensar más a fondo en las repercusiones potenciales de su obra. Aunque afirma que dudó durante un largo tiempo sobre cómo utilizar el

«asombroso» (ver «La sorpresa que experimenté…») poder para «insuflar vida en la materia muerta» (ver «Ningún padre podría…»), esas vacilaciones se deben a los muchos obstáculos técnicos que tiene que superar más que a cualquier preocupación por los cuestionables resultados del éxito. Piensa en el bien que podría producir su descubrimiento —podría llevar al desarrollo de un método para devolver los muertos a la vida—, pero es incapaz de plantearse el futuro de su primera creación experimental. Aunque es consciente de que la búsqueda obsesiva de sus fines científicos está desequilibrando su vida, es completamente incapaz de plantearse la posibilidad de que el cuerpo que ha cosido a trozos y al que pronto animará podría causar daño a cualquiera, incluido el propio Victor. Podríamos comparar a Victor con algunos científicos modernos que han interrumpido su trabajo para plantearse su potencial para dañar, como los que se reunieron en Asilomar a mediados de la década de 1970 para plantearse las implicaciones de la investigación sobre el ADN recombinante o aquellos que recientemente han solicitado una moratoria sobre la edición genómica de la línea germinal.

El fracaso de Victor para prever ni remotamente su responsabilidad —para plantearse que su logro técnico podría tener tanto aspectos positivos como negativos— es su perdición. En cuanto la criatura abre sus «ojos amarillentos y turbios» (ver «Respiró pesadamente…»),

Victor se siente embargado por «el horror inenarrable y el asco» (ver «Y en ello había empeñado…»). Huye, tan alterado en un primer momento que es incapaz de quedarse con ella, y al cabo se sume en un sueño lleno de pesadillas en el que ve a su prometida, Elizabeth, primero «hermosa, joven y saludable» (ver «Y en ello había empeñado…»), y luego como un cadáver descompuesto. A Victor lo despierta la criatura, pero «escapé» de nuevo (ver «Y en ello había empeñado…»). Es incapaz de enfrentarse a su creación y no está preparado para la existencia independiente de la criatura.

A medida que la historia avanza, las reacciones emocionales de Victor al cobrar vida a la criatura —asco y horror— se ven corroboradas por los actos de esta. Victor se entera de que su creación ha asesinado a su hermano menor William, cuya muerte es entonces atribuida a una amiga de la familia, Justine. Pero Victor sabe la verdad. Y también sabe que estaría implicado en la ejecución de la acusada si es condenada, como ya lo está en el asesinato de su hermano: «El resultado de mi curiosidad y mis experimentos ilegales eran la causa de la muerte de dos de mis seres queridos» (ver «Confío en su inocencia…»). Sufre profundamente por su culpa: «Los sufrimientos de la acusada no eran comparables con los míos; ella se apoyaba en la inocencia, pero a mí los colmillos del remordimiento me desgarraban el pecho, y no dejarían escapar a su presa» (ver «Pasé una noche absolutamente espantosa…»). Sin embargo, no hace

nada por impedirlo. La chica es condenada injustamente. «Yo era, no física pero sí efectivamente, el verdadero asesino» (p. 130).

Victor sigue considerándose responsable tanto de la existencia de la aterradora criatura como de los actos criminales de esta. Pasa el resto de los días que le quedan en la tierra persiguiendo a la criatura por el Ártico con la intención de matarla. Pero en esta comprensión de su responsabilidad está solo, nadie más en la novela ve a Victor como otra cosa que una víctima de una desgracia inenarrable. Aunque en una ocasión es inculpado de matar a su amigo Henry Clerval —que es asesinado por la criatura—, la acusación es retirada al final (irónicamente, cuando Victor sale de la cárcel, un observador comenta: «Puede que sea inocente de asesinato, pero lo que es seguro es que tiene mala conciencia» [ver «Recuerdo que…»]). Incluso Robert Walton, el explorador que encuentra a Victor en el hielo y al que este le narra toda la historia, lo tiene por noble, amable y sensato. Queda para la conciencia de Victor —y para el lector— la valoración del grado en el que debería considerárselo responsable de los actos de la criatura. A este respecto, Victor tiene las ideas claras. Aunque admite que no pretendía crear una criatura capaz de ese mal, se considera responsable de su existencia y de las muertes que esta causa, y muere convencido de que debe a sus congéneres la destrucción de su creación.

LA RESPONSABILIDAD PARA CON NUESTRAS CREACIONES

En su lecho de muerte, Victor también admite que no solo es responsable *por* la criatura sino que también lo es *para con* ella: «… me vi obligado a proporcionarle, en lo que me fuera posible, felicidad y bienestar» (ver « Frankenstein, que estaba…»). La propia criatura presenta este argumento con contundencia cuando se enfrenta a Victor en las montañas que dominan el valle de Chamonix. La criatura relata todo lo que ha ocurrido desde que Victor la abandonó. Ha aprendido a encontrar comida y cobijo. Observando atentamente a una familia humana, ha aprendido lo que son las emociones y las relaciones, así como a hablar y leer. Tras encontrar una colección de libros, aprende los rudimentos de la sociedad y la historia humanas. Pero en cada intento de entablar relación con seres humanos, la criatura es calamitosamente rechazada, a veces incluso atacada. Aprende que a los humanos les resulta repulsiva. Tras concluir que ellos nunca la aceptarán en su comunidad moral, acaba viéndolos como enemigos. Ahora pone su dolor y soledad a los pies de Victor: «¡Creador insensible y despiadado…! Me otorgasteis sensaciones y pasiones, y luego me arrojasteis al mundo para desprecio y horror de la humanidad. Pero solo a vos podía dirigir mis súplicas y rogar piedad, y solo en vos decidí buscar la justicia que en vano intenté encontrar en cualquier otro ser de apariencia humana» (ver «Y ahora, con el mundo ante mí…»).

Para aliviar su soledad, rabia y dolor, la criatura pide a Victor que cree «una compañera para mí, una mujer con la que pueda vivir, que me comprenda y a la que yo pueda comprender, para poder existir» (ver «Durante algunos días…»). La criatura intenta razonar con Victor: «¡Oh… mi creador! Hacedme feliz; permitidme que sienta gratitud hacia vos por ese único acto de bondad para conmigo. Permitidme comprobar que soy capaz de inspirar la comprensión de otra criatura. No me neguéis esta petición» (Ver «Me sentí conmovido…»). Aunque Victor se siente conmovido por el relato de la criatura y su ruego de compañía, inmediatamente se niega por un sentido de la responsabilidad, para proteger al mundo de «la perversidad» (ver «La criatura que ya vivía…»).

Al hacer que su inventor cree un ser dotado de sentidos y conciencia —en concreto uno cuyo intelecto y emociones son comparables o hasta superiores a los de su supuesto protagonista—, Mary subraya la cuestión sobre la responsabilidad que podemos tener para con nuestras creaciones. Los padres lo entienden (y en muchos sentidos, Victor ocupa el lugar de un padre, aunque un padre que rechaza y abandona a su hijo). Y por eso los científicos que trabajan en la creación de nuevas o modificadas formas de vida deben asumir una responsabilidad para con sus creaciones. Podemos llevar el argumento aún más lejos: cualquiera que dedique tiempo y energías a un proyecto, aunque este no vaya a tener como resultado ninguna forma

de vida, debería tener sentido de la responsabilidad. Podemos hablar legítimamente sobre sentir una obligación *para con* nuestro trabajo —incluidos nuestros resultados, nuestras ideas o nuestros hallazgos—, que merece ser publicado o más desarrollado o reconocido como valioso no solo porque puede ser beneficioso para otros o darnos fama, sino por el valor intrínseco del nuevo conocimiento.

LA RESPONSABILIDAD COMO EXPERIENCIA

En uno de los aspectos más asombrosos de su tratamiento de la responsabilidad, Mary describe el esfuerzo físico y emocional que supone. Antes de que Victor tenga la menor idea de las consecuencias letales de su obra científica o de las onerosas obligaciones que ha adquirido, experimenta la responsabilidad como un estado físico y emocional. En el mismo momento en que da vida a su creación, «la belleza del sueño se desvaneció y el horror inenarrable y el asco me embargaron el corazón» (ver «Y en ello había…»). Sale corriendo de la estancia, camina de un lado para otro, «incapaz de tranquilizar mi mente para poder dormir» (ver «Y en ello había…»), se sume en un sueño lleno de pesadillas que presagian la muerte de su prometida, y se despierta bañado en un sudor frío con convulsiones en las extremidades. Sale y casualmente se topa con su amigo Henry Clerval, que repara en su agitación y luego se pasa

varios meses cuidándolo de unas «fiebres nerviosas» durante las cuales «siempre tenía ante mí la figura del monstruo al que yo había insuflado vida, y aparecía en mis delirios constantemente, preocupando a mi amigo» (ver «Yo temía verlo…»).

Victor se recupera de ese primer episodio febril, pero su recuperación durará poco. Mientras la criatura mata a su familia y amigos, Victor afronta el hecho de que es responsable de la existencia de la criatura y, por tanto, hasta cierto punto, también lo es de sus actos. Su dolor ante la muerte del pequeño William, y más tarde la de Henry, es una aflicción compleja y teñida por su sentimiento de culpa por el papel que ha desempeñado en sus muertes. No puede dormir, su salud se resiente. Su padre, preocupado, le ruega que supere ese dolor y regrese al mundo, «porque la pena excesiva impide mejorar y sentirse alegre, e incluso impide realizar las tareas cotidianas sin las cuales ningún hombre puede vivir en sociedad». Pero Victor es incapaz de reaccionar: «Yo debería haber sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a mis seres queridos… si los remordimientos no hubieran mezclado su amargura con el resto de mis emociones» (ver «Este estado de ánimo…»).

A medida que la historia avanza, Victor sigue sufriendo emocional y físicamente. Su familia y amigos están alarmados e intentan ayudarle, pero Victor no se deja. Se aleja de su compañía, navega sin propósito en una barca por el lago, incapaz de encontrar la paz. Recorre montañas

durante una tormenta. Viaja a Inglaterra, aparentemente para ver mundo antes de sentar cabeza y casarse, pero en realidad para crear otra criatura. Describe ese tiempo como «dos años de exilio» (ver «Fue muy a finales de agosto…»), y se lamenta de su incapacidad para disfrutar del viaje o de las personas que conoce en el camino. Describe una visita a Oxford, comentando que «Disfruté mucho de aquel lugar, y sin embargo mi gozo seguía amargado tanto por los recuerdos del pasado como por los presagios del futuro… Pero ya no soy más que un árbol quemado; el rayo ha entrado hasta mis entrañas y me ha destruido, y ya entonces supe que debía sobrevivir para mostrar al mundo lo que pronto dejaré de ser: un miserable espectáculo de arruinada humanidad, lastimosa para los demás, y asquerosa para mí mismo» (ver «Disfruté mucho de aquel lugar…»).

Cuando el libro se acerca a su conclusión, Victor yace agonizando en el barco de Walton. Al explorador y al lector no le quedan dudas sobre qué lo ha matado. Cuando la criatura aborda el barco y ve a Victor, que acaba de morir, se declara responsable de su muerte: «Esta es también mi víctima —exclama—. Yo, que os maté porque maté a aquellos que vos más queríais…» (ver «Entré en el camarote…»). Pero no es solo la pérdida de su familia y amigos lo que destruye a Victor, sino también la culpa y los remordimientos derivados de ser quien creó tan ingenuamente a la criatura y le dio la vida.

CONCLUSIÓN

En *Frankenstein*, Mary Shelley explora al menos tres aspectos de la responsabilidad: la de Victor *por* los actos criminales cometidos por su creación y la amenaza que supone la existencia de la criatura para su familia, amigos y, teme Victor, el mundo entero; la responsabilidad de este *para con* su creación, su bienestar y felicidad; y las consecuencias de esta gravosa responsabilidad para Victor tanto física como emocionalmente.

La obra es una novela de terror gótico: la trama es fantástica; el paisaje, dramático, y el héroe, condenado. Pero también es un relato admonitorio, con un mensaje serio sobre la responsabilidad social de científicos e ingenieros. Mary transmite la inquietud de que el entusiasmo científico sin control puede provocar un daño imprevisto. Para Victor, la curiosidad científica amenaza la integridad de su familia y afecta su capacidad para interactuar con la naturaleza y establecer relaciones. Al presentar un protagonista que sufre tan profundamente debido a su incapacidad para prever las consecuencias de su trabajo, Mary insta a los lectores a practicar las virtudes de la humildad y la contención. Al desarrollar una criatura que sufre tan profundamente porque se ve despreciada y rechazada por una sociedad humana intolerante, nos pide

que nos planteemos nuestras obligaciones para con nuestras creaciones antes de darle vida.

El lector tiene que preguntarse si la historia podría haberse desarrollado de otra forma si Victor se hubiera comportado con más responsabilidad. ¿Y si hubiera previsto la fuerza bruta de su creación y decidido no crearla, o hubiera cambiado sus planes de manera que la criatura fuera menos poderosa y aterradora? En lugar de abandonar a la criatura, ¿no podría haber recuperado su papel paternal esforzándose para asegurar una feliz existencia a la criatura? Mary no nos cuenta qué debería haber hecho Victor; ese es el trabajo de reflexión que nos corresponde a nosotros, los lectores, para plantearnos nuestra propia responsabilidad por y para con nuestras creaciones contemporáneas.

¡HE CREADO UN MONSTRUO!
(Y TÚ TAMBIÉN PUEDES)

Cory Doctorow

Cuando se trata de predecir el futuro, los escritores de ciencia ficción son como los tiradores de la falacia del francotirador: disparan una escopeta al tuntún a un granero, luego dibujan una diana alrededor del lugar adonde han ido a parar los proyectiles y proclaman su precisión letal a quienquiera que esté dispuesto a creerles. Así han hecho un *montón* de «predicciones» antes y después de que Mary Shelley escribiera su relato del «moderno Prometeo» sobre su creador y su criatura. Muy pocas de esas predicciones se han hecho realidad, lo que era esperable: si lanzas los dardos

suficientes, alguno acabará clavándose en el blanco, aunque lleves puesta una venda en los ojos.

Predecir el futuro es, en cualquier caso, una pérdida de tiempo. Si el futuro pudiera predecirse, sería inevitable. Y si es inevitable, lo que hagamos o dejemos de hacer no importa. Y si lo que hacemos no importa, ¿para qué molestarnos en levantarnos de la cama por la mañana? La ciencia ficción hace algo mejor que predecir el futuro: *influye* en él.

Las historias de ciencia ficción que recordamos —como *Frankenstein*— son las que tocan la fibra de la imaginación pública. La mayoría de la ciencia ficción cae en el olvido al poco de publicarse, pero unos pocos de esos relatos perviven durante años o décadas, incluso siglos en el caso de *Frankenstein*. El hecho de que una historia cautive la imaginación pública no implica que vaya hacerse realidad en el futuro, sino que nos dice algo sobre el *presente*. Se aprende algo sobre el mundo cuando una visión del futuro se convierte en un tema controvertido o placentero.

Si un pobre profesor de inglés te ha pedido que identifiques los «temas» del *Frankenstein* de Mary, la respuesta correcta obvia es que la autora trata de la ambición y la arrogancia, la *hibris*. La ambición porque Victor Frankenstein ha desafiado a la muerte misma, una de las verdades eternas e inexorables del universo. Todo muere: las ballenas, los humanos, los perros, los gatos, las estrellas

y las galaxias. La arrogancia (*hibris*)[157] —«orgullo o confianza en uno mismo excesivos» (¡gracias, *Wikipedia*!)— porque cuando Victor da vida a su criatura, está tan cegado por su propia ambición que ni se plantea las consecuencias morales de sus actos. No se preguntó cómo el ser vivo y pensante que está construyendo se sentirá al verse creado como un parche de retales de carne, imbuido de fuerza vital y arrojado a un universo insensible.

Muchos críticos destrozaron *Frankenstein* cuando se publicó, pero las multitudes amaron la novela, la convirtieron en un superventas y atestaron los teatros donde se representaba. Mary había despertado algo en la imaginación pública, y no es difícil entender de qué se trataba: un relato sobre la tecnología que dominaba a los humanos en lugar de ofrecerles sus servicios.

Cuando Mary publicó *Frankenstein* en 1818, Inglaterra estaba siendo drásticamente transformada por una innovación tecnológica desenfrenada en plena revolución industrial. Formas de vida que habían perdurado durante siglos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. William Wordsworth no tardaría en escribir cartas y poemas

157 Doctorow, como los editores y otros ensayistas de este volumen, utiliza el término *hubris*, anglización de la *hibris* griega, de uso frecuente entre (los medios académicos) anglófonos; aunque healidaimos optado por traducirlo, en ocasiones, como «arrogancia», la *Wikipedia* en español ofrece la opción de «desmesura», y añade, con pertinencia: «intento de transgresión de los límites impuestos por los dioses a los hombres mortales y terrenales». (*N. t.*)

pesarosos sobre ferrocarriles que arruinaban su amada campiña. Los oficios antiguos desaparecían sin alboroto; surgían nuevas profesiones de la noche a la mañana. Toda normalidad estaba por hacer; los mapas se trazaban de nuevo, y el viejo y firme ritmo de la vida tartamudeaba y latía erráticamente. La joven Mary, que tenía dieciocho años cuando empezó a escribir *Frankenstein*, sentía la revolución en el aire.

En 1999, Douglas Adams —otro prodigioso predictor del presente— realizó una aguda observación sobre la relación de los jóvenes con la tecnología:

Se me han ocurrido una serie de normas que describen nuestras reacciones a las tecnologías:

1. Todo lo que hay en el mundo cuando naces es normal y corriente y es simplemente parte natural de la forma en que funciona el mundo.

2. Todo lo que se inventa entre tus quince y tus treinta y cinco años es nuevo, emocionante y revolucionario y posiblemente puedas convertirlo en tu profesión.

3. Todo lo que se inventa una vez has cumplido los treinta y cinco va contra el orden natural de las cosas.

Dependiendo de tu edad, la verdad de la ley de Adams —y el terror de los lectores del siglo XIX que se deleitaban con el mensaje admonitorio de *Frankenstein* sobre la tecnología

dominando a su creador— puede que no sea evidente de forma inmediata para vosotros. Pero definitivamente vivimos en un mundo de turbulencias tecnológicas continuas, una revolución de la información que hace parecer la mísera revolución industrial de Mary una nadería en comparación, y esa es la razón por la que todavía nos interesa una novela de hace doscientos años en que se imagina un proyecto científicamente incoherente de traer a los muertos de vuelta a la vida.

Sin embargo, «el cambio tecnológico» no es una fuerza de la naturaleza. La forma en que la tecnología cambia y nos cambia es la consecuencia de opciones que tomamos como fabricantes de herramientas, usuarios individuales y grupos.

¿De dónde procede el cambio tecnológico?

Robert Heinlein, un titán de la ciencia ficción (así como una figura controvertida de proporciones no menos titánicas), escribió en *Puerta al verano*, una novela de viajes en el tiempo, todo lo necesario sobre la revolución tecnológica: «Cuando llega el tiempo del ferrocarril, puedes viajar en ferrocarril, pero no antes» (ver «Ya sé que esto no te va a consolar…»). A lo largo de la historia, los inventores han garabateado cosas que parecían helicópteros, y entre ellos lo hizo, como es sabido, Leonardo da Vinci. Pero los helicópteros no existieron hasta que estuvieron a

disposición de todos un buen montón de materias y materiales: la metalurgia, el diseño de motores, la aerodinámica, y demás. La idea de los helicópteros flotaba en nuestro éter y aparecía recurrentemente en las cabezas de nuestros soñadores, pero que seas capaz de imaginar y diseñar un rotor no quiere decir que puedas diseñar un motor diésel, ni mucho menos construir un Sikorsky que pueda alzar un tanque.

Esta teoría del progreso tecnológico se denomina «el adyacente posible». La inspiración fantasiosa aparece a todas horas como consecuencia de nuestras imaginaciones juguetonas e imprevisibles. La fantasía se convierte en realidad cuando hay el material necesario suficiente en el lugar oportuno. Cuando llega la hora de los ferrocarriles, aparecen ferrocarriles. Los escritores habían soñado desde hacía mucho con animar materia muerta: pensad en el polvo que se convirtió en Adán o la arcilla que los rabinos transformaron en *golems*. Mary, que vivía en el mundo del galvanismo, de la revolución democrática e industrial y el recién descubierto placer del racionalismo, fue capaz de darnos un *golem* sin recurrir a lo sobrenatural.

Pero la hora del ferrocarril no solo nos trajo los ferrocarriles: nos dio también los magnates sin escrúpulos que crearon inmensos *trusts* empresariales que robaban a las masas para enriquecer a unos pocos. Nos trajo trabajadores forzosos, secuestrados o sacados con engaños de China o traídos de las plantaciones de esclavos para que

se deslomaran tendiendo las vías. Es posible que, una vez se disponía de acero, vías, tierras y locomotoras, los ferrocarriles fueran inevitables. El trabajo esclavo no era inevitable. Era una opción.

Pero, una vez construidas las líneas de ferrocarril, era más difícil tomar decisiones. Los ferrocarriles cambiaron la forma en que los granjeros vendían sus mercancías, cambiaron la forma en que se establecían y servían los nuevos asentamientos de población, cambiaron todas esas cosas que desquiciaron a Wordsworth, trazaron de nuevo los mapas, hicieron desaparecer industrias y crearon otras nuevas. Vivir como si el ferrocarril no existiera se volvió difícil, se hizo aún más difícil con el tiempo y, al final, fue prácticamente imposible. Fueran tus lejanas relaciones comerciales que esperaban respuestas rápidas a sus cartas o los tipos de empleo que podrían conseguir tus hijos, simplemente no podías vivir como si no hubiera ferrocarriles, a no ser que quisieras renunciar también a todas las actividades que tus amigos y seres queridos realizaban en los trenes.

Cómo se construyeron los ferrocarriles fue el resultado de decisiones individuales, a menudo inmorales. Cómo se *usaron* los ferrocarriles fue el resultado de una decisión colectiva realizada por toda la gente de tu red social: familia, amigos, jefes y maestros.

Por eso no existe una aldea amish de un único individuo. Ser amish supone coincidir con toda la gente que te importa para tomar las mismas opciones sobre qué tecnologías utilizarás y cómo las usarás.

Hablemos de facebook, la aldea amish con mil millones de habitantes

Las redes sociales de internet ya eran gigantescas antes de Facebook: Sixdegrees, Friendster, Myspace, Bebo y docenas más ya habían aparecido y desaparecido. Había un adyacente posible en marcha: internet y la web existían, y habían crecido lo bastante como para poder encontrar conectada a mucha de la gente con la que querías hablar solo con que alguien diseñara un servicio que te facilitara encontrarla o conocerla.

Un servicio como Facebook era inevitable, pero no lo era el cómo funciona Facebook. Facebook está diseñado como un juego de casino donde los premios son la atención que se recibe de otros (*likes* y mensajes) y la superficie de juego es un vasto tablero cuyas partes no pueden verse la mayor parte del tiempo. Tú apuestas con el tipo de revelación personal que hará coincidir las cerezas de la maquinita, tiras de la palanca —pulsas *post*— y esperas a que gire la rueda

para ver si te llevas un buen premio. Como en todos los juegos de casino, en el de Facebook hay una regla universal: siempre gana la banca. Facebook afina continuamente sus algoritmos para optimizar la cantidad de información que revelas al servicio porque gana dinero vendiendo esa información personal a los anunciantes. Cuanta más información personal cedas, más formas tienen de venderte: si un anunciante quiere vender agua azucarada o hipotecas *subprime* a estudiantes universitarios de primero de ingeniería de diecinueve años cuyos padres viven de alquiler en una gran ciudad del noreste, entonces revelar todos esos datos sobre ti te transforma de usuario en valor vendible.

Añadir el modelo de negocio de vigilancia a Facebook fue una opción individual. Pero utilizar Facebook —ahora que es dominante— es una decisión de grupo.

Soy un vegano de Facebook. Ni siquiera uso WhatsApp ni Instagram porque son propiedad de Facebook. Eso significa que casi no me invitan a fiestas; no puedo mantenerme al tanto de lo que pasa en la escuela de mi hija; no puedo encontrar a mis viejos amigos del colegio ni participar en los homenajes *on-line* cuando uno de ellos fallece. A no ser que todos los que conoces opten, como tú, por no utilizar Facebook, ser un vegano de ese servicio es difícil. Pero también te permite ver el casino por lo que es y tomar una decisión más informada sobre la tecnología de la que dependes.

Mary Shelley comprendió el exilio social. Se alejó de la red social de Inglaterra —en realidad, se fugó— a los dieciséis años con un hombre casado, Percy Bysshe Shelley, y tuvo dos hijos con él antes de que finalmente se casaran. La vida de Shelley es un relato acerca de lo adyacente posible de la pertenencia, y *Frankenstein* es un relato sobre lo adyacente posible de las catástrofes encantadoramente creíbles en una era de traumáticas sacudidas tecnológicas y desajustes masivos.

En 1989 cayó el Muro de Berlín, y el fin de la irónicamente denominada República Democrática Alemana (RDA) estaba al alcance. La RDA —a menudo llamada «Alemania Oriental»— era uno de los países más espiados en la historia del mundo. La Stasi, su policía secreta, era sinónimo de control totalitario, y su nombre provocaba terror allá donde se susurraba.

La Stasi empleaba a un soplón por cada sesenta habitantes de la RDA: un ejército para vigilar a una nación.

Hoy, la National Security Agency (NSA) de EE. UU. tiene *al mundo entero* sometido a una vigilancia mucho más férrea de lo que Stasi podría haber soñado siquiera. Cuenta con un empleado por cada veinte mil personas espiadas, sin contar a los contratistas externos.

La NSA utiliza una fuerza laboral de una décima parte del tamaño de la Stasi para vigilar a *un planeta*.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo hemos llegado al punto en el que los costes laborales de la vigilancia se hayan desplomado de este modo en cuestión de décadas?

Alistando a los espiados para que se encarguen del espionaje. Tu dispositivo móvil, tus cuentas en redes sociales, tus búsquedas y tus *posts* en Facebook —esos jugosos, detallados y reveladores *posts*— contienen posiblemente cuanto la NSA quiere saber acerca de poblaciones enteras, y esas poblaciones pagan la cuenta de esa recolección de información.

Lo adyacente posible hizo que Facebook fuera inevitable, pero las opciones individuales de tecnólogos y emprendedores convirtieron Facebook en una fuerza para la vigilancia masiva. Dejar de lado a Facebook no es una opción personal sino social, una decisión que afrontas solo al coste de tu vida social y tu capacidad para mantenerte en contacto con la gente que quieres.

Frankenstein nos avisa sobre un mundo en el que la tecnología controla a la gente en lugar de a la inversa. Victor tiene opciones que puede tomar sobre lo que hace con la tecnología, y toma las decisiones equivocadas una y otra vez. Pero la tecnología no controla a las personas: las personas usan la tecnología para controlar a otras personas.

Los adyacentes posibles del mundo te permitirán soñar con muchas tecnologías a lo largo de tu vida. Pero lo que

hagas con ellas puede limitar las posibilidades de otra gente. La decisión de usar una tecnología ampliamente adoptada nunca está por completo en tus manos, pero ¿y la decisión de *crearla*y de *cómo* hacerlo?

Eso sí depende de ti.

CONCEPCIONES CAMBIANTES DE LA NATURALEZA HUMANA

Jane Maienschein y Kate MacCord

Aristóteles

Frankenstein es un poco como el elefante de la parábola india, al que todos los ciegos que lo tocan ven como algo diferente según palpen el tronco, la cola o la piel. Quienes leen la novela de Mary Shelley, ven muchas cosas radicalmente distintas. Los casi cincuenta millones de menciones en Google de la palabra*Frankenstein* superan las de Macbeth, lo que da una idea de la popularidad y la perdurabilidad de este texto. Aquí nos preguntamos qué nos explica el relato sobre las concepciones de la naturaleza

humana y cómo esas concepciones han cambiado en el transcurso del tiempo.

Antes de mirar doscientos años atrás, vamos a remontarnos dos milenios más. En el siglo IV a. C., el filósofo griego Aristóteles sentó las bases para pensar en términos de «monstruos» como desviaciones de la esencia normal de una especie. En cuanto agudo observador de la naturaleza, Aristóteles también reconoció que los individuos viven un proceso de desarrollo que se despliega a lo largo del tiempo. Ambos temas son importantes para Mary Shelley.

En primer lugar, sobre la idea de una esencia para una especie, o esencialismo: Aristóteles, basándose en sus observaciones, estaba convencido de que el mundo consiste en distintos tipos de organismos. Cada organismo encaja en un tipo de especie concreto, en nuestro caso, el humano. Para él, cada tipo tiene cuatro causas que crean un individuo: la causa material proporciona la sustancia; la causa formal proporciona un proyecto que determina la forma; la causa eficiente implica el proceso de construcción que da a la materia la forma correcta con el paso del tiempo; y la causa final hace que un organismo cobre vida al actualizar el potencial para la vida (Lawrence 2010). Estas causas requieren tiempo para interactuar, lo que significa que un organismo puede ser reconocido como miembro de su tipo natural solo al final del *proceso* de generación.

Además, todos los organismos vivos tienen también lo que Aristóteles denominaba un alma vegetativa (que les da vida); los animales tienen almas locomotoras (que les permiten moverse), y los humanos tienen almas racionales (que nos dan emociones y la razón). La concepción aristotélica del alma no es religiosa, sino que formaba parte de su intento de explicar cómo algo podía tener exactamente el mismo aspecto cuando una persona estaba viva y otro totalmente distinto en un momento en cuanto moría. Aristóteles explicaba la diferencia en términos de la acción de la causa final y del alma (véase Aristóteles 1943).

En segundo lugar está el reconocimiento de Aristóteles de que hacer que algo viva requiere tiempo. Implica un proceso de desarrollo reunir todas esas causas y factores. Más tarde, la Iglesia católica añadió la idea de «hominización» para señalar el momento en que una persona cobra vida como ser humano. Aristóteles habría insistido en que cobrar vida no es algo que suceda en un instante determinado sino más bien un proceso en el tiempo. Varios milenios de pensadores han coincidido con él en este punto, que sigue siendo, en el fondo, la mejor comprensión del desarrollo.

Victor frankenstein y su criatura

Como otros intelectuales a principios del siglo XIX, Mary Wollstonecraft Shelley vivió a la sombra de Aristóteles. El

período que posteriormente se denominaría revolución científica (que abarcó aproximadamente los siglos XVI y XVIII) intentó sustituir partes de la filosofía natural aristotélica con el materialismo, el empirismo y la experimentación. El materialismo subrayaba la importancia de pensar en términos de lo material y de las funciones de la materia en movimiento como causa de lo que sucede en el mundo, incluida la vida. Los materialistas rechazaban, por ejemplo, la idea de que hubiera una fuerza vital especial y mantenían que los organismos vivos están hechos de materia que cambia con el paso del tiempo. Por el contrario, los vitalistas sostenían que existe una especie de fuerza vital que hace que las cosas cobren vida, que se necesita esa fuerza vital para que algo se convierta en un organismo vivo y no sea un trozo de barro o de otro material. Mediante estos nuevos marcos explicativos, la gente empezó a explorar el mundo viviente y a preguntarse qué hace que exista la vida en primer lugar y luego posibilita que esta perdure en lugar de morir.

Esas diversas tentativas de entender la vida obviamente influyeron en el pensamiento de Mary. El empirismo y la experimentación reclamaban que la gente pusiera a prueba sus ideas, es decir, que no solo confiara en el conocimiento del pasado o en lo que podía aprenderse en los libros, sino que nos invitaban a investigar por nuestra cuenta. Victor Frankenstein asume esa llamada a la experimentación.

Aun así, Victor no parece tener una idea clara de qué es lo que permite la vida ni tampoco sobre la naturaleza humana. Para algunos pensadores, como Paracelso, y entre aquellos que se denominaban iatroquímicos en el siglo XVII, la vida requiere una interacción química concreta. Para otros, la electricidad da la vida. Y aun otros pensaban que el calor es el factor principal. Había quienes creían que la vida surge a través de alguna forma de generación espontánea inexplicable. O tal vez existe alguna otra forma de fuerza vital que lleva a lo material a transformarse en vivo o animado. Aunque Victor no parece tener una idea clara sobre qué es lo que causa la vida, lo mueve la convicción de que puede crear una criatura y hacer que esta adquiera lo que sea que se necesite y de este modo cobrar vida. Quiere crear vida, y Mary utiliza el término *crear* de manera plenamente consciente (Westfall 1977, pp. 82-104).

Actualmente seguimos tan fascinados como los lectores contemporáneos de Mary sobre qué hace falta para conseguir que lo material cobre vida y qué constituye lo que pensamos que es la naturaleza humana. Hoy los científicos a menudo hablan sobre la forma en que las células de los embriones se dividen para producir más células a partir de un óvulo inicialmente fertilizado. Esas células contienen ácidos nucleicos que parecen esenciales para la vida. Hebras de ácidos desoxirribonucleicos (ADN) se replican de manera que permiten que las células se dividan y, con el tiempo, crezcan y se desarrollen organismos multicelulares.

Seguimos pensando en la vida como una base material. Tal vez al contrario que el Victor de Mary, sabemos mucho más sobre lo que hace que algo viva, y también somos conscientes de lo mucho que todavía no sabemos.

¿Qué convierte a la criatura sin nombre en un «monstruo»?

En la criatura de Victor se nos presenta un acertijo sobre la naturaleza humana: ¿Qué convierte a algo en un monstruo? ¿Acaso el aspecto físico? Esa es una posibilidad clara; después de todo, la criatura es más corpulenta y más fuerte que la gente con la que se cruza y se le ha «dado una figura espantosamente deforme y repulsiva» (ver «Las conversaciones de los granjeros…»). En la jerga aristotélica de las causas, podríamos interpretar el interior de la criatura como un conjunto interrumpido de causas eficientes y formales, es decir, una interrupción del plan y la construcción del material que constituye una forma.

Sin embargo, tal vez nos corresponde a nosotros ahondar un poco más en la naturaleza de la presunta monstruosidad de esta criatura. Aunque físicamente aberrante, está formada con partes humanas y, por tanto, dotada de cierto carácter humano, al menos en el sentido material. Y aunque la gente con la que se encuentra retrocede ante su apariencia física, su figura es reconocible como la de un

hombre antes que como otra cosa. En este sentido, tiene la esencia o «naturaleza» de un humano.

¿Y qué puede decirse del «alma» racional o las facultades intelectuales de la criatura, que también incluyen las emociones y sensaciones? ¿Son sus defectos en este sentido los que la convierten en monstruo? Hay otra posibilidad evidente. Muestra comportamientos que desafían la sensibilidad moral de sus contemporáneos: violencia, venganza y asesinato. Pero esos actos también los comete mucha gente a quienes no se aplicaría la etiqueta de *monstruo*.

Para indagar un poco más profundamente en la naturaleza monstruosa de la creación de Victor, volvamos por un momento a Aristóteles. Recordad que a medida que se despliega la generación, las cuatro causas interactúan para dar lugar a un organismo plenamente consumado de un tipo particular. Es decir, una persona es una persona y tiene la naturaleza de ser humano en concreto solo debido al *proceso* de desarrollo.

Por qué importa el desarrollo

Detengámonos un momento a considerar la importancia de que exista un proceso de desarrollo y por qué importa para la creación de un monstruo y si puede convertirse en

una persona humana sin haber pasado por el desarrollo apropiado. A lo largo de sus monólogos ante su creador, la criatura explica que no ha tenido padres que lo criaran y que había debido formarse sus ideas morales mediante las conversaciones oídas sin que la vieran y las observaciones que había hecho a escondidas. Victor llevó a cabo su experimento y después huyó de él, abandonando la mente y el comportamiento de un recién nacido sujeto a un cuerpo adulto. Victor cometió el error fatal de no entender que producir una vida, al menos la de un humano vivo en todos los sentidos y con sus funciones en buen estado, requiere un desarrollo. Los bebés no saben diferenciar el bien y el mal, tienen que aprender la moral tanto como aprenden a andar, hablar, montar en bicicleta, leer un libro y todo lo demás. Aristóteles lo sabía. Pero algunos de los entusiastas materialistas de la revolución científica creían que con la materia y las fuerzas materiales bastaría. No está claro si Victor o Mary aprendieron la lección de que el desarrollo importa o asumieron la ilusión de que la materia es suficiente.

Sin duda, Mary quiere que veamos que Victor sobrepasa los límites de la ciencia y la medicina bien entendidas con sus experimentos. El cuento moral sugiere que nosotros, los humanos, no deberíamos pretender extralimitarnos y crear seres nuevos. Tendemos, según parece, a hacerlo mal y crear monstruos.

Pero tal vez no sea esa la conclusión correcta. A lo mejor deberíamos reparar en que el propio Victor también carece de una educación apropiada que se haya desarrollado a lo largo del tiempo. No desarrolla su comprensión del mundo de una forma sistemática. Parece ir saltando de una pasión a otra. Al principio se entusiasma con algunos textos que le atraen, pero los descarta al poco y se fija en otros. Más tarde busca profesores y aprende de ellos, pero a la vez persigue sus propios y secretos fines. No nos hacemos una idea clara de por qué, pero podría interpretarse que, como la criatura a la que da vida, Victor también es incapaz de desarrollar unos sentimientos y una racionalidad adecuadas sobre el mundo, incluida una idea de lo que una correcta experimentación científica puede explicarnos o no.

La cuestión aquí es que la moral del relato de Mary no es meramente restrictiva —es decir: «no os metáis donde no os llaman creando vida»—, sino también instructiva, es decir: sed conscientes de que los organismos, sobre todo los humanos, requieren su tiempo y sus estímulos particulares para ajustarse plenamente a las normas de sus especies.

Desarrollo normal y aberrante

Para Aristóteles, las cuatro causas interactúan a través del proceso generativo dando lugar a un adulto de un tipo concreto. El tipo (en nuestro caso, ser humano) es, por

tanto, el resultado de un proceso normal de generación. ¿Cuál es entonces el resultado de un proceso generativo interrumpido? ¿Y cómo ha entendido la gente este proceso generativo interrumpido a lo largo del tiempo?

Aquí hay que fijarse en dos puntos: el tipo y la desviación del proceso normal de desarrollo (es decir, la forma normal en que algo alcanza la categoría de tipo). En la concepción aristotélica del mundo, un tipo es una unidad natural y sus miembros están dotados de rasgos particulares que los hacen reconocibles como pertenecientes a esa unidad (en tanto sigan el curso normal de desarrollo). En opinión de Aristóteles, los tipos son esenciales, es decir están constituidos por series de atributos que convierten a sus miembros en lo que son. La esencia define el tipo, pero también define y da lugar a los organismos dentro de un tipo.

Examinemos la idea de tipo un poco más de cerca. El concepto de tipo perdura mucho más allá de Aristóteles. Igual que este había hecho, los historiadores naturales de los siglos XVII al XIX buscaron dar sentido y orden al mundo natural. Este ordenamiento requería a menudo reconocer distinciones entre organismos y grupos en tipos claros y definidos.

Para Aristóteles, los tipos son entidades invariables, pero en la época en que Mary escribió *Frankenstein*, el concepto de que las especies estaban fijadas había empezado a ser

cuestionado. Una parte de este cuestionamiento procedía del reconocimiento de que el entorno puede afectar a un organismo durante el proceso de desarrollo; la otra parte implicaba saber que esos cambios pueden transmitirse de generación en generación. Esas dos piezas del rompecabezas se convirtieron en el fundamento de la teoría de la evolución: Darwin los entendió pero no tenía modo de saber cómo se transmitían esos cambios que se producían durante el desarrollo; este conocimiento no llegaría hasta el siglo XX, cuando se entendió el proceso y la naturaleza material de la herencia.

En la época de Mary se creía que la desviación del proceso de desarrollo normal creaba monstruos. Por ejemplo, a principios del siglo XIX, Johann Friedrich Meckel (1781-1833) se pasó la mayor parte de su carrera buscando y describiendo aberraciones embriológicas (O'Connell 2013*a*). Para Meckel, estas monstruosidades podían explicarse a partir del desarrollo interrumpido. Se reconocían por sus desviaciones de las normas del desarrollo (es decir, su no sujeción a las normas del tipo humano). Más aún, estos monstruos, según Meckel, desvelaban frenos del desarrollo en los que el embrión o feto se quedaba atascado en una fase que representaba a un organismo inferior en el reino animal (Meckel era un defensor de la idea de que el desarrollo es una manifestación de la historia evolutiva mucho antes de que Ernst Haeckel [1834-1919] planteara su famosa teoría de la recapitulación) (Barnes 2014*b*; O'Connell

2013*b*). En este sistema, un proceso generativo interrumpido crea una transgresión de los tipos.

Las teorías de la desviación del tipo normal y de los procesos de desarrollo alterados fueron asumidas avanzado el siglo XIX por científicos que buscaban explicar tanto el desarrollo como la evolución. Por ejemplo, Edward Drinker Cope (1840-1897) y Henry Fairfield Osborn (1857-1935) comprendieron que había tipos de dientes que los organismos podían cambiar a lo largo de la evolución. Este cambio, según Cope y Osborn, se debía a cambios en la trayectoria de desarrollo del organismo (Barnes 2014*a*). En este último contexto, los tipos y el cambio entre ellos se relacionaron no tanto con los monstruos como con la evolución.

Y, en conclusión, ¿era humana la criatura?

Un humano, según Aristóteles, es un ser del tipo humano. Es una criatura que ha conseguido la forma debida y ha seguido el curso de desarrollo apropiado (tanto física como racional/emocionalmente) para el tipo humano. Así, según la opinión de Aristóteles, la creación de Victor Frankenstein no puede considerarse un ser humano. Coincidimos con él.

Victor quiere ver a la criatura como si fuera humana; después de todo, pasó el arduo trámite de reunir materiales

humanos y realizar los experimentos necesarios para (re)crear la vida. Pero al final, Victor no quiere asumir el trabajo de desarrollo debido, abandona a su creación, dejándola en un estado de desarrollo incompleto. En términos aristotélicos, Victor altera las causas final, eficiente y formal, dejando a la criatura con un cuerpo deforme y una mente que es fruto tan solo de la causa material.

¿Y si abandonamos el marco aristotélico de las cuatro causas y nos centramos en las formas en que otros de los contemporáneos de Mary Shelley explicaban la vida? Volvamos por un instante a los materialistas. Para un materialista estricto, lo único necesario para designar a algo como humano es que esté conformado de la materia apropiada. Dado que aquí no hay ningún proceso en juego, un materialista puro bien podría considerar humana a la criatura. Sin embargo, ha habido muy pocos materialistas tan rigurosos. Lo material por sí solo no basta. Una opinión mucho más común es la del materialista mecanicista, que requería tanto que estuviera presente el material apropiado como que este se hallara en movimiento de la manera correcta. Un pensador así no consideraría humana a la criatura. El mecanicismo requiere proceso y los movimientos de la materia deben empezar y proseguir de la manera debida.

Para acabar, reflexionemos sobre una implicación moderna de una de las cuestiones que plantea *Frankenstein* para nuestras concepciones de la

naturaleza humana. Ser humano significa ser del tipo humano, lo que requiere tanto la forma de la materia como el proceso de su desarrollo. Solo cuando la materia y el proceso se logran a la vez del modo apropiado puede alcanzarse la humanidad individual. El concepto de persona conlleva interpretaciones sociales añadidas y es, en última instancia, definido mediante convenciones sociales, aunque, desde nuestro punto de vista, la cualidad de persona requiere, como mínimo, ser plenamente humano en el sentido de la forma y el desarrollo.

Reconocemos que hay muchas opiniones diferentes acerca de qué puede y debe ser considerado persona. Pero el desarrollo es crucial, y lo material solo no basta. Los genes y el material hereditario no bastan. Desde esta perspectiva, la cualidad de persona o la designación de un ser como persona puede otorgarse solo una vez el proceso de desarrollo está lo suficientemente consumado. Determinar qué es suficiente para que se considere a algo una persona es una cuestión social. Biológicamente, lo que se considera ser humano es la capacidad para vivir de manera independiente, donde «vivir» se define según los mejores criterios científicos y médicos del momento.

Si nos fijamos en concreto en una cuestión de interés actual, alguna gente afirma que los embriones tiene cualidad de persona y deberían dárseles los derechos legales de un ser humano. En el sentido de humanidad o persona aquí explicado, esta definición sería una evaluación imprecisa de

los embriones. Estos son materialmente del tipo humano, pero no han pasado el proceso de desarrollo y no son personas en este sentido. A alguna gente le gusta sugerir que los embriones son personas potenciales porque pueden, en las circunstancias adecuadas, convertirse en tales. O, por expresarlo en términos biológicos, tal vez un embrión o un «monstruo» que no esté plenamente formado como humano podría considerarse poseedor del potencial de convertirse en un ser humano. Pero lo potencial no es lo mismo que lo existente. La mayoría de nosotros tenemos potenciales que nunca llevamos a la práctica. No tiene sentido comportarse como si todos fuéramos ya una estrella olímpica o un concertista de piano o un genio de las matemáticas porque cualquiera podría tener el potencial para serlo. Es lo existente lo que cuenta. La criatura no es un humano dado que no se ha desarrollado plenamente. Incluso dos siglos después, Victor y su criatura no-humana nos ayudan a hacernos una idea y comprender la naturaleza humana.

SIN ENTURBIAR POR LA REALIDAD: EL SUEÑO DE LA RAZÓN TECNOCIENTÍFICA DE VICTOR FRANKENSTEIN

Alfred Nordmann

Animado por un entusiasmo casi sobrenatural

«Aprenda de mí… y vea cuán peligrosa es la adquisición de conocimientos» (ver «Victor no era ningún ingenuo…»). La advertencia de Victor Frankenstein es una de las razones por las que su historia continúa fascinándonos y por las que se escriben libros como este volumen. Las terribles repercusiones de la ambición de convertirse en Prometeo e «insuflar vida al barro inerte» (ver «la esperanza a la que me aferraba…») explican todavía una lección difícil de digerir hoy en día. Sin embargo, esta lección no es del todo la que a menudo se cree. Al principio del libro, Victor —el «moderno

Prometeo» del subtítulo de Mary Shelley— explica que su inclinación no es tan moderna como parece, sino que está en deuda con autores premodernos y místicos como los alquimistas Cornelio Agripa (Heinrich Cornelius Agripa von Nettesheim, 1486-1535) y Alberto Magno (*c*. 1200-1280):

Con toda seguridad habría desechado a Agripa y, teniendo la imaginación ya tan excitada, probablemente me habría aplicado a una teoría más racional de la química, producto de descubrimientos modernos. Es posible incluso que mis ideas nunca hubieran recibido el impulso fatal que me condujo a la ruina…

Puede resultar un poco extraño que apareciera un discípulo de Alberto Magno en el siglo XVIII; pero yo no pertenecía a una familia científica ni había asistido a clase en Ginebra. Así pues, la realidad no enturbiaba mis sueños y me entregué con toda la pasión a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida (ver «Sobre todo, esto último acaparaba…»).

Para los lectores de Mary en 1818, las aspiraciones de Victor no encajaban en ese «siglo de la ilustración y la ciencia» (ver «Deseaba ardientemente adquirir…»); estaban desfasadas respecto a la teoría racional y los descubrimientos modernos de la química.

Así que la criatura no es un producto de la ciencia moderna, y aun así nos imaginamos a Victor como un

científico loco en un laboratorio lleno de vapores y chispas de aparatos modernos. ¿Cómo es posible que este alquimista místico y premoderno nos siga pareciendo tan contemporáneo hoy en día? La respuesta es tan sencilla como provocativa: tal vez los *frankenfoods* y los *frankenmateriales* de hoy no sean productos de la ciencia moderna tampoco, sino un retorno a los sueños alquímicos de la razón (Kirmsky 1982; Turney 1998[158]). Estos sueños, no enturbiados por la realidad, están «animados [por] una especie de entusiasmo sobrenatural» (ver «Una inteligencia mediana…»).

De hecho, la novela de Mary sugiere no solo que la magia y la alquimia precedieron a la ciencia, sino que esta puede inspirar y revivir las ambiciones precientíficas de aquellas. El señor Waldman, profesor de Victor, le indica esa dirección cuando retrata la ciencia moderna como un rito de paso que permitirá a Victor reclamar el deseo del alquimista de «insuflar vida en la materia muerta» (ver «Ningún padre podría exigir…»). En sí y por sí mismo, el mundo de la ciencia es un mundo desencantado con el conocimiento causal sobre los hechos. Pero antes y más allá de la era científica e ilustrada se extiende un mundo más mágico, encantado y animado por poderes casi ilimitados:

158 Como término para alimentos modificados genéticamente, *frankenfood* fue acuñado alrededor de 1992 y acabó entrando en los diccionarios. En cuanto a*frankenmaterial*, véase lo que se dice más adelante en este mismo texto.

Los antiguos maestros de la ciencia —dijo— prometían imposibles y no consiguieron nada. Los maestros modernos prometen muy poco. Saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es solo una quimera. Pero estos nuevos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para escarbar en la suciedad y cuyos ojos parecen solo destinados a escudriñar en el microscopio o en el crisol, en realidad han conseguido milagros. Penetran en los recónditos escondrijos de la naturaleza y muestran cómo opera en esos lugares secretos. Han ascendido a los cielos y han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido nuevos y casi ilimitados poderes: pueden dominar los truenos del cielo, simular un terremoto, e incluso imitar el mundo invisible con sus propias sombras (ver «Tales fueron mis pensamientos…»).

Esta descripción es muy acertada, no solo de aquellas tentativas que son fácilmente identificables con las ambiciones de Victor —manipular genéticamente plantas y animales, mejorar tecnológicamente la naturaleza humana, crear vida artificial y «erradicar la enfermedad de la condición humana y conseguir que el hombre fuera invulnerable a cualquier cosa excepto a una muerte violenta» (ver «Sobre todo, esto último acaparaba…»)—, sino también los logros mucho más mundanos de la química sintética, la nanotecnología y la ciencia de materiales de hoy en día, con los plásticos ordinarios en el primer lugar de la fila para ridiculizar al mundo con sus propias sombras. En

1957, Roland Barthes trató de los plásticos no como una aplicación de la ciencia de los polímeros, sino como «la operación mágica por excelencia: la transmutación de la materia»:

El fregolismo del plástico es total: puede formar cubos tanto como alhajas. Esta es la razón del perpetuo asombro. […] Y se trata de un asombro feliz, dado que en la amplitud de las transformaciones el hombre mide su potencia. […] La función ancestral de la naturaleza se modifica. Ya no se trata de reencontrar o imitar la idea, la pura sustancia: una materia artificial más fecunda que todos los yacimientos del mundo, va a reemplazarla, va a regir la invención de las formas ([1957] 1991, 97-98).

El plástico significa la maleabilidad —ciertamente: la plasticidad— del mundo material. Con el suficiente ingenio, cualquier cosa puede convertirse en cualquier otra; la riqueza de las formas naturales queda ridiculizada por la inventiva sin límites de los diseñadores; y, en palabras del nanotecnólogo Gerd Binnig, somos testigos y damos forma a una segunda creación: «Tenemos que familiarizarnos con la idea de que no hay nada inferior en la materia muerta. Todas las maravillas del mundo están contenidas, por ejemplo, en una piedra, y también todas las leyes de la naturaleza (y por tanto todas las posibilidades que pueden surgir de ellas) se reflejan en esa piedra» (1989, 23). Si el plástico, según Barthes, «es esencialmente una sustancia alquímica» ([1957 1999, 97]), también lo son las tentativas

en marcha para transformar la materia muerta en materiales inteligentes, afirmar que los revestimientos que repelen el polvo servirán para hacer superficies autolimpiables, y enseñar a las neveras a informarnos de que la leche se ha vuelto rancia y de que faltan huevos. Estas tentativas de animar las cosas, de darles inteligencia o de hacerlas cobrar vida no se ven enturbiadas por la realidad ya que no aceptan las cosas como son en virtud de su creación original o primera. Por el contrario, convierten a las cosas en sujeto de una segunda creación, presuntamente controlada por nosotros.

Realidades que apenas valían nada

El relato de Mary no trata de la ciencia moderna. Por el contrario, habla de los límites de la ciencia y sueña el sueño de la tecnociencia, un sueño que aumenta su poder en el mundo de plástico de los *frankenmateriales*.

La ciencia es el conocimiento teórico producido por quienes buscan describir o representar el mundo y se ven ayudados en su búsqueda por la tecnología. La persona que se dedica a esta ciencia es el *Homo depictor*, el Representador; la tecnociencia es el conocimiento técnico producido por quienes buscan controlar cómo trabajan juntas las cosas y cuentan con la ayuda de la teoría en su

empeño; la persona que se dedica a la tecnociencia es el *Homo faber*, el que Hace o Fabrica.

La ciencia busca comprender el mundo en la medida y de las formas en que los humanos pueden entenderlo. Dado que la mente humana es limitada, la ciencia es esencialmente humilde: la transmutación de la materia y la creación de oro a partir de metales comunes no entran en sus planes. A los científicos no les interesa crear la piedra filosofal para transformar el plomo en oro ni el elixir de la vida. «Era bien distinto —comenta un alicaído Victor— cuando los maestros de la ciencia perseguían la inmortalidad y el poder: aquellas ideas, aunque eran completamente inútiles, al menos tenían grandeza. Pero ahora todo había cambiado: la ambición del investigador parecía limitarse a rebatir aquellos puntos de vista en los cuales se fundaba principalmente mi interés en la ciencia. Se me estaba pidiendo que cambiara quimeras de infinita grandeza por realidades que apenas valían nada» (ver «Y diciéndome esto…»). Por definición, tal vez, lo que la mente puede comprender es bien proporcionado, medido, nada propenso a provocar asombro. Cuando, por ejemplo, hacemos un modelo, y equiparamos el interior de un átomo a un sistema solar en miniatura con planetas orbitando alrededor de su núcleo, creamos de hecho una imagen mental que reduce las cosas a un tamaño tal que nosotros podamos comprenderlas. Lo hacemos incluso al reconocer que, en realidad, los electrones no son cuerpos sólidos en absoluto

sino algo que elude nuestras concepciones intuitivas o de sentido común. Si previamente la ciencia se apoyaba en la simplificación para reducir la complejidad, para retratar y explicar las cosas, esa dependencia no suprimía la ambición de ser creativo y generar complejidad incluso donde esta sobrepasa nuestras facultades intelectuales. La historia de la tecnología atestigua esta ambición, y la tecnología informática nos permite exceder los límites de nuestra ciencia. Las afirmaciones que representan fragmentos de realidad —cada una de poco valor— pueden conformar un sistema complejo de afirmaciones que simulan un proceso dinámico que puede observarse en la naturaleza o ser enteramente artificial. En ambos casos, con afirmaciones que reducen la complejidad y simplifican las cosas buscando la comprensión humana, ahora puede generarse un sistema que rápidamente se vuelve demasiado complejo para la mente humana: demasiadas líneas de código, demasiados parámetros que controlar.

Basándose en la ciencia, pero mucho más allá de sus límites, hemos «adquirido nuevos y casi ilimitados poderes: pueden dominar los truenos del cielo, simular un terremoto, e incluso imitar el mundo invisible con sus propias sombras» (ver «Pero estos nuevos filósofos…»). Hemos construido una máquina que sirve para modelar y predecir el comportamiento de sistemas complejos y, de hecho, se encarga del trabajo de pensar por nosotros. Sin que tenga demasiado que ver con si hemos resuelto el problema de la

«inteligencia artificial» y además tan poco espectacular como la invención del plástico, este logro es un ejemplo más de insuflar vida a la materia inerte. También es un ejemplo más de cómo no nos sentimos enturbiados por la realidad, es decir, por las limitaciones de la mente humana: «A menudo me preguntaba: ¿dónde residirá el principio de la vida? Era una pregunta atrevida y siempre se había considerado un misterio. Sin embargo, ¿cuántas cosas podríamos descubrir si la cobardía o el desinterés no entorpecieran nuestras investigaciones?» (ver «Una inteligencia mediana…»).

Insensible a los encantos de la naturaleza

Sin el estorbo de la cobardía y el descuido, Victor realiza sus investigaciones obsesivamente: «Fue un verano maravilloso: los campos pocas veces habían ofrecido unas cosechas tan abundantes y los viñedos rara vez habían dado una vendimia tan exuberante, pero mis ojos permanecían insensibles a los encantos de la naturaleza» (ver «Me tiemblan las manos…»). En más de un sentido, para la mirada obsesiva el mundo adopta un aspecto dual: «Para estudiar las fuentes de la vida, debemos recurrir en primer lugar a la muerte. Enseguida me familiaricé con la ciencia de la anatomía, pero no era suficiente. Debía también observar la descomposición natural y la corrupción del cuerpo humano» (ver «Una inteligencia mediana…»). Nada es lo que

parece: los alegres encantos de la naturaleza albergan la descomposición y la corrupción; lo que es dado por naturaleza es una promesa o señal de lo que puede ser tecnológicamente; y la materia inerte está imbuida por una mente, mientras que nuestro cerebro para el cambio climático es una simple máquina.

Cuando las cosas adoptan un aspecto dual, cuando no son lo que parecen sino que están dotadas de poderes secretos, se vuelven ominosas. Ese es el punto de partida del famoso análisis de Sigmund Freud de lo ominoso. Citando a Ernst Jentsch, Freud apunta que «al contar una historia, uno de los artificios más infalibles para producir efectos ominosos consiste en dejar al lector en la incertidumbre sobre si una figura determinada del relato es una persona o un autómata» ([1919] 1955, 227), o, podría añadirse, si esa figura es materia inerte de la tumba o un ser vivo. Hoy no se trata solo de los robots y los zombis de las películas, sino también de los dispositivos que nos rodean, que, como explica Freud, infunden «dudas sobre si en verdad es animado un ser en apariencia vivo, y, a la inversa, si no puede tener alma cierta cosa inerte» (227). Piénsese, por ejemplo, en la ambición de crear inteligencia ambiental en entornos inteligentes. Mientras nos movemos por el mundo, una red de sensores recogerían información de fondo sobre la calidad del aire; vincularía las entradas de Wikipedia a las calles y casas por las que pasamos; señalaría la presencia de amigos, puntos de carga de baterías y de bienes diversos.

Ese mundo sería un espacio mágico en el que todas las cosas están dotadas de sentido, sometidas a nuestros deseos, que pueden ser concedidos si conjuramos a los poderes como es debido, no rezando sino hablando con ellos o eligiendo la *app* correcta. Con la inteligencia ambiental y la informática ubicua, el entorno natural adopta un doble aspecto, y ayudados por la ciencia moderna y la tecnología avanzamos hacia un mundo animista premoderno[159].

Impropio de la mente humana

La tecnociencia contemporánea no se ve enturbiada por la realidad ya que se jacta de sus invenciones que sobrepasan el limitado vocabulario de formas y estructuras en la naturaleza; no se ve enturbiada por la realidad puesto que recurre al conocimiento científico para generar un grado de complejidad que excede las facultades intelectuales naturales de la mente humana; y no se ve enturbiada por la realidad porque crea monstruos, cosas sin vida que parecen animadas por una mente o un alma y también dinámicas, locuaces y vivas aunque son simplemente máquinas. Y mientras estamos aprendiendo a convivir e interactuar con esos monstruos, no hay nada especialmente terrible ni

159 Compárese el ensayo de Freud «The Uncanny» ([1919] 1955, 247-248; «Lo ominoso»). De manera elocuente, Freud ofrece el «principio de realidad» como antídoto al «principio de placer» de la realización mágica de los deseos. Véase también Nordmann, 2008.

aterrador en ellos, aunque a veces resulten un tanto inquietantes, ominosos, sin que sepamos muy bien con qué o con quién estamos tratando cuando comemos alimentos genéticamente modificados, cuando hablamos por nuestros teléfonos móviles, cuando vemos cómo un ordenador genera en la pantalla la ruta precisa de un huracán, cuando intentamos imaginar que nos movemos todo el tiempo a través de un mar de ondas de radio cargadas de información o estamos rodeados por cableado eléctrico en todas las habitaciones de todas las casas.

Los sueños de la ciencia de materiales, de las tecnologías de la comunicación y la información, de la investigación biomédica o de la biología sintética buscan superar o transgredir los límites del mundo dado con un entusiasmo casi sobrenatural. A estas alturas merecería la pena detenerse y reflexionar… solo para descubrir, como hizo Victor, que «estoy sermoneando en la parte más interesante de mi relato» (ver «Yo sabía que mi silencio…»):

Un ser humano que desea ser perfecto siempre debe mantener la calma y la mente serena, y nunca debe permitir que la pasión o un deseo pasajero enturbie su tranquilidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si el estudio al cual uno se entrega tiende a debilitar los afectos y a destruir el gusto que se tiene por esos sencillos placeres en los cuales nada debe interferir, entonces esa disciplina es con toda seguridad perjudicial, es

decir, impropia de la mente humana (ver «Yo sabía que mi silencio…»).

En una era de tecnociencia, se ha vuelto bastante difícil incluso entender este requerimiento. ¿Se supone que vamos a alcanzar la perfección simplemente regodeándonos en las cosas puras, sin adulterar, que no estén mancilladas por la ambición excesiva? El científico desapasionado describe las cosas con calma, tal como son, sin importarle lo que impliquen de bueno o malo. Pero no se da esa tranquilidad cuando Victor o uno de nuestros tecnocientíficos contemporáneos busca perfeccionar sus poderes en «una lluviosa noche de noviembre»: «Con una ansiedad casi cercana a la angustia, coloqué a mi alrededor la maquinaria para la vida con la que iba a poder insuflar una chispa de existencia en aquella cosa exánime que estaba tendida a mis pies» (ver «Mi padre no me hacía ningún reproche…»).

FRANKENSTEIN REFORMULADO; O EL PROBLEMA CON PROMETEO

Elizabeth Bear

La imperecedera novela de Mary Shelley *Frankenstein*, que algunos consideran la primera obra de ciencia ficción en inglés, es leída a menudo como un relato admonitorio sobre la ciencia y los secretos que el hombre no debería conocer. Yo sostengo que esta interpretación es imprecisa e incompleta y que, de hecho, las decisiones de Victor Frankenstein son fatales no por su deseo de conocimiento, sino por su empeño en evitarlo.

El delito de Victor no consiste en dedicarse a la ciencia, sino en no tener en cuenta el bienestar de otros y las consecuencias de sus actos. También sostengo que la gran obra de Mary es un relato que no trata de los riesgos que

corre un hombre en su búsqueda del conocimiento, sino de la moralidad de su fracaso en la empresa de prever y asumir la responsabilidad de los resultados de esa búsqueda. Hay una relación clara entre el fracaso de Victor al no sentir empatía hacia su criatura y el tipo particular de arrogancia que permite el desprecio de las vidas ajenas al servicio de una ambición. Esta falta de empatía está estrechamente conectada con la cobardía moral de rechazar la asunción de responsabilidades por las acciones propias o por los resultados que se derivan de la propia investigación.

En el subtítulo de la novela, explícitamente, identifica a Victor con la figura inmortal y *trickster* [pícaro, embaucador divino] del griego Prometeo, quien, entre otras aventuras, roba el fuego a los dioses y se lo entrega al hombre. Sin embargo, el problema de comparar a Victor con Prometeo es que, al robar el fuego, Prometeo de hecho consigue algo de gran utilidad para la humanidad y los dioses lo castigan por su temeridad. Victor también asume un papel previamente definido por su sociedad como propio de un dios —el de progenitor de vida—, pero Mary deja claro desde el principio que cualquier utilidad científica de su trabajo tiene muy poco interés para él. Emprende su investigación con un espíritu de búsqueda de la gloria personal: lo que persigue no es el conocimiento, sino el poder y la fama, y su ambición lo lleva a convertirse en un monstruo mucho peor que la criatura que crea.

Esta motivación se refleja ya en un primer momento de su vida cuando rechaza la investigación concienzuda y aburrida —según su criterio— que realizan los filósofos naturales contemporáneos (que a principios del siglo XIX empezaban a conseguir algunos avances reales en el desarrollo de los cimientos de la ciencia tal como la practicamos hoy en día), prefiriendo el tipo de investigación realizado por los antiguos, cuyas ideas sin probar, aunque ampliamente aceptadas en el medievo, ya habían sido desacreditadas en la época de Mary. Así que Victor busca la piedra filosofal, una sustancia mítica que los alquimistas creían que podía dar la vida eterna, porque es seductora y ve «poco valor» en la ciencia moderna (moderna para él).

El fin que persigue en esta búsqueda es, de manera patente, la gloria y la fama, no la mejora de la condición humana. Cobra interés en su ciencia contemporánea solo cuando esta parece ofrecerle una vía para el enaltecimiento de sí mismo. Este narcisismo, esta incapacidad para comprometerse con otras criaturas más allá de lo útiles que puedan resultarle y su deseo de gloria, es su defecto fatal —su *hamartia*— que lo llevará al aislamiento, a la monstruosidad y —en especial— a la autodestrucción y la destrucción de los demás.

Victor tampoco sirve como comparación de Prometeo ya que su fracaso y castigo finales no están pergeñados por un castigo divino sino por las consecuencias inevitables de sus decisiones erróneas y su rechazo a asumir la responsabilidad

por los resultados de sus actos. En el curso del trabajo que se impone, Victor se retira del mundo, de su familia y de su instrucción. Se aísla en una investigación obsesiva para crear vida a partir de la muerte, y, en cuanto lo consigue, rechaza a su creación por el dudoso pecado de no ser atractiva, la abandona y se va a la cama en un ataque de resentimiento.

En cuanto cumple su obsesión, rechaza el logro, y la consecuencia es el desastre.

En este sentido es importante señalar que el texto de Mary está teñido de un barniz solo superficial y muy apagado de cristianismo. Para su época, esta irreligiosidad era excepcional, aunque parece típica de la experiencia vital de Mary. Y pese a todo, el cristianismo se presenta a menudo como la religión de la compasión: la palabra *compasión* misma se deriva de esa religión, de *com* (con) y *pasión* (sufrimiento), como en «la Pasión de Cristo». Por tanto, la compasión es, literalmente, experimentar el sufrimiento en empatía con otro.

El propio Victor confiesa ser cristiano, y gran parte de sus conflictos interiores surgen del sentimiento de que ha traicionado su fe y usurpado los derechos de su creador al insuflar vida a la carne muerta. Pero nunca se plantea el haber fracasado en un deber mucho más sagrado para el cristianismo: la regla de oro en la que se funda la religión. Es un narcisista tan increíble que, en lugar de ofrecer esta *compasión*, ese compartir el sufrimiento de otro, se

deshace de las personas cuando le resultan molestas, incluidas su familia y prometida, supuestamente amadas. En realidad, el trato que le da a su creación no es distinto.

Dicho de otro modo, Victor se declara cristiano, pero es un ejemplo terrible…, sobre todo para su creación. Es un mal padre —un mal creador— debido a su egoísmo, su ensimismamiento y su falta de previsión. No hace ningún sacrificio de los requeridos para la educación y crianza de una criatura sensible de cuya existencia él es responsable. Ni siquiera puede aceptar a su creación como un compañero de sufrimientos, necesitado de ayuda y caridad. Y cuando se enfrente a los terribles asesinatos de quienes le son cercanos, en lugar de sentir piedad o compasión, utiliza su religiosidad para justificar cuánto mayor es su sufrimiento que el de los difuntos porque ellos están muertos y en el cielo, mientras que él sigue en la tierra, sintiéndose, además, culpable. (Pero una de las víctimas muere mientras su alma carga con una falsa confesión, lo que implicaría, en una concepción cristiana del mundo, que, como poco, habrá de pasar cierto tiempo en el purgatorio).

Aunque evidentemente no podemos saber a ciencia cierta cuáles eran las ideas religiosas de Mary, sí sabemos que la educaron librepensadores, que se casó con un ateo y, para su época, era una radical social, con opiniones claras acerca de la igualdad de las mujeres y el papel de una sexualidad libre en la sociedad. Significativamente, uno de sus personajes más nobles y valientes, la hermosa árabe Safie,

es hija de padre musulmán y madre cristiana. Safie adopta la religión de su madre, aparentemente no por ninguna convicción profunda, sino casi exclusivamente porque le ofrece mayor libertad y protección legal.

Safie también es una persona marginada —mujer y musulmana—, pero incluso ella puede encontrar al menos un cobijo, con carencias, en una familia donde las mujeres son tratadas como seres humanos, aunque no como iguales. Su experiencia plantea la cuestión de dónde podría encontrar un refugio similar la criatura…, tanto entonces como ahora.

En otras palabras, Victor es un tremendo hipócrita religioso y un científico hipócrita. Su monstruosidad y anormalidad se manifiestan en su comportamiento, aunque Robert Walton, el capitán del barco y explorador al que le relata su historia y que sirve de intermediario al lector para comprender la vida de Victor, ve solo un hombre de semblante noble y bien hablado. Victor es un hombre apuesto y, como queda bastante claro, un consentido y malcriado, aunque él no se dé cuenta, ni siquiera al final de su vida. Victor y quienes lo rodean le tienen por un noble intelectual. Pero sus logros intelectuales palidecen en comparación con los de su creación, que aprende solo, en pocos años, a leer, a hablar varias lenguas, a pilotar un barco y a comprender los matices e hipocresías de la sociedad humana.

Y aun así, a causa de su fealdad, la criatura es despreciada, primero por su creador y luego por todas y cada una de las personas con las que se cruza, pese a la aparente bondad innata de sus impulsos. Mary deja claro que aunque la criatura sea manufacturada como un discípulo voluntarioso y vacío, es de espíritu benevolente y no quiere más que ayudar, ser aceptada por la sociedad humana, encontrar compañía. Solo después de repetidos abandonos y rechazos se convierte en violenta y vengativa.

Victor, el hipócrita, no cuenta con esa excusa para su propia monstruosidad. Simplemente es incapaz de tener en cuenta las necesidades o los deseos o siquiera la seguridad de nadie más allá de su propia gratificación inmediata. No puede despegarse de su propio egoísmo innato y su arraigada propensión a despreciar, desechar y abandonar algo que considera feo y antinatural, aunque sea su propia creación. Aún peor, Walton —que en muchos sentidos representa las mejores cualidades del carácter humano— no puede ver más allá de la belleza de Victor y la fealdad de la criatura, y por tanto no alcanza la verdad de la relación de ambos ni el abandono y maltrato que sufre la creación a manos de Victor. Como en toda la literatura, el lector ve sus propias cualidades, las mejores y la peores, reflejadas en la narración, exteriorizadas de manera que puedan examinarse bajo una nueva luz.

De hecho, Victor es tan narcisista que ni llega a ocurrírsele que la criatura pueda siquiera vengarse de su rechazo a

fabricar una compañera para él matando a la prometida y compañera de toda la vida del propio Victor. Da por sentado que él mismo será el objetivo de tal venganza.

Victor no siente la menor curiosidad por los resultados de sus actos, lo que es un grave defecto para un científico. He de reconocer, personalmente, una considerable curiosidad sobre cómo preserva Victor los «materiales» que utiliza, y que eufemísticamente describe con ese término. Su mundo carece de refrigeración, aparte de los depósitos de hielo, y él menciona que se ha pasado meses recogiendo partes de cuerpos y luego montando sus creaciones antes de imbuir la primera, al menos, con la «chispa de existencia». Para el lector con interés por la ciencia de 1818, esta frase habría sido una referencia transparente a las exploraciones de científicos casi contemporáneos como Luigi Galvani (1737-1798), Giovanni Aldini (1762-1834) y Benjamin Franklin (1706-1790), así como a un debate que llevaba fermentándose desde hacía mucho sobre el vitalismo y los orígenes de la vida. Muchos lectores de principios del siglo XIX habrían estado familiarizados y hasta es posible que hubieran presenciado lamentables experimentos públicos en los que cadáveres animales y humanos se estremecían como si recobraran la vida mediante la aplicación de descargas eléctricas.

La novela es llamativamente vaga en cuanto a los detalles del trabajo de Victor. Me hago una imagen bastante desagradable de Victor vagando por Inglaterra durante

cierto tiempo con cincuenta kilos de partes de cadáveres robadas de sepulturas en un gran baúl, sacándolas cada noche para secarlas en parrillas ante el fuego. La descripción que hace Walton de la criatura —la única descripción de la misma, aparte del comentario de Victor sobre sus ojos borrosos, gran estatura y semblante horrible— menciona que su mano es «como la de las momias, porque no sé de otra cosa que pueda parecérsele en color y textura» (ver «Entré en el camarote…»).

También me pregunto, en interés de la ciencia, si los temores de Victor a que el monstruo procreara con la novia que Victor comienza a hacer para él no podrían ser simplemente dirigidos a, oh, dejar de lado los ovarios y el vientre de la criatura femenina. Uno más bien se pregunta cuán efectivos son los testículos momificados para producir células germinales viables de la criatura.

Lo que quiero subrayar aquí es que Victor en realidad no piensa las cosas a fondo, lo cual es un aspecto de su monstruosidad: los defectos fatales que tienen como consecuencia su destrucción son producto de su carencia de curiosidad y su narcisismo.

Pero la criatura también tiene un defecto: su deseo de venganza cuando se ve condenada al ostracismo. Mientras que el aislamiento autoimpuesto de Victor es un síntoma de su monstruosidad innata, es su exclusión de la criatura —la

otredad de la criatura, por utilizar la jerga moderna— la que convierte a esta en un monstruo.

Así, al no tener en cuenta la repercusión de sus decisiones en la criatura que crea y luego al agravar ese fallo con su egoísmo y falta de compasión, Victor causa la matanza que tanto lo desconsuela. De este modo se convierte en el autor de la ruina de su propia vida y de las de tantos otros inocentes.

Esta relación se subraya con brillantez en el clímax de la novela, cuando Walton se ve enfrentado por los que quedan de esa tripulación que muere rápidamente y que desean abandonar su búsqueda del Paso del Noroeste y volver a aguas meridionales más cálidas. Victor les echa en cara que son unos cobardes, casi literalmente con su último aliento. Y pese a todo, al final, Walton elige la seguridad de sus hombres antes que su propio deseo egoísta de glorias y descubrimientos, y antes que la exigencia de Victor de que prosiga la búsqueda obsesiva y vengativa para destruir la creación de este.

Walton destaca como contraste de Victor en esa elección, que da lugar a un contrapunto temático a las decisiones que Victor toma y que lo destruyen, a él y a sus tan maltratados parientes y amigos. De hecho, Walton trata su propia búsqueda del conocimiento con responsabilidad. Tiene en cuenta el bienestar de los demás y mantiene su conexión humana con su familia —personificada en una querida

hermana a la que escribe siempre que tiene ocasión— a lo largo de sus aventuras. El que regrese no es una derrota de la ciencia: no hace grandes declaraciones acerca de la imposibilidad de su búsqueda de conocimientos y no redacta obras polémicas sobre la inutilidad de más iniciativas.

Más bien, Walton demuestra una aceptación sencilla que Victor nunca llega a asumir: las demás vidas humanas tienen valor. Incluso las de un grupo de anónimos marineros.

El propio Victor expone el problema, aunque no comprenda hasta qué punto ha sido incapaz de abarcarlo: «En un ataque de apasionada locura creé una criatura racional y me vi obligado a proporcionarle, en lo que me fuera posible, felicidad y bienestar. Ese era mi deber, pero había un deber aún mayor que ese. Mis obligaciones respecto a mis semejantes tenían más fuerza porque de ellas dependían a su vez la felicidad o la desgracia para muchos otros» (ver «Frankenstein, que estaba adormilado…»). No cuenta a su propia creación entre sus semejantes, aunque, a decir verdad, a ella le debe mucho más que a cualquier otra persona porque él es el responsable de su existencia y de su abandono. Como dice la propia criatura: «¿Y soy yo el único criminal, cuando toda la humanidad ha pecado contra mí?» (ver «No es compasión lo que sientes…»).

Como la criatura tiene aspecto de monstruo, es tratada como tal, pese a su benevolencia inicial, y así acaba

convertida en uno. Como Victor tiene aspecto de ángel, es tratado como tal pese a ser un monstruo, y no llega a crecer ni a cambiar. La gran tragedia de su vida es que si simplemente se hubiera planteado las implicaciones morales de su trabajo y hubiera optado por un curso diferente, o si hubiera aceptado su propia obligación de cuidar a su creación desde el principio y la hubiera criado —si, dicho de otro modo, se hubiera comportado como un científico responsable—, todas las tragedias de las que se considera culpable se habrían evitado (y él habría recibido los elogios que tanto deseaba).

FRANKENSTEIN, GÉNERO Y MADRE NATURALEZA

Anne K. Mellor

El 16 de junio de 1816, Mary Wollstonecraft Godwin dio a luz a uno de los mitos imperecederos de la civilización moderna, el relato de un científico que crea por sí solo una especie nueva, una forma humanoide que no moriría. En su novela *Frankenstein o El moderno Prometeo* (1818), Victor roba en cementerios y mataderos partes de cadáveres animales y humanos con el propósito de coserlas para crear una criatura, una criatura a la que luego da vida con la «chispa de existencia» (ver «Mi padre no me hacía ningún reproche…»). Al hacerlo, afirma que ha renovado la vida allá donde la muerte parecía haber condenado el cuerpo a la descomposición. Victor así hace realidad el inmemorial

deseo de la humanidad de trascender la mortalidad, de convertirse en un dios. Y como Prometeo, que en el mito antiguo da forma a la especie humana a partir del barro y luego roba el fuego a los dioses olímpicos para dárselo al hombre, Victor esperaba ser admirado, incluso venerado.

Pero en su arrogante empeño de convertirse en Dios, de crear una especie inmortal, Victor construye una criatura que al final destruye a su esposa, a su mejor amigo, a su hermano pequeño, y él queda tan exhausto que muere a una edad temprana. La novela de Mary Shelley se ha convertido así en el paradigma de todo empeño científico de dominar los poderes incontrolables de la naturaleza y las consecuencias imprevistas que esas iniciativas han tenido, sea la fisión nuclear, la ingeniería genética, la clonación de células madre o el bioterrorismo. La popular fusión del científico *con* su creación —hasta el punto de que «Frankenstein» es con tanta frecuencia el nombre de la criatura como el de su creador— solo apunta a una profunda comprensión de la novela de Mary en la que Victor finalmente se siente tan lleno de odio, deseo de venganza y de destrucción como la criatura que persigue por los yermos árticos. La novela sugiere implícitamente una alternativa. Si Victor Frankenstein hubiera asumido la responsabilidad de su creación, si hubiera amado, educado y disciplinado a su criatura, podría haber creado la especie superior con la que soñaba.

¿Cómo Mary Wollstonecraft Godwin (de casada Mary Shelley) llegó a escribir con tan solo dieciocho años un relato tan profético sobre la ciencia moderna? Dos años antes, el 28 de julio de 1814, Mary había abandonado su hogar en Londres para fugarse a Francia con el casado Percy Shelley. Siete meses más tarde dio a luz prematuramente a una hija, llamada Clara, que solo vivió dos semanas, después de lo cual tuvo el sueño recurrente de que su pequeña volvía a la vida, que solo se había quedado fría, que ella la masajeaba delante del fuego y el bebé revivía. Inmediatamente embarazada de nuevo, Mary tuyo a su hijo William el 28 de enero de 1816. Cuatro meses después, ella, Percy y la hermanastra de Mary, Claire, partieron de Inglaterra para reunirse con el nuevo amante de Claire, lord Byron, y su médico, John William Polidori, en Ginebra. Obligados a quedarse en casa por el verano más frío del siglo —consecuencia de la erupción del volcán Tambora en el archipiélago indonesio en abril de 1815 (que arrojó tantos restos a la estratosfera que el cielo quedó literalmente tapado sobre India, Europa y América del Norte—) leyendo relatos de fantasmas para divertirse, los cuatro amigos decidieron el 16 de junio de 1816 competir para ver quién era capaz de escribir el relato más aterrador.

Esa noche Mary tuvo el «sueño despierta» o ensueño que le dio el germen de *Frankenstein*. Nacido de las preocupaciones más profundas por su embarazo (¿Y si daba a luz a un monstruo? ¿Podría llegar a desear matar a mi

propio bebé?), su novela explora con brillantez lo que ocurre cuando un hombre intenta tener un hijo sin una mujer (Victor Frankenstein abandona inmediatamente a su criatura); por qué una criatura abandonada y no amada se convierte en un monstruo; las consecuencias previsibles de la investigación más avanzada de su época en química, física y electricidad (más concretamente los experimentos realizados por Erasmus Darwin [1731-1802], Humphry Day [1778-1829], y Luigi Galvani [1737-1798]), y las violentas secuelas de la Revolución Francesa. Mary recurrió psicológicamente a las experiencias de su propia infancia de aislamiento y abandono tras la muerte de su madre poco después del parto y la nueva boda de su padre con una madrastra hostil para expresar el abrumador deseo de la criatura de tener una familia, una compañera, y las consecuencias de su violenta ira cuando se ve rechazada por todos aquellos a los que se acerca, incluso un niño inocente, William Frankenstein (inspirado en William Shelley), y luego su propio creador. Mary manifestó su más profundo temor de que una niña no querida (y maltratada psicológicamente), como había sido ella, pudiera convertirse en una madre insensible y maltratadora, incluso en un monstruo asesino.

Dados los orígenes familiares de Mary, no es sorprendente que las construcciones de género del universo sean evidentes en todas las páginas de*Frankenstein*: por ejemplo, en la identificación de la naturaleza como ente femenino por Victor: «perseguía los secretos de la naturaleza hasta sus

más ocultos rincones»[160] (ver «Y la esperanza…»). La explotación tecnológica y científica de la femenina naturaleza que hace Victor solo es una de las formas en que la novela representa con solidez a la mujer como pasiva y susceptible de ser poseída, voluntarioso receptáculo del deseo masculino. La usurpación de Victor del modo natural de reproducción humana implica una especie de destrucción de la mujer. Vemos emerger simbólicamente esta destrucción en la pesadilla que le asalta tras la animación de su criatura: mientras abraza a Elizabeth, su prometida, esta se transforma en el cadáver de su madre muerta: «una mortaja envolvía su cuerpo, y veía cómo los gusanos de la tumba se retorcían en los pliegues del lienzo» (ver «Y en ello había empeñado…»). Al arrebatar a la mujer su control sobre la reproducción natural, Victor ha eliminado la función biológica principal de esta y su fuente de poder cultural. De hecho, como científico masculino que crea una criatura masculina, Victor elimina por completo la necesidad biológica de las mujeres. Uno de los horrores más profundos de esta novela es su objetivo implícito de crear una sociedad solo para hombres: la criatura de Victor es masculina; él se niega a crear una hembra; no hay razón por la que la especie de seres inmortales que espera propagar no sea exclusivamente masculina.

160 «I pursued nature to *her* hiding places»: en inglés, el género debe especificarse muchas veces pues, a diferencia del castellano, los sustantivos no contienen morfemas de género. (*N. del t.*)

A una escala cultural y social, el proyecto científico de Victor —convertirse en el único creador de un ser humano superior— respalda la negativa patriarcal del valor de las mujeres y de la sexualidad femenina. La sociedad ginebrina decimonónica se basaba en una rígida división de los papeles sexuales: los hombres ocupan la esfera pública, las mujeres están relegadas a la esfera doméstica o privada. Los hombres trabajan fuera del hogar, como funcionarios (Alphonse Frankenstein), científicos (Victor), comerciantes (Henry Clerval y su padre) y exploradores (Walton). Las mujeres quedan confinadas en casa, guardadas bien como mascotas (Victor dice: «me encantaba ocuparme de ella, como lo haría de mi mascota favorita» [p. 61]), como amas de casa, cuidadoras de niños y enfermeras (Caroline Beaufort, Elizabeth, Margaret Saville) o como criadas (Justine Moritz).

Como consecuencia de esta división, la actividad intelectual pública queda segregada de la actividad emocional privada: Victor no puede trabajar y amar al mismo tiempo. No puede sentir empatía por la criatura y opta por trabajar con piezas corporales grandes porque hacerlo así es más sencillo y rápido, pese a que su criatura será un gigante deforme. Y sigue tan ensimismado que ni se le pasa por la cabeza que la criatura pueda amenazar a nadie más que a él mismo en su noche de bodas. La separación entre la esfera del poder público (masculina) y la esfera del afecto privado (femenina) también lleva a la destrucción de

la mayoría de las mujeres de la novela. Caroline Beaufort muere de escarlatina contraída cuando solo ella se ofrece para cuidar a la contagiosa Elizabeth. Justine, incapaz de demostrar su inocencia en la muerte de William, es condenada a morir ante el rechazo de Victor a asumir la responsabilidad por los actos de su criatura. Y Elizabeth es asesinada en su noche de bodas. La novela ofrece una alternativa a esta división del trabajo por géneros en las relaciones igualitarias de la familia De Lacey, donde hermano y hermana comparten los deberes de ayudar a su padre, y Safie (una mujer independiente inspirada en la madre feminista de Mary Shelley, Mary Wollstonecraft) es bienvenida como colega de Felix. Pero esta familia ideal se ve arrancada de la novela cuando la criatura irrumpe en su hogar, sugiriendo que la propia Mary no creía que una familia así pudiera salir adelante en su época.

¿Por qué Victor se niega finalmente a crear una compañera para su criatura, una Eva para su Adán, tras haberse comprometido a hacerlo? Racionaliza su decisión de destruir la criatura femenina a medio formar:

Y ahora estaba a punto de crear otro ser cuyo carácter también desconocía por completo. Aquella cosa podría ser diez mil veces más perversa y malvada que su compañero y podría deleitarse, por puro placer, en el asesinato y en la villanía. Él me había jurado que se apartaría de la sociedad de los hombres y que se ocultaría en los desiertos, pero ella no; y ella, que se convertiría probablemente en un animal

pensante y racional, podría negarse a cumplir un pacto acordado antes de su creación. Puede que incluso se odiaran. La criatura que ya vivía aborrecía su propia deformidad, ¿acaso no experimentaría un aborrecimiento aún mayor cuando la viera reflejada ante sus ojos en forma de una hembra? También puede que ella le volviera la espalda ante la belleza superior del hombre. Puede que se apartara de él, y así volvería a estar solo, y enloquecería ante la nueva provocación de verse despreciado por uno de su propia especie.

Aunque ambos abandonaran realmente Europa y fueran a vivir a los desiertos del Nuevo Mundo, sin duda uno de los resultados de su relación sería engendrar hijos, que era lo que más ansiaba aquel demonio, y se propagaría por el mundo una raza de demonios que pondría en peligro a la especie humana y la sumiría en el terror. ¿Es que tenía yo algún derecho, solo por mi propio beneficio, a lanzar esta maldición sobre las generaciones futuras? (pp. 207-208).

¿Qué es lo que teme tanto Victor que lo lleva a destrozar a su criatura femenina a medio formar? En primer lugar, tiene miedo de que esta fémina tenga deseos y opiniones que no pueda controlar su criatura masculina. Como el hombre natural del filósofo ginebrino francófono Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), ella podría negarse a acatar el contrato social asumido por otra persona antes de su nacimiento, es decir, entre la criatura y el propio Victor; podría defender el derecho revolucionario a determinar su

propia existencia. Un segundo temor es que sus desinhibidos deseos femeninos puedan ser sádicos: Victor imagina una criatura femenina «diez mil veces» más malvada que su compañero, que «podría deleitarse» en el asesinato por puro placer. En tercer lugar, teme que su criatura femenina sea más fea que la masculina, hasta el extremo de que incluso su compañero la aborrecería. Cuarto, teme que ella prefiera unirse con varones humanos comunes; implícito aquí está el pánico de Frankenstein de que, dada la fuerza titánica de su criatura femenina, tendría la capacidad de dominar e incluso violar a un hombre si así lo quisiera. Y, por último, le asustan sus facultades reproductivas, su capacidad para generar una especie entera de criaturas similares.

Lo que en realidad asusta a Victor es la sexualidad femenina como tal. Una mujer sexualmente liberada, libre para elegir su vida y a su propio compañero sexual (por la fuerza, si es necesario) y capaz de propagarse a voluntad solo puede parecerle monstruosamente fea, incluso malvada, porque cuestiona la estética sexista que insiste en que las mujeres deben ser pequeñas, delicadas, pudorosas, pasivas y sexualmente complacientes pero accesibles solo a sus maridos legítimos. Horrorizado por esta imagen de deseo sexual femenino desinhibido, Victor reafirma violentamente un control masculino sobre el cuerpo femenino, penetrando y mutilando a la criatura hembra en una imagen que sugiere una violación violenta: «temblando de ira, hice pedazos la cosa en la que estaba trabajando» (ver

«Temblé, y se me paralizó el corazón…»). A la mañana siguiente, cuando regresa al taller, «Los restos de la criatura a medio terminar, que yo había destruido, yacían dispersos por el suelo, y casi sentí como si hubiera destrozado la carne viva de un ser humano» (ver «Sin embargo, antes de partir…»).

Sin embargo, en la novela feminista de Mary, los esfuerzos de Victor por controlar e incluso eliminar por completo la sexualidad femenina se retratan no solo como terroríficos y, en última instancia, inalcanzables, sino también como autodestructivos. Porque la naturaleza no es la materia pasiva, inerte o «muerta» que él imagina. Victor da por supuesto que puede violar a la naturaleza y seguirla hasta sus escondites con impunidad. Pero la madre naturaleza se resiste y se venga de sus intentos. Durante su investigación, la naturaleza le arrebata a Victor Frankenstein la salud, tanto mental como física: «Todas las noches tenía un poco de fiebre y me convertí en una persona nerviosa, hasta extremos dolorosos…» (ver «Mi padre no me hacía ningún reproche…»). Cuando él decide crear una segunda criatura y desafiar de nuevo la reproducción natural, su enfermedad mental se agudiza: «Cada palabra que decía al respecto hacía temblar mis labios y palpitar mi corazón… mis nervios comenzaron a resentirse. Siempre estaba inquieto y atemorizado» (ver «En aquella situación…»). Por último, la obsesión de Victor por destruir a su criatura masculina le

provoca tal fatiga física y mental que muere por causas naturales a los veinticinco años.

Acertadamente, la naturaleza impide que Victor confeccione un ser humano normal: su método de reproducción antinatural engendra un ser antinatural, una anormalidad de estatura gigantesca, ojos lagrimosos, tez arrugada y labios negros y finos. La fisonomía de su criatura hace que Victor sienta repulsión hacia su invención y pone en marcha la serie de acontecimientos que finalmente genera al monstruo que destruye a su familia, a sus amigos y a él mismo.

Además, la naturaleza persigue a Victor con la misma electricidad, la «chispa de existencia», que él ha robado: rayos, truenos y lluvia se abaten con furia a su alrededor mientras trabaja. Llueve a cántaros la «noche de noviembre» en la que acaba su experimento (ver «Mi padre no me hacía ningún reproche…»). Cuando regresa a Ginebra, atisba a su criatura en los Alpes en medio de una violenta tormenta y resplandor de rayos. Después de destruir a la criatura femenina, zarpa para deshacerse de los restos en el océano y lo alcanza un viento desatado y olas gigantescas que presagian su propia muerte: «Observé el mar. Iba a ser mi tumba» (ver «Escuché el burbujeo…»). Victor pierde la vida en la región ártica, rodeado de hielo, la aurora boreal y el campo electromagnético del Polo Norte. Los efectos atmosféricos de la novela, que la mayoría de los lectores han minusvalorado como la decoración tradicional de la ficción

gótica, de hecho son una manifestación del poder de la naturaleza para castigar a aquellos que traspasan sus límites. Las fuerzas elementales que Victor ha liberado lo persiguen hasta sus escondites, estallando coléricas a su alrededor como los espíritus femeninos de la venganza, las Furias del drama griego.

La novela de Mary no solo retrata los castigos por violar la naturaleza, sino que también es un canto a una naturaleza que todo lo crea y es amada y venerada por los seres humanos. Los personajes capaces de percibir las bellezas de la naturaleza son recompensados con la salud física y mental. Por ejemplo, la relación de Henry Clerval con la naturaleza representa una referencia esencial en la novela. Dado que él «amaba con fervor» «los paisajes naturales» (ver «He visto las montañas de La Valais…»), está dotado con una comprensión generosa, una imaginación vívida, una inteligencia sensible y una ilimitada capacidad para la amistad más devota. Y no es accidental que el único miembro de la familia de Frankenstein que sigue vivo al final de la novela sea Ernst, que rechaza la carrera de abogado para convertirse en granjero, alguien que debe vivir en armonía y colaboración con las fuerzas de la naturaleza, alguien que vive «[una vida] muy saludable y feliz… la profesión menos dañina de todas, o mejor dicho, la más beneficiosa» (ver «Entonces me entregó esta carta…»).

Como *Frankenstein* demuestra al final, un hijo sin cuidados maternales, como un experimento científico que se realiza

sin consideración de sus resultados probables o incluso involuntarios y que cambia radicalmente el orden natural, puede convertirse en un monstruo, alguien capaz de destruir a su creador. La novela defiende, implícitamente, una ciencia que busca comprender más que cambiar el funcionamiento de la madre naturaleza. De ahí que la novela de Mary todavía despierte ecos con fuerza en los problemas éticos inherentes a los avances más recientes en genética: la introducción de ingeniería de la línea germinal mediante técnicas CRISPR-Cas9 de alteración del ADN y la actual posibilidad científica de producir aquello con lo que soñaba Victor Frankenstein, un «bebé de diseñador», un superhombre. Al mismo tiempo, la novela ilustra vívidamente las aterradoras ramificaciones y las consecuencias involuntarias de este tipo de tentativas de «mejorar» la especie humana.

EL AMARGO REGUSTO DE LA DULZURA TÉCNICA

Heather E. Douglas

Technical sweetness[161]. Los científicos e ingenieros utilizan esta expresión cuando una solución a un rompecabezas se da por sí sola, cuando todas las piezas encajan perfecta y funcionalmente, cuando el éxito en la iniciativa concreta se presenta en un todo bien ordenado. La dulzura técnica es tentadora, absorbente y, como podemos ver en la historia de Victor Frankenstein, potencialmente cegadora a lo que puede seguirse de la solución buscada. Puede que los científicos movidos por la dulzura técnica no vean lo que sería obvio para quienes mantienen un poco más las

161 En traducción literal, «dulzura técnica». (*N. del t.*)

distancias: que, pese al atractivo de algunos proyectos, no siempre es deseable llevarlos hasta el final.

Cuando Victor descubre el secreto de la vida, está tan abrumado por su éxito que no lo comparte con sus colegas y, en cambio, acelera su investigación para hacer una prueba completa de su idea: ¿puede animar un cuerpo desprovisto de vida? Su desesperación por realizar la prueba lo lleva al punto de inflexión, cautivado por la dulzura técnica de su trabajo. Deja de comunicarse con sus amigos y su familia y se desconecta de las relaciones sociales que le habrían dado una mejor perspectiva de sus investigaciones. Percibe que no todo está bien, que su reticencia a compartir su trabajo podría significar algo más que un deseo de guardarse el secreto hasta lograr la corroboración definitiva; solo cuando se despierta su creación se da cuenta de que tal vez no ha sido buena idea crear esa vida. Es más, reniega de lo que ha hecho y huye de su creación durante dos años. Al final, se pasa el resto de su vida en una danza tenebrosa con la criatura, intentando prevenir que se inflijan más daños a la humanidad.

Victor es, evidentemente, un personaje de ficción de un relato de terror gótico, pero el arco que traza su trabajo — desde la captura de su imaginación por una idea al descubrimiento teórico (que se niega a compartir), el silenciamiento de su empeño hasta una manifestación empírica completa del mismo, una repugnancia en su éxito final, y por último una asunción de su responsabilidad y la

persecución de su creación en un intento de contenerla— no es algo que se dé exclusivamente en el ámbito de la ficción. Un arco así puede encontrarse en uno de los proyectos científicos más transcendentales del siglo XX: la creación de las primeras bombas atómicas.

La historia de la investigación de la bomba atómica no es un reflejo preciso de la historia de Victor porque la primera implica el trabajo de muchos científicos, no solo de uno. También es la historia de una iniciativa que estuvo constantemente a la sombra de terribles decisiones morales y una catastrófica guerra mundial. Pero buena parte del arco dramático de esta historia refleja el de *Frankenstein*, y la lección de la necesidad de resistir a la seducción de la dulzura técnica queda de manifiesto incluso entre tantas complejidades.

A finales de 1938, Lise Meitner y Otto Frisch descubrieron el proceso de fisión en núcleos atómicos y difundieron la noticia en toda la comunidad internacional de física. Antes de este descubrimiento, la mayoría de los físicos creía que utilizar la física nuclear para propósitos prácticos, como la producción de energía y armas, era completamente irrealizable, y de hecho a algunos les encantaba esta carencia de aplicación práctica de su trabajo. Pero con el descubrimiento de la fisión todo cambió. La comunidad de físicos nucleares en el Reino Unido y Estados Unidos empezó inmediatamente no solo a especular, sino también a investigar directamente si la fisión abría la puerta a usos

prácticos, si la fisión de un núcleo de uranio daría los neutrones suficientes para soportar una reacción en cadena, y qué tipo de materiales podrían utilizarse para aumentar la probabilidad de este tipo de reacción. En diciembre de 1942, el físico italiano Enrico Fermi creó la primera reacción nuclear autosostenida (con neutrones lentos) en un laboratorio situado en las pistas de *squash* debajo del Stagg Field de la Universidad de Chicago, y el Proyecto Manhattan para construir esa bomba (una reacción de neutrones rápidos) ya estaba en marcha. El Proyecto Manhattan comprendía investigación y desarrollo en muchos emplazamientos, sobre todo grandes zonas industriales en Oak Ridge, Tennessee, y Hanford, Washington, así como el edificio del Los Alamos Laboratory, donde los científicos fueron aislados para investigar el diseño y las pruebas de las primeras armas atómicas.

Los científicos viajaban a las aisladas instalaciones de Los Álamos en secreto y, una vez allí, tenían órdenes estrictas de no hablar del proyecto fuera de los laboratorios internos, la denominada Área Técnica. Los científicos se concentraron en conseguir su objetivo, un arma atómica factible, y no en plantearse si hacerlo era una buena idea. Dado el estímulo que impulsaba a la mayoría de ellos —la preocupación de que los nazis desarrollaran antes un arma así—, ese interés exclusivo era comprensible.

Situado en el límite de la línea de crecimiento de los árboles, a más de dos mil metros de altura sobre una meseta

de Nuevo México, en Los Álamos se respiraba una atmósfera embriagadora en la que trabajaban, dirigidos por el brillante J. Robert Oppenheimer, muchos pasados y futuros premios Nobel, presionados por la guerra. Las instalaciones crecieron rápidamente y pasaron de un centenar de personas en la primavera de 1943 a más de seis mil a finales de la guerra (Bird y Sherwin 2005, 210). Los científicos de Los Álamos se enfrentaban a varios desafíos técnicos, en especial a cómo garantizar que la energía máxima se liberaría del material fisionable que tan difícil resultaba reunir y que se producía en Oak Ridge (uranio enriquecido) y Hanford (plutonio) (Rhodes 1986, 460-464). Pero a finales de 1944, el impulso inicial del programa perdía intensidad. Los informes que llegaban tras los contundentes avances de los Aliados en territorio alemán revelaban que las investigaciones atómicas de los nazis distaban mucho de llegar a poder producir armas. De hecho, Alemania había sido incapaz de construir un reactor nuclear que funcionase, algo que Estados Unidos había logrado dos años antes.

Para un científico, el físico polaco Joseph Rotblat, la confirmación de que el motivo original para producir la bomba atómica se había evaporado fue razón más que suficiente para abandonar el proyecto. Dimitió de Los Álamos en diciembre de 1944. Sin embargo, antes de su partida, se le prohibió hablar de su decisión con los demás científicos de Los Álamos (Brown 201, 55). Así se perdió una

ocasión para la reflexión moral entre los científicos de Los Álamos.

En mayo de 1945, incluso cuando la guerra europea había acabado, el trabajo en la bomba se aceleró. Oppenheimer recordaría más tarde que los científicos nunca habían trabajado tanto como en el verano de 1945 (Szasz 1984, 25). Producir un arma antes del final de la guerra, que pudiera utilizarse para poner fin a esta, se convirtió en un motor trascendental, en parte porque muchos de los científicos de Los Álamos habían cambiado su justificación de que el arma sirviera para acabar con *todas* las guerras. Muchos pensaban que solo si se utilizaba para acabar la guerra en curso, la humanidad se daría cuenta de hasta qué extremo podían ser destructivas tales armas y así se vería animada a no librar nunca más nuevas guerras.

En Los Álamos, el trabajo desde febrero de 1945 y a lo largo del verano se concentró en una prueba de la bomba de plutonio. Dada la complejidad del mecanismo necesario para producir un arma con plutonio, los científicos no estaban convencidos de que funcionara. Solo una prueba con plutonio real podría servir de comprobación apropiada del mecanismo. Esta sería la prueba Trinity, la primera explosión atómica en el planeta, producida el 16 de julio de 1945.

El trabajo que llevó hasta esa prueba fue febril. Comprobar todos los detalles técnicos, calibrar los equipos de medición

y crear planes de contingencia requirió un esfuerzo masivo. Podían darse tres resultados: 1) el arma probada podría ser un fiasco, no más potente que una explosión de artillería habitual; 2) podría causar una destrucción inmensa, matando a muchos en el mismo emplazamiento y provocando una emergencia nacional, o 3) podría ser el arma que se esperaba, impresionante pero controlable (Szasz 1984, 79). Para gran alivio de los científicos presentes, la última posibilidad se demostró cierta, lo que significaba que su trabajo fue un éxito y que habían producido un arma utilizable. No habían malgastado sus esfuerzos durante la guerra, y habían sobrevivido para contarlo.

Ante el éxito, los científicos tuvieron diversas reacciones. Lo primero que dijo Oppenheimer cuando estalló la bomba fue un exultante «¡Funcionó!». La mayoría de los científicos habían esperado una explosión mucho menor, como reveló la apuesta sobre los resultados que hicieron en Trinity (Szasz 1984, 65-66). Oppenheimer había apostado por una explosión equivalente a trescientas toneladas de TNT; la mayoría de los científicos eligieron resultados muy por debajo de diez mil toneladas. En realidad, el arma provocó una explosión cercana a las veinte mil toneladas de TNT. Junto con el alivio y la emoción ante el éxito técnico, el impacto visual y visceral de la explosión impresionó a muchos de los testigos. Oppenheimer más tarde recordaría que le vinieron a la cabeza estas palabras del *Bhagavad Gita*: «Me he convertido en la muerte, destructora de mundos»

(citado en Szasz 1984, 89). I. I. Rabi se sintió primero emocionado pero más tarde abrumado por las implicaciones de lo que habían hecho sus colegas científicos (Szasz 1984, 90). Como escribió Victor Weisskopf: «Nuestra primera sensación fue de euforia; luego nos dimos cuenta de que estábamos cansados y, más tarde, preocupados» (citado en Szasz 1984, 91). La dulzura técnica del proyecto había acabado y en ese momento los científicos tenían que afrontar lo que significaba su éxito en la complejidad del mundo. El director de la prueba Kenneth Bainbridge bromeó: «Ahora todos somos unos cabrones» (citado en Bird y Sherwin 2005, 309).

A los científicos les llevó su tiempo comprender del todo la gravedad moral de lo que habían hecho. Tras el uso de las armas en Hiroshima y Nagasaki, que ayudó a poner un final rápido a la guerra, muchos de los hombres que participaron en Los Álamos lo celebraron, pero los científicos en general se mostraron contenidos y a veces hasta enfermaron, abrumados por lo que habían ayudado a conseguir (Bird y Sherwin 2005, 317). Cuando Phil Morrison y Bob Serber volvieron de Japón a Los Álamos a finales de octubre de 1945 con relatos de primera mano de las repercusiones de las bombas (Bird y Sherwin 2005, 321), los científicos que habían trabajado en el proyecto se enfrentaron a la lúgubre realidad de su éxito y, al verlo con claridad, se comprometieron a hacer que su trabajo fuera tan beneficioso para la humanidad como fuese posible.

Los científicos buscaron asumir la responsabilidad de su creación de modos distintos. Algunos trabajaron para asegurarse de que la energía atómica quedara bajo control civil y sus empeños llevaron a la creación de la Comisión de Energía Atómica de EE. UU. Algunos intentaron impedir una carrera armamentística con los soviéticos y propusieron un control internacional de la tecnología atómica. Algunos se dedicaron a difundir la información sobre lo destructivas que eran las bombas, con la esperanza de evitar guerras futuras. Algunos investigaron armas aún más poderosas, con la mirada puesta en mantener el totalitarismo soviético a raya. Y algunos buscaron usos pacíficos para el átomo. Ninguno eludió el sentido de responsabilidad por su trabajo.

En el arco de la historia de los científicos de Los Álamos podemos ver ecos de la de Victor Frankenstein. Desde la investigación intensa hasta la conciencia y comprensión de los aspectos negativos del éxito y la tentativa de mejorar sus consecuencias, esos paralelismos ya fueron percibidos en la época. En las notas de una reunión del Comité Interino (un comité político de alto nivel para las armas nucleares) del 31 de mayo de 1945, el secretario de Guerra Henry Stimson escribió que la bomba «Puede *destruir* o *perfeccionar* la Civilización Internacional. Puede ser *Frankenstein* o un medio para la Paz Mundial» (citado en Rhodes 1986, 642, la cursiva y las mayúsculas son del original). Para los científicos comprometidos en el proyecto, la naturaleza frankensteiniana del mismo no contó para nada hasta su

conclusión. Al alcanzar tanto el éxito técnico como la dulzura técnica, las peliagudas cuestiones morales que conllevaba el éxito se hicieron dolorosamente evidentes.

Frankenstein, la novela de Mary Shelley, es una parábola presciente, una convincente versión no teísta del *Fausto* de Goethe que expresa el horror que puede acompañar al éxito cuando nos dedicamos a la ciencia y la tecnología. Incluso a medida que la ciencia ha ido convirtiéndose en una empresa, a medida que la naturaleza colectiva de la iniciativa científica ha quedado clara y la gran ciencia ha ocupado un lugar más central en la cultura científica, el arco seguido por Victor —el científico solitario— aún es pertinente. Ya sea que los científicos trabajen a solas o en colaboración, continúan enfrentándose a la seducción de la dulzura técnica y su poder cegador al afrontar las responsabilidades por su trabajo en el siglo XXI.

Los científicos cuyo trabajo repentinamente emite una señal de alarma —por ejemplo, aquellos cuyo trabajo recibe la etiqueta de «investigación susceptible de potencial uso dual»— a menudo se resisten a la imposición de restricciones y a la petición de una reflexión más profunda. El atractivo de la dulzura técnica, de continuar tras el éxito en su área de especialización, les dificulta a esos científicos ver los posibles aspectos negativos de su trabajo, por no hablar de una reflexión seria sobre ellos. Incluso con los crecientes esfuerzos por crear estructuras mediante las que los científicos pueden abordar las espinosas cuestiones que

se plantean al investigar nuevas posibilidades técnicas y científicas, la dulzura técnica todavía puede impedirles ver la necesidad de reflexionar sobre las implicaciones de su trabajo y el imperativo de actuar, antes de culminarlo, para mejorar las repercusiones del éxito.

APÉNDICES

REFERENCIAS

Adams, Douglas, «How to stop worrying and learn to love the Internet», *Sunday Times* (Londres), 29 de agosto de 1999 [**http://www.douglasadams.com/dna/19990901-00-a.html**] [consultado el 19 de octubre de 2016].

Addison, Joseph, *Spectator*, núm. 143, 14 de agosto de 1711.

Aho, Kevin, *Existentialism: An introduction*, Polity Press, Cambridge, 2014.

Anderson, Elizabeth, y Geetha Shivakumar, «Effects of exercise and physical activity on anxiety», *Frontiers in Psychiatry* 4 (2013) [doi:10.3389/fpsyt.2013.00027].

Aristóteles, *Generation of animals*, trad. de A. L. Peck, Harvard University Press, Cambridge, MA., 1943 [**https://archive.org/details/generationofanim00arisuoft**].

Astor-Aguilera, Miguel Angel, *The Maya world of communicating objects: Quadripartite crosses, trees, and stones*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2010.

Bajtín, Mijaíl, *Problems of Dostoevsky's poetics*, ed. y trad. de Caryl Emerson, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1984. [*Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. de T. Burnova, FCE, México, 2005].

Bandura, Albert, «Regulative function of perceived self-efficacy», en Michael G. Rumsey, Clinton B. Walker, y James H. Harris (eds)., *Personnel selection and classification*, Lawrence Erlbaum Associates, Hillsdale, NJ., 1994, pp. 261-272.

Barnes, M. Elizabeth, «Edward Drinker Cope's law of the acceleration of growth», en *Embryo Project Encyclopedia* (2014a). [**http://embryo.asu.edu/handle/10776/8067**] [modificado el 6 de agosto de 2014].

—, «Ernst Haeckel's biogenetic law (1866)», en *Embryo Project Encyclopedia* (2014*b*) [**http://embryo.asu.edu/handle/10776/7825**] [modificado el 3 de mayo de 2014].

Barthes, Roland, *Mythologies*, Noonday Press, Nueva York, [1957] 1991. [*Mitologías*, trad. de H. Schmucler, Siglo XXI, Madrid, 2009].

Batchelder, Robert, «Thinking about the Gym: Greek ideals, Newtonian bodies, and exercise in early eighteenth-century Britain», *Journal for Eighteenth Century Studies* 35 (2) 2012: pp. 185-197 [doi: 10.1111/j.1754-0208.2012.00496].

Bieri, James, *Percy Bysshe Shelley: A biography*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2008.

Binnig, Gert, *Aus dem Nichts: Über die Kreativität von Natur und Mensch*, Piper, Múnich, 1989.

Bird, Kai, y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The triumph and tragedy of J. Robert Oppenheimer*, Vintage Books, Nueva York, 2005.

Blanchard, D. Caroline, y Robert J. Blanchard, «Bringing natural behaviors into the laboratory: A tribute to Paul MacLean», *Physiology & Behavior* 79 (3) 2003: pp. 515-524 [doi:10.1016/S0031-9384(03)00157-4].

Blanchard, Robert J., D. Caroline Blanchard, y Christina R. McKittrick, «Animal models of social stress: Effects on behavior and brain neurochemical systems»,*Physiology & Behavior* 73 (3) 2001: pp. 261-271 [doi:10.1016/S0031-9384(01)00449-8].

Bolton, Gillie, «Reflective practice: Writing and professional development». 4.a ed., SAGE, Thousand Oaks, CA, 2014.

Brosnan, Sarah F., «Introduction to "Justice in animals"», *Social Justice Research* 25 (2) 2012: pp. 109-121 [doi:10.1007/s11211-012-0156-9].

Brown, Andrew, *Keeper of the nuclear conscience: The life and work of Joseph Rotblat*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

Bush, Vannevar, *Science, the endless frontier: A report to the president,* U.S. Office of Scientific Research and Development, Washington, DC, 1945.

Butler, Judith, *Frames of war: When is life grievable?,* Verso, Nueva York, 2010. [*Marcos de guerra: las vidas lloradas*, trad. de B. Moreno Carrillo, Paidós, Barcelona, 2009].

Butler, Marilyn, «The first *Frankenstein* and radical science: How the original version of Mary Shelley's novel drew inspiration from the early evolutionists»,*Times Literary Supplement (London)*, 9 de abril, 1993a.

—, «The Shelleys and radical science», en Mary Wollstonecraft Shelley, *Frankenstein; or, the Modern Prometheus: The 1818 text*, editado por Marilyn Butler, xv-xx. Pickering, Londres, 1993b, reimpr. en Charles E. Robinson (ed)., Mary Wollstonecraft Shelley, con Percy Bysshe Shelley, *The original Frankenstein; or, the Modern Prometheus: The original two-volume novel of 1816-1817 from the Bodleian Library Manuscripts*, xv-xxi. Bodleian Library, University of Oxford, Oxford, 2008.

Čapek, Karel, y Josef Čapek, *R. U. R. and the insect play*, Oxford University Press, Londres, 1920. [*R. U. R. Robots Universales Rossum: obra en tres actos y un epílogo*, trad. de C. Vázquez de Parga, Club Círculo de Lectores, Barcelona, 2004].

Chess, Stella, y Mahin Hassibi, *Principles and practice of child psychiatry*, Plenum Press, Nueva York, 1978.

Christen, Markus, y Hans-Johann Glock, «The (limited) space for justice in social animals», *Social Justice Research* 25 (3) 2012: pp. 298-326 [doi:10.1007/s11211-012-0163-x].

Coleridge, Samuel Taylor, *Biographia literaria*, John Shawcross (ed)., Clarendon Press, Oxford, [1817] 1907. [*Biographia literaria*, trad. de G. Herrero-Velarde, Pre-Textos, Valencia, 2010].

Crook, Nora, «Introductory note», en Mary Wollstonecraft Shelley, *Frankenstein; or the Modern Prometheus*, Nora Crook (ed)., xciii-xcviii, Pickering, Londres, 1996.

D'Arcy Wood, Gillen, *Tambora: The eruption that changed the world*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2014.

Freud, Sigmund, «The uncanny», en James Strachey (ed)., *The complete psychological works of Sigmund Freud*, vol. 17, Hogarth Press, Londres, [1919] 1955, pp. 217-252. [«Lo ominoso», en *Obras Completas*, trad. de José Luis Etcheverry y L. Wolfson, Amorrortu, Buenos Aires, 1979].

—, *The Ego and the Id*, trad. de James Strachey, Norton, Nueva York, [1923] 1960. [*El yo y el ello*, trad. de J. L. Etcheverry y L. Wolfson, Amorrortu, Buenos Aires, 1979].

—, *Civilization and its discontents*, trad. de James Strachey, Norton, Nueva York, [1930] 1961. [*El malestar en la cultura*, trad. de R. Rey Ardid y L. López-Ballesteros, Alianza Editorial, Madrid, 2005].

Garrett, Martin, *A Mary Shelley chronology*, Author Chronologies Series, Palgrave, Nueva York, 2002.

Glut, Donald F., *The Frankenstein catalog: Being a comprehensive listing of novels, translations, adaptations, stories, critical works, popular articles, series, fumetti, verse, stage plays, films, cartoons, puppetry, radio & television programs, comics, satire & humor, spoken & musical recordings, tapes, and sheet music featuring Frankenstein's monster and/or descended from Mary Shelley's novel*, McFarland, Jefferson, NC, 1984.

Godwin, William, *William Godwin's diary*, David O'Shaughnessy, Mark Philp y Victoria Myers (eds)., Bodleian Library, University of Oxford, 2012 [**http:/godwindiary.bodleian.ox.ac.uk/index2.html**. Consultado el 23 de marzo de 2016].

—, *An enquiry concerning political justice*, Mark Philp (ed)., Oxford University Press, Oxford, [1793] 2013. [*Investigación acerca de la justicia política*, trad. de J. Prince, Júcar, Gijón, 1985].

Golinksi, Jan, *The experimental self: Humphry Davy and the making of a man of science*, University of Chicago Press, Chicago, 2016.

Heatherton, Todd F., y Kathleen D. Vohs, «Interpersonal evaluations following threats to self: Role of self-esteem», *Journal of Personality and Social Psychology* 78 (4) 2000: pp. 725-736 [doi:10.1037/0022-3514.78.4.725].

Heinlein, Robert A., *The door into Summer*. Doubleday, Garden City, NY, 1957. [*Puerta al verano*, trad. de F. Hernández Pérez, La Factoría de las Ideas, Madrid, 2002].

Hunt, Leigh, *The story of Rimini: A poem*, Internet Archive, [1816] 1817 [**https://archive.org/details/storyofriminipoe00huntiala**] [consultado el 23 de marzo de 2016].

Krimsky, Sheldon, *Genetic alchemy: The social history of the recombinant DNA controversy*, MIT Press, Cambridge, MA, 1982.

Lawrence, Cera R., «On the generation of animals, by Aristotle», en *Embryo Project Encyclopedia*, 2010 [**http://embryo.asu.edu/handle/10776/2063**] [modificado el 25 de septiembre de 2013].

Leuenberger, Andrea, «Endorphins, exercise, and addictions: A review of exercise dependence», *Impulse: The Premier Journal for Undergraduate Publications in the Neurosciences* 2006: pp. 1-9.

Locke, John, *Two treatises of government*, Whitemore & Fenn, Londres, 1821. [*Dos ensayos sobre el gobierno civil*, trad. de F. Giménez García, Espasa, Barcelona, 1997].

Mellor, Anne K., «*Frankenstein*: A feminist critique of science», en George Levine y Alan Rauch (eds)., *One culture: Essays in science and literature*. University of Wisconsin Press, Madison, 1987, pp. 287-312 [**http://knarf.english.upenn.edu/Articles/mellor1.html**].

Milton, John, *Paradise Lost*, Barbara Kiefer Lewalski (ed)., Blackwell, Malden, MA, [1667] 2007. [*El Paraíso perdido*, trad. de Abilio Echevarría, Planeta, Barcelona, 1993].

Mori, Masahiro, *The uncanny valley*, trad. de Karl F. MacDorman y Norri Kageki, IEEE Spectrum, [1970] 2012, 12 de junio [**http://spectrum.ieee.org/automaton/robotics /humanoids/the-uncanny-valley**].

Newton, John Frank, *The return to Nature, or A defence of the vegetable regimen: With some account of an experiment made during the last three or four years in the author's family*, Forgotten Books, Londres, [1811] 2015.

Noble, David F., *The religion of technology: The divinity of man and the spirit of invention*, vol. 1, Knopf, Nueva York, 1997. [*La religión de la tecnología: La divinidad del hombre y el espíritu de invención*, trad. de L. Trafi Prats, Paidós Ibérica, Barcelona, 1999].

Nordmann, Alfred, «Technology naturalized: A challenge to design for the human Scale», en Pieter E. Vermaas, Peter Kroes, Andrew Light, y Steven A. Moore (eds)., *Philosophy and design: From engineering to architecture*, Springer, Dordrecht, Holanda, 2008, pp. 173-184.

O'Connell, Lindsey, «Johann Friedrich Meckel, the Younger (1781-1833)», en *Embryo Project Encyclopedia*, 2013a [**http://embryo.asu.edu/handle/10776/6282**] [modificado el 9 de febrero de 2015].

—, «The Meckel–Serres conception of recapitulation», en *Embryo Project Encyclopedia*, 2013b [**http://embryo.asu.edu/handle/10776/5916**] [modificado el 17 de febrero de 2015].

Platón, *The Symposium*, Christopher Gill (ed)., Penguin, Nueva York, 1999. [Pueden leerse numerosas versiones de *El banquete* en castellano; valga una de las últimas: trad. de M. Martínez Hernández, Gredos, Madrid, 2014].

Polanyi, Michael, *The republic of science: Its political and economic theory,* Minerva 1962; 1: pp. 54-74.

Prior, Stuart, «Meet the real Frankenstein: Pioneering Scientist who may have inspired Mary Shelley», *The Conversation*, 4 de diciembre de 2015 [**http://theconversation.com/meet-the-real-frankenstein-pioneering-scientist-who-may-have-inspired-mary-shelley-51833**].

«Prophets of science fiction», Episode 1: Mary Shelley, emitido el 9 de noviembre de 2011, producido por Ridley Scott, Gary Auerbach, Julie Auerbach, Henry Capanna, Mary Lisio, David Cargill y David W. Zucker, presentado por Ridley Scott. Science Channel [el capítulo puede verse, en inglés, en dailymotion.com].

Radcliffe, Sophie, *On sympathy*, Oxford University Press, Nueva York, 2008.

Review of *Frankenstein* [Crítica de *Frankenstein], British Critic* 9 (abril) 1818: pp. 432-438.

Rhodes, Richard, *The making of the atomic bomb*, Simon and Schuster, Nueva York, 1986.

Robinson, Charles E., «*Frankenstein* filmography», en *Frankenstein, or The Modern Prometheus [by] Mary Shelley,* apéndices, cronología, filmografía y lecturas complementarias de Charles E. Robinson, Penguin Books, Nueva York, 2013, pp. 307-330.

—, «Percy Bysshe Shelley's text(s) in Mary Wollstonecraft Shelley's *Frankenstein*», en Alan M. Weinberg y Timothy Webb (eds)., *The Neglected Shelley*, Ashgate, Farnham, Reino Unido, 2015; 117-136.

—, «*Frankenstein* chronology», en Mary Wollstonecraft Shelley, *The Frankenstein notebooks: A facsimile edition of Mary Shelley's manuscript novel, 1816-17 as it survives in draft and fair copy*, 2 vols., Charles E. Robinson (ed)., Routledge, Nueva York, 2016*a*, pp. 1: lxxvi-cx.

—, «Introduction to the Frankenstein Notebooks», en Mary Wollstonecraft Shelley, *The Frankenstein notebooks: A facsimile edition of Mary Shelley's manuscript novel, 1816-1817 as it survives in draft and fair copy*, 2 vols., Charles E. Robinson (ed)., Routledge, Nueva York, 2016*b*, pp. 1:xxv-lxxv.

Rousseau, Jean-Jacques, *Emile: or, On education*. Basic Books, Nueva York, [1762] 1979. [*Emilio o de la educación*, trad. de Mauro Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 2011].

Rushton, Sharon, «The science of life and death in Mary Shelley's *Frankenstein*», en *Discovering Literature: Romantics and Victorians*. British Library, 2016 [**http://www.bl.uk/romantics-and-victorians/articles/the-science-of-life-and-death-in-mary-shelleys-frankenstein**] [consultado el 23 de marzo de 2016].

Sartre, Jean-Paul, *Being and Nothingness*, Philosophical Library/Open Road, Nueva York, [1943] 2012. [*El ser y la nada*, trad. de J. Valmar, Losada, Buenos Aires, 2005].

Shelley, Mary Wollstonecraft, *The letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, 3 vols., Betty T. Bennett (ed)., Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1980.

Shelley, Mary Wollstonecraft, *The journals of Mary Shelley*, Paula R. Feldman y Diana Scott-Kilvert (eds)., Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987.

—, *Frankenstein: Complete, authoritative text with biographical, historical, and cultural contexts, critical history, and essays from contemporary critical perspectives*, 2.a ed., Johanna M. Smith (ed)., Bedford/St. Martin's, Boston, [1831] 2000.

Shelley, Mary Wollstonecraft, con Percy Bysshe Shelley, *The original Frankenstein; or, the Modern Prometheus: The original two-volume novel of 1816-1817 from the Bodleian Library Manuscript,* Charles E. Robinson (ed)., Bodleian Library, University of Oxford, Oxford, 2008.

Shelley, Percy Bysshe, *Shelley's poetry and prose: Authoritative texts, criticism*, 2.a ed., Donald H. Reiman y Neil Fraistat (eds)., Norton, Nueva York, 2002.

Snow, C . P ., *The two cultures and the scientific revolution*, Martino Fine Books, Eastford, CT, [1959] 2013. [Versión ampliada del texto en *Las dos culturas y un Segundo enfoque*, trad. de S. Masó, Alianza Editorial, Madrid, 1977].

St. Clair, William, *The Godwins and Shelleys: A biography of a literary family*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, [1989] 1991.

Szasz, Ferenc Morton, *The day the Sun rose twice: The story of the Trinity site nuclear explosion, July 16, 1945*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984.

Tennyson, lord Alfred, *Selected Poems*. Penguin, Londres, 2004. [Una escueta selección de poemas de Tennyson puede encontrarse en *La dama de Shalott y otros poemas*, trad. de A. Rivero Taravillo, Pre-Textos, Valencia, 2002].

Turney, Jon, *Frankenstein's footsteps: Science, genetics, and popular culture*, Yale University Press, New Haven, CT, 1998.

Vygotsky, L. S., *Mind in society: The development of higher psychological processes*, Michael Cole, Vera John-Steiner, Sylvia Scribner y Ellen Souberman (eds)., Harvard University Press, Cambridge, MA, 1978. [*El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*, trad. de S. Furió Castellví, Crítica, Barcelona, 1996].

Westfall, Richard S., *The construction of modern science: Mechanisms and mechanics*, Cambridge University Press, Nueva York, 1977. [*La construcción de la ciencia moderna*, trad. de R. Jansana Ferrer, Labos, Barcelona, 1980].

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Anthes, Emily, *Frankenstein's cat: Cuddling up to biotech's brave new beasts*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2013.

Ashcroft, Frances, *The spark of life: Electricity in the human body*, Norton, Nueva York, 2012.

Duchaney, Brian N., *The spark of fear: Technology, society and the horror film*, MacFarland, Jefferson, NC, 2015.

Friedman, Lester D., y Allison B. Kavey, *Monstrous progeny: A history of the Frankenstein narratives*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 2016.

Gordon, Charlotte, *Romantic outlaws: The extraordinary lives of Mary Wollstonecraft and her daughter Mary Shelley*, Random House, Nueva York, 2015.

Hitchcock, Susan Tyler, *Frankenstein: A cultural history*, Norton, Nueva York, 2007.

Holmes, Richard, *The age of wonder: The romantic generation and the discovery of the beauty and terror of science,* Vintage Books, Nueva York, 2010. [*La edad de los prodigios: terror*

y belleza en la ciencia del romanticismo, trad. de C. Núñez Pereira, Turner, Madrid, 2012].

Kaplan, Matt, *The science of monsters: Why monsters came to be and what made them so terrifying,* Constable, Londres, 2012.

Lederer, Susan E., *Frankenstein: Penetrating the secrets of Nature*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 2002.

Mellor, Anne K. *Mary Shelley: Her life, her fiction, her monsters,* Routledge, Nueva York, 1989.

Montillo, Roseanne, *The lady and her monsters: A tale of dissections, real-life Dr. Frankensteins, and the creation of Mary Shelley's masterpiece*, Morrow, Nueva York, 2013.

Shelley, Mary Wollstonecraft, *Frankenstein: The original 1818 text*, 2.a ed., D. L. Macdonald y Kathleen Scherf (eds)., Broadview Press, Peterborough, Canadá, 1999.

Townshend, Dale (ed)., *Terror and wonder: The Gothic imagination*, The British Library, Londres, 2014.

Winner, Langdon, *Autonomous technology: Technics-out-of-control as a theme in political thought,* MIT Press, Cambridge, MA, 1977. [*Tecnología autónoma*, trad. de R. Font, Gustavo Gili, Barcelona, 1979].

Young, Elizabeth, *Black Frankenstein: The making of an American metaphor,* New York University Press, Nueva York, 2008.

COLABORADORES

Editores del volumen

DAVID H. GUSTON es profesor, director y fundador de la School for the Future of Innovation in Society de la Arizona State University. Su ensayo *Between Politics and Science* (Cambridge, 2000) recibió el Don K. Price Prize de 2002 concedido por la American Political Science Association como mejor libro de políticas de ciencia y tecnología. Es director y fundador del *Journal of Responsible Innovation* (Taylor & Francis). Miembro de la American Association for the Advancement of Science, copresidió la Gordon Research Conference on Science and Technology Policy en 2008, «Governing Emerging Technologies». Tiene una licenciatura de la Yale University y un doctorado del Massachusetts Institute of Technology.

ED FINN es el director y fundador del Center for Science and the Imagination de la Arizona State University, donde es profesor ayudante y tiene una plaza compartida en la School of Arts, Media and Engineering y el Department of English. La labor investigadora y educativa de Ed exploran las narrativas digitales, la cultura contemporánea y la

intersección de humanidades, artes y ciencias. Ha escrito *What Algorithms Want: Imagination in the Age of Computing* (MIT Press, 2017) y coeditado *Hieroglyph: Stories and Visions for a Better Future* (William Morrow, 2014). Tiene una licenciatura de la Princeton University y un máster y doctorado de la Stanford University.

JASON SCOTT ROBERT ocupa la cátedra Lincoln en Ética y es consejero sénior de ética del rector de la Arizona State University. También dirige el Lincoln Center for Applied Ethics de la ASU, y es profesor benemérito en la School of Life Sciences. Sus clases e investigaciones se centran en la intersección de la bioética y la filosofía de la biología. Ha escrito el ensayo *Embryology, Epigenesis and Evolution: Taking Development Seriously* (Cambridge, 2004). Tiene una licenciatura de la Queen's University at Kingston y un máster y doctorado de la McMaster University.

Ensayistas

Elizabeth Bear, escritora de fantasía y ciencia ficción.

Cory Doctorow, autor de ciencia ficción, activista, periodista, bloguero, coeditor de *Boing Boing.*

Heather E. Douglas, profesora asociada y ocupa la cátedra Waterloo en Ciencia y Sociedad en la University of Waterloo.

Josephine Johnston, directora de investigación y experta, The Hastings Center.

Kate MacCord, estudiante de doctorado, School of Life Sciences, Arizona State University.

Jane Maienschein, profesora Regent, School of Life Sciences, y directora del Center for Biology and Society, Arizona State University.

Anne K. Mellor, profesora benemérita de English Literature y Women's Studies, University of California, Los Ángeles.

Alfred Nordmann, profesor de filosofía, Technische Universität Darmstadt.

Charles E. Robinson, profesor emérito, Department of English, University of Delaware.

Autores de las notas

C. Athena Aktipis, profesora asistente, Department of Psychology, Arizona State University.

Braden Allenby, profesor, School of Sustainable Engineering and the Built Environment, Arizona State University.

Ariel Anbar, profesor, School of Earth and Space Exploration, Arizona State University.

Miguel Astor-Aguilera, profesor asociado, School of Historical, Philosophical, and Religious Studies, Arizona State University.

Dominic Berry, investigador, Science, Technology, and Innovation Studies, University of Edinburgh.

Ron Broglio, profesor asociado, Department of English, Arizona State University.

Sara Brownell, profesora asistente, School of Life Sciences, Arizona State University.

Carlos Castillo-Chavez, profesor, Mathematical, Computational, and Modeling Sciences Center, Arizona State University.

Robert Cook-Deegan, profesor, School for the Future of Innovation in Society, Arizona State University.

Mary Drago, experta independiente.

Joey Eschrich, editor y gestor de programas, Center for Science and the Imagination, Arizona State University.

Ed Finn, profesor asistente, School of Arts, Media and Engineering and Department of English, y director fundador del Center for Science and the Imagination, Arizona State University.

Mary Margaret Fonow, profesora, School of Social Transformation, Arizona State University.

Joel Gereboff, profesor asociado, School of Historical, Philosophical, and Religious Studies, Arizona State University.

Eileen Gunn, autora y editora de ciencia ficción.

David H. Guston, profesor y director fundador, School for the Future of Innovation in Society, Arizona State University.

Judith Guston, comisaria y directora de colecciones, Rosenbach Museum and Library.

Chris Hanlon, profesor asociado, School of Humanities, Arts, and Cultural Studies, Arizona State University.

Dehlia Hannah, profesora asistente visitante, School for the Future of Innovation in Society, Arizona State University.

Sean A. Hays, experto independiente.

Nicole Herbots, profesora emérita, Department of Physics, Arizona State University.

Adam Hosein, profesor asistente, Department of Philosophy, University of Colorado at Boulder.

Allison Kavey, profesora asociada, John Jay School of Criminal Justice, City University of New York.

Jonathon Keats, escritor, artista y filósofo experimental.

Douglas Kelley, profesor, School of Social and Behavioral Sciences, Arizona State University.

Sally Kitch, profesora Regents, School of Social Transformation, Arizona State University.

Joel A. Klein, conferenciante, Department of History, e investigador posdoctoral, Center for Science and Society, Columbia University.

Sheldon Krimsky, profesor, Department of Urban and Environmental Policy and Planning, Tufts University.

J. J. LaTourelle, estudiante de doctorado, School of Life Sciences, Arizona State University.

Devoney Looser, profesora, Department of English, Arizona State University.

Arthur B. Markman, profesor, Department of Psychology, University of Texas at Austin.

April Miller, profesora licenciada contratada, Barrett Honors College, Arizona State University.

Ben Minteer, profesor, School of Life Sciences, Arizona State University.

Stephanie Naufel, estudiante de doctorado, Department of Biomedical Engineering, Northwestern University.

Annalee Newitz, escritora de ficción y no ficción, periodista y editora.

Nicole Piemonte, asociada posdoctoral, Lincoln Center for Applied Ethics, Arizona State University.

Ramsey Eric Ramsey, decano asociado, Barrett Honors College, Arizona State University.

Jason Scott Robert, ocupa la cátedra Lincoln en Ética, Lincoln Center for Applied Ethics, y es profesor asociado, School of Life Sciences, Arizona State University.

Hannah Rogers, asesora, University Writing Program, Columbia University.

Daniel Sarewitz, profesor, School for the Future of Innovation in Society, y codirector, Consortium for Science, Policy and Outcomes, Arizona State University.

Pablo Schyfter, profesor, Science, Technology, and Innovation Studies, University of Edinburgh.

Kerri Slatus, profesora asistente visitante, Loyola University Maryland.

Mike Stanford, profesor principal, Barrett Honors College, Arizona State University.

Jameien Taylor, estudiante de doctorado, Hugh Downs School of Human Communication, Arizona State University.

Melissa Wilson Sayres, profesora asistente, School of Life Sciences, Arizona State University.

Stephani Etheridge Woodson, profesora asociada, School of Film, Dance, and Theater, Arizona State University.

AGRADECIMIENTOS

Este volumen no habría sido posible sin los incansables esfuerzos, el sabio consejo y la formidable inteligencia de nuestros amigos y colegas.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a los siguientes lectores que identificaron concienzudamente los fragmentos que merecían notas en el texto: Cristi Coursen, Mary Feeney, Steve Helms Tillery, Gary Marchant y Clark Miller de la Arizona State University, y a Stephanie Naufel de la Northwestern University.

También quisiéramos dar las gracias a todos los participantes en el Multi-disciplinary Workshop on Scientific Creativity and Societal Responsibility [Taller multidisciplinario sobre la creatividad científica y la responsabilidad social] celebrado en la Arizona State University en abril de 2014, donde abordamos por primera vez los planes para este volumen, así como a Al DeSena, el

encargado del programa en la National Science Foundation, que financió el taller con una generosa subvención y colaboró con unos conocimientos más generosos si cabe. En especial, nuestra gratitud a Cajsa Baldini, que fue quien tuvo la idea original (pueden informarse mejor sobre las inestimables contribuciones de Cajsa al proyecto en el Prefacio de los editores), y a todos los miembros del Critical Edition Working Group [Grupo de trabajo de la Edición Crítica]: Joshua Abbott, Brad Allenby, Joe Buenker, Jenefer Husman, Jane Maienschein, Catherine O'Donnell y Jameson Wetmore de la Arizona State University, y a Deedee Falls de la Bioscience High School de Phoenix, Arizona.

En mayo de 2015 celebramos un segundo taller del consejo asesor en la Arizona State University para tomar decisiones cruciales sobre los objetivos de este proyecto y la estructura del libro. Las conversaciones del taller fueron verdaderamente instructivas y nos sirvieron de mucha ayuda. Nos gustaría dar las gracias a todos los miembros del consejo asesor por su generosidad intelectual, su buena disposición y sus perspicaces aportaciones: Torie Bosch de la revista *Slate*, Elizabeth Denlinger de la New York Public Library, Karin Ellison y Erika Gronek de la Arizona State University, Kate Kiehl y Corey Pressman de Neologic, y Charles E. Robinson de la University of Delaware.

Gracias también especialmente a Valerye Milleson, una antigua colega de posdoctorado del Lincoln Center for Applied Ethics e incisiva pensadora en el campo de la ética

clínica, por guiar este proyecto en sus primeras fases con esmerada atención y brío.

En la ASU, recibimos apoyo institucional a través de Patrick Kenney, decano del College of Liberal Arts and Sciences, y de Sethuraman *Panch* Panchanathan, vicepresidente ejecutivo para investigación y director de la Knowledge Enterprise Development de la ASU. Les damos nuestras más sinceras gracias, así como a los muchos más que nos proporcionaron otro tipo de ayuda, entre ellos Sally Kitch, George Justice y Jim O'Donnell.

Estamos inconmensurablemente agradecidos a todos nuestros colaboradores, y a cuantos no hemos mencionado aquí. Todos los errores que se nos hayan pasado por alto son exclusivamente nuestros.